



URGENTE

Mi vida es un

DESASTRE

Lily DelPilar.



Mi vida es un
DESASTRE

Lily DelPilar

Copyright©2013 Lily DelPilar

Editor: Lily DelPilar
Correcciones: Lily DelPilar
Portada: Lily DelPilar

Reservados todos los derechos.

Queda totalmente prohibido, **sin la autorización de la autora**, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Para todas las personas que no saben que escribo.
Para todos los que leyeron el borrador de esta historia en wattpad.
Para Natalia Hatt y su súper guía de cómo publicar en Amazon.
Y, principalmente, para Sofía. Espero que, donde quieras que estés, logres
descubrir el final de esta saga.
Para Asumi, que me está ayudando a corregir errores.
Y también para ti, Leah.

«¿Un libro acerca de mi vida? ¡Qué me parta un jodido rayo!»

Leah Howard.



Mi vida es un

DESASTRO

SINOPSIS

Leah Howard es histérica, desastrosa, perversa y está más loca que una cabra. James O'Connor es un primate de pacotilla, es imbécil, estúpido y está loco por ella. Leah es histérica, porque no puede evitar gritar, chillar y croar cuando ve a O'Connor haciendo una estupidez. Es desastrosa, porque, cada dos días, tiene un accidente, que siempre termina involucrando, de alguna manera, a O'Connor. Es perversa, porque no puede evitar pensar en O'Connor en ropa interior e, incluso, ocultarse en los casilleros para contemplarlo desnudo. Y es loca, porque, simplemente, lo está. James es un primate de pacotilla, porque Leah lo dice. Es un imbécil, porque Leah lo dice. Es estúpido, porque Leah lo dice. Y NO está loco por ella, porque Leah lo dice. Leah tiene filematofobia (miedo a ser besada) por eso finge detestar a O'Connor. Pero, ¿qué sucedería si, por una "supuesta" broma de James, Leah terminase contándole sus más oscuros secretos? Secretos como el estar enamorada de él.

Además, tendrá que descubrir quién es el responsable de las cartas sin remitentes que amenazan su vida, amenazas que cada vez se hacen más reales.

1

JAMES O'CONNOR.

Traspasé el portón de metal como cada lunes por la mañana y me enfrenté a todas mis pesadillas hechas ladrillo rojo. Un edificio de tres pisos de altura, con metros de césped cuidadosamente cortado a su alrededor y una entrada que sobresalía de la monstruosidad, estaba frente a mí a sólo unos pasos de destruir mis esperanzas casi inexistentes. Por mucho que había rezado la noche anterior, para que el día se extendiera hasta el infinito, no había ocurrido y, como siempre sucedía, cada lunes era obligada a comenzar los cinco días de penurias y desesperación.

Y es que yo no iba a cualquier escuela, yo estaba obligada a asistir al exclusivo internado Highlands. Ya de por sí la sola idea de pasar tanto tiempo encarcelada, era difícil para cualquier persona, pero para mí era el doble, triple y hasta seis veces más terrible que para el resto. No sólo porque era un internado, para alumnos problemáticos con dinero, sino porque yo no debería estar allí. No debería, aunque mis padres y mis necesidades económicas decían lo contrario. Si a la directora no se le hubiese ocurrido la grandísima idea de becar a alumnos destacados con problemas económicos, para así subir el rendimiento de la escuela, yo no estaría ahí. Mi familia ni siquiera había pensado en rechazar la oferta cuando había llegado la carta de aceptación, a pesar de lo mucho que les había pedido que no me enviaran a un internado. Y eso había sido hace ya tres años... no se notaba que aún tenía la esperanza que se apiadasen de mí.

Me desplacé hacia el calabozo por el camino de cemento, mientras no paraba de gimotear y lloriquear con cada paso que daba. Mis zapatos gastados sonaban al arrastrarse por el cemento, y es que hasta mis pies sabían lo que me deparaba una vez que cruzase las puertas internas de roble. A mi alrededor los alumnos bajaban de sus costosos automóviles, con las maletas siendo arrastradas sólo un par de metros por sus delicadas manos. En cambio, yo debía llevar un pesado bolso sobre el hombro, ya que no me alcanzaba para una maleta de ese estilo; y eso que me habían regalado el uniforme.

Me tambaleé todo el camino hasta la puerta, siendo seguida por miradas de desprecio proveniente de los arrogantes alumnos de Highlands. Ignoré el

intento de hacerme sentir mal. Que se pudrieran los malditos, a mí no me importaba.

Una vez que traspasé las puertas de madera, me encontré en el enorme hall central, con altos techos y con un marcado estilo gótico en las paredes. Los pisos relucían de limpios de tal manera que, si miraba hacia abajo, me veía reflejada en la baldosa. En una de las esquinas de la estancia, había una pequeña cabina con un señor de uniforme que rondaba los cincuenta años.

—Buenos días, don Pedro —saludé al portero.

Me devolvió el gesto con una sonrisa en el rostro arrugado y con sus ojos negros chispeando por el buen humor.

—No son tan buenos para usted como parece —respondió.

Me encogí de hombros.

—Ya estoy deseando que lleguen las siete de la tarde del día viernes.

Que era el día y la hora en la que la escuela nos dejaba en libertad.

Soltó una carcajada grave, que me recordó al viejo perro de la casa de enfrente, perteneciente a mi tía.

—Siempre impaciente por salir libre del internado, debería disfrutar la estadía y no esperar el término. Sólo se le alargarán los días de esa manera.

Era imposible que pudiese soportar los gestos de desagrado de esos estúpidos, con una sonrisa aún más imbécil en el rostro. No era mi estilo y nunca lo sería.

—Como sea —contesté—. Que tenga un buen día.

Estaba a punto de marcharme, cuando sentí que la carga sobre mi hombro se esfumaba. Todavía sosteniendo otro pequeño bolso que llevaba en el otro hombro (que utilizaba para trasladar mis útiles escolares dentro del internado), me giré con rapidez y gemí internamente. Había pensado, erróneamente, que no tendría que verlos hasta por lo menos en diez minutos más, pero me había equivocado. Ahí estaban, frente a mí, los dos hombres que me hacían la vida imposible.

Alto, cabello negro y guapo. Los ojos azules de James O'Connor eran difíciles de ignorar, más aún si lo tenía a él a sólo un paso de distancia. Su mejor amigo, igual de alto y con el pelo oscuro, pero con ojos cafés y con pinta de creerse el ser más irresistible del mundo, era conocido como Derek Blair.

—Devuélveme mi bolso, O'Connor —le ordené al chico, que ya lo colgaba en su hombro.

De seguro saldría corriendo con él y se lo llevaría a su habitación, para así reírse de las cosas que llevaba (en su mayoría libros) y que no se podían comparar con lo que tenía él.

—¿No quieres ayuda, Howard? —preguntó.

Arrogante, siempre arrogante. Así fue su sonrisa ladeada al pasar una mano por el cabello, desordenándolo aún más. Se me revolvió el estómago con ese gesto, pero... claro, era indigestión.

—No necesito ayuda de un imbécil como tú —repliqué.

Blair, que se había mantenido callado hasta ese entonces, rió encantado.

—Vaya carácter que tienes, Howard —comentó—. Yo haría otra cosa con esa lengua tan afilada con la que naciste, sino fueras tan... *Howard*.

Finalizó con un encogimiento de hombros, dejando entrever que era muy poca cosa para él.

Alcé una ceja, desinteresada.

—No me importa tú opinión. —Me giré hacia O'Connor. —Deja mi bolso en el suelo para así poder marcharme.

O'Connor se negó con un movimiento de cabeza.

Observé a don Pedro interrogándome con la mirada desde la cabina. Negué con un suavemente movimiento, ya podía yo sola con esos dos. Además, prefería que don Pedro se quedara fuera de esas peleas estúpidas que tenía cada día con O'Connor.

—Sólo te lo devolveré si...

—No —lo corté.

No necesitaba oír la oración completa para saber de lo que estaba hablando.

—¡Ni siquiera me has dejado terminar! —exclamó, indignado.

Crucé los brazos y mostré una expresión aburrida.

—Me ibas a pedir una cita: como todos los lunes en la mañana.

Blair rió.

—Creo que tienes que cambiar la táctica —comentó. Luego, como si recordara de pronto que no tenía nada que hacer ahí, siguió: — Nos vemos en clase.

Y silbando muy campante, se marchó con una mano en el bolsillo del pantalón.

—No te iba a pedir una cita —informó O'Connor, con todo el orgullo herido. Parecía un pavo real con las plumas despeinadas.

Rodé los ojos.

—Lo que sea, no me interesa. —Estiré la mano para que me devolviera mis pertenencias. —Mi bolso.

Me contempló por un par de segundos, analizando mi postura inquebrantable, antes de quitarse el bolso del hombro y casi lanzármelo en la mano. Me tambaleé por el peso que mi delgado brazo no podía soportar de un sopetón.

O'Connor agarró su maleta de un asa y los músculos del brazo se le marcaron a través de la camisa. Aunque, claro, sólo me había fijado en eso porque... porque O'Connor... simplemente, había sido un acto reflejo de mis ojos. Por ningún motivo, había sido un movimiento ocasionado por el placer u otra cosa ridícula. No, señor.

Lo vi marcharse con los ojos clavados en su parte baja. Y es que si hay algo que podía reconocer de ese troglodita, era su trasero. Pero nada más, nada más.

Echándole un último vistazo a su trasero, agarré el bolso pesado y me lo colgué en el hombro. Empecé camino a duras penas hacia el edificio donde se encontraban las habitaciones, maldiciéndome por no haber aceptado la ayuda de Jam... quiero decir, O'Connor. Sin embargo, sabía que lo mejor era no deberle favores a ese hombre.

Entré en un enorme patio con césped, y regaderas automáticas. Caminé por el corredor semiabierto construido de piedra, que me hacía recordar algunos pasillos que existían en Hogwarts¹, lo que me traía a la mente la idea de que era Hermione² desplazándose por la escuela de magia y hechicería. Por ambos costados del corredor se extendía el color verde del pasto. A la izquierda se observaba la continuación de la fachada principal, de tres pisos y que juntos formaban una L, donde se encontraban las salas de clase. A mí costado derecho, el césped se expandía por varios metros, hasta que a lo lejos se divisaban dos edificios más. Eran el estadio y el gimnasio de la escuela, éste último equipado con una piscina, que pronto sería reabierto, y canchas para diversos deportes.

Por otro lado, frente a mí, y hacia donde me dirigía en ese momento, estaba el edificio con las habitaciones, que constaba de cuatro pisos. Todo el costado derecho pertenecía a las chicas y el otro era para los varones. Finalmente, rodeando toda la escuela, y para que no nos escapáramos, había un murallón de tres o cuatro metros de altura que nos alejaba de la libertad.

Jadeando por el esfuerzo, llegué a la entrada y abrí la puerta con un precario equilibrio, el cual perdí y terminé de cara al suelo. Esperanzada de que nadie me hubiese visto, levanté el rostro lentamente.

Alguien pasó por encima de mí.

Era... sí, era O'Connor.

—Vas tarde, Howard —me informó.

Pero no se detuvo para hablar ni para ofrecerme ayuda, ahora que estaba dispuesta a aceptarla. Abrió la puerta del edificio y salió, cerrándola detrás de él. La señora Smith, que supuestamente era la encargada de cuidar el edificio, para que los chicos no subieran a las habitaciones de las mujeres, brillaba por su ausencia como siempre.

Me puse de pie a duras penas, dejando el bolso tirado en el suelo. Saqué el celular del bolsillo del uniforme femenino, que era una especie de vestido gris abotonado al frente, y busqué el mensaje que me había enviado mi mejor amiga hace sólo unos minutos.

Enviado por: Bella.

Leah, nos tocó en el cuarto 402.

Bloqueé las teclas y volví a guardar el aparato en el bolsillo.

¹ Escuela donde asisten los protagonistas de la saga Harry Potter.

² Mejor amiga del protagonista de la saga Harry Potter.

En Highlands estaba la costumbre (igual a orden) de cambiar compañeras de cuarto cada dos semanas, así la directora nos impedía forjar lazos duraderos que pudiesen llegar a convertirse en una pandilla revolucionaria. Pero el hecho de que el padre de Bella donase constantemente dinero al internado, le daba a mi mejor amiga un status especial frente a la directora, lo que le permitía tener un par de privilegios como el de elegirme como compañera de cuarto cuando quisiera.

Como los ascensores del edificio aún se encontraban malos (uno se había echado a perder para el terremoto y el otro hace más de un año), no me quedó más que arrastrar el bolso y subir las escaleras que llevaban a los cuartos de las chicas, con la bolsa golpeando cada uno de los escalones.

Llegué jadeando, despeinada y maldiciendo por la negligencia de no reparar los ascensores cuando todos tenían tanto dinero. Abrí la puerta del cuarto 402, ubicada en el cuarto piso, con la mente nublada y manos tiritonas. Lancé el bolso en la única cama de las cuatro que quedaba vacía y volví a cerrar la puerta. Ya sabría en otro momento con quién me había tocado compartir estancia, aparte de Bella.

Con el bolso pequeño, donde llevaba los cuadernos del día lunes ya preparados, salí corriendo a la primera clase, sabiendo que ese día sería un completo dolor de cabeza.

No me había equivocado. Media hora más tarde, sentada en el medio del aula de clases, me dedicaba a fulminar cada cierto intervalo de tiempo al cabello negro de O'Connor. Por su culpa no lograba comprender nada de lo que el profesor Núñez se esmeraba por explicarnos, una y otra vez, a pesar de su avanzada edad.

Furiosa, aparté la vista de él y la clavé en el cuaderno de hojas amarillentas que tenía sobre el escritorio. Cerré los ojos y me obligué a prestarle atención a las palabras del profesor. Lo oí hablar sobre la historia de alguna parte del mundo que no lograba tener sentido en mi cerebro.... Abrí los ojos y éstos, de inmediato, se desviaron dos puestos a la derecha, hacia un joven atractivo, que tenía la espalda pegada contra la pared y que observaba el cielo raso con aburrimiento. Un lápiz giraba velozmente entre sus dedos como una especie de hélice.

Frustrada, dejé caer con fuerza la cabeza contra el escritorio y ahí yacía derrumbada por largos segundos, mientras el profesor Núñez, como siempre, se desviaba del tema y comenzaba a contar una anécdota de su vida que había ocurrido hace muchos años y que cambiaba cada vez que volvía a relatar la historia.

Me adormecí por unos instantes, pero me desperté al sentir un extraño cosquilleo en la nuca. Al abrí los ojos, para ver qué estaba sucediendo, mi mirada se encontró con el iris azul que había estado evitando durante horas. Me sobresalté al descubrirlo observándome tan intensamente, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y con la cabeza levemente inclinada hacia la derecha.

Alguien me llamó a lo lejos.

Hice caso omiso.

Volvieron a pronunciar mi nombre.

Volví a no prestar atención.

¿Por qué era tan condenadamente atractivo?

La boca de O'Connor formó una sonrisa y, con un pequeño movimiento de cabeza, me indicó que mirara a mi lado.

Ignoré ese aviso, hasta que sentí una mano en el hombro.

—¡Señorita Howard! —exclamó el profesor Núñez. Alejé la vista de Jam... O'Connor y giré el rostro. El anciano profesor, que impartía la asignatura de Historia, me contemplaba por sobre los lentes que colgaban en la punta de su nariz. El sombrero, con ese estilo de los años cuarenta-cincuenta, le ensombrecía el rostro enojado—. ¿Ha vuelto a la tierra o aún se encuentra en la luna?

Enrojecí de golpe. Todos empezaron a reír escandalosamente. Pude distinguir las risas de O'Connor, Blair y de... Bella. Sí, cómo no. Qué gran amiga tenía, siempre dándome apoyo moral. No tuve el valor suficiente para desviar la mirada unos segundos y fulminar a Bella, que estaba en el asiento detrás de mí.

—Lo siento, profesor —me disculpé.

Realmente lo sentía. Pocas veces me habían reprendido por no prestar atención en clases, y las veces que lo habían hecho... sí, había sido culpa del estúpido e imbécil de O'Connor.

El profesor Núñez, con los labios apretados por el enojo, se giró y siguió con la clase, no sin antes lanzarme un par de palabras indirectas muy directas.

Maldito O'Connor. Siempre era su culpa. Tal vez... tal vez si no fuera tan malditamente sexy no me ocurrirían esas cosas, pero lo era; así que no me quedaba otra que aceptarlo. Aunque jamás se lo admitiría a nadie, era un secreto que guardaba minuciosamente.

Nadie podía saber que me sentía seducida por un mono. Qué pensaría la gente: que tenía zoofilia o algo así.

Suspiré... y ahí estaban actuando de nuevo los traicioneros ojos que se desviaban para contemplar por última vez (¡Juro que sería la última!) el rostro de O'Connor. Lo pillé con la vista en mí y con esa sonrisa que me hizo apretar los puños... de ira.

«Te descubrí», moduló.

A continuación, se giró. Y mientras yo seguía embelesada contemplando su espalda ancha, una bola de papel chocó contra mi cabeza. Distraída, me agaché para recoger la hoja, la que desplegué y leí:

«Límpiate la baba, Howard. Estás a punto de inundar la habitación y no soy Noé (¿O era José? No, me parece que era Moisés... Bueno, omite eso, a nadie le importa quién fue) para tener un arca y salvarme de morir ahogado.

Se despide, siempre tuyo,
Derek Blair.»

Volví a suspirar, derrotada. No decía yo que el día había comenzado mal.



Mi vida es un

DESASTRO

2

FILEMATOFOBIA.

Mis labios latían por la necesidad de ser besados, cada parte de mi cuerpo gritaba y suplicaba por la desesperación de tener los labios de James lo más cerca posible. Mi corazón estaba a punto de romperme el pecho para escapar, mientras mis manos no dejaban de sudar por el nerviosismo. Lo necesitaba, lo quería a mi lado, deseaba todo su esbelto cuerpo pegado al mío, para enterrar los dedos entre su revuelto cabello y atraerle por fin la cabeza y labios hasta los míos.

Desesperada, agarré la camisa de James y, poco importándome la sonrisa socarrona que tenía plantada en el rostro, lo atraje hacia mí como yo quería y con nuestras respiraciones entremezcladas. Lentamente, nuestros labios se rozaron con sutileza y luego toda inocencia en el beso había sido aplastada.

Los dos nos besábamos con fuerza, con desesperación, con mis gemidos inundando ese sector oculto entre las gradas del gimnasio.

Las manos de James me recorrían la espalda, deslizando la palma de ellas por la piel que dejaba expuesta al subir mi camisa. Gemí y me apegué aún más a su cuerpo. Me sentía afiebrada, con un calor que me inundaba el cuerpo por completo. Mi cabeza daba vueltas, me faltaba el aire, no tenía suficiente de él. Lo necesitaba más pegado, necesitaba más, más, más. Más besos, más piel... nada de ropa. Deslicé las manos por su espalda hasta llegar a los hombros que apreté con fuerza, con frustración por no tener lo que mi cuerpo, mi mente, me estaban gritando y exigiendo.

Mi piel febril y caliente fue apoyada en un gélido fierro. Siseé por el cambio de temperatura, los vellos de la nuca se me erizaron y profundicé el beso, enterrando las uñas en la piel del dueño de las caricias.

—Necesito más, James —supliqué en un susurro, separando los labios de él lo suficiente para decir aquello.

Sentía los labios latir locamente y sabía que estaban rojos e irritados por...

—¿Qué has dicho, Howard? —oí que preguntaba una voz a mi lado.

Extrañada, sacudí la cabeza con fuerza y toda la escena que se había estado desarrollando escondida debajo de las gradas, desapareció de golpe. Pestañeeé

rápidamente y enfoqué la vista en el joven que estaba frente a mí, mirándome con el entrecejo fruncido.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz y todavía sintiéndome sofocada.

Contemplé a mí alrededor. Joder, me había quedado dormida en la biblioteca. Lo que había comenzado con un «Voy a repasar un poco antes del examen», se había transformado en un sueño erótico. Vaya mierda. Vaya jodida mierda.

—Has dicho «Necesito más, James» —contestó O'Connor, ese mismo muchacho con el que había estado fantaseando hace unos segundos atrás.

Mis mejillas se sonrojaron de golpe. Tosí incómodamente y alcé el mentón, desafiante.

—Yo no he dicho semejante estupidez —respondí.

Una sonrisa burlesca y concedora apareció en el rostro de O'Connor.

—¿Estabas fantaseando conmigo, Howard?

—¡Por supuesto que no! —chillé. La bibliotecaria me lanzó una mirada furiosa sobre el libro que estaba leyendo. Volví a toser, me acomodé en el asiento y contesté más tranquila:— Jamás soñaría contigo.

Sin más palabras, agarré los libros que había extendido por la mesa, los guardé en mi raída mochila y me marché de la habitación. Con cada paso que di, podía oír una réplica unos metros más atrás.

Suspiré y me giré.

Como lo había pensado: O'Connor me venía siguiendo.

—¿Qué quieres?

El chico miró los dos extremos del pasillo, comprobando si nos encontrábamos solos. No pude evitar que el sudor frío comenzara a acumularse en mi espalda, deslizándose a lo largo de la columna vertebral. Tragué saliva nerviosamente y también me giré para ambos extremos, buscando un lugar para huir, mientras O'Connor se acercaba a paso rápido.

—Estabas soñando conmigo, ¿cierto?

Intenté soltar una carcajada irónica, pero sólo salió un gorgoteo de gallina histérica.

—No sé de lo que hablas —croé.

—Vamos, Howard, sabes muy bien de lo que hablamos. —Lo miré alarmada, a sólo un metro de separación. Lo sabía: me iba a besar. *Me iba a besar, me iba a besar.* El terror pesó en mi estómago y la respiración se me hizo más agitada y superficial. — Leah, ¿estás bien? —preguntó, preocupado.

Sólo fui capaz de observarlo con alarma, ni siquiera pude negar.

Di un paso hacia atrás.

—No te acerques —susurré, recuperando la voz en el momento preciso.

Pero él insistió, dando un paso para quedar aún más cerca de mí. Incluso podía verle las largas pestañas que adornaban esos ojos azulados y el comienzo de barba que le ensombrecía el rostro.

Mi boca se secó, mis labios se marchitaron, la sensación de mareo me dominó. Retorcí las manos hasta casi desencajarme los dedos. Terror, un terror como no había sentido antes, me inundó.

Estaba a sólo unos segundos de enfrentar mi mayor temor, ese miedo que me paralizaba y enfriaba el cuerpo.

—Leah —musitó débilmente a sólo un suspiro de mí.

Y luego mis manos estuvieron en su pecho, reaccionando rápida e instintivamente. Lo empujé y huí corriendo del lugar.

No asistí a ninguna de mis clases durante el resto del día, tampoco fui a rendir la prueba de Biología que me tocaba en el tercer bloque. No quería volver a observarlo, no quería volver a ver a ninguna persona. Por el momento, lo único que deseaba era enterrarme en la miseria durante el resto del día. Y así se lo dejé entrever a Bella, cuando, cada vez que entró al cuarto entre los cambio de bloque para verme, me encontró dormida. Al llegar la noche, tuve que explicarle que me había sentido mal, aunque estaba segura que no me había creído del todo la mentira.

En pocas palabras, mi día transcurrió entre lágrimas derramadas, ocultas en el baño de la habitación, odiándome por ser tan imbécil, por ese miedo estúpido que detestaba con todo el corazón y que sólo hacía que aborreciera más a ese hombre que me hacía maldecir mi fobia. Si O'Connor no existiera, podría convivir con ese problema.

Filematofobia: miedo a ser besada. Sí, estúpido, ridículo y, si no me hubiese ocurrido a mí, jamás hubiese imaginado que existía una fobia así de tonta. Pero la tenía y debía convivir con ella cada día, cada hora, cada minuto y segundo.

Desde los trece años que tenía esa fobia y, hace más de cuatro años, que no podía besar a alguien sin que ese miedo ilógico, enfermizo e irracional acudiese a mí.

En el tiempo que la valentía aún no me había abandonado, había intentado deshacerme de la fobia. Tenía quince años y, harta de todo, harta de estar corriendo cada vez que un hombre se me acercaba, había besado a un vecino. Había bastado con que nuestros labios se tocaran, para que el miedo me contrajese el estómago y terminase corriendo despavorida, como si cientos de fantasmas me persiguiesen. Y era así, porque el miedo más grande que tenía corría detrás de mí.

Lo peor de ese terror ilógico, era que por culpa de mi fobia la gente tendía a pensar barbaridades por mi comportamiento arisco. Y no podía portarme de otra manera, no cuando sabía que, si le sonreía a un hombre, éste podría intentar salir conmigo para terminar la cita con un beso.

Debido a eso, mi carácter era más que conocido en la escuela. Es más, si le pudiese preguntar a las personas cómo me describirían, dirían algo como esto:

«Leah es feminista.»

«Leah odia a los hombres.»

«Leah no depende de los hombres.»

«Leah es difícil, nunca ha estado con un alumno de la escuela.»

«Leah es el premio inalcanzable del internado.»

«Leah es demasiado inteligente para caer rendida a los pies de un hombre.»

«Leah tiene el corazón de piedra: nunca se enamorará de un muchacho.»

Leah aquello, Leah esto otro.

Todo lo anteriormente mencionado era mentira. No era feminista, no odiaba a los hombres; sólo que no quería que se acercaran a mí, porque si lo hacían intentarían besarme... y, Dios, eso no podía ocurrir. Sólo era difícil, porque no soportaba la idea de tener una cita con un hombre y que éste pretendiese acercar nuestros labios. Pero la última era la que más me dolía.

«Leah tiene el corazón de piedra: nunca se enamorará de un muchacho.»

Era una blasfemia: yo estaba enamorada. Aunque no podía admitirlo porque él intentaría salir conmigo y trataría de besarme y yo no podría y... y... todo se arruinaría. Por esa razón, le hacía creer a todos que lo odiaba, que lo detestaba, que jamás podría salir con él; sabiendo que todo era una vil mentira creada para ocultar ese temor tan ridículo.

Era patética. No, era más que patética. Llegaba a ser despreciable por los niveles de patética que alcanzaba.

Me despreciaba. Después de cuatro años todavía no me cabía en la cabeza que yo (¡Yo!) le tuviera terror a algo tan inofensivo como un beso. Y nunca me hubiese molestado tanto esa fobia si O'Connor no fuera tan apuesto, tan sexy, tan *besable*. No me molestaría temer a un beso si él no existiera en mi mundo, pero existía y eso hacía que odiara mi miedo y, por ende, me terminara odiando a mí....

Era patética.

Di un largo suspiro, al mismo tiempo que el rostro de Jam... O'Connor pasaba por mi cabeza. Aún lo recordaba a un suspiro de mis labios... y desearía poder besarlo, pero... ¡Agh! ¡Estúpido miedo que no me dejaba cumplir mis fantasías! Me sentía frustrada y enojada (en cierto punto) con el hombre que me había provocado la fobia.

El culpable era mi mejor amigo de la infancia. Se llamaba Alex y había desaparecido tan repentinamente de mi vida, que no sabía si extrañarlo u odiarlo por todo. Lo último que había sabido de él, era que su tío se los había llevado a su mamá y a él (su padre había muerto cuando era un bebé) a otro país.

Mi fobia había comenzado con una simple confesión de él, luego de haber insistido durante horas para que me respondiera.

«Nunca he dado un beso», había soltado.

Yo tenía doce en ese tiempo y él catorce años, y la razón del por qué le había hecho una pregunta así a Alex, era porque había visto a uno de mis compañeros de clase besándose con lengua con una muchacha un año mayor que nosotros.

Me había ocasionado curiosidad la escena que me había quedado contemplando. Hasta esa edad nunca había visto un beso de ese estilo, y mucho menos dado por un chico de mi edad. Y había sentido una curiosidad morbosa por el proceso, lo admitía, era culpable por ser perversa desde pequeña.

Le había insistido a Alex para que me besara con lengua y así los dos podríamos explorar juntos ese universo desconocido. Tenía que reconocer que Alex se había negado en reiteradas ocasiones, pero yo, con lo cabezota y testaruda que era (y que seguía siendo), no me había dado por vencida.

Ocupé la técnica que siempre me había dado resultado con Alex: me enojé y no le hablé durante tres horas.

Ahora que recordaba aquello, hubiese preferido que Alex nunca me hubiese rogado que lo disculpara.

Y bueno, el beso, por decirlo de una forma sencilla, había sido H-O-R-R-I-B-L-E. Algo casi salido de una película de terror, porque, durante los treinta segundos que duró el juego de lenguas, no había podido respirar. Y es que la lengua invasora de Alex se había metido por mi garganta, como si quisiera tocar mis amígdalas (las que, estaba segura, había llegado a rozar). Cuando al fin había logrado posicionar mis manos sobre su pecho para apartarlo, tenía toda la cara con saliva y con la extraña sensación de que había sido violada bucalmente.

Debido a esa experiencia traumática, por el momento, mi curiosidad por los besos se había extinguido. Incluso me irritaba al escuchar a mis amigas hablando de lo maravilloso que era besar a los chicos, y más me enojaba cuando las veía besar a hombres que habían conocido esa misma tarde.

Pero por sólo un año se extinguió mi curiosidad. Tenía unos trece años en el momento que los deseos por besar a alguien volvieron. Tanto oír hablar de lo maravilloso que era todo ese mundo, había hecho que me convenciera de que los recuerdos de mi beso eran peores de lo que en realidad había sido.

Como no tenía confianza con nadie más que con Alex y como supuestamente, durante ese año en el que yo había estado oculta entre las sombras, mi amigo no se había detenido en la búsqueda de llegar a ser un maestro en la materia, le había vuelto a pedir que nos besáramos.

El pobre de Alex había cumplido con mis deseos nuevamente. Y no había que agregar nada más para que quedase en claro que no me había gustado nada de nada.

Desde ese día odiaba los besos y todo lo relacionado a aquello. Y como O'Connor estaba directamente relacionado con aquello, no me quedaba otra que detestarlo por hacerme recordar mi desgracia. Por eso lo odiaba y lo seguiría haciendo: era más fácil y así evitaba pensar en mi trauma.

—Estúpido O'Connor — musité, sin poder evitarlo.

—¿Con quién hablas? —preguntó una voz a mi lado.

Por segunda vez consecutiva en el día, hablado en estado semiconsciente.

Con el corazón en un puño, abrí los ojos con rapidez y me senté en el colchón.

Bella estaba al costado de mi cama con su pijama puesto, mirándome con curiosidad. El cabello castaño le caía por un costado del rostro, resaltando aún más las lindas, pero sencillas facciones que tenía.

—Estaba dormitando, Bella — contesté.

El nombre de Bella, no se pronunciaba como se escribía. Se decía *Bela*, más italiano que inglés.

En nuestra escuela, a pesar de vivir en un país con idioma el español, existían muchos nombres y apellidos extranjeros, por el fuerte mestizaje que existía. Las clases más altas, como lo que ocurría en el internado, abundaban los nombres en inglés y europeos. En la clase media, mayoritariamente eran nombres latinos o una combinación de nombres ingleses, españoles, franceses. En cambio, la gente más pobre, tendía a poner nombres muy latinos o ingleses combinados con el español. Por ejemplo, Brayatan.

Es por eso que, en mi familia, mi mamá se llamaba Margarita (aunque algunos le decían Margaret), mi papá Arturo, mi hermano mayor Cristóbal, el de al medio Josh y yo Leah. Una horrible combinación de nombres. Con respecto a mi apellido inglés, lo tenía porque, a pesar de ser de clase media, un antepasado, mi tataratata (y tal vez más tata) abuelo había sido un ciudadano inglés. Había sido un ciudadano pobre, que se había marchado de Inglaterra para buscar mejores oportunidades. No las encontró, pero por esa simple razón yo tenía apellido inglés, a pesar de no ser millonaria.

Bella hizo una mueca con los labios.

—Eso de hablar en tu estado semiconsciente te traerá muchos problemas — comentó, alejándose de la cama y sentándose en la suya.

Le había dado en el clavo con el comentario, y eso que no sabía lo que me había ocurrido esa mañana... o tal vez sí, pero yo era demasiado cobarde para preguntarle. Además, estaba la posibilidad que no lo supiera y, preguntándole, le terminaría contando. Así que decidí no decir nada; algunas veces era mejor guardar esos instantes de vergüenza para uno misma.

—Créeme que lo sé — dije. Me puse de pie y bostecé sonoramente—. ¿Qué hora es? —pregunté, al ver las otras dos camas ocupadas, que estaban frente a la mía y la de Bella. Sus dueñas dormían plácidamente—. ¿Y con quién nos tocó?

Bella rodó los ojos.

—Llevas tanto tiempo durmiendo que no te has fijado en nada. —Suspiró. —Son las doce de la noche y esas cosas —Apuntó a las dos chicas. — son lo peor que nos podría pasar. Son Whitney y Brittany.

Gemí internamente. No podía habernos tocado con dos peores compañeras de cuarto. A parte de ser insoportables, eran... bueno, eran un par de ratas de alcantarilla.

—¿Y no puedes intentar cambiarlas?

Se tiró a la cama con frustración.

—Mientras hibernabas como un oso, fui a hablar con la sosa Corell —Que era el nombre de la directora. —, pero la muy bruja no quiso.

No había más alternativa que hacerle frente a ese hecho. Realmente no sabía cómo podría enfrentar psicológicamente dos semanas con esas arpías.

—Por cierto, Leah —siguió, volteando el rostro para observarme desde su posición—, ¿qué te ha sucedido hoy? Y no me vengas con eso de que te sentías mal. No te pregunté antes por respeto.

Como Bella era capaz de oler una mentira apenas uno comenzaba a hablar. Era como un ave rapiña de las mentiras.

Me encogí de hombros.

—No quiero hablar de ello ahora, tal vez otro día...

Antes de que terminara de hablar, un cojín se había estrellado contra mi rostro.

—Por perra —dijo Bella.

Se dio vuelta en la cama, me dio la espalda y se tapó.

Con eso dejaba zanjada la conversación, conversación que no olvidaría. Y mientras veía el cuerpo de Bella relajarse hasta dormirse, yo seguí despierta. Había dormido tanto durante el día que sabía que, si esa noche lograba conciliar el sueño, sería ya muy entrada la mañana.

No había otra cosa que hacer que contar ovejas, ovejas que, en un momento de la noche, se convirtieron en muchos O'Connor saltando una cerca y luego esa cerca se transformó en besos.

Un beso para Leah, dos besos para Leah, tres besos para... quinientos ochenta y ocho besos para Leah...

Muchos besos para Leah después, me quedé por fin dormida.

3

LA CARTA.

Al otro día me desperté con el humor negro. Me había quedado dormida demasiado tarde y el dolor de cabeza, que me destrozaba el cráneo, alcanzaba niveles insospechados; además, el hecho de que mi despertador no hubiese sonado esa mañana, sólo hacía que mi estado anímico empeorara. Y mi apariencia desastrosa, como los ojos inyectados en sangre, que me convertían en la prima perdida de un maldito vampiro, no ayudaba en nada. Lo peor de todo, después de haber corrido por la habitación en busca del uniforme y no hallar uno de los zapatos, fue bajar los cuatro pisos y encontrarme de cara a la última persona que deseaba ver ese día.

James O'Connor estaba parado frente a mí, con una sonrisa tan grande que me irritó por completo. Y recordar todo lo que me había hecho pasar la noche anterior, por el casi beso que me había dado, hizo que la molestia se convirtiera en un odio, tan profundo, que no pude controlar.

—¡Te odio, James-imbécil-O'Connor! —

Sí, eso había sido infantil, pero me hizo sentir mejor.

O'Connor me contempló sorprendido.

—¿Qué hice ahora? ¡Si solo pasé tranquilamente por frente tuyo! —reclamó.

Rodé los ojos. Joder, joder, maldito dolor de cabeza. Chasqué la lengua y respondí:

—Ahí tienes tu respuesta: te cruzaste en mi camino. Y eso es algo malo, sobre todo hoy que estoy de mal humor. —Lo fulminé con la mirada, para dejar en claro lo dicho; aunque eso estaba demás, mi rostro lo decía todo. — Así que no me provoques esta mañana, O'Connor, porque hoy te odio por el sólo hecho de existir.

Dio un suspiro largo que sonó triste y me observó fijamente, analizándome con la mirada.

—No entiendo por qué me aborreces tanto. —Cuando intenté abrir la boca, para explicarle otra vez a esa cabeza hueca por qué lo detestaba, levantó una mano para interrumpirme y siguió: — Por favor, Leah, no comiences de nuevo con ese estúpido monólogo titulado «Mi odio a James O'Connor». Ya me lo sé de memoria de tanto que lo repites. —Al comprender que no estaba llegando a ningún punto con el

discurso, lo apuré con un gesto de manos. — Y a pesar de todo el odio que derrochas hacia mí como dagas asesinas...

—Mira —lo interrumpí—. Si me vas a pedir una cita, otra vez, ten por adelantado un enorme no.

Soltó un resoplido indignado.

—No todo gira a tu alrededor, *Howard* —dijo, escupiendo mi apellido con molestia—. No quería pedirte una cita, sólo iba a mencionarte que la señora Smith tiene una carta para ti. —Apuntó el mesón de la mujer. — Me dijo que lo buscaras en el primer cajón a mano derecha.

Dejándome con la boca entreabierta, se dio media vuelta.

—¡No quiero ni una mierda de carta! —le grité, histérica.

Lo vi encogerse de hombros.

—Tu carta, tu problema.

Salió del edificio azotando la puerta detrás de él.

Por mucho que me prometí no ir a recoger la carta, hasta que la mismísima señora Smith me la entregara en las manos, en el descanso entre el primer y segundo bloque, me encontraba escondida detrás del mesón, rebuscando mi carta en el cajón que había mencionado O'Connor. La curiosidad me había ganado. ¿Quién me habría escrito? ¿Sería un enamorado secreto? ¿Dinero? ¿Había ganado algún concurso al que no había participado?

Las ideas flotaban por mi mente hiperventilada, mientras removía los papeles que estaban en el cajón. Un pequeño sobre blanco con una sencilla letra escrita a mano, que decía «Para Leah Howard», apareció frente a mis ojos. Lo agarré casi con manos temblorosas y la llevé a mi pecho. Tenía que ser la carta de un admirador.

Corrí hacia la habitación que compartía con Bella y dos ratas. Una vez resguardada en ese sitio, abrí el sobre y saqué la carta escrita en un arrugado pergamino amarillo. Estaba más que claro: era de un admirador. Sólo una persona con esos sentimientos hacia mí, habría comprado pergamino amarillo para escribir una carta.

La desdoblé, y el corazón cayó hasta mis pies entumecidos.

«Por perra vas a morir»

La carta se deslizó entre mis dedos y, en una danza por el aire, terminó en el suelo, siendo inmediatamente aplastada por mi pie. Simplemente, era demasiado temprano para estar recibiendo ese tipo de cartas, y tampoco estaba de humor. Sin embargo, a pesar de que estaba demasiado enojada como para estar recibiendo amenazas a través de una carta, la histeria comenzó a deslizarse sigilosamente por mi cuerpo.

Solté una carcajada, intentando reírme de la situación para no largarme a llorar como una maldita maniática. De seguro era una broma de O'Connor.... Sí, eso tenía

que ser. No había más explicaciones que aquella: O'Connor era el culpable de todo. ¡El muy hijo de pe...! Lo iba a matar, lo iba a descuartizar... ¡Agh!

Respiré agitadamente y decidí marcharme de la habitación. Recogí la carta y la guardé en el bolsillo del uniforme, para luego azotar la puerta al salir del cuarto. Me dirigí a la siguiente clase echa una furia. Antes de lo planeado, estaba a unos metros de la sala de clases. Y apoyado en la puerta, riendo estúpidamente con dos rubias tinturadas, estaba O'Connor.

—¡O'CONNOR! —rugí.

Las manos me tiritaron, las piernas me temblaron; todo mi cuerpo se estremecía por el miedo de la carta entremezclado con la ira que sentía por ese imbécil. De mis ojos saltaron un par de lágrimas por la cantidad de emociones que me invadían, que me asfixiaban, que me dejaban espantada, indefensa, débil... *temerosa*. Tan temerosa que no lo comprendía. Nunca me había sentido así, nunca.

O'Connor dio un pequeño brinco y giró la cabeza para observarme. Al ver mi rostro, desapareció la sonrisa y la preocupación se dejó entrever en los hermosos ojos azules. El muy maldito se atrevía a preocuparse por mí, cuando él me había hecho la broma. Simplemente, no podía aceptarlo.

Pisando fuerte, me acerqué a su lado en un par de zancadas. Estrellé la mano contra su mejilla y estaba a punto de hacerlo otra vez, cuando me afirmaron el brazo. Intenté soltarme, pero era imposible. Volteé levemente la cabeza para fijarme quién me sujetaba.

—¡Blair, suéltame! —chillé.

No lo hizo.

Las rubias de mentirijillas corrieron al interior de la sala, donde ya todos estaban atentos al espectáculo.

—No hasta que expliques por qué lo golpeaste.

Blair apuntó a O'Connor, quien se acariciaba la mejilla inflamada con aire desconcertado.

—¿Por qué lo golpeé? —La respiración me salía agitada. Tomé aire pesadamente. — ¡¿Por qué lo golpeé?! ¡Pues lo hice porque es un imbécil!

Mis ojos se llenaron de lágrimas: la adrenalina comenzaba a desaparecer, convirtiendo en un desastre a mis emociones.

—Leah... —susurró O'Connor, estirando una mano para acariciarme.

Alejé el brazo con un manotazo.

—¡No me llames Leah! —exclamé, tiritando—. ¡Para ti soy Howard!

Las cabezas de todos los alumnos, que había en la sala de clases y en las aulas que estaban en el mismo nivel, comenzaron a asomarse al pasillo para ver el espectáculo. Ya podía oír el sonido de los cotilleos por mi comportamiento. Nunca había sido bienvenida en ese internado por mi clase social y ahora, golpeando a uno de sus líderes, me estaba ganando aún más el odio de todos.

Cerré los ojos y me masajé la sien.

—Pero no entiendo, *Howard* —dijo O'Connor, recalcando mi apellido—. Siempre me has considerado un imbécil, pero jamás me habías golpeado por ello. Y que recuerde no te he hecho ninguna broma desde ya... —Pensó un par de segundos. —unas cuantas semanas.

Lo fulminé con la mirada por eso último.

—¡Mientes! —rugí. Toda la ira había vuelto a mí—. Me has hecho una maldita broma hoy.... ¡¿Cómo te atreves a mentirme mirándome a los ojos?! —Pestañeeé con fuerza para eliminar el picor. — Hasta hoy tus bromas nunca habían sobrepasado la raya, pero con ésta lo has hecho.

O'Connor y Blair se observaron.

—¿Qué le hiciste a esa mujer? —Me apuntó. — Ahora la dejaste más loca de lo que ya estaba.

O'Connor arrugó la frente, extrañado y pensativo.

—Pero si no hice nada —respondió, y luego sus ojos azules se fijaron en los míos. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro que sólo fue audible para mí—. ¿Fue por lo de ayer en el pasillo? Si fue eso lo que te molestó... lo siento, Howard. No sabía... en verdad, no pensé...

Parecía una eternidad desde el casi beso.

Lo detuve, enojada porque se estuviese haciendo el desentendido, y le enterré mi dedo índice en el pecho.

—Sabes que no fue eso —repliqué.

—No sé de lo que hablas —insistió.

—¡No te hagas el desentendido! —exclamé, perdiendo las riendas de la situación una vez más.

—¡Pues no sé de lo que estás hablando! —rugió, furioso.

—¡¿Tan estúpido eres que ya has olvidado la carta que escribiste y me mandaste?! —

O'Connor abrió la boca a punto de gritar algo. Luego la cerró y arrugó el entrecejo. La abrió de nuevo, después la cerró otra vez. Estaba mudo, sin palabras porque lo había descubierto.

—¿Carta? —preguntaron Blair y O'Connor a la misma vez. El último de ellos siguió: — ¿Qué carta? No te he enviado ninguna carta... —Me lanzó una mirada indignada. — No soy tan baboso como piensas. Sabes, Howard, tengo un poco de orgullo y estoy intentando mantenerlo. Y esta escena —Apuntó a su alrededor. — no me está ayudando, mucho menos ahora que fui golpeado por una arpía.

Lo observé cabreada, pero no pronuncié palabra. Saqué la carta arrugada del bolsillo y se la estrellé contra el pecho. De inmediato, Blair se puso al lado de O'Connor para leerla, mientras, los que estaban al interior de la sala, miraban con curiosidad la espalda de ambos hombres.

Ambos hombres parecieron petrificarse en el lugar, incluso Blair se veía molesto.

—James, ¿no crees que te has pasado esta vez? —preguntó.

A O'Connor parecieron salirse los ojos de las orbitas.

—¡No he sido yo! —Golpeó la hoja. — ¡Ni siquiera es mi maldita letra!

Blair clavó de nuevo la vista en la carta.

—James tiene un punto, Howard. No es su letra —acotó, en voz baja para que nadie más lo pudiese oír.

Agarré la carta y la observé con atención. Mi estómago hizo una voltereta mundial antes de caer al vacío. Blair tenía razón: esa no era la letra de O'Connor.

El miedo hizo un nudo en mi garganta. Si no era una broma de esos dos... entonces, era una amenaza real.

Durante todo el resto del día, mis nervios estuvieron a flor de piel. Y el hecho de que O'Connor y Blair no dejaran de lanzarme miradas de soslayo, sólo hacía que el miedo volviera a florecer en mi cuerpo; además, las ganas asesinas de golpearlos que me invadían cada vez que oí sus pasos detrás de mí, siguiéndome como una mala imitación de sombras, eran casi descontroladas. Sin embargo, no me atreví a decirles nada. Después de todo, me ayudaban a que el dueño o dueña de la carta, no se me acercara. Aunque claro, con la cara de imbéciles que tenían esos dos, de tanta ayuda no servían. Y eso lo comprendí en esa misma noche.

Después de dejar a Bella, en el hall del edificio, subí las escaleras para ir a darme una ducha. Recé durante todo el camino para no encontrarme con las otras dos ratas con las que compartía habitación, debido a que yo no sabía si una de ellas -o tal vez las dos- era(n) la(s) responsable(s) de la carta. No quería arriesgarme a ser asesinada en mi propio cuarto.

Abrí la puerta de la habitación y me fijé que estaba vacía. Entré muy campante al cuarto y caminé hacia el baño, quitándome el uniforme y lanzándolo lejos. Estaba desabotonándome la camisa, luego de haber tirado la corbata lejos, cuando me percaté que no había llevado mi ropa de cambio. Salí del baño y me acerqué a mi cama. En ese instante, mi cuerpo quedó paralizado.

Sobre la ropa de cama, había un paquete un poco más grande que una caja de zapatos.

«Para Leah Howard», tenía escrito con la misma letra que la carta de la mañana.

Algo me dijo que no debía abrir el paquete, que tenía que lanzarlo por la ventana de la estancia y olvidarme de ello. Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte.

Así que ahí me encontraba yo, estirando las manos y destapando la caja.

Di un grito y lancé el paquete lejos, el que se estrelló contra la pared. El gato degollado que estaba dentro, cayó en el piso inerte.

—¡No! —grité desesperada, alargando la palabra.

Me iba a morir. ¡Me iba a morir, por Dios!,

Corrí al baño y me encerré en él, llorando amargamente. Me apoyé contra una pared y me deslicé por ella, hasta que mi trasero semidesnudo tocó el frío suelo de baldosa.

Repentinamente, oí que la puerta de la habitación se estrellaba al ser abierta de golpe. De seguro era Bella que me había oído gritar. Me sequé las lágrimas con la manga de la blusa y croé:

—¡Bella, voy a morir! ¡Por Dios, voy a morir! —sollocé—. ¡Un lunático me va a matar y hay tantas cosas que no he hecho y dicho! —Mi cerebro, literalmente, estaba en una histeria que iba más allá de lo razonable. — ¡Tengo tantos secretos que no te he confesado! —Fue en ese momento que sentí como vomito verbal salía de mi boca, sin poder ser controlado. — ¿Sabías que cuando era pequeña me oriné en un supermercado? Y me comí los mocos durante toda mi niñez y que no dejé el biberón hasta los siete años. Hace un tiempo desapareció mi sostén favorito.

Tomé aire, sin poder callar todas esas cosas que escapaban de mis labios.

»¿Sabes que soy virgen, Bella? Porque sí, lo soy. Te mentí cuando te dije que hace mucho tiempo había tenido un novio. ¿Recuerdas cuando desapareció tu chaqueta preferidas? Yo la boté, porque era horrible y te gustaba demasiado como para haberte mencionado que la tirarás.

»Mi primer beso fue con Alex, mi amigo de la infancia, y me traumó. No he besado a nadie desde los quince años. Me encantan mis senos y me gusta saber que O'Connor está enamorado de mí.

»Desde que entré a esta escuela, he pensado que O'Connor es jodidamente atractivo. Es sexy como un demonio. Y una vez entré a los camarines de gimnasia masculinos por equivocación y casi vi a O'Connor desnudo. Desde ese momento que deseo tocar su trasero.

Oí a Bella tropezándose con la cama y cayendo. Pero seguí, incapaz de detener ese vómito verbal.

—Hace un par de semanas entré en la habitación de O'Connor y me robé una camisa de él. Y Una vez soñé que estaba teniendo relaciones sexuales con O'Connor y me encantó. También, la otra vez hice un trato con Blair: él me daba algo de O'Connor y yo le daba tú tanga preferida, es por esa razón que no la encuentras.

Me arrastré hasta uno de los baño y saqué papel higiénico. Me soné sonoramente, mientras oía a Bella caminar hacia la puerta.

—Y, Bella, el secreto que nadie sabe y tú serás la primera en conocer, es que no odio a James O'Connor. Sólo digo que lo detesto para esconder lo que de verdad siento por él. Me encanta, me fascina su sonrisa, amo su pelo desordenado, su olor y que sea arrogante. Me da gracia lo que hace, sobre todo cuando me observa con una sonrisa para ver qué opino de ello.

»Me gusta tanto que una vez escuché decir a O'Connor que le encantaban las rubias y ese fin de semana, me tinturé de rubia, pero me quedó horrible. Tuve que volver a tinturar mi cabello de rojo. Por eso una vez me preguntaste por qué mi pelo se veía diferente.

»La semana pasada O'Connor iba caminando adelante mío y no aguanté la tentación; le toqué el trasero, pero luego fingí que me había tropezado y me había afirmado en su trasero para no caer.... Lo que fue extremadamente estúpido.

»Sé que una vez te acostaste con Blair y me he bañado en la piscina de la escuela desnuda, a pesar de que no sé nadar. Así que, técnicamente, sólo me metí en la orilla y chapoteé un poco.

Me volví a sentar contra la puerta, necesitando fehacientemente decir todas esas cosas, pero demasiado humillada para darle la cara a Bella mientras las decía.

—Siempre he pensado en que un día encontraré a mi caballero de brillante armadura, pero cada vez que pienso en él, se me viene O'Connor a la cabeza y se ve tan lindo con la armadura puesta, que muchas veces pienso que él es mi verdadero caballero.

El vómito verbal estaba a punto de terminar, sólo me quedaba decir el secreto que más imperiosamente necesita escupir, porque siempre había sido el más ocultado, el que jamás, jamás se lo había revelado a alguien. Pero hoy era el día final.

—Mi fantasía es hacerlo con O'Connor en un granero sobre la paja. Y, sabes, no lo odio, ni tampoco me encanta —dije, pero bajé la voz cuando escuché que mi mejor amiga se comenzaba a mover por la habitación—. Yo... yo creo que estoy completamente y locamente enamorada de James O'Connor. Pero tengo filematofobia, Bella. Le tengo terror a los besos y todo por culpa de Alex. Es por eso que nunca he tenido novio y finjo que odio a O'Connor. —Levanté mi vista cuando oí demasiado movimiento en la habitación. — Y... ¿Bella? ¿No te estarás yendo?

Me puse de pie, presintiendo que algo malo iba a suceder. Caminé hacia la puerta y la abrí de un tirón.

Grité horrorizada, enfurecida, agobiada, mientras contemplaba petrificada a las dos personas que me miraban, con los ojos abiertos de par en par por haber sido descubiertos. Desde la puerta de la habitación, James O'Connor y Derek Blair me sonrieron débilmente.

4

RESPIRACIÓN BOCA A BOCA.

Largos segundos pasaron en los que sólo fuimos capaces de observarnos. Ellos me miraban y yo a ellos. El problema mayor, mucho más que el gato degollado que estaba aún inerte en el suelo (¡gracia a Dios!), era el hecho que estaba casi desnuda. Mi blusa aún colgaba abierta y se podía divisar mi ropa interior blanca. Eso sin contar mis piernas que necesitaban una depilación.

—Howard necesita con suma urgencia 1000 centímetros cúbicos de cera, parece la hermana perdida de Chewbacca³ —oí que susurraba Blair a O'Connor—. En realidad, me arriesgaría con unos 3000 cc, tanto pelo no puede ser liquidado con facilidad.

Enrojé de golpe. ¿Cómo...? ¿Cómo se atrevía...? ¡¿Cómo se atrevía?!

Furiosa, y eliminando el proceso racional de la situación, me agaché y agarré un zapato. Lo lancé con fuerza a la cabeza de Blair, golpeándolo fuertemente en la frente.

Se lo merecía por imbécil.

Le eché un rápido vistazo al gato y luego aparté la mirada de inmediato, sintiendo que comenzaba a sudar frío.

No pienses en ello, no pienses en ello. Haz como si el gato no existiera, haz como si el gato no existiera...

Se quejó con lágrimas en los ojos. O'Connor, por otra parte, sólo había trasladado las manos a la entrepierna, por si el zapato daba un rebote y lo golpeaba ahí.

—¿Q-Qué...? —tartamudeé, todavía demasiado sorprendida como para hablar correctamente, aunque me recuperé de inmediato—. ¡O'CONNOR! ¡BLAIR! —Levanté la voz al ver que Blair, con la frente marcada por una suela, y O'Connor, con las manos aún en sus partes nobles, empezaban a abrir la puerta. — ¡Deténganse inmediatamente si no quieres que les lance otro zapato!

³ Personaje de la película Star Wars, que se caracteriza por tener el cuerpo cubierto por pelo.

Se detuvieron y yo aproveché para arrancar un cubrecama de tirón y cubrirme las piernas de Chewbacca. Blair murmuró «Gracias, Dios, por alejarnos del tío Cosa⁴», mientras yo le agradecía a Dios por haberle dado la espalda al gato.

—¿Qué hacen ustedes aquí y dónde está Bella? —pregunté, ignorando el comentario humillante de Blair. Ya me vengaría de él... cuando lograra relajarme por completo y olvidar que había recibido un animal muerto en una caja. Por el momento, el saber que esos dos sabían la mayoría de mis secretos más profundos, hizo que olvidara momentáneamente al pobre gato y me centrara en lo otro.

Se miraron nerviosamente.

—Verás, Howard —comenzó diciendo Blair—, encontrarás divertidísimo lo que nos pasó.

Alcé una ceja.

—¿En serio? —pregunté.

O'Connor asintió.

—Lo que sucede es que somos muy buenos compañeros —habló por fin O'Connor—, y estábamos vagando por los alrededores, cuando te oímos gritar, así que vinimos a ver qué sucedía.

Tragué saliva, preguntándome cuántos secretos habrían escuchado esos dos. Mis hombros cayeron derrotados ante el recordaría del sonido de la puerta, el que había detonado que yo empezara a hablar. Por ende, los imbéciles habían oído todo.

Sabiendo eso por adelantado, aún así hice la pregunta.

—¿Cuánto escucharon?

—¿Oír qué cosa? —preguntó Blair, haciéndose el desentendido.

—Lo que estaba hablando... ¿cuánto oyeron?

Se observaron.

—¿Estabas hablando? —dijo O'Connor, casi tartamudeando—. Creo que no hemos oído nada. ¿Escuchaste algo, Derek? —Éste negó. — No sé lo que dices, Howard.

Ni por un segundo me creí la patética actuación.

Crucé los brazos y el cubrecama estuvo a punto de resbalarse por mi cadera. La alcancé a firmar justo a tiempo, y fulminé a Blair cuando lo escuché suspirar de alivio. El muy desgraciado se atrevía a exagerar de esa manera. Yo no era tan velluda.

—Entonces, si no han oído nada, ¿dónde está Bella?

Se miraron. Blair le hizo un gesto con las cejas a O'Connor para que respondiera, pero éste negó con un suave movimiento de cabeza. Blair lo terminó golpeando en las costillas con el codo.

—Bella nunca ha estado aquí —soltó O'Connor.

⁴ Personaje de la serie Los locos Adams, que se caracteriza por tener el cabello largo hasta los pies.

Su confirmación de lo que ya había sospechado, hizo que mi estómago cayera en picada libre. Mi corazón se detuvo por largos segundos y creí que moriría... que terminaría acostada al lado del gato degollado. Sin embargo, me recuperé rápidamente y con ello vino la ira; un enojo, una furia que se sentía como lava en las venas.

—¿Cuánto escucharon? —pregunté. Mi voz salió suave, casi como el susurro de una ninfa, aunque mortal como una arpía—. ¿Qué oyeron?

—¡Nada! —exclamaron de prisa.

Los fulminé con la mirada y agarré otro zapato del suelo. De inmediato, O'Connor cubrió su entrepierna y Blair chilló:

—¡En la cara no! ¡En la cara de nuevo no!

—Si no responden, tendrás otra marca de zapato en tu fea carota, Blair.

—Vale —Miró el arma de tortura. — Baja el zapato y respondo.

Lo tiré al suelo.

—¿Ahora sí? —indagué.

Blair se acomodó la ropa, nerviosamente.

—Para serte sincero, peli-peli, oímos todo. —Y ahí estaba otra vez la confirmación a todos mis temores. — Escuché... quiero decir, *escuchamos* completamente todo. — Mis ojos parecían querer escaparse de mi cara. — Desde que te habías orinado en el supermercado, hasta que estabas completamente enamorada de mi mejor amigo. — Soltó una carcajada, divertido. Por fin el desgraciado estado donde quería. — Tengo que admitirlo, Howard, te lo tenías bien escondido. Quién hubiese pensado que una persona como tú sentiría tanta pasión, ardor, calentura, por James. Con sólo pensar que este imbécil —Apuntó a su mejor amigo. — creía que lo odiabas. ¡Qué lo odiabas! Tanto deseo sólo podía ser oculto con el odio, ahora todo tiene sentido en mi cabeza. — Soltó un suspiro. — Algún día me gustaría probar si eres así de apasionado en el tango horizontal... o vertical o diagonal o como se te plazca... aunque no lo haré, porque James está enamorado de ti y no quiero acostarme con la sobrina perdida de un leñador.

Si se pudiera perecer de vergüenza, lo habría hecho en ese momento. Pero era más fácil olvidar que perdonar, así que no me quedaba otra que hacerme la estúpida, como si Blair no hubiese dicho nada.

Tosí, incómoda. Volví a recordar la presencia del animal que había en el cuarto y, de pronto, supe que no podría seguir ignorándolo, que no podría seguir pensando que tenía a un gato a unos metros de mí. Mis ojos estuvieron a punto de lagrimear por la idea de tener que volver a verlo.

—Ya que se han reído de mí —dije, con voz temblorosa—, lo mínimo que podrían hacer es sacar al gato de aquí.

Apunté al animal que estaba detrás de mí.

Dios, tenía que tranquilizarme. Di un largo suspiro entrecortado, en un intento desesperado para calmarme.

O'Connor hizo un gesto de asco, mientras que Blair se tocaba la barbilla pensativo y se acercaba al animal. Antes de que comprendiera lo que iba a hacer, agarró al gato degollado y me lo acercó.

—¡Este es el baile del gato degollado! —cantó.

Mi estómago se retorció y mis jugos gástricos lastimaron el fondo de mi garganta. Dios, me iba a desmayar, me iba a desmayar... ¡iba a vomitar!

—¡Aleja eso de mí! —chillé, descompuesta.

Pero Blair estaba demasiado ocupado moviendo los brazos del animal sin cabeza.

Mi visión se puso negra por los costados.

—*El gato volador, el gato volador, el gato volador.* —Agarró los brazos del animal y comenzó a hacerlo planear por la habitación. O'Connor sólo fue capaz de mirarlo horrorizado, mientras que yo tiritaba, sudaba frío y juntaba toda mi fuerza de voluntad para no desplomarme de golpe. — *Hubo una fiesta en mi barrio, llegó Don gato. Llegó el gato Tom. Llegó el gato Fenix. Llegó Silvestre. También vino...*⁵—Se detuvo. — Se me olvidó lo que seguía.

Lanzó al gato sobre mi cama.

—¡¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?! —chillé, perdiendo completamente el control de la situación—. ¡SÁCALO DE MI CAMA! ¡ESTÁ MUERTO, BLAIR! ¡MUERTO!

Oh, Dios.

Afirmé a la sábana, que cubría mi cuerpo, como si mi vida dependiese de ello.

Me iba a desmayar, me iba a desmayar.

Blair bufó.

—Dudo que un peluche pueda morir, Howard.

—¿Peluche? —preguntó O'Connor, mirando al gato degollado sobre mi cama—. Se ve bastante real.

Blair se acercó a O'Connor y lo empujó hasta que estuvo frente al animal.

—¿Ves que es un peluche y que eso es sangre de mentira?

O'Connor asintió. A continuación, los dos comenzaron a reír como imbéciles, al mismo tiempo que agarraban de nuevo al gato y empezaban a acercármelo.

—Cuidado, Howard, el gato de peluche va a revivir y te va a comer —bromeó O'Connor.

Tapé mi rostro con las manos, y el cubrecama cayó al suelo. Blair hizo un sonido de estrangulamiento y yo volví a cubrirme rápidamente con las manos heladas.

Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa.

⁵ Letras de una canción llamada "El gato volador", cantada por El Chombo.

¿Qué podía pensar...? Necesitaba una distracción, una distracción... Ah, sí, mi faceta no femenina. Sinceramente, no estaba tan velluda para que Blair exagerara de esa manera, además eran rojos y poco se notaban... entonces, ¿por qué hacía tanto escándalo? Solté un poco la sábana para dejar un pequeño espacio y poder ver mi cuerpo. En ese momento, comprendí por qué Blair hacía tanto escándalo y O'Connor sólo miraba: mi ropa interior se traslucía.

—Ahora por lo menos sabemos que es pelirroja natural —comentó Blair.

Luego, no soportándolo más, me desmayé.

Después de todo el incidente que había ocurrido con el gato-peluche degollado, mi faceta de Chewbacca y mi desmayo, me vi obligada a no sólo explicar que la caja me la había enviado el sicópata asesino, sino que también tuve que insistir en el hecho de que todo lo que habían oído no era más que una broma.

—¡Yo no amo a O'Connor! ¿Cómo podría ocurrírseles semejante cosa? Es más que obvio que yo sabía que eran ustedes y sólo les hacía una broma.

Pero por más que había dicho ese discurso, O'Connor siguió mirándome entre preocupado por mi desmayo y encantado, mientras Blair se observaba al espejo comprobando qué tan horrible le había quedado la frente.

Por otra parte, lo de mi fobia ni siquiera lo habían mencionado. Al parecer, esos dos no habían alcanzado a escuchar aquella confesión, debido a que aún no me molestaban con aquello. Aunque... tal vez estaban buscando... en realidad, nunca podría llegar a adivinar las cosas que podrían estar planificando dos personas como O'Connor y Blair. E intentar hacerlo, sólo me llevaría a la locura.

Lo peor de la noche, mucho más que todo lo anterior, fue cuando O'Connor y Blair se habían marchado por fin de la habitación, sin antes lanzar el gato a la basura y asegurarme que investigarían sobre quién me estaba enviando cosas. Sin dudarlo, había salido disparada hacia el baño y me había encerrado en ese lugar con mi nuevo enemigo: la cera. Pasé incontables horas de dolor en el cuarto de baño, aunque al final había salido victoriosa con unas piernas -y otras cosas más- depiladas. Sin embargo, por primera vez en mi vida, el dolor no fue tan horrible, ya que estaba demasiado aliviada de que el gato hubiese sido sólo un peluche, para preocuparme fervientemente por otra cosa. Todo, en comparación con el miedo que había sufrido esa noche, era un juego de niños. Y con eso incluía el dolor de una depilación.

Para demostrarle a esos dos imbéciles que ya no era *miss Velluda*, al otro día fui a clases sin pantimedia, a pesar de que estábamos a comienzos de otoño. Morí de frío durante todo el día, pero valió la pena cuando Blair, aún con su frente marcada por la suela de un zapato, y O'Connor pasaron por mi lado y se fijaron en todo el trabajo que había hecho.

—Vaya, no sabía que podías tener piernas tan bonitas debajo de tanto pelo, Howard —comentó Blair, con una sonrisa.

La manzana que había estado comiendo se convirtió en la nueva arma. Le lancé la fruta a la cabeza, la que golpeó con fuerza la parte posterior de su cráneo. Blair terminó cayendo como peso muerto y con el rostro enterrado en el suelo.

—Sí que tienes buena puntería cuando se trata de golpear a alguien —comentó O'Connor, mirando a su amigo desparramado por el piso en su estado más indecente. Se volteó a mirarme—. Hemos estado investigando sobre lo de la carta, pero no encontramos nada. Tal vez deberías pensar en decirle a alguien.

Negué suavemente con la cabeza.

—¿De qué serviría? —le pregunté—. Sólo me dirían que, lo más probable, sea una mujer celosa y que no hay nada de qué alarmarse.

Hizo una mueca con los labios.

—Pero ten un poco de precaución e intenta no andar sola por la escuela. No se te acercará si vas siempre con alguien.

Comenzó a marcharse, pero a último minuto, se giró y me lanzó esa sonrisa lenta y ladeada que hizo que apretara la caja de jugo que tenía en mi otra mano. El jugo se desparramó por todas partes, y no podía importarme menos.

—Por cierto, yo siempre he pensado que tenías bonitas piernas.

Sin más, se marchó pasando por arriba del cuerpo inerte de Blair y sin molestarse en levantarlo.

Sonreí. Había valido la pena el dolor.

Sin embargo, O'Connor no era la única razón por la que me había depilado la noche anterior. No, señor. Hoy me tocaba natación, y no podía ponerme el traje de baño de la escuela con esa apariencia, de seguro el entrenador se hubiese lanzado a la piscina creyendo que un Setter Irlandés⁶ había comenzado a nadar con sus alumnos.

Así que ahí me encontraba yo, en los camarines del gimnasio colocándome el traje de baño, orgullosa de mis hermosas y suaves piernas. Incluso tarareé, mientras me colocaba el gorro que me hacía parecer una mezcla de hada atropellada y elfo con distemper. Eso sin mencionar el traje de baño azul marino que me estrangulaba los senos y los hacía verse más grande de lo que eran. Me sentía como una ballena. En cualquier momento alguien gritaría *Salven a Willy*⁷, después me atraparían y me lanzarían a la piscina.

Con esa misma sonrisa idiota que andaba trayendo desde el halago de O'Connor, e ignorando monumentalmente el hecho de que alguien me quería muerta, salí de los camarines con la toalla envuelta a mí alrededor.

⁶ Perro peludo y medio pelirrojo.

⁷ Extracto de la película "Liberen a Willy", que trata de la liberación de una ballena.

Entré a un enorme gimnasio el que contaba con una piscina temperada, una cancha de basquetbol y voleibol; la cancha de tenis estaba al aire libre, cerca del estadio de fútbol.

Casi toda la clase estaba a orilla de la piscina, conversando animadamente a la espera que comenzara la clase. Supe de inmediato dónde estaban O'Connor y Blair, pues el montón de mujeres que los rodeaban era imposible de ignorar. Di un suspiro, preguntándome cuándo Dios había comenzado a odiarme tanto. Tenía cada una de mis malditas clases con esos dos imbéciles, exceptuando un laboratorio. Aunque era de esperar que compartiéramos clase, por algo éramos compañeros de curso.

Me senté en la orilla de la piscina, lo más lejos del grupo que chillaba ante algo que estaba diciendo O'Connor. Lo odié en ese momento, pero mi malestar no se elevó más, debido a que Bella se había sentado a mi lado, con su brillante sonrisa perfecta y su cabello castaño escondido bajo la gorra.

—La escuela no nos debería obligar a ocupar estos gorros —comentó y luego dirigió una mirada molesta a las mujeres que gritaban—. Son tan ridículas, mínimo un poco de amor propio. ¿Es que no se dan cuenta que James está enamorado de ti?

Solté una especie de sonido estrangulado.

—No lo está —repliqué.

Rodó los ojos.

—Si lo hubieses visto subir el único piso que los separaba como un demonio poseído cuando escuchó tu grito, pensarías lo contrario.

Gruñí.

—Lo que yo me pregunto es por qué no fuiste tú, sino que O'Connor y Blair, siendo que estabas con ellos.

Bella ya estaba enterada de lo que había sucedido ayer en la habitación... y también la mitad de la escuela. Agradecía que todos conocieran sólo una parte de la historia, la que O'Connor y Blair habían subido a mi habitación y me habían pillado semidesnuda. Por suerte, nadie conocía el resto. Nadie sabía mis secretos, ni lo del gato, ni que el sicópata había vuelto a atacar. Y lo prefería así, total, aún eran amenazas vacías que podía tolerar. De seguro eran de una mujer celosa o algo así. Aunque... también estaba la posibilidad que, con mi silencio, sólo estuviese favoreciéndolo. Así que había tomado la decisión de ver cómo procedía, si volvía a recibir aunque sea una carta, hablaría con la directora y le contaría todo.

La oí toser, incómoda.

—Estaba un poco ocupada, como para ir a salvarte de una araña —dijo simplemente. Le había mentado a Bella y le había contado que me había puesto a gritar porque había visto una araña sobre mi cama—. Además, presentí que James no necesitaba de mi ayuda para salvarte de lo que fuera.

Antes de que lograra seguir interrogándola, el profesor de natación entró al gimnasio e interrumpió nuestra conversación.

—¡Hola, alumnos! —gritó, pero éstos siguieron hablando. Sacó un pito del bolsillo y lo hizo sonar. Mis oídos se estremecieron por largos segundos—. Como ya todos saben, ésta es la primera clase de natación, a pesar de que las clases comenzaron hace casi dos meses. La piscina había estado en arreglo, debido a que se había quebrado por el sismo de hace unos meses. —Se detuvo unos segundos para tomar aliento. — Los iré llamando de ocho en ocho para hacerlos nadar y ver en qué nivel se encuentra cada uno.

Hizo sonar el silbato nuevamente y gritó ocho apellidos al azar. Recién en ese momento, me percaté de lo que estaba a punto de suceder. El profesor nos iba a hacer nadar y... ¡Y yo no sabía hacerlo! Es decir, podía hacerlo un par de metros estilo perrito, pero no ida y vuelta en esa inmensa piscina. Iba a morir ahogada, ese sería mi último día... aunque siempre estaba la posibilidad de ir donde el profesor y explicarle que no sabía nadar.

Decidida, me puse de pie, mientras veía a Bella y otros siete alumnos lanzarse a la piscina al toque del silbato. En ese mismo momento, alguien tocó mi hombro. Me giré para encontrarme... claro, con O'Connor y Blair.

—Ahora no, por favor, tengo que ir a hablar con el profesor —pedí cortésmente. Me solté del agarre de O'Connor para encaminarme hacia mi salvación.

—¡Claro! Ahora que lo recuerdo, ayer nos confesaste que no sabías nadar —me provocó Blair. Siguió con tono desinteresado—. ¿O me equivoco?

Mi espalda se tensó y me apresuré en voltearme otra vez y mirarlos horrorizada.

—¿Qué has dicho, Blair? —pregunté.

—Ayer nos confesaste que no sabías nadar, así que diría yo que ahora vas a hablar con el profesor para que no te obligue a lanzarte a la piscina.

Una gota de sudor frío se deslizó por todo lo largo de mi columna vertebral.

—Les dije que todo lo que habían oído era una broma, puras mentiras —repliqué, débilmente.

—¿Mentiras como la de la enorme araña sobre tu cama? —interrogó O'Connor—. ¿Así que sabes nadar?

Las palabras se trabaron en la punta de mi lengua, impidiéndome pronunciar ni siquiera una barbaridad. Si les decía que no sabía nadar, sabrían que todo lo confesado por mí ayer era verdad. Aunque todavía estaba la posibilidad de fingir que sí sabía nadar... pero eso no me salvaría de morir ahogada. Si simplemente me lanzaba, ya no tendría que preocuparme por esos dos y, lo mejor, por la persona que me quería muerta. Al final y al cabo, le facilitaría el trabajo y yo me ahorraría unos cuantos sustos más.

Era más que obvio lo que debía hacer.

—Pues sí, sí sé nadar.

—Estaremos impaciente por verlo —dijo Blair y sin más, se marchó. O'Connor se quedó un par de segundos a mi lado, mirándome.

—¿Estás segura que sabes hacerlo? —preguntó, preocupado. Bufé.

—Sí —mentí, haciéndome la valiente, aunque mi gallina interna cacareaba por la histeria y ya comenzaba a arrancarse las plumas a picotazos.

—No lo pareces —comentó. Apuntó mis manos con un movimiento de cabeza—. Cuidado, te destrozarás los dedos si sigues retorciéndolos de esa manera.

Se giró y se marchó. De inmediato, se me olvidó todo el miedo que tenía y es que tenía frente a mis ojos, para todo mi deleite, el culo de O'Connor, que se convirtió en mi medicina en ese momento de desesperación. Me quedé observándolo hasta que unos brazos mojados me envolvieron.

—Volví —dijo Bella, sin aliento—. ¿Hablaste con el profesor para que no te llamara a nadar?

Negué con la cabeza.

El profesor hizo sonar el pito y llamó a los siguiente ochos, donde yo estaba incluida en el lote.

—¡Howard! —gritó de nuevo cuando no me acerqué.

Agarré ambas manos de Bella y le susurré:

—Quiero flores rojas para mi funeral.

Me encaminé hacia el carril que quedaba. Sentí mis oídos pitear extrañamente y mi corazón latir con fuerza, luego mi cuerpo se introdujo en el agua.

—Parece que se murió —oí que alguien comentaba desde el otro extremo de un largo túnel. Extrañamente, me recordó a Blair.

Sentía mi cuerpo inerte, completamente flojo. Mi cabeza rebotaba con cada paso que daba la persona que me cargaba entre sus fuertes brazos. En mi estado semiconsciente, me pregunté si mis senos se estarían comportando bien y no escapándose del bañador que me hacía ver como la ballena *Willy*.

¿Había muerto? ¿Mi psicópata personal se había convertido en mi asesino?

—¡Abran paso, estúpidos!

¿Era Bella la que había hablado?

De pronto, el suelo frío estaba contra mi espalda. Alguien me agarró el rostro y abrió mi boca con las manos.

—¡Córrase, alumno! —retó alguien a la persona que me había cargado y que tenía abierta mi boca como esas muñecas inflables que ocupaban los hombres para satisfacer sus necesidades... eh, perversas—. Yo debo darle respiración boca a boca.

¿Respiración boca a boca? Lentamente mi cerebro nubloso comenzó a procesar esa información. ¿A quién le iban a dar respiración boca a boca?

—No, yo lo haré —parecía ser la voz de O'Connor.

—¡Leah se está muriendo, que alguien haga algo!

¿Yo me moría? ¿Realmente me había muerto? ¿Cómo era posible eso si seguía pensando...? ¡Un momento! Eso quería decir que... ¡A mí me iban a dar respiración boca a boca!

Abrí mis ojos de golpe, en el preciso momento que las manos de alguien abrían de nuevo mi boca y la cabeza de O'Connor se acercaba a mi yo desmayado, con sus labios cada vez más cerca de los míos para darme un beso.

Moví mis manos con desesperación y las posicioné en el pecho cálido de O'Connor. Lo empujé con toda la fuerza que tenía, mientras me sentaba.

—¡ESTOY VIVA! ¡ESTOY VIVA! —chillé, observando a mi alrededor—. No necesito respiración... no necesito que me revivan. No morí.

Tomé aire agitadamente y contemplé a O'Connor que me miraba aún demasiado cerca. A continuación, sus brazos estaban a mí alrededor, estrangulándome contra su cuerpo placenteramente caliente y húmedo.

—¡Suéltame, O'Connor! —exclamé, aunque internamente gemía de deleite.

«Sigue así, O'Connor, hazme tuya. Viórame.», pensé.

El chico me soltó, pero de inmediato Bella era la que me abrazaba.

—Así que, Howard, no sabes nadar —comentó Blair con una sonrisa divertida—. Al parecer todo era... verdad.

¿Por qué había revivido? Debí haber muerto ahogada ese día por diversas razones. Partiendo por el hecho de que ahora tenía que afrontar a unos O'Connor y Blair que sabían mis más oscuros deseos y pensamientos. Siguiendo por la larga charla que tuve que soportar por parte del profesor de natación, donde me reprendió, en diferentes tonos, mi estupidez por haberme lanzado a la piscina siendo que no sabía ni siquiera flotar. Continuando con el hecho de que alguien me odiaba lo suficiente para arriesgarse a mandarme cartas con amenazas de muerte. Y terminando con el más perturbador: aún no podía sacar de mi cabeza la imagen mental de James O'Connor en bañador. Tal vez nunca pudiera olvidar ese micro traje de baño, que no dejaba nada para la imaginación. Y cuando decía nada, era nada. Lo que era bueno, porque evitaba que pensase en cosas más horribles y entrase en un colapso nervioso e histeria.

Mi vida, después de todo, no era una mierda completamente.

5

¿QUIERES SALIR?

El internado era un lugar, en general, aburrido. El primer año que estuve ahí me parecía genial, porque estaba en un mundo nuevo para mí. Sin haberlo previsto, había entrado a un universo completamente diferente, donde todos eran millonarios que tenían enormes mansiones y un par de casas que sólo utilizaban un par de semanas al año. Pensaba que había entrado al paraíso, hasta que comprendí que, por mi situación económica, la mayoría, por no decir prácticamente todos, me ignoraba. Era como si, simplemente, no existiera para ellos.

Al principio había sido triste, muy triste. Un par de noches me había descubierto llorando por aquello. Era horriblemente deprimente que todos te ignorasen por no tener tanto dinero como ellos, por no ir a sus fiestas, por no tener a padres con apellidos de renombre. Y, principalmente, por entrar al internado Highlands a través de una beca.

También descubrí, con el tiempo, que en Highlands, a pesar de ser una escuela para alumnos problemáticos, no había muchos problemas; sólo lo normal: alumnos saltándose clases, fumando en los terrenos u otros, más atrevidos, bebiendo de una petaca⁸ detrás de algún edificio. Luego comprendí que, realmente, no era una escuela para alumnos problemas, sino que más era un internado para personas cuyos padres no deseaban ver todo el día a sus hijos. Eso hizo que me compadeciera por ellos y ya no los detestara tanto por ignorarme como si no fuera más que un bicho molesto.

Como no tenía con quién hablar, decidí matar mi tiempo en alguna actividad. Highlands tenía varias clases luego del horario obligatorio, había cientos de deportes y clases avanzadas. Con los deportes fui un fracaso. Intenté meterme a danza, pero era tan tiesa como un palo. Cocina... uff, casi había hecho explotar la sala entera al intentar prender el fogón, así que me habían echado el primer día. En fútbol femenino había golpeado la pelota y le había dado a la entrenadora en la cabeza. En basquetbol me había terminado torciendo un dedo. Natación no, porque no sabía

⁸ Pequeña botella de metal para llevar licor.

nadar. En tenis no era capaz de pegarle a la pelota... En conclusión, un completo desastre para alguna actividad mínimamente entretenida.

Así que había terminado en clases avanzadas. Matemáticas avanzadas, física avanzada y todo avanzado. Pero me aburrí de ellas el segundo mes. No era divertido.

Al final, terminé tomando la decisión de estudiar por mi cuenta y leer. Me gustaba leer romance cutre, esas historias malas, que estaban relatadas en otra época. Las que más me gustaban, eran las de vikingo secuestrando a una pelirroja con un temperamento de mierda. Si soy sincera, me hacían creer que era yo la del libro, sólo que con otro nombre y en otra fecha y con un sujeto que no era James O'Connor, pero que yo fantaseaba que así...

Era, en un cierto punto, extremadamente patética.

Como ya no tenía clases a las que asistir luego del horario obligatorio, y a pesar de que me gustaba leer mucho, no podía pasar todo mi tiempo libre en eso. Y, como lo había estado esperando, volvía a aburrirme horriblemente en el internado. Así que les había suplicado a mis padres que me dejaran volver a mi antigua escuela, pero había terminado siendo escuchada por oídos sordos. Primeramente, porque no les había confesado hasta qué punto los alumnos del internado no me hablaban, y segundo, porque ese internado era lo mejor que me podía haber pasado. En la escuela pública, que había asistido anteriormente, era tan mala la educación que mi posibilidad de entrar a la universidad era casi inexistente. Era una escuela tan mala, que, en mi barrio, era conocido como "El gallinero", puesto que las rejas estaban forradas con esa malla para los corrales.

Tras meditarlo mucho tiempo, me di cuenta que, realmente, el internado era lo mejor que me podía haber sucedido. Sólo por esa razón, me encontré alzando más la barbilla e intentando convencerme que no me importaba que nadie me hablase. Y habría seguido en ese estado hasta el día de hoy, sino hubiese sido por el interés repentino que parecía tener James O'Connor en mí.

La primera vez que había visto a ese muchacho, había sido el primer día de escuela hace más de tres años. Yo me había encontrado luchando con mi madre para entrar al internado, aferrándome firmemente contra la reja de la escuela... hasta que había volteado el rostro y lo había visto. Se había encontrado medio inclinado, observándome. Después entendí que intentaba ver mi ropa interior, ya que, por el forcejeo, el vestido de la escuela se mecía y alzaba más de lo que parecía ser decente.

Muerta de ira por eso, me había soltado de mi madre, la que al verme entrar a la escuela se había marchado, y me había acercado hasta el chico. De pronto, me había sorprendido quitándome el zapato y lanzándoselo a la cabeza. Al tener una puntería perfecta, éste conectó contra su frente para después caer al piso.

—¡Tú, jodido perverso! —le había dicho, acercándome los últimos metros cojeando.

No me había detenido hasta tenerlo a sólo un metro de distancia, observándome los senos con la boca entreabierta.

Estaba tan enojada, partiendo por tener que asistir a una escuela que no quería, y siguiendo por el hecho de que ese ricachón creyese que tenía el derecho para verme de esa manera, sólo por ser más pobre que él. ¡Los zapatos que andaba trayendo él debían valer todo lo que tenía en mi bolso, por el amor de Dios!

Sin percatarme de lo que realmente estaba haciendo en ese momento, alcé la mano y lo golpeé con fuerza en la cabeza.

—¡Levanta la mirada, neandertal! No quiero miradas pervertidas como la tuya en mí.

Sus ojos se habían quitado de mis senos y me habían mirado directamente. Tenía los ojos más hermosos que había visto en mi vida. Eran tan azules que parecían resplandecerle en el rostro, bajo unas cejas negras y que sólo hacían resaltar la armónica distribución de su rostro.

Sus cejas se movieron; el muchacho estaba iracundo por mi atrevimiento

—¿¡Quién te crees que eres para venir a tirarme un zapato?! —exclamó, furioso.

Apareció otro chico guapo en escena y se puso a su lado, como si fuera un guardaespaldas.

—Linda puntería y gancho, pelirroja.

Una enorme sonrisa encantadora se deslizó en su rostro, todo contrario al empujón malhumorado que le dio el chico de ojos azules. Sin embargo, su sonrisa sólo hizo que me irritación creciera. Los odiaba sólo por el simple hecho de asistir a ese internado que detestaba con mi alma.

—¡Tú no te metas, niño rico! —Le enterré el dedo en el pecho del muchacho sonrisitas. — La cosa es entre tu amigo y yo. —Me giré hacia el otro joven. — ¡Si vuelves a intentar mirar mi ropa interior de cualquier forma, te mataré!

Técnicamente, no lo haría, pero eso era algo que él no sabía.

Meciendo mi cabellera hacia un costado, me giré y fui a buscar el bolso viejo que había dejado abandonado mi madre en la entrada de la escuela.

—¿Cómo te llamas? —escuché que preguntaba el, supuestamente, muchacho enojado.

—Qué te importa —contesté, agarrando el bolso y echándomelo al hombro. Me tambaleé por el peso.

Gracias a esa respuesta, había tenía que soportar todo un largo año que ese chico, cuando quería cabrearme, me llamara *Qué-te-importa* y no Leah.

De inmediato, observé que el joven que había hablado, se acercaba hacia mí con el pecho hinchado como si fuera un gallo a punto de conquistar a una gallina. Sin pedirme permiso y dándose una atribución que jamás le había permitido, me había quitado el bolso del hombro.

—Deja este trabajo para un hombre.

La ira había renacido en mí como un huracán. Le di un fuerte empujón y, mientras se tambaleaba hacia atrás, dejó caer el bolso al suelo; acción que no desaprovechó el chico sonrisitas para agarrar el bolso.

—Déjame a mí, querida. Yo puedo ayudarte.

Rodé los ojos, exasperada. Los dos amigos estaban a punto de ponerse a pelear por llevar mi raído bolso.

—Parecen dos pavos reales. Detengan el acoso, dejen el bolso en el piso y aléjense de mí. —Fulminé al primer chico que había aparecido, al perverso. — Sobre todo tú.

Con el rostro confundido, como si jamás lo hubiesen rechazado de tal manera, dejó el bolso en el suelo.

—¿No te parecemos guapos? —preguntó el muchacho de ojos cafés, tan confundido que daba gracia.

Busqué mi zapato, lo tomé y colgué el bolso en mi hombro.

—Nunca me han parecido lindos los gorilas.

Sin ponerme el zapato, me había alejado de ellos con tanta altivez como podía.

Gracias a ese encuentro tan extraño, había pensado que por esa razón nadie me hablaba en la escuela. Creía, estúpidamente, que esos chicos habían lanzado rumores sobre mí para que nadie me hablara. Pero no había sido así. Ninguno de los dos había dicho nada de ese momento, aunque tampoco se me acercaban a hablar; sólo se limitaban a mirarme a la distancia. La verdad era que nadie me hablaba porque yo no valía el esfuerzo. No tenía contacto, no tenía una familia que los podría ayudar socialmente... no tenía nada, por ende, no valía el gastar energía haciendo amistad conmigo.

Por mucho que me esforzaba para entablar alguna conversación con ellos, pasaba mucho tiempo sola estudiando en la biblioteca, en el único lugar que no parecía una inadaptada que andaba sin nadie.

Había pasado alrededor de todo un solitario mes en Highlands, cuando el chico de los ojos azules se me había vuelto a acercar. Era tan hermoso que me dolía mirarlo, dolía ver esos ojos azules centellaran de esa manera, como si tuvieran vida propia.

Más que sorprendida y anonadada, lo había visto tomar asiento a mi lado. Estábamos prácticamente solos en la biblioteca, ya que eran pocos los estudiantes que se atrevían a entrar a ese sitio con tantos libros viejos. Y ese chico se veía tan fuera de lugar, que no fui capaz de evitar que mis labios se inclinaran levemente hacia arriba, mientras desviaba la cabeza para que él no la viera. Dios, incluso me tiritaban las manos por sólo tenerlo a unos centímetros de mí.

—¿Qué haces? —había preguntado.

Había vuelto a dirigir mi mirada hacia él y luego al libro que sostenía en mis manos. Era más que obvio que estaba leyendo. De inmediato, la decepción pesó en mi estómago. El chico era un estúpido.

—¿Leer? —dije, sarcásticamente.

Sus mejillas se habían sonrojado y sentí un poco de lástima por él. Le lancé una sonrisa para hacerle ver que, a pesar de mi respuesta, no lo detestaba.

—Podríamos salir. —Lo miré con los ojos abiertos por la impresión. — Tú y yo. Una cita. —Lo seguí observando anonadada. — ¿Sabes qué es eso?

Su tono de voz me irritó por una extraña razón. Aparté la vista de él y la clavé en el libro. Una vez, hace muchos años, mi madre Margarita me había aconsejado que siempre debía rechazar a un chico la primera vez. Sólo así sabría si realmente le interesaba o no.

—No —contesté, volviendo a retomar mi lectura.

El chico, que en ese momento aún no sabía su nombre, se quedó en silencio por largos segundos.

—¿No? —preguntó por fin, con voz incrédula. No creía que lo estuviese rechazando, lo que me molestó aún más—. ¿Me has rechazado?

Rodé los ojos, sintiendo la decepción aún más. Realmente, el chico era un estúpido.

—Pues sí, te he rechazado —respondí, sin alejar la mirada del libro, a pesar de que no estaba leyendo nada.

—¿Me estás rechazando a mí? ¿A James O'Connor?

Alcé las cejas, sorprendida. ¿Así que él era James O'Connor? Había oído incontables veces su nombre, nombre que, hasta el día de hoy, no había tenido rostro para mí. Mis diferentes compañeras, en el internado se cambiaban cada dos semanas a los compañeros de habitación, habían conversado de él, de lo guapo que era, de la familia importante a la que pertenecía, de los increíbles besos que daba.

Besos, eso era lo que menos me importaba e impresionaba de él. Por mí, moriría sin volver a probar los labios de alguien. La sola idea de besarlo, me atemorizaba tanto que hacía un nudo en mi garganta.

Me encogí de hombros, quitándole importancia a todo eso.

—¿Debería importarme? —dije.

Clavé los ojos en él. Se veía tan indignado que parecía una caricatura exagerada. Mirándolo, comprendí que había hecho lo correcto con rechazarlo. Al parecer, ese muchacho rico, jamás había recibido un no por respuesta. Me enorgullecía ser la primera.

—Pues claro que debería importarte —contestó entre dientes—. Jamás me habían rechazado, no puedo creer que tú... ¡especialmente tú, se haya atrevido a hacerlo!

Volví a encogerme de hombros.

—Si no te has fijado, estoy realmente ocupada para estar escuchando una rabieta de un niño consentido.

Sus ojos azules brillaron por el enojo, por una furia que desbordaba por todo su cuerpo. Le dio un golpe a la mesa y se puso de pie.

—Ni creas que me he rendido.

Alcé una ceja.

—No me interesas.

Tiritó aún más por la rabia. Estaba provocando a un toro, y nunca me había divertido tanto.

—Ya veremos si te intereso o no.

Se marchó de la biblioteca dando pisadas fuertes. No me lanzó ni una sola mirada por sobre el hombro.

Como muy bien había mencionado James O'Connor esa tarde en la biblioteca, no se había rendido. Me pidió salir con él tantas veces, que luego pasó a ser molesto y, finalmente, una costumbre.

Al principio, todos parecían más que sorprendidos por el hecho de que James, uno de los chicos más guapos y uno de los suyos, pareciera estar tan interesado en mí. Nadie lo creía, absolutamente nadie. Y gracias a eso, comencé a cosechar el odio de las mujeres y el interés de los hombres. Parecía que, entre más lo rechazaba, más despertaba la curiosidad entre los hombres del internado. Repentinamente, ya no era sólo James el que me pedía una cita, sino que, poco a poco, comenzaron a ser más y más.

Rechacé a cada uno de ellos, no porque fueran feos u otra cosa, sino que lo hacía porque eso era algo que no podía permitirme. Nadie podía saber que yo tenía filematofobia, una fobia que me hacía temer hasta el acercamiento masculino.

Luego, sin comprender cómo había ocurrido, una chica llamada Bella Armstrong se había acercado a mí y nos habíamos hecho amigas. Era la única amiga que tenía, ya que, a pesar de que empezaba a ser popular, seguía siendo la pobretona de siempre. Tal vez los hombres podían olvidar ese pequeño detalle si estaba dispuesta a darme un rápido revolcón con ellos, pero volvían a recordarlo en el momento que los rechazaba y me dejaban en claro que era muy poca cosa para ellos. Eso sólo hacía que los rechazara sin ningún rastro de compasión.

Hasta el día de hoy, le agradecía eternamente a Bella por haberme hecho compañía a pesar de todo, a pesar de los prejuicios, a pesar de ser una pobretona.

Bella se convirtió en mi mejor amiga. Bella era la mejor amiga que podía tener alguien.

6

PARTIDO DE FÚTBOL.

La mitad del tiempo, no sabía si odiar u amar a Derek Blair. Con O'Connor era más sencillo, porque sabía que los dos sentimientos nacían dentro de mí, dependiendo de la acción que estuviese haciendo. Lo amaba cuando me sonreía, cuando lo veía removerse el cabello sin saber qué hacer con las manos, cuando fruncía el ceño al estar concentrado. Lo amaba cuando me lanzaba una mirada, creyendo que yo no me daba cuenta, cuando lo oía defenderme en los pasillos, cuando se preocupaba por mí. Lo amaba al verlo caminar, cuando jugaba fútbol, cuando estudiaba. Lo amaba por tantas razones, que no podría describirlas en un día.

Pero también lo odiaba. Lo odiaba cuando me gritaba para pedirme una cita, cuando lo veía coquetear con otra mujer, cuando se paseaba con alguna *rubia de bote*⁹. Lo odiaba cuando era arrogante, cuando se burlaba con sus compañeros de mí tras un rechazo, cuando intentaba mostrarse diferente. Lo odiaba cuando se mofaba, cuando no me dejaba tranquila, cuando me perseguía. Lo odiaba, simplemente, cuando había gente alrededor y se comportaba como un imbécil.

Sin embargo, no importaba cuántas cosas que odiara hiciera, no importaba, porque, al final del día, lo seguía queriendo, seguía sonriendo al verlo en la cafetería, mirándome del otro extremo sólo para buscar una oportunidad de cruzar una mirada conmigo. Lo quería y lo amaba cuando nadie lo veía. Porque yo amaba el James que nadie conocía y odiaba al O'Connor que todos veían.

James, al que amaba. O'Connor, al que odiaba.

Así de simple, así de complicado.

Por otro lado, estaba Derek Blair. Aún no sabía si odiarlo o amarlo. Tal vez, era demasiado encantador para detestarlo, pero eso no quitaba las bromas que tendía a hacerme cada vez que me veía.

Al contrario de James, que le tomó un mes para hablarme luego del encuentro en la entrada del internado, a Derek no le tomó mucho tiempo más. No bastó con que James me dijera un simple «Hola, pelirroja» al otro día de mi cruel rechazo en la biblioteca, para dar rienda a suelta a una lista sin fin de bromas por parte de Derek.

⁹ Se refiere a tinturarse el cabello de color rubio y, además, ser hueca (poco inteligente y superficial).

Me tomaba el pelo cada vez que me veía, burlándose y hostigándome hasta la demencia. Era como si le encantara verme sonrojarme, apretar los puños por la ira y luego lanzarle algo, que siempre terminaba dándole.

Principalmente, bromeaba con respecto a James y yo. Me cantaba canciones que había inventado, me mandaba poemas de un supuesto Romeo llamado James y una Julieta conocida como Leah, y dibujos tan deformes que eran casi nada más que un montón de raya, hasta que, al final, lograba darle sentido a todo eso y veía a una mala copia de mí besándome con James.

Una completa estupidez.

En pocas palabras, la relación que tenía con Derek era particular. Nadie la entendía y yo no estaba ni cerca de hacerlo. Además, tampoco me importaba darle un significado.

Aunque, claro, con James era mucho más complicado que definir o no una relación. Me confundía, no lo entendía. Había veces que, simplemente, sentía que no podría vivir sin él, y otras que lo odiaba tan profundamente que me sorprendía. James era el que le daba sentido a mi vida, pero también el que la hacía un desastre.

Volví al presente cuando el frío caló hasta mis huesos.

Grandes gotas caían e inundaban todo el estadio. Diecinueve jugadores corrían por el césped mojado detrás de una pelota descontrolada por la lluvia. El partido de fútbol cada vez era más intenso, más agresivo y los tres jugadores ya expulsados daban cuenta de ello. Las gradas del estadio estaban prácticamente vacías, casi la mayoría de los alumnos del internado negándose a asistir al partido por la primera lluvia del año. Sólo unos pocos hombres, cubiertos por paraguas, alentaban a nuestro equipo que era local. Y yo, muy campante, sin nada cubriéndome, era la única chica que estaba observando cómo el otro equipo nos daba goleada.

Sinceramente, no sabía qué hacía en ese lugar. Estaba sola, congelada y ya sentía el resfriado presentarse. Sin embargo, ahí me encontraba, contemplando con ojos NO anhelantes al delantero con la camiseta número siete, a pesar de que debería estar estudiando para un examen que tenía que dar mañana.

Di un largo suspiro, algunas veces me sorprendía mi estupidez.

Crucé los brazos, en un intento desesperado por juntar calor. Mínimo podría haber ido a buscar un paraguas, pero ya no lo había hecho y no lo haría ahora cuando faltaban diez minutos para el término del partido. Sacudí la cabeza y mi cabello mojado chocó contra los costados de mi rostro y luego cayó de nuevo, chorreando; lo aparté con una de mis heladas manos.

Iba a morir en ese lugar, lo haría y todo por lujuriosa. Debía admitir que la verdadera razón del por qué me estaba muriendo de frío en ese sitio, eran los pantalones de O'Connor. No sabía qué tenían de especial los shorts del uniforme de fútbol, pero hacían que el trasero de O'Connor resaltara en todo su esplendor. Y ése era un espectáculo que jamás me había perdido; un poco de agua no le hacía mal a

nadie... exceptuándome, porque me estaba muriendo como el día de ayer donde casi había perecido por ahogamiento, hasta que mi ángel (de la muerte) me había rescatado.

Lo irónico de todo, era que la persona que me había salvado había sido O'Connor, por supuesto. Bella me lo había contado, luego de que me llevaran a la enfermería para hacerme un chequeo completo. Según ella, realmente había estado a unos segundos de estirar la pata y pasar al patio de los callados, ya que el profesor se había encontrado demasiado ocupado con los demás alumnos para fijarse que una alumna retardada aún no sabía nadar y que se había quedado en la línea de empezada.

Así que le debía la vida al maldito estúpido de O'Connor y yo le pagaba la deuda observándolo jugar a la pelota (aunque técnicamente siempre venía sin falta), a pesar de que él no tenía idea que yo estaba ahí... y no lo sabría nunca, porque eso era algo que no se lo había contado a nadie, ni siquiera a Bella, la que pensaba que, como mis normales tardes, estaba encerrada en la biblioteca estudiando como siempre.

Suspiré. Deseaba que pronto terminara el partido para ir a darme una deliciosa y larga, larga, larga ducha.

El sonido de los hombres en la galería gritando, me hizo salir de la ensoñación. Clavé mi vista en el partido y observé a los jugadores desparramarse frente al arco: se iba a lanzar un tiro de esquina. Miré a O'Connor siendo empujado y él devolviendo la agresión también, luego éste saltó junto con un jugador del equipo contrario para golpear la pelota con la cabeza.

Me puse de pie de un brinco y un grito mudo quedó atascado en mi garganta.

El jugador del otro equipo golpeó la parte posterior de la cabeza de O'Connor, con la parte frontal de la suya. Podía jurar que el sonido de choque de cráneos había retumbado en el espacio, a pesar del boche de la lluvia chocando contra el suelo y los gritos de indignación de todos. James cayó al suelo como un muñeco que se le habían cortado los hilos, azotando su cabeza una vez más contra el césped.

Mi aliento se me atascó en el pecho, mientras esperaba a que James se moviera y se pusiera de pie, con esa sonrisa torcida que me hacía apretar los puños cuando la veía. Sus compañeros de equipo corrieron hacia él. Blair, que había estado esperando en el otro extremo de la cancha al ser el arquero, comenzó una loca carrera para llegar hasta donde James, que seguía sin moverse. El entrenador entró en la cancha y también fue hacia él. El árbitro se arrodilló al lado de James.

No fui capaz de soportarlo más: bajé las gradas, salté la pequeña valla de contención, atravesé la pista de atletismo y luego corrí por el césped mojado. Cuando estaba llegando hasta él, tuve que apartar a todos los chicos húmedos que se me atravesaban, a pesar de las miradas incrédulas que me lanzaban. Fui

interrumpida en seco, al sentir que alguien me agarraba por la cintura y me alzaba en los aires.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Blair muy cerca de mi oído.

Pataleé en el aire, intentando zafarme del agarre.

—¡Sueltamente, Blair! —exclamé.

Mi pie conectó con su canilla y Derek me soltó de golpe. Sin perder un segundo, me arrodillé al lado de James. El árbitro y el entrenador me lanzaron una mirada extrañada, aunque no mencionaran ni comentaron mi comportamiento desesperado. Lo más probable era que ahora todos pensaban que había quedado al descubierto una posible relación en secreto. Sin embargo, ellos no sabían que, lo único que se había expuesto esa tarde, era mis sentimientos ocultos por el ser que decía odiar.

De improviso, los ojos de James aletearon y luego se abrieron, mirando a todos con aire confundido. Incliné la cabeza y mi cabello mojado se deslizó por un costado. El iris azul de sus ojos brilló por unos instantes al clavarse en mí, complacido y encantado de verme ahí. En ese momento, me percaté en el escándalo que había hecho por un accidente que solía ocurrir en partidos de esa envergadura.

Me retorcí las manos, repentinamente nerviosa.

—¿Estás bien? —pregunté.

Jam... O'Connor no apartaba la mirada de mi, como si tuviera miedo del sólo hecho de pestañar; como si creyera que, si hacía algún movimiento, me esfumaría como en un sueño.

—Ahora me encuentro mejor —contestó suavemente y sin apartar sus ojos azules de mí.

Mi estómago dio un vuelco completo, quedando suspendido en el vacío.

La atención de O'Connor fue obligada a cambiar de dirección y centrarse en el entrenador y el árbitro que hacían preguntas que para mí eran ininteligibles, ya que mis oídos zumbaban y mi cabeza gorgoteaba con pensamientos de todo tipo.

Sabiendo que ya no tenía nada más que hacer ahí, me puse de pie y giré, alejándome de O'Connor que aún estaba recostado bajo la lluvia.

—Realmente tienes que quererlo para hacer ese escándalo por él —oí que alguien susurraba a mi lado.

Lo sabía, sabía perfectamente aquello que Blair me había murmurado era completamente cierto. Era por eso mismo, que lo ignoré y seguí caminando. Simplemente, no tenía cómo refutarlo.

Me encantaba, lo quería... no, eso era una mentira. Lo que sentía por él no era algo tan simplemente como eso. Yo lo amaba y, en momento de debilidad como los de hoy, todos esos *deseos* y *quiero* que sentía por él, escapaban libres y sin control, derribando por completo la barrera que imponía a mi alrededor para que nadie comprendiera aquello. No podía permitirme eso, no podía dejar que nadie, sobre todo él, supiera que de esos sentimientos que me ahogaban por las noches por las

ansias de tenerlo a mi lado. Simplemente, no podía mientras siguiera sintiendo un temor que me petrificaba por algo tan mundano como un beso.

Un beso, algo que toda pareja practicaba con frecuencia.

Repentinamente, fui alzada por alguien. Todo el aire escapó de mis pulmones con brusquedad, cuando me dejó caer sobre su hombro como un saco de papas. El trasero de esa persona quedó frente a mis ojos, y lo reconocí de inmediato. Cómo no hacerlo si lo contemplaba todo los días, especialmente cuando utilizaba el equipamiento de fútbol.

Mis tetas (o senos, para personas más elegantes. Yo era vulgar), que eran de un tamaño peculiar, por no mencionar que eran grandes, por efecto de la gravedad, cayeron y podrían hasta rozar mi barbilla si inclina mi cabeza hacia adelante. No pude evitar preguntarme si, al hacer eso, podría terminar asfixiada contra mis tetas. Sería una linda muerte para finalizar el día.

—O'Connor —susurré ahogadamente debido a la posición y porque, al mover la mandíbula, sentía mi barbilla tocar la cumbre de mis senos.

Él siguió avanzando. A lo lejos, escuché las risas de todos, los gritos obscenos, los silbidos y toda la sangre se dirigió a mis mejillas, que flameaban como locas. Incluso sentía calor, olvidándome por completo que hace sólo unos segundos estaba congelada hasta los huesos.

—O'Connor, ¿no deberías estar terminando un partido?

Su cabeza rozó mi pierna y me estremecí, a pesar de las capas de ropa que nos separaban.

—No —respondió—, el entrenador hizo un cambio de jugador.

Me mantuve muda por unos segundos, tan tranquila como podía estar una mujer histérica como yo. Debía admitir que incluso yo estaba sorprendida ante mi pasividad. Tal vez el hecho de que tenía un sicópata personal, me había cambiado la perspectiva de ver la vida... já, sí, cómo no.

Él siguió caminando y mis tetas rebotaron con cada paso, marcando una especie de marcha. Mi trasero, por otra parte, seguía alzado en el aire como un blanco.

—¿No piensas que deberías bajarme?

Eso último lo dije más por el bien de mis senos, que por otra necesidad. De pronto, temí bajar la vista y encontrarme con un pezón asomándose.

—No, no lo pienso.

Volvió a caer ese silencio tenso entre nosotros.

—O'Connor, bájame —ordené, perdiendo un poco la compostura. La imagen de mi teta al aire libre, para que cualquier perverso pudiera verla, me empezaba a atormentar.

—No. —Se negó otra vez a cumplir mis deseos. — ¿Por qué tu voz suena ahogada?

¿Cómo mencionarle con sutileza que mis senos impedían un mejor movimiento de mandíbula?

—Efecto de la gravedad —contesté, y en cierto punto era verdad—. ¿Me estás secuestrado?

—Sí.

Repentinamente, mi cuerpo quedó petrificado contra su hombro, cuando sentí una mano posarse en mi trasero y darle un golpe; un golpe suave, pero una palmada al final y al cabo. A continuación, me retorcí sobre su hombro, moviéndome como vaca histérica.

—¡BÁJEME AHORA! ¡MALDITO BASTARDO! ¡TE VOY A MATAR CUANDO ME BAJES! ¡¿CÓMO TE ATREVES A GOLPEAR MI TRASERO?!

Me contoneé en el hombro y O'Connor no logró soportarme por más tiempo. Caímos al suelo en un desorden de pies y manos, que no tenía sentido. En mi desesperación por levantarme, clavé la rodilla en su entrepierna y el codo en su rostro. O'Connor se quejó y gruñó en el piso, retorciéndose de dolor, mientras yo terminaba de ponerme de pie y comenzaba a patearlo.

—¡Maldito. Hijo. —Mis tetas dieron un brinco con cada golpe para acompañar a mis palabras. — De. Tu. Mamá!

Todo el romanticismo —dos personas bajo la lluvia, uno mal herido y la enamorada llorando por su amor— se esfumó en el aire. Pero que constase que el culpable había sido O'Connor y no ocasionada por mi histeria o algo así.

El perverso sólo fue capaz de retorcerse en el piso de dolor, agarrándose las partes nobles con ambas manos.

Me giré y marché enojada.

Estúpido y sensual O'Connor. Arruinando momentos románticos desde tiempos inmemorables.

7

CONDONES.

Mi ingreso al internado Highlands había sido gracias a una postulación, que constaba con tres pruebas que había realizado. Se había hecho una gran convocatoria que prometía aceptar a cinco alumnos por nivel al exclusivo internado Highlands, uno de los más prestigiado y costosos de todo el país. La sola matrícula de la escuela, era el sueldo de todo un año de mis dos padres.

Mamá había alucinado con eso. No lo podía creer, estaba que deliraba de felicidad. Mi madre había sido buena alumna en sus tiempos de escuela y siempre había intentado darnos la mejor educación que podía, aunque casi era imposible debido a nuestra situación económica y al hecho que, las escuelas públicas, no se caracterizaban por su buena enseñanza. Las circunstancias le habían impedido a mi madre estudiar en la universidad y siempre se lamentaba por aquello.

Así que, cuando había visto el anuncio (discreto, pero lo suficientemente llamativo para llamar la atención de mamá), lo había extendido sobre la mesa y me había llamado a gritos. Asustada, había bajado corriendo, para luego ser obligada a tomar asiento en la mesa.

—Darás ese examen.

No había sido un pedido, no había sido una conversación, había sido una orden. No me sorprendí mucho por eso, mi madre era un poco brusca y daba muchas órdenes al día. Ante la obligación a la que me presionaba a aceptar, había hecho una mueca, mientras leía el anuncio que mamá me había deslizado por la mesa. La verdad era que no quería dar el examen. Jamás me había sentido cómoda ante la presencia de gente muy adinerada y sabía que yo, en ese exclusivo internado, no pintaba nada. Sin embargo, era lo suficientemente inteligente para recordar que, si quería quedar en la universidad con una beca como deseaba, nunca podría hacerlo en la escuela que estaba estudiando.

—¿Tengo que hacerlo? —le había preguntando, para nada convencida.

—Sí.

Y eso había sido todo.

A las dos semanas, con aún trece años de edad, me había encontrado frente a un monstruo llamado escuela.

La verdad era que nunca había pensado que quedaría. Me había encontrado con una fila tan larga fuera de la reja de Highlands, que me relajé. Era imposible que me aceptaran ahí. Era inteligente, pero, entre tanta gente, tenía que existir un montón mucho más cerebritos que yo. Y, por último, si quedaba, no podía ser tan malo, me convencí.

Con el sol en lo alto y con 36°C de calor, me puse en la fila. Era pleno enero, pleno verano y yo, en vez de estar bañándome en un grifo abierto o con una manguera, me encontraba ahí, a punto de hacer un maldito examen.

Cuando las puertas del calabozo se habían abierto a las dos de la tarde, había delirado. Casi literalmente, había tenido un derrame cerebral, al caminar por el caminillo y observaba los metros de césped rodeándome en todo su esplendor. El edificio era tan hermoso que me había cortado la respiración.

Al final, resultó que éramos tantas personas inscritas para dar el examen, que fuimos dando la prueba en grupos. Cuando un grupo terminaba, entraba otro a ocupar rápidamente los puestos. A las tres horas, fui llamada. El examen para el nivel que estaba postulando, era tan fácil que podría haber llorado... claro que fui una de las pocas que había pesando eso, ya que, al salir de la sala, había oído llorando a unas chicas en el pasillo por no haber respondido prácticamente nada. La prueba constaba de un examen convencional y, además, de un test IQ para medir nuestra inteligencia.

Tardaron tanto en dar los resultados, que había creído que no había quedado. Sin embargo, cuando faltaba una semana para que febrero finalizara, la carta había llegado.

Había quedado en el maldito internado Highlands.

Más de tres años después de ese examen, estornudé sonoramente. Otra prueba, una que me recordaba agriamente a la primera que había hecho dentro de esa escuela, y que estaba sobre el banco de madera, se llenó de saliva con microbios y por unos segundos la hoja se multiplicó. Los mocos cayeron de mi nariz y rozaron mis labios. Me tapé de inmediato la cara y me giré para buscar papel higiénico en mi bolso.

—¡Señorita Howard! —dijo la señora Rogel, golpeando mi mesa con la palma de la mano—. ¿Le está intentado copiar a su compañera?

Bella levantó la mirada de la prueba y me dio una sonrisa. Me giré deprisa, aún con la mano en mi rostro.

—No, profesora —respondí.

—Quítese la mano de la cara, que no la escucho.

—Profesora, no puedo —le informé con mi voz ahogada por la palma de la mano—. Necesito papel higiénico.

La señora Rogel, una mujer alta y de figura rígida como si tuviera una palo pegado a la espalda, me fulminó con la mirada detrás de los vidrios de sus lentes. Se

agachó para estar a mi altura y me observé reflejada en los cristales, lo que no era algo lindo de ver. Una pelirroja, con grandes ojos grises y con pinta de haber pasado por una centrifugadora, me devolvió la mirada.

— Yo creo que eso es sólo una excusa para ver el examen de su compañera.

Apuntó a Bella con un movimiento de cabeza.

Alcé una ceja.

— ¿Realmente cree que necesito copiarle a Bella? — Solté una carcajada ahogada.

— ¡Pero si soy yo la que le ayuda a estudiar! Ahora, ¿me dejaría buscar papel? Se me han caído los mocos con el estornudo y no es una imagen muy bonita.

Toda la clase estalló en risa. La señora Rogel sacó papel del bolsillo de la chaqueta y me lo entregó con enojo.

— Un movimiento más, señorita Howard, y le advierto que reprobará la prueba.

Me soné y el sonido pareció hacer eco en toda la maldita habitación.

Jodido resfriado de mierda, me lo merecía por lujuriosa... aunque seguía pensando que la vida era injusta. Mientras yo estaba a gripada y ligeramente afiebrada, O'Connor estaba muy campante recostado en la silla ubicada dos filas más allá, lanzándome miradas de rencor de vez en cuando. Al parecer, aún no olvidaba la rodilla en su entrepierna. Se lo merecía por golpearme el culo como a un animal.

Dando un largo suspiro, volví a centrarme en la hoja. Rápidamente, volví a desconcentrarme... y no pude evitar preguntarme qué hubiese sucedido si O'Connor no me hubiese golpeado el trasero. ¿Habría superar mi miedo engeuecedor y lo habría besado? ¿O habría salido corriendo como un ternero asustado? Apostaba por lo segundo, era una cobarde de la peor calaña.

Volví a estornudar. Lo único que podía agradecer en esos momentos, era mi increíble facilidad para recuperarme de los resfriados. En tres días ya ni recordaría que había estado enferma.

Deliré durante todo el tiempo que duró el examen y, cuando sonó la campana y la señora Rogel comenzó a quitarnos las hojas, observé mi papel relleno por las esquinas con el nombre de una persona.

James O'Connor estaba escrito por todos lados.

Desesperada por lo que había estado escribiendo en mi delirio, agarré la goma y comencé a borrar a toda velocidad, rompiendo el papel por la mitad por la fuerza ejercida.

Oh, mierda.

La señora Rogel llegó a mi lado.

— ¿Qué le pasó a su prueba?

Volví a clavar mi mirada en la hoja.

— Creo que sufrió un pequeño asesinato.

Gracias a Dios había alcanzado a borrar el nombre de ese neandertal.

La señora Rogel me quitó la prueba.

—Está más que claro que tiene un uno en la prueba¹⁰, señorita Howard.

La resignación se asentó en mis hombros. O'Connor sólo traía problemas a mi vida.

La señora Rogel siguió quitando los exámenes. Bella se puso de pie detrás de mí y tocó mi hombro para que no me escapara.

—Y bueno, ¿cuándo me vas a explicar por qué llegaste mojada ayer? —No respondí, sólo seguí guardando mis cosas en el bolso. — Fue por James, ¿cierto?

Quise poder decirle que no, que O'Connor no tenía nada que ver con mi resfriado y mi incursión bajo la lluvia, pero sería una mentira.

—Sí, fue culpa de él —admití.

Wow, era una de las pocas veces que era tan sincera conmigo misma y con alguien. Debía ser el resfriado que había debilitado mi capacidad para enfrentarme al mundo, aunque el mundo técnicamente no se estaba peleando conmigo.

Bella dio un largo suspiro. Fuimos las últimas en abandonar la sala de clases.

—¿Cuándo le darás una oportunidad a ese hombre?

—Nunca —respondí.

Comenzamos a bajar por las escaleras del edificio a la cafetería para almorzar.

—No lo entiendo —replicó Bella—. Él te quiere y tú a él. ¿Por qué no están juntos?

Me alcé de hombros.

—Cosas de la vida, ¿entiendes?

Bella agarró mis hombros y me detuvo en el descanso de la escalera.

—Estoy hablando en serio, Leah. Basta de bromas.

Me retorcí las manos hasta hacerme daño.

—Tengo que contarte algo, pero después de almorzar —¿Yo había dicho eso? Sí, al parecer esa confesión había salido de mis labios. Un momento, esto no paraba...

—Mínimo tengo que tener el estómago lleno para enfrentar y contarte todo.

Dios, ¿en qué me había metido?

Bella no replicó. Seguimos bajando y fuimos a almorzar.

La cafetería, que se encontraba adyacente al edificio principal y a unos metros del edificio con habitaciones, estaba abarrotada como todos los días. Una larga fila de estudiantes se agolpaba frente a la ventanilla de almuerzos, a la espera de poder agarrar una bandeja y comenzar a recolectar lo que sea que se estuviese sirviendo.

Nos pusimos detrás de un grupo de chicas que no dejaban de chillar estruendosamente, haciendo que mis tímpanos resonaran en mis oídos. Debían tener unos catorce años y una de ellas llevaba un libro en la mano. Me incliné para leer el título y luego resoplé: era uno de los últimos libros juvenil de moda. Mucho

¹⁰ Con un uno en una calificación, quiere decir que reprobó la prueba.

romance, con una chica con complejos por su imagen y creyendo ser fea, siendo que al final era hermosa. Y no se me podía olvidar, por supuesto, el famoso triángulo amoroso. Lo peor era que sabía eso, porque me había leído ese libro el año pasado y ahora me creía la gran cosa por haber medio superado esa etapa de libros románticos juveniles.

Si algún día me decidiera a escribir un libro, lo haría con respecto a mi vida y sería un fenómeno mundial. Después de todo, yo no era un adefesio y tampoco pretendía hacerles creer que no me encontraba guapa. Además, era un encanto de mujer, era imposible que alguien no me amase. Es decir, sólo bastaba con mirar a mi alrededor y ver a todos arrodillados ante mí, suplicando por mi atención... vale, tal vez no fuera así mi vida, pero era lindo imaginarme como una mujer simpática y agradable.

Nos acercamos más a las bandejas.

Aunque, si tuviera la oportunidad para inmortalizarme en una hoja, me describiría con los senos más pequeños. Por nada en el mundo quería ser conocida por todos por culpa de ellos.

«Oh, miren, ahí está “Leah, la tetona”», me estremecía de sólo imaginarlo.

Todavía oyendo a la chica del libro hablarles a las demás del hermoso protagonista, que sabía era un ángel, rodé los ojos y agarré una bandeja y comencé a poner platos sobre ella.

—¿No crees que eso es mucho? —preguntó Bella, detrás de mí.

Miré su comida: llevaba nada más que una ensalada.

—Me gusta comer —contesté, agarrando un vaso de jugo.

—Ya, pero tú no eres precisamente una mujer muy esbelta —me informó—. Te dejaría comer todo eso, si tuviera el metabolismo alto y no engordaras... no es que te esté diciendo que estás gorda —siguió, rápidamente—, pero podrías bajar un poco de peso, ya que así se reducirían tus senos. Tú siempre te quejas por el tamaño de ellos.

Miré por largos segundos mis tetas, pensando seriamente ponerme en dieta para reducir su porte. Al final, saqué el postre de la bandeja y me quedé sólo con mi almuerzo principal, que era arroz con carne, y el jugo.

—¿Contesta? —le pregunté.

Bella rodó los ojos.

—No deberías mezclar carbohidratos con proteínas.

Ahora era yo la que rodaba los ojos.

—Bella, no quiero ser un esqueleto como tú —le informé—. Me gustan mis curvas.

—A mí también me agradan —susurró alguien a unos centímetros de mi oreja.

Di un pequeño salto que derramó mi jugo por la bandeja. Con el corazón sintiendo que se me iba a escapar del pecho, voltéé el rostro para observar a James a

mi lado, con las manos en los bolsillos del pantalón y viéndose tan masculino que llegaba a ser irritante.

—¡O'Connor! —rugí, furiosa.

El maldito me había hecho perder mi jugo. Además de que estaba el hecho que era el último ser humano sobre la tierra que quería ver. Después de la confesión y lo que había sucedido en el estadio... simplemente, no soportaba verlo pasar tranquilamente, mientras yo estaba hecha un desastre a la espera de que comenzaran a circular rumores sobre mí y toda la clase de secretos que me rodeaban. Y el hecho que todo pareciera estar tan normal, sólo hacía que mis nervios se crisparan aún más.

Oí al grupo de chicas, que estaban delante de nosotras, voltearse y lanzarle miradas soñadoras a James, mientras reían como retrasadas. Dios, alguien debería decirle a esas mujeres que O'Connor estaba lejos de ser un dios griego... aunque lo pareciera, pero en una versión más oscura y peligrosa y...

Vale, estaba tan condenada como ellas.

—Hola, James —saludó Bella al chico, como si fuera lo más normal del mundo.

La fulminé con la mirada, para luego voltearme y seguir mi camino. Sin embargo, antes de hacerlo, agarré el postre que había abandonado y lo puse otra vez en mi bandeja. Necesitaría azúcar.

—¿Sabes por qué está enojada ahora? —le preguntó O'Connor a la traidora después de saludarla.

¿Se atrevía a preguntar eso? ¿Es que ese orangután tenía problemas de memoria? ¡Por supuesto que estaba furiosa! Primero por el hecho de saber todos mis secretos y segundo por haberme golpeado el culo como a una yegua. Además, de que me había prometido averiguar el remitente de la carta y el peluche, y aún no había descubierto nada.

—¿Leah? —dijo Bella—. Bueno, Leah siempre está medio enojada: es su estado natural.

Fruncí el ceño y cuadré los hombros. No les dirigí ni una sola mirada por sobre mi hombro, hasta que llegué a la caja registradora y los observé de reojo, en el mismo instante que el grupo de chicas pasaba por el lado de O'Connor y se golpeaban entre ellas para ver quién era la afortunada para pasar por su lado. Ganó la chica del libro.

—Hola, querida Leah —dijo la señora Josefina, que era una mujer que rondaba los cuarenta años y que estaba detrás de la caja registradora.

—Hola —la saludé, dándole una sonrisa.

—Wow, ¿ella sonríe? —oí que decía O'Connor—. No tenía idea que pudiese hacer eso.

La sonrisa se atornilló en mi rostro.

—No le des importancia a James —me susurró la señora Josefina, con una sonrisa en sus regordetas mejillas—. Son hombres y tienden a comportarse así cuando les gusta una mujer.

Me sonrojé hasta la raíz.

—Oh, no. Está muy equivocada. O'Connor no está enamorado de mí, sólo que es muy imbécil para ver que no me simpatiza.

La señora Josefina nos miró primero a mí y luego a O'Connor, que se había movido hasta mi lado.

—Hola, bella mujer —saludó O'Connor a la pobre mujer. Sacó su billetera de los pantalones—. Pagaré por el almuerzo de ella.

Di un suspiro exasperado.

—O'Connor, soy alumna becada —le dije, observándolo exasperada—. Mis almuerzos son gratis, no tienes que pagar.

O'Connor pareció hacer una mezcla de puchero con la boca.

—Pero yo quería pagarlo.

—Pues no puedes —contesté—. Mejor haz la fila y busca tu almuerzo.

La señora Josefina me anotó en la lista de alumnos becados, para comprobar que ya había pedido mi almuerzo, y luego me marché. O'Connor corrió detrás de mí, mientras Bella se quedaba pagando en la caja.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó, cuando tomé asiento en una silla desocupada.

—No, no puedes —dije, esperando a que Bella llegara a mi lado.

O'Connor igual lo hizo, hasta que llegó Bella y ésta lo sacó de su puesto con sólo una mirada. Al no tener dónde sentarse y viendo que, ninguna de los dos le hablaba, volvió a meter las manos en los bolsillos.

—Creo que me iré —anunció.

Sabía que había dicho eso para que alguna de las dos intentara convencerlo para que no se fuera, y siempre era Bella la que intentaba que se quedara. Pero, esta vez, parecía un poco molesta por algo y dejó que se marchara sin levantar la mirada de la ensalada que comía.

Al contrario de lo que siempre hacía, lo vi alejarse con una mirada triste, deseando haber sido lo suficientemente valiente para haberle pedido que se quedara y se sentara a mi lado como había estado deseando.

Bella llevaba más de cinco minutos paseando por la habitación como un león enjaulado. Habíamos terminado de almorzar hace un largo rato y nos habíamos dirigido a la habitación sin perder el tiempo. Luego de unas pocas verdades de mi parte, habíamos llegado a eso: a Bella caminando sin sentido. Por otro lado, yo me

encontraba echada como una vaca sobre la cama, observándola. Tal vez no había sido buena idea contarle a Bella sobre mi pequeña fobia.

—¿Cómo nunca me había dado cuenta? —preguntó, confundida.

Parecía estar en un profundo shock, y era entendible. Bella no tenía muchos escrúpulos con respecto a con quién se acostaba, así que tendría muchos menos en lo referente a los besos. Tener una amiga como yo, que tenía filematofobia, debía ser horrible.

—Porque nunca se lo había contado a nadie —contesté.

Omití olímpicamente el hecho que le había confesado ese secreto a O'Connor y Blair la noche que habían entrado al cuarto para *salvarme*. Aún le rezaba cada hora a mis parientes fallecidos pidiendo que esos dos no hubiesen alcanzado a oír esa confesión. Después de todo, si realmente la habían escuchado, ¿por qué no me molestaban con ello? Es más, ¿por qué aún no hacían ninguna broma sobre todo lo que habían oído? Estaba prácticamente segura que esos dos estaban planificando algo... y nada bueno podría traer ese algo a mi vida. O tal vez el hecho de que alguien me quisiese muerta, los había conmovido lo suficiente para dejarme tranquila.

—¿Realmente le tienes fobia a besar?

Rodé los ojos al oír por quinta vez la misma pregunta.

—Sí.

Suspiró.

—Ahora comprendo todas tus actitudes. El por qué siempre rechazabas a James y eras tan idiota. —Que tuviera un humor de mierda no tenía nada que ver con mi fobia, pero la dejaría creer que así era. — Pobrecita. —Se quedó callada unos segundos, clavada por fin al suelo. — Filematofobia: eso sí que es un problema.

—Ajá, y me lo dices a mí —respondí, secamente.

—¿Y tienes pensado hacer algo?

¿Morir casta y virgen contaba como un plan? Al parecer no.

—Eh... no.

Bella corrió hasta la cama y se sentó a mi lado.

—¿Realmente no has pensando ninguna solución a tu problema?

Lo medité por unos segundos.

—¿Y si me acuesto con O'Connor sin besarnos? Así logro disminuir mi frustración sexual sin tener que analizar mi trauma.

Bella me observó como si me hubiese salido otra cabeza, me toqueteó el cuello para comprobar que no había ocurrido eso.

—¿Y cómo tienes pensado hacer eso? —preguntó con un hilo de voz.

Me encogí de hombros, quitándole importancia al asunto.

—Bueno, es simple. ¿No tiene que meterla y listo?

Bella hizo un sonido estrangulado y comenzó a toser sonoramente.

—No, Leah, no es así de simple —respondió por fin, casi sin aliento—. Tal vez funcione por unos segundos, pero llegará el momento en que O'Connor intentará besarte, porque así funciona el sexo. —Pestañó, sorprendida. — Oh, Dios mío, realmente no está ocurriendo esta conversación. ¿En verdad la única solución que se te ha ocurrido es acostarte con él sin besarlo?

Yo no le encontraba lo malo al plan. Era simple y sencillo. Después de todo, mientras O'Connor pudiera meterla, no se quejaría, ¿o sí?

—Yo creía que a los hombres sólo le interesaba enterrarnos el agujón y luego huir.

Bella abrió la boca para responder, luego la cerró sin saber qué decir. Al final, tras de largos segundos, dijo:

—Algunos hombres sí, Leah, pero tienes que entender que O'Connor está enamorado de ti.

Abrí los ojos de par en par, horrorizada. Ya era segunda vez en el día que era obligada a oír esa estupidez.

—No, no lo está —la contradije—. Sólo siente frustración sexual hacia mí, porque no ha podido conseguirme fácil.

Bufó y pareció como si quisiera decir algo con respecto a lo último, pero se arrepintió y siguió.

—La cosa, Leah, es que no funcionará. —Me miró con seriedad. — Hay que pensar en otro plan.

Así lo hicimos.

Los minutos fueron transcurriendo, donde Bella pensaba y yo aún analizaba los contra del por qué no funcionaría el plan de acosarme con O'Connor sin besarlo. Sinceramente, aún no entendía por qué el escándalo por querer algo así.

Repentinamente, la castaña gritó:

—¡YA LO TENGO, LEAH! —Sus ojos color miel centellaban por la emoción y una enorme sonrisa estaba marcada en su rostro. — Es tan simple que no sé cómo no se nos pudo ocurrir antes. —Ya me estaba impacientando por oír el plan, cuando siguió: — Tienes que emborracharte.

Mi cerebro se paralizó por largos segundos y luego, poco a poco y funcionando a cuerda, comenzó a reactivarse.

—¿Emborracharme? —pregunté aún confundida. Me lograba entender ese plan tan simple—. ¿Y de qué me serviría...?

Tras sentir a mi mente sudando por el esfuerzo, finalmente, lo comprendí. ¡Claro! Era tan simple que me sentía y veía como una retrasada por no haberlo comprendido inmediatamente. Era más que obvio que el alcohol era mi solución: me haría olvidar los miedos y preocupaciones que tenía, sólo dejándome centrara en el momento, en el ahora. Y como mi presente siempre era, y sería, besar a O'Connor... ¡podría hacerlo! Era un plan jodidamente brillante.

Estuve a punto de besar a Bella por la emoción, hasta que recordé mi temor y el hecho de que no me interesaban las mujeres.

—¿Cuándo podré poner en práctica el plan? —la interrogué, desbordando emoción.

Me sentía como una niña con un dulce de regalo.

Me respondió de inmediato, como si eso lo hubiese pensado hace ya mucho tiempo.

—¡Hoy! —exclamó—. Le diré a todo el mundo que haré una fiesta en mi casa. Y, por supuesto, invitaré a James y Derek.

La idea ya no me parecía del todo buena. ¿Hoy? Aún no me sentía preparada psicológicamente. Cuando había aceptado el brillante plan, había tenido la idea de que sería, mínimo, en una semana más. Pero no hoy. Joder, eso ni siquiera me daba tiempo para practicar besando a una manzana, ni mi mano, ni un vidrio. Sería lanzada a los leones, sin entrenamiento por adelantado.

—¿No podría ser la semana que viene? —pregunté, esperanzada.

Si Bella aceptaba, tendría toda una larga semana para practicar hasta que me doliera la mandíbula, además de que tendría tiempo suficiente para aceptar el hecho de que, por fin, besaría a O'Connor. Eso era una maldita información demasiado grande para aceptarla con tanta facilidad.

Bella negó rápidamente.

—No, tiene que ser hoy.

Estaba jodida.

No tenía otra que ir al supermercado y comprar un botellón de ron. Sólo esperaba estar lo suficientemente borracha para cuando llegase O'Connor a la fiesta.

Fue el día más largo que había tenido la desgracia de vivir. A pesar de que por frente mis ojos pasan imágenes de los sistemas inmunes en la clase de Biología, no era capaz de concentrarme. No hacía más que desviar los ojos, una y otra vez, al reloj que colgaba sobre la pantalla blanca, donde se proyectaban, una tras otras, la materia del día. La profesora Carolina Díaz, paseaba por la sala de clases, hablando incesantemente, explicando todo detalladamente para no dejar nada al aire.

Tenía la suerte que James O'Connor estaba sentado en la última fila, mientras que yo ocupaba una de las primeras. Tenía esa suerte, porque, si hubiese sido todo lo contrario, no habría sido capaz de dejar de mirarlo, hasta tal punto de parecer una maldita psicópata.

Más nerviosa que en toda mi maldita vida, me acomodé una vez más sobre mi asiento y me retorcí las manos hasta hacerme daño. De pronto, el proyector cambió de imagen y, horrorizada, me observé a James y a mí entrelazados en un abrazo

apretado, con nuestros labios unidos. Impactada, me observé cayendo sobre una cama con James sobre mí, sin dejar de besar cada centímetro de mi boca.

Mis mejillas ardieron furiosamente y les lancé una mirada desesperada a mis compañeros... que seguían contemplando con somnolencia la pizarra. Extrañada porque no estuviesen igual de horrorizados que yo por lo que acababa de mostrarnos el proyector, me volteé para lanzarle una mirada angustiada a James.

Pero O'Connor observaba con aburrimiento fuera de la ventana, con la barbilla apoyada contra la palma de la mano. Con el corazón latiendo furiosamente, observé su perfil casi con devoción. No parecía alterado. Nadie en la sala lo parecía, incluso la profesora Carolina seguía hablando animadamente, intentando desesperadamente entusiasmarnos.

Arrugando levemente el entrecejo, volví a clavar mi vista en las imágenes proyectadas, que, una vez más, volvían a ser sobre la materia.

Me estaba volviendo loca de la angustia: estaba imaginando cosas. Si seguía así, no llegaría cuerda al final de la clase y, mucho menos, al término del día.

Fue una tortura horrible. El resto de la hora, no hace más que moverme en el asiento, llegando a un instante que deseé salir corriendo de la sala y escapar para siempre. Sin embargo, a duras penas, logré soportarlo.

Cuando la campana sonó a las cuatro y media de la tarde, anunciando el término de la semana escolar, me puse de pie tan deprisa, que mi silla chirrió sobre el suelo y luego cayó pesadamente. Todos los ojos se clavaron en mí, para después volver a ignorarme monumentalmente como siempre.

La profesora Carolina salió de la sala de clase de inmediato, nunca quedándose más de lo que le demoraba agarrar su bolso y guardar el plumón de pizarra dentro de él. Sin perder el tiempo, oí una voz aclararse detrás de mí. Cuando me giré, Bella se estaba subiendo a una mesa y llamaba la atención de todos. Sentí mis piernas débiles y la miré con temor, deseando, de pronto, que no anunciara nada para así poder salir corriendo como la gallina asustada que era.

—Sólo diré una cosa —Se aclaró la garganta. —, ¡fiesta en mi casa hoy en la noche! ¡Están todos invitados, así que corran la voz por toda la escuela!

Bella se bajó de la mesa como una reina: siendo ayudada por dos hombros y con aplausos emocionados de la clase. En vista de esa imagen, me obligué a sonreír cuando O'Connor me lanzó una mirada especulativa.

Estaba hundida hasta la jodida mierda.

Todos los días, el horario escolar, o de clases, terminaba a las cuatro y media de la tarde. Después de esa hora, comenzaban los ramos deportivos o electivos, los que uno decidía tomar o no. Pero el día viernes era el único día que, la gran mayoría de esas clases, no se hacían, dejándonos desde las cuatro y media hasta las siete de la tarde para ordenar nuestras pertenencias y todo lo que implica dejar en libertad a tantos alumnos.

Tras salir corriendo de la sala de clases para que nadie pudiera alcanzarme, me fui al cuarto a ordenar mis cosas y a perder el tiempo hasta que las puertas del internado se abrieran y nos dejaran, por fin, libres.

Por mucho que intenté desaparecer rápido de la escuela, no fui capaz de moverme lo suficientemente veloz en esa avalancha de alumnos que salían apresuradamente del internado, con sus vestimentas normales y dejando olvidado el uniforme dentro de las maletas.

O'Connor me alcanzó en la entrada y me detuvo, antes de que pudiese ignorarlo y hacer como si no lo hubiese visto. Con el corazón desbocado, las manos sudorosas y sintiéndome como la mierda, lo vi acercarse con unos jeans desteñidos, que tenían un agujero en una de las rodillas, y una camiseta celeste, que resaltaba el color de sus ojos horriblemente. Se veía mayor, no como el adolescente de diecisiete años, si no que casi como un veinteañero. La sombra de barba en sus mejillas ayudaba a darle esa apariencia masculina. Tal vez por eso lo encontraba tan hermoso, nunca me habían gustado los hombres con rostro muy femenino o de niño.

—Leah —susurró.

Había sido un murmullo tan bajo, que casi no había logrado oírlo con todo el boche de la gente hablando animadamente por estar libres. El pesado bolso se tambaleó en mi hombro, cuando me removí nerviosa sobre mis pies.

—¿Sí? —le pregunté, saltando olímpicamente el hecho de que me había convertido en un charco al escuchar mi nombre siendo susurrado por él.

O'Connor se detuvo frente a mí, tambaleante. Hace mucho tiempo que no lo había visto así de nervioso. Ya no parecía un pavo real con las plumas despeinadas.

—¿Irás a la fiesta de Bella? —preguntó.

La pregunta quedó flotando entre nosotros. Dejé caer momentáneamente el bolso al suelo, mientras me dedicaba a contemplarlo con la cabeza ladeada, deleitándome con la inseguridad que proyectó su figura siempre orgullosa.

Estuve a punto de decirle que no, sólo para molestarlo como él lo hacía conmigo. Sin embargo, algo, un extraño aletear de polillas en mi estómago, me hizo responderle con la verdad.

—Sí —solté.

La sonrisa que me mostró en ese momento, hizo que mis piernas temblaran como gusanos y casi caí al piso por eso. ¿Es que de pronto había comenzado a temblar? O'Connor no parecía embargado por ese terremoto interno que yo tenía la desgracia de vivir. Maldito.

—Te veo ahí entonces.

Antes de marcharse, me dio una larga mirada, tan intensa que sentí que iba a estallar en cualquier momento en llamas. Podía sentir la tensión que había entre nosotros. ¿Le habría mencionado Bella que hoy estaba dispuesta a caer bajo sus encantos...?

No pude seguir analizando la escena, ni torturándome con ella, porque se volteó y siguió caminando lentamente. Cuando había salido ya a la libertad, volteó levemente el rostro y me miró sobre el hombro. Una sonrisa lenta apareció en su rostro y luego se subió al automóvil negro que se había estacionado frente a él.

Estaba tan desconcertada por la cantidad de emociones que me embargaron en ese momento, que ni siquiera recordé observar su trasero cuando se había marchado.

Suspiré y agarré el bolso, colgándolo sobre mi hombro. Distráida, salí y comencé a caminar por la entrada, viendo pasar los vehículos costosos que habían ido a buscar a los alumnos del internado. Todos parecían tener automóvil, excepto yo, que debía caminar hasta encontrar el paradero y tomar la locomoción pública.

Había pasado ya la reja y me encontraba caminando por la deshabitada calle, cuando oí que un vehículo se detenía a mi lado. Sorprendida, volteé el rostro, en el mismo momento que uno de los vidrios polarizados se abría y James me observaba desde dentro.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó. Me detuve, sorprendida—. Yo te puedo llevar a casa.

Reaccionando por fin, negué suavemente con la cabeza.

—No te preocupes —susurré, volviendo a ponerme en marcha—. No voy a mi casa ahora.

—Pero yo te puedo llevar a esa otra parte.

Volví a negar suavemente. Atreviéndome a ser encantadora con él (después de todo hoy planeaba besarlo), le sonreí levemente.

—No te preocupes.

Si aceptaba ir con él, James me llevaría hasta el supermercado y luego insistiría en entrar conmigo. No quería estarle explicando que necesitaba comprar un botellón de ron para emborracharme y así poder besarlo como deseaba. No sólo se sentiría ofendido por eso, sino que, a la misma vez, halagado por estar haciendo semejante sacrificio por él.

—¿Estás segura? —preguntó, mirándome con atención.

—Sí —musité, con el corazón acelerado.

James no insistió. Con los años había aprendido que lo mejor era dejarlo así.

—Nos vemos, entonces.

Con un suave susurro, cerró la ventana del automóvil y éste se puso en marcha, dejándome sola en la desierta calle a la espera de la locomoción pública.

Una vez superada la conmoción por la supuesta preocupación por parte de O'Connor, me dirigí hacia el supermercado a propulsión máxima. Tenía que apurarme, porque luego debía ir a casa a darme un baño, arreglarme y emborracharme (principalmente, emborracharme como cuba). Sin embargo, como nada podía salirme bien de inmediato, me encontraba, en el medio del pasillo,

observando con desesperación y resignación el botellón de ron. Más con angustia, que con aceptación.

Dios, era tan estúpida. Y lo era, porque, en algún momento del día, se me había borrado por completo la información de mi edad, omitiendo olímpicamente el hecho de que aún no era mayor de edad legalmente, que aún no tenía dieciocho años y, por ende, no podría comprar alcohol.

Estaba cayendo en un transe de histérica, que me haría terminar lanzando los bolsos contra el estante, cuando logré controlarme, sacar el teléfono celular de mis pantalones raídos y marcar el número de Bella. Tranquila, tan paciente como podía estar en un momento como ese, esperé a que Bella contestara.

—¡Bella! —exclamé, en una especie de medio grito, medio chillido—. Se pudrió todo.

Bella lanzó un largo suspiro, sabiendo que, nuevamente, algo malo me había ocurrido. La mala suerte me perseguía, tal vez debería ir a santiguarme para sacarme el mal de ojo.

—¿Por qué?! —exclamó ella, agitada—. ¿Qué sucedió?

Tomé aire antes de contestar.

—¡Tengo diecisiete años, Bella! —Gemí en miseria. — No puedo comprar alcohol, así que no podré emborracharme y, por ende, no podré besar a O'Connor. Todo se pudrió.

Tras un corto silencio, la oí soltar una risita.

—Si serás tonta —dijo con humor. Mierda, ¿por qué estaba contenta cuando mi mundo se había derrumbado? Al parecer, no entendía el hecho que no podría besar a O'Connor. No podría, fin de la historia—. Me has asustado, pensé que era algo más grave.

Lancé el bolso pesado al suelo, soltando un bufido de indignación. Claro, tal vez para ella no era grave el hecho de que, al final, esa noche no podría superar mi trauma bajo litros de alcohol.

—¿Y crees que esto no es grave? —pregunté.

Soltó otra risita tonta. Muy bien, si volvía a hacer eso, le colgaría.

—No, tonta. —Fruncí el ceño. — Iré de inmediato al supermercado y compraré la botella por ti.

Sentí que kilos y kilos de angustia y desesperación, se esfumaban de mis hombros. Oh, Dios, gracias por bendecirme con tu suerte.

Realmente era una estúpida, porque, no sólo se me había olvidado que yo era menor de edad, sino que, además, también había olvidado que Bella sí lo era. Incluso tenía un hermoso automóvil descapotable que le había regalado su padre para su cumpleaños. En cambio, a mí me compraban un pastel y un par de zapatos... lo que me había hecho recordar, que le tenía que pedir ropa interior a mis tías de regalo de cumpleaños, aunque técnicamente falta casi un año completo.

—Eres mi salvadora, Bella —le agradecí.

Pude escuchar su risa al otro lado del teléfono, y esta vez no me irrité.

—Necesito que pases a comprarme una gotitas para el rojo del ojo en la farmacia —pidió.

Me rasqué la cabeza.

—¿Te dio infección? —pregunté.

Volvió a reír... bueno, tal vez sí me seguía irritando horriblemente esa risa.

—No, voy a fumar hierba hoy y necesitaré las gotas para que no se me pongan los ojos tan rojos.

Abrí la boca, muda por el asombro. Sabía que Bella fumaba y que tomaba, y que incluso algunas veces tomaba éxtasis en las fiestas más descontroladas a las que iba. Pero oírlo porque estaba a punto de pasar en una cuestión de horas, era diferente a sólo imaginarlo.

—Vale —acepté—. Te estaré esperando en la farmacia, entonces.

Colgué. Agarré nuevamente el bolso y me lo colgué al hombro. Tenía sólo un par de minutos para comprar las gotitas, Bella vivía prácticamente al lado, en unas mansiones que daba miedo el sólo hecho de pasar por fuera de ellas.

Me encaminé a la farmacia que estaba al lado del supermercado y entré al recinto. Cuando estaba pasando por unos de los pasillos de la farmacia para pedirle a un vendedor gotas para los ojos, una sección llena de cajas llamó mi atención. Me giré y lancé el bolso más pesado al piso. Agarré una de los paquetes y leí:

«Condomes»

Vaya, era la primera vez que me encontraba tan cerca de esos aparatos. Nunca había tenido una de esas famosas cajas en mis manos, sólo las había visto en televisión. Era toda una novedad que no podía desperdiciar. Giré el paquete y leí las instrucciones que estaban al reverso:

«Ocho pasos para poner un condón»

¿Tantas instrucciones se necesitaban para poner un simple plástico?

«Paso número uno: discutir, comunicar y consentir...»

¿Qué mierda era todo eso? No tenía sentido, pero aún así seguí leyendo.

«Paso número dos: busca un pene erecto...»

Bueno, igual eso era obvio. No creía que la gente le anduviera poniendo condones a escobas o cosas por el estilo, aunque... ¡un momento! En realidad, sí había personas que hacían eso.

Agarré otra caja de condones, de otra marca, y también la volteé. Al contrario que la anterior, ésta tenía una serie de dibujos en la parte trasera. La primera aparecía un sobre medio abierto, la segunda salía una mano agarrando el condón entre el dedo gordo e índice, la siguiente imagen era un pene erecto siendo cubierto por el plástico y la cuarta imagen, y última, era todo el pene cubierto por la bolsa.

—Me pregunto... —susurré.

¿Les dolería a los hombres ponerse los condones? Es decir, la imagen no mostraba mucho, pero igual no se veía muy cómodo. A mí me molestaban los sostenes, así que un condón debía sentirse algo parecido, como si se los estuvieran estrangulando, aunque ellos tenían la suerte de que, los condones, no tenía esos malditos fierros (las barbillas) que se salían y se empezaban a enterrar en tus tetas como si fueran soldados intentando matarte del dolor.

De pronto, una idea destelló en mi cabeza. Hoy iba a besar a O'Connor e iba a estar borracha y cabía la posibilidad que, en mi ebriedad, me bajara la calentura. Sí, lo mejor sería prevenir, me llevaría una caja por si saltaba la liebre y me daba por revolcarme con O'Connor por algún rincón. No quería quedar embarazada.

El problema era que me percaté que los condones venían en diferentes tamaños y sabores (los de chocolate llamaron mi atención), lo que me pareció de lo más lógico, pero eso no me ayudaba con el hecho de que no sabía cuánto media la anaconda de O'Connor... James (debería comenzar a llamarlo por su nombre si ya estaba planificando una noche de pasión). Intenté recordar su tamaño cuando le había clavado la rodilla en ese sector. Había sentido un bulto grande, pero eso me dejaba en la misma indecisión. Que tuviera un bulto enorme, no significaba que la tuviese... bueno, grande. Podía ser que sus... eh, esos sacos que colgaban, fueran los de gran tamaño. Hasta, incluso, estaba la posibilidad que se pusiera calcetines para aparentar más.

Agarré la caja que decía XL. Bueno, si le quedaba un poco grande, siempre estaba la posibilidad de hacerle un nudo o algo así, aunque no sabía si se podría hacer eso. Mm, tendría que preguntarle a Bella para entrar en más detalles técnicos....

—Leah.

La caja de condones casi salió volando de mis manos. Me giré con el corazón acelerado, mientras apretaba el paquete contra el pecho, para evitar morir de un ataque al corazón.

Era Bella.

—Oh, mierda, casi me matas del susto.

Intenté tranquilizarme para no golpearla por haberme hecho envejecer diez años de golpe.

—¿Qué haces? —preguntó, mirando con curiosa la caja aplastada contra mi pecho.

Mi especialidad era ser extremadamente sincera, y también tener vergüenza de muy pocas cosas, lo que era un horrible defecto en la mayoría de mis días penosos.

—Estaba viendo unos condones —contesté.

Arrugó el entrecejo.

—¿Y para qué?

Me encogí de hombros, claramente ella no entendía mis pensamientos perversos que aparecían cada vez que O'Connor, con ese bañador del colegio, bailaba sensualmente en mi mente. Maldito mono; ahora por su culpa no sólo tenía que soportar mi locura, estupidez y mal humor, sino que una inminente zoofilia también. Dios, nadie me había obligado a sentirme atraída por un simio en bañador.

—Por si salta la liebre prefiero estar preparada —le dije—. No quiero quedar embarazada de O'Connor.

No quería andar pariendo como una vaca.

Bella me quitó la caja de la mano y la miró, luego la dejó a un lado y escogió otra, ignorando monumentalmente el hecho que había confesado que me quería acostar con un animal.

—Esta es de mejor marca, la otra es mala. —Repentinamente, los ojos de Bella se abrieron, asustada. — Leah, ¡escóndete! ¡James a la vista!

Le lancé la caja de condones a Bella y corrí a toda velocidad, arrastrando mi bolso detrás de mí, hacia el mostrador de la farmacia, para a continuación apoyarme en el mostrador y hacer como si me encontrase ahí para cualquier otra razón que no fuera para comprar condones. Con el corazón acelerado, me giré levemente para observar a O'Connor y a Blair pasar por fuera de la tienda hacia el supermercado... pero no había nadie conocido. Sólo me encontré con Bella riéndose como una maniaca.

Mierda, había caído.

Respiré agitadamente, intentando sacar el susto del cuerpo. Si O'Con... James me hubiese visto con los condones, me habría comprado un revolver y me habría suicidado. No hubiese podido soportar la vergüenza, la completa humillación. Agradecí que sólo fuera una broma y no la verdad.

Después de comprar las gotas para los ojos, los condones —que tuvo que pedirlos Bella, ya que no soportaba la vergüenza— y el botellón de ron, nos dirigimos al estacionamiento del supermercado. Nos detuvimos a un costado del coche de Bella, un hermoso *porsche* descapotable color negro; era todo un maldito automóvil de lujo. Me senté en los asientos de cuero con suavidad, intentando no arruinarlos con mi culo de poca clase.

—Leah, la tapicería no se arruinará —comentó Bella, sonriendo.

No le creí. Algo tan bonito y delicado podía ser arruinado por mí... no, es más, podía ser el automóvil más tosco y feo, pero, ante mi presencia, podía volverse más tosco y feo de lo que ya era. Así que... no, señores, no pensaba desparrame por el asiento.

Observé la caja de condones que llevaban dentro de la bolsa. Explorar un poco no le hacía mal a nadie. Saqué la caja de condones y la abrí. Me encontré con tres condones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bella, encendiendo el motor.

—Esto se llama descubrir lo desconocido —contesté, mientras agarraba el pedazo de plástico que había dentro del paquete.

Una sustancia parecida a la baba de un caracol cubría el plástico.

—Desperdiciaste un condón en una estupidez —comunicó Bella, saliendo del estacionamiento.

Alcancé a firmarme de la puerta, cuando Bella tomaba una curva cerrada y seguía aceleraba. De inmediato, la potencia del motor me lanzó contra el asiento con fuerza.

Con el condón colgando de mis manos, lo lancé a mis piernas y luego me puse el cinturón de seguridad. No quería morir virgen cuando estaba tan cerca de que la acción pasase en mi vida.

—¿Crees que con dos sea suficiente? —le pregunté, tras acomodarme en el asiento y volver a agarrar el condón con la mano.

Bella rodó los ojos, exasperada de mí.

—Leah, dudo seriamente que ocupes uno.

Miré la babosa... digo, el condón. Sin medir lo que estaba haciendo, lo acerqué a mi rostro y, lentamente, saqué la lengua. Cuando ésta había alcanzado a rozar el plástico, Bella apretó el freno. Mi cabeza dio un rebote hacia adelante y el cinturón de seguridad se apretó contra mi pecho, dividiendo el monte de mis tetas en dos grandes montañas que se realzaban en todo su esplendor.

—¡Pero qué demonios...! —exclamé, sin aliento.

—¡No vuelvas a chupar ese condón en plena calle! —chilló Bella, histérica.

Entre asustada por el frenazo e impresionada por su reacción, asentí.

—Lo que tú digas —dije. Bella volvió a acelerar—. ¿Y se puede preguntar por qué no le puedo probar su sabor? Siempre he visto en los programas de sexualidad, que recomiendan... eh —Me sonrojé horriblemente. — Que recomiendan...

—¿Chuparla? —me ayudó Bella.

Miré su ceja alzada de reojo.

—Sí, eso. Bueno —Me aclaré la garganta. —, siempre recomiendan que uno lo haga con un condón puesto.

Bella dio un largo, largo suspiro.

—Sí, pero para eso están los con sabores, Leah. —Apuntó, el condón muerto en mi mano, con un movimiento de cabeza. — El que tienes tú sabe a latex, y no es un sabor precisamente exquisito.

Me encogí de hombros, porque no había nada que yo pudiese decir ante eso. Era ella la de la experiencia, mientras que yo sólo era una alumna con sed de conocimiento.

Sin saber qué más hacer con el condón, lo inflé como si fuera un globo y le hice un nudo. El globo que quedó era del largo de mi antebrazo y, de inmediato, me pregunté si O'Conn... James la tendría de ese porte. Sí era así... me bajó el miedo. Si

intentásemos tener sexo, O'Co... James me partiría por la mitad o me dejaría inválida o, simplemente, no podría meterla.

Lancé el condón fuera del vehículo, antes de que pudiese seguir atormentándome con eso.

—Tengo una duda existencia —le comenté a Bella, cuando el automóvil descapotable de ella doblaba por una calle—. Si estuviese la posibilidad de que a O'Co... James le quedase grande el condón —Y le rogaba a Dios que así fuera. —, ¿le podré hacer un nudo para que le queda bien?

Bella nuevamente frenó, tan repentinamente, que mi cabeza dio un revote hacia adelante y el cinturón de seguridad volvió a estrangular a mis senos. El vehículo que iba detrás de nosotras, frenó de golpe y luego, tras una maniobra, aceleró por el costado de nosotras.

—¡Mujer tenía que ser! —rugió el conductor, lanzándole una mirada furiosa a Bella, que tenía las manos puestas sobre el volante.

—¡El maldito imbécil serás tú! —le grité devuelta, dándole una partida doble de dedos de al medio. Acto seguido, me giré hacia Bella—. Eh, ¿por qué no respondes mi pregunta?

Bella soltó un bufido discreto.

—No puedo creer que tu ignorancia, con respecto al sexo, sea a tal punto que no sepas que jamás, ¡JAMÁS!, le tienes que hacer un nudo a un condón. —Dio un largo suspiro. — Es más, sólo diré que, si llegara a saltar la liebre, como vulgarmente le dijiste al sexo, te limites a entregarle el condón al hombre y quedarte con tus manos, y tus ideas, alejadas del proceso.

Con un puchero de protesta, me acomodé en el asiento. Bella apretó el acelerador y nos marchábamos a toda velocidad. No era mi culpa que en la escuela nunca hubiesen mencionado ese pequeño detalle de no hacerle nudo a los condones y que no debía chupar un condón en la vía pública. Seriamente, tendría que investigar sobre el tema.

Sin embargo, por ahora, me limitaría a hacer lo que me había aconsejado Bella. Después de todo, era demasiado tarde para una clase.

No quedaba más que esperar a la acción.

8

LA FIESTA.

La vida familiar de Bella era un tanto particular. Si ella triunfaba totalmente en el internado con su belleza y carisma, en su casa era todo lo contrario. Su madre los había abandonado, a su padre y a ella, hace ya tantos años que Bella no la recordaba. Más que aquellas líneas, no sabía; Bella jamás había querido decir más que eso, y yo tampoco había insistido para que lo hiciera. Era un tema difícil que no podía tratar. Llevaba diecisiete años conviviendo con un padre que pasaba más tiempo enojado y con una madre con la cual no podía cruzar palabras sin pelear. No era nadie para intentar aconsejarla, no cuando me ahogaba en mis propias pesadillas.

Sin embargo, a pesar de que sólo conocía la historia por la superficie, sabía que navegaba en aguas profundas; oscuras y turbias aguas llenas de dolor, dolor que aún no se había ido, no importando cuánto tiempo había transcurrido. Hasta el día de hoy, sabía que a Bella le dolía haber sido rechazada de esa manera por su madre, lo que me dejaba comprender las inseguridades que la inundaban cuando quería a alguien, convirtiéndola en una obsesa por el control, por el saber que la otra persona también le correspondía. Era un trauma de la niñez y yo prácticamente nada podía hacer ante eso.

Sobre su padre... nunca lo había visto en mi vida, a pesar de que había ido unas cuantas veces a casa de Bella un fin de semana para ayudarla estudiar. Siempre estaba sola, su padre, llamado Jorge, pasaba en viajes de negocios. Jorge Armstrong era abogado, un importante abogado con uno de los bufetes de más renombre en el país y, también, uno de los hombres más millonarios.

Así que Bella se había criado con sirvientes que eran despedidos cada cierto tiempo, por no contentarla. Básicamente, estaba sola y ese hecho la había convencido para internarse en Highlands. Lo que para todo el mundo era una pesadilla, para Bella era una entretenición. La escuela era su refugio, un lugar donde podía esconderse del padre ausente, de la madre que la había abandonado y de poder estar con su amigo de la infancia, del que estaba casi segura Bella amaba. Y la razón principal que me hacía pensar eso, era que jamás me lo había presentado. Sí, íbamos en el mismo internado y, tal vez, incluso éramos compañeros. Pero para Bella esas

no eran razones suficientes para confesarme la identidad de él, ya que lo protegía con uñas y dientes.

Luego que Bella comenzó a asistir a la escuela, y ahogado en una repentina culpabilidad por aquello, Jorge le había permitido escoger la casa que desease para que se mudasen. Bella había escogido una mansión cercana a uno de los condominios más caros y exclusivos del país. Si no había escogido el condominio, había sido por el simple hecho que esas mansiones le habían parecido pequeñas.

En ese preciso momento, Bella detuvo el automóvil y, aún impresionada a pesar de que había ido con anterioridad, observé la casa Armstrong. Era tan grande como una pequeña ciudad, con kilómetros de césped, piscina, bañera con hidromasaje, tres pisos y con más de veinte habitaciones.... ¡¿Quién demonios quería una puta mansión con más de veinte habitaciones?! Técnicamente Bella, pero aún así me seguía pareciendo una utopía de lo más desagradable.

No me demoré en lanzarme dentro de la mansión y escoger un cuarto del segundo nivel, que miraba al patio trasero, y lanzar mis cosas ahí, mientras corría apresuradamente al baño para ducharme y comenzar con el espectáculo. Al final, había decidido pasar directo del supermercado a la pequeña y cómoda casa de Bella. La verdad, es que había temido ir a mi mansión (¡já!) y que mi santa madre me encadenase a la cama para no ir. Siempre era mejor pedir disculpas que permiso. Y yo, una mujer que era cuidadosa, prefería prevenir que lamentar.

Una hora más tarde, y tras sesenta minutos de peinado, maquillaje y vestuario, me encaminé hacia el espejo que había en el cuarto de Bella, ya que había ido allá para que me ayudase con todo eso, y me enfrenté a mi yo mejorado.

El bonito vestido color crema, que me había prestado Bella para la ocasión, moldeaban mis curvas como si fuera la caricia de O'Co... digo, un hombre. El maquillaje había hecho resaltar mis grandes ojos grises y el peinado había convertido a la paja en ondas de agua. Me quedé boquiabierta ante la imagen. La verdad era que nunca me había visto tan bien en mi maldita vida. Incluso me dieron ganas de besar mi reflejo. Y tuve que pestañar en reiteradas ocasiones para comprender que esa hermosa sirena sin cola era... ¡Ariel! No, mentira, era yo.

—Wow —susurró Bella, sorprendida.

Observé su reflejo en el espejo y le sonreí.

—Me veo increíble.

Ella asintió.

—Ese vestido te queda mucho mejor que a mí. —Se apuntó los senos. — Es más que visible el hecho que a mí me faltan dos grandes montañas para rellenar ese vestido. —Me quedó mirando los senos hasta que me sentí perturbada. Incluso me comencé a preguntar si no se había vuelto lesbiana de repente. — Algunas veces desearía tenerlas así, para que ... —Se detuvo de golpe y luego soltó una carcajada.

Cuando estaba a punto de preguntarle qué ocurría, me distrajo con eso que siempre caía. — James no podrá quitarte las manos de encima.

Fruñí el ceño.

—Bella, te dije que dos condones no serían suficiente.

—Leah, por favor, no empecemos de nuevo...

El sonido de mi celular la interrumpió. Sin demorar y con una pesadez en el estómago, caminé hacia la mesita de noche donde había dejado el celular al entrar al cuarto de Bella. En la pantalla del teléfono, vibrando sin cesar, decía: «Mamá» llamando.

Contesté cuando el valor aún no se había evaporado.

—Leah —Su tono fue calmado, y lo supe: estaba iracunda—, ¿me podría decir dónde te encuentras? Son las nueve de la noche y tú aún no has llegado.

Mi corazón latió deprisa. Bella me lanzó una mirada significativa y moduló un simple «¿Tu mamá?». Asentí a su pregunta.

Mi alma pareció enrollarse sobre sí mismo, agonizando.

—Hola, madre —respondí, sin aliento. Sequé mis manos sudorosas en el vestido—. Estoy en la casa de Bella.

—¿Y qué haces ahí? —Su voz sonaba tranquila y yo no quería que así lo fuera, porque eso era malo, muy mala. Deseé que me estuviese gritando, pero no lo haría, jamás lo hacía cuando estaba furiosa—. No me pediste autorización, no me avisaste. Te recuerdo que eres mi hija y obedecerás todo. Si yo te digo que debes venir del internado a casa, lo harás.

Las palabras parecieron enredarse en mi lengua. De pronto, no sabía qué decir. Todo el carácter de mil demonios que le demostraba a los demás, se había esfumado, dejándome temerosa... como la niña cobarde que siempre había sido.

—Madre —susurré—, lo siento. Te iba a llamar ahora.

—¿Me ibas a llamar? —interrogó—. Regresa ahora mismo a casa, Leah. Ahora.

Le eché un vistazo desesperado a Bella, que se miraba en el espejo, pero que aún así no perdía detalle. Avergonzada por mi temor, me volteé para darle la espalda y que así no pudiese verme en mi faceta más débil.

—Madre —tartamudeé—, Bella me lo pidió: el lunes hay examen y quería que le enseñara.

No contestó por largo segundos, en los que yo podía oír su respiración chocando contra el auricular del teléfono.

Mis labios se resecaron.

—Ella tiene suficiente dinero para conseguirse un profesor particular —contestó al fin—. Yo te necesito en casa, Leah. Ayudándome.

Me relamí los labios.

—Lo sé, madre. Lo siento por eso. Prometo ayudarte mañana.

—¿Prometes? —dije—. ¿Prometes? Es tu obligación, así que no prometas.

Jadeé. Sentí que las lágrimas comenzaban a picar tras mis ojos, mientras la garganta me ardía.

—Por favor, madre —rogué.

Finalmente, la oí tomar un largo suspiro.

—De acuerdo —aceptó—. Pero si realmente estás con tu amiguita dándole clases, quiero que te pague. Si me has mentido, Leah —siguió— y mañana no llegas con el dinero, sabrás lo que te pasará.

Colgó antes de que pudiera contestar.

Mis manos temblaban incontrolablemente, cuando lancé el celular a la enorme cama de Bella, donde dio un rebote y luego quedó estático y con la pantalla aún encendida. Me llevé una mano al corazón e intenté contener el llanto que amenazaba con salir a la vida. Había conseguido el permiso de mamá, ¿pero por qué eso no me hacía sentir mejor?

El enorme nudo en mi garganta casi no me dejaba respirar.

—¿Qué dijo?

La feliz voz de Bella me hizo reaccionar, pero el hielo en las venas persistió por mucho tiempo más. Aparentando tranquilidad, al igual que ella fingía no sentirse afectada porque su padre, una vez más, no estuviese en casa, me volteé a observarla. Había dejado de mirarse al espejo y, sentada sobre la cama, me contempló con sospecha.

—Mañana debo llegar a casa y ayudarla con los quehaceres del hogar. —Busqué por la habitación el envase que me había llevado hasta ahí. —¿Dónde dejé el botellón de ron, Bella?

Me apuntó una esquina de la habitación y casi me lancé en su búsqueda.

—¿No siempre le ayudas a tu madre en los quehaceres?

Me encogí de hombros, fingiendo despreocupación por la amenaza silenciosa que me había dado madre.

—Tal vez no sea suficiente.

Con las manos aún temblorosas, destapé la botella y la llevé a los labios. Le di un trago y el alcohol bajó por mi garganta, quemándola. Alejé el envase y jadeé, con los ojos lagrimosos.

—Leah, anda con más cuidado.

¿Andar con cuidado? No quería andar con cuidado, siempre lo hacía, siempre preocupándome por cosas triviales, siempre angustiada.

Pero esta noche sería distinto.

Le di otro trago a la botella.

La fiesta estaba en su máximo apogeo, casi cien personas ocupaban la planta baja (primer piso) del recinto. Los gritos de gozo, las conversaciones animadas, el fuerte

olor a cigarrillo y marihuana repletaban el ambiente. Todos parecían estársela pasando de maravilla, aprovechando esa noche sin reglas, sin control paterno, sin nadie que pudiese detenerlos a explorar lo desconocido.

Con vaso en mano y en un éxtasis delirante, me tambaleé por la mansión *sola*. Estaba sola, sin compañía, mientras todos parecían encontrar a una pareja. Bella, que había conseguido novio hace una o dos semanas, se había perdido hace casi una hora con él en la habitación.

Por otro lado, O'Connor... le di un largo trago a la mezcla de ron con gaseosa, y lo maldije en silencio. El desgraciado aún no aparecía. Brillaba por su ausencia, a pesar de que eran más de las once de la noche y que Blair llevaba alrededor de dos horas jugando *Strip Poker*¹¹, quedándole, como dos únicos consuelos, el orgullo herido y la ropa interior.

Furiosa y ebria, pero más borracha que iracunda, me apoyé contra un pilar del pasillo e incliné la cabeza, observando, lo mejor que podía en mi estado indecente, a la especie de orgía que había frente a mí en el salón. Sentí la cabeza pesada y pestañeeé con fuerza para aclarar mi vista... Todo el jodido mundo giró y pareció inclinarse en una extraña posición. Volví a pestañar, luego comprendí que era yo la que me estaba resbalando por la pared. Me alcancé a recomponer antes de estrellarme contra el suelo.

Me terminé el vaso de un trago, cuando O'Connor vino a mi memoria. El maldito bastardo no llegaba. Me sentía humillada, frustrada... qué linda pintura... herida por lo que había hecho. Me había dejado plantada justo cuando yo más lo necesito para satisfacer el infierno que había en mis bragas. Miré hacia abajo e intenté levantarme el vestido para ver el pequeño *inferno*... pero me terminé encontrando con mis manos. Oh, qué extrañas eran. Estaban un poco gastadas a pesar de mi edad. Una vez me habían comentado que eso se debía a que era un alma vieja encerrada en un cuerpo joven... Odié a O'Connor por lo que me había hecho.

Me alejé y, nuevamente, el mundo se inclinó. Choqué contra una pared, luego con otra.... ¿En qué momento el cielo raso había cambiado de posición? Luego, un diablillo en mi cabeza, me susurró que me había caído. Me puse de pie, mientras me reía por algo. Me encogí de hombros, para espantar al diablo que aún no abandonada mi hombro, y perdí otra vez el equilibrio. Me afirmé justo a tiempo de la pared y me quedé quieta, aunque el mundo seguía girando y girando y girando...

—¡Detengan al mundo! —chillé, histérica—. ¡¿Por qué no deja de girar?!

Quería que finalizara, que terminara de moverse para poder mantener el equilibrio. Odié al mundo, a la mesa que se interpuso en mi camino, a las paredes que parecían oscilar y golpearme en cada paso que daba. Llegué hasta el bar que había en la casa de Bella para hacerme otro trago, pero al final terminé tendida sobre

¹¹ Juego de cartas donde el perdedor debe sacarse una prenda de ropa.

la mesa... aunque más que apoyada contra la barra, estaba desparramada como un cerdo sobre el lodo. No me alcanzaba para más.

—Creo que estoy ebria —me comenté, agarrando un botella de... achiqué los ojos para leer la etiqueta y no leí ni una mierda. Me serví en un vaso ese extraño brebaje de los dioses.

No sé por qué, tal vez por mi estado, pero me sorprendí respirando agitadamente y maldiciendo a O'Connor en silencio. Un odio hacia él comenzó a invadirme de a poco.

Miré el vaso que tenía en la mano como si éste fuera a rebelarme los secretos del mundo.

—¿Sabeeeeeeeeeeeees lo que más me moleeeeeeeeeeeesta? —Las palabras parecían salir arrastradas de mi boca. — Es queeeeeeeeeee todo estoooooooooo —Me apunté el cuerpo. —, lo hice por éeeeeeeeeel y... ¡No vinoooooooooooooo! Y yo que había comprado... ¡cordones! —Enmudecí por unos segundos. — ¿Eran cordones o condones? —¿A quién le importaba eso? Los dos servían para agarrar algo. — La cuestión es que... se me olvidó cuál era la cuestión, pero la cosa es que.... Bueno, también se me olvidó eso. —Miré al vaso. — ¿Qué estaba charlando?

Una mano sin cuerpo se posó sobre mi hombro.

—¿Con quién hablas?

Me giré con el corazón en la mano, casi derramando todo mi trago sobre la otra persona.

Blair, con esa horrible sonrisa estúpida y petulante que tenía, estaba detrás de mí, observándome con curiosidad. Estiró el cuello para mirar lo que sujetaba con la mano. Observó el vaso en mi mano

—¿Estabas hablando con tu vaso? —preguntó con el entrecejo fruncido.

Volteé el rostro y contemplé el vaso.

—No... sí... no, en realidad sí. No, no estabaaaaaaaaaaaaaa hablaaaaaando con mi vaso, Blair.

Con la mano libre, le clavé el dedo índice en su pecho para darle más énfasis a mi negación.

—¿Estás tomando vino? —Su tono de voz me sonó a incredulidad. ¿Pero qué sabía yo de eso? ¡Estaba tan ebria que había dos Blair frente a mí!

Contemplé mi vaso con atención. ¿Cuándo el ron había pasado a convertirse en vino...? ¡Uno momento! Eso quería decir que... ¡Me había transformado en *Jebús*¹²!

—Al parecer, sí.

¿Podría caminar sobre el agua si lo intentaba?

Repentinamente, la ropa de Blair me llamó su atención... en realidad, la ausencia de ella fue la que captó mi mirada. Di una vuelta alrededor de él, mientras

¹² Nombre que hace referencia a Jesús en uno de los capítulos de la serie Los Simpsons.

Blair me observaba casi como si me hubiese salido otra cabeza más. Me sentí como *Fluffy*¹³.

—No tienes ni cerca tan buen culo como O'Connor, así que márchate. No me sirves. —Pero él no se alejó. — ¿Por qué me sigues mirando como imbécil? No te quiero a mi lado. —Lo empujé con las manos. — Shu, shu, largo.

Alzó una ceja.

—Verás, Howard, yo tampoco estoy contento con estar aquí. Sin embargo, antes de que digas algo —No pensaba hacerlo. —, quiero aclarar que sólo intento hablar contigo por James... sí, el mismo que dices odiar tanto. —Y ahora lo odiaba más que nunca. Perro maldito, me había dejado plantada y ahora, por su culpa, tenía unas raíces del porte de mis tetas. — Sinceramente, Howard, ¿a quién quieres engañar con todo esa mierda de «Yo odio a James O'Connor, porque es demasiado engreído»? La única persona, lo suficientemente estúpida para tragarse todo eso, es... pues adivina quién es. —No respondí y Derek realmente pareció esperar por mi respuesta que jamás llegaría. — Bueno, es James.

Mira qué maravilla.

Tomé un sorbo del ron que había convertido en vino con mis superpoderes. El sabor medio agrio y medio dulzón, me inundó la boca; y estaba demasiado ebria para saber si era un sabor que me gustaba o no.

—Si haaaaaaaaaaaaaas veniiiiiiidooooo a hablaaaaaar de eseeee ser despreciable y asqueroso, puedes ir marchándote. —No quería saber nada de él, nada. Aunque, si me enviaran una fotografía de su trasero... no, no quería nada de él. A menos que...—. Borraaaaaacha estaré, pero no lo suficiiiiiiente para aceptar tener eeeeeeeesta conversación.

Estaba tan ebria como podía estar un humano antes de comenzar a vomitar y orinarse sin control. Sin embargo, Blair no lo sabía y en vista que no me alejaría de la barra porque, si lo hacía, me desplomaría en el suelo como el *Titanic* contra un iceberg... no quedaba más que intentar que él se largara.

Blair se mantuvo unos segundos en silencio y aproveché el tiempo para observar la habitación con ambiente animado y lujurioso, por todas partes había parejas frotándose como perritos en celos. Mientras tanto, mis caderas no dejaban de moverse al son de la música.... ¿Qué le ocurría a mi cuerpo? ¡Yo odiaba bailar...! ¡Mentira! Ahora quería gozar.

—Mira, Howard. —Blair me sacó de mis delirios. —, si tan sólo le dieras una oportunidad...

—No.

Ahora más que nunca, no se la daría, no después que me había dejado plantada. Ni siquiera quise preguntarle a Blair por qué no había venido, si lo hacía me pondría

¹³ Perro de tres cabezas de la novela Harry Potter y la piedra filosofal.

a llorar... aunque, claro, sería culpa del alcohol. Yo no era sentimental, era dura como una roca. Leah, la piedra.

—Pero, ¡te lo suplico! —Junto las manos delante de sí. —Sólo una cita, nada más que eso.

Me giré hacia la barra, dándole la espalda.

—No.

De pronto, el vaso desapareció de mis manos y fui volteada nuevamente. Mi mirada chocó directamente contra los ojos café (color mierda) de Derek. Wow, ¿desde cuándo era tan atractivo...? Como sea, eso no importaba y, mucho menos, me haría cambiar de opinión.

—Por favor.

—He dicho que no.

—Te lo suplico, ya no lo soporto. ¡Es patético! ¿Sabes lo que es soportar oírlo mendigar tu amor? —Sus dedos se apretaron contra mis hombros desnudos. — ¿Escuchar los gimoteos de protesta cuando lo rechazas? ¿Oír una y otra vez la guía de «1001 manera de conquistar a Howard y no morir en el intento»?

Me reí.

—¿Realmente existe esa guía? —Derek asintió. — Vaya, eso sí que es patético.

Me solté del agarre y giré hacia la barra. Jebús, necesitaba otro vaso de poción y un guerrero que matase a Blair para sacarlo de mi lado.

—¿Saldrás con él? —porfió esa voz que ya comenzaba a irritarme.

—Déjame meditarlo.

Seguí buscando a un salvavidas. Al no encontrarme nadie libres (todos practicaban sexo con ropa), observé con enojo mis piernas.

«¿Dejarán de temblar si les prometo descanso?».

No obtuve respuesta de ellas.

—¿Lo pensaste? —insistió Blair.

—Sí —contesté. Me giré hacia él—. ¿Quiereeeeeeeres laaaa respuesta?

—¿Saldrás con él? —preguntó, esperanzado.

—¡Por Dios, noooo! —Arrugué el entrecejo. — Todo lo que me has confesado sólo hicieron que lo odiase más. Además, está el hecho que el ¡BASTARDO! no se presentó en la fiesta.

Miré con atención la poción en el vaso y me la tragué de un golpe. Necesitaba fuerza para afrontar la verdad: sólo había sido un juego para O'Connor.

El alcohol empezó a navegar por mis venas a mayor velocidad.

Derek estuvo tanto rato en silencio que, por un momento, creí que se había marchando. Cuando comenzaba a relajarme y disfrutar nuevamente de mi borrachera, oí su desagradable voz.

—James es buena persona.

—No me interesa —lo corté, iracunda.

El maldito había omitido la explicación del por qué O'Connor no había aparecido en la fiesta, porque sabía que no había excusa razonable para ese bastardo.

—Es apuesto.

Como si me importase eso.

—Hay más peces en el mar —canté.

—Es divertido.

¿Acaso tenía cara de querer joder con un payaso?

—Para eso me caso con un comediante.

—Tiene linda sonrisa.

—Díselo a un dentista.

—¿Qué tengo que hacer para que aceptes una cita con él? —preguntó, derrotado.

Suspiré, hastiada.

—Nada, porque no lo haré.

Se apoyó en la barra, a mi lado.

—Eres una amargada, Howard —dijo, rencoroso—. Tienes loco al segundo hombre más cotizado en la escuela (el primero soy yo, obviamente) y lo ignoras como si fuera una mosca molesta....

—Es una mosca molesta.

—... y créeme que cientos de mujeres desearían estar en tus zapatos.

—¿Me debería importar? Porque no lo hace.

Blair me lanzó una mirada dividida entre la angustia, por no caer en la red, y maravillada, por no caer en la red.

—Es un buen partido. ¡Tiene mucho dinero y...!

—Verás, Blair —lo interrumpí, apoyando la mano en su pecho para alejarlo de mí. De pronto, me sentía un poco acosada por ese hombre—. Si tanto idolatras a O'Connor, ¿por qué mejor no te conviertes en su novia? Mira que rostro de mujer ya tienes. O —seguí—, tal vez, O'Connor quiera ser la mujer en la relación. Pero la cosa es que... ¡Déjame tranquila! ¡Anda donde O'Connor y viólese para calmar las pasiones, por el amor de Dios! Y no se te olvide decirle que lo amas.

—Es que yo amo a James —dijo, sorprendidamente.

Fue como si el tiempo se detuviera por unos segundos, el cerebro se me congeló en el cráneo. El shock recorrió mi cuerpo. Incluso sentí que el alcohol dejaba de nublar me el cerebro... nah, eso era imposible.

«¡OH, MI DIOS!».

Mi mente cayó en colapso, derrumbándose entre las paredes blancas que la contenían.

«¡DEREK ES GAY! ¡GAY! ¡REALMENTE LO ERA!»

—¡¿DEREK, ERES GAY?! ¡OH, DIOS! ¡YO SÓLO ESTABA BROMEANDO CON ESO! —Mis ojos estaban a punto de salirse de las orbitas. Todo comenzó a encajar en

mi cabeza con una velocidad abrumadora. — ¡Ahora entiendo todo! ¡Ahora comprendo por qué no eres capaz de estar con una sola mujer y es porque no te gustan las chicas! ¡Te gustan los chicos! ¡Te gusta O'Connor!

Derek me observó con la boca abierta, impresionado por haber descubierto su secreto más oculto.

—¿Qué mierda estás diciendo, Howard?! —exclamó con las mejillas rojas de furia. Estaba casi sin aliento. — ¡Yo no soy gay! ¿Por qué mierda lo dices?

Abrí y cerré la boca como un pescado fuera del agua.

—Pero... pero... pero acabas de decir que amabas a James.

Derek volvió a enrojecer.

—¡LO DECÍA PORQUE ES MI AMIGO! —rugió, histérico—. No lo amo como pareja. Lo amo como amigo, lo quiero porque es mi mejor amigo. Es casi como un hermano para mí.

El hecho de que Blair estuviera semidesnudo, sólo hizo enfatizar su homosexualidad en mi cerebro.

—Derek, realmente no me interesa si eres gay o no. —Lo observé de pies a cabeza. — Nunca fuiste de mi gusto, así que... ¡Sé gay con libertad! —En ese momento, en los enormes altavoces que estaban a unos metros de donde nos encontrábamos, empezó a sonar la canción del último verano. No pude evitar chillar: — ¡AMO ESA CANCIÓN!

Salí corriendo, dejando a un shockeado Blair en el bar. Tropecé prácticamente con todo antes de llegar a mi destino: la pista improvisada de baile. Empecé a bailar, sola, como si el mundo se fuera acabar en cualquier momento. A mi alrededor, las parejas se apretujaban a mí y se contoneaban sin sentido. En un momento, incluso tuve una teta aplastada contra mi cara, pero... en mi estado éflico, poco me importó.

Sintiéndome una diosa, toda sensualidad y no el palo bailarín que realmente era, me subí a una mesa que estaba apoyada contra la pared. Cerré los ojos y moví las caderas con esos movimientos pélvicos, que ensayaba en mi habitación mirando los videos de Elvis. Deslicé las manos por el cuerpo, sacudí la cabeza y me incliné. Oí que gritaban, que mucha gente pedía «El vestido, el vestido» y que le hablaban a una chica lunática que bailaba sobre una mesa. ¿Quién habría sido la desesperada que pedía atención y por eso estaba haciendo un baile erótico? Luego, abrí mis ojos y me encontré con una multitud de hombres a mí alrededor que gritaban y aplaudían con entusiasmo. En ese momento razoné el hecho que era yo la que estaba haciendo el show.

Bajé de apoco los brazos, pero me quedé ahí, parada como una imbécil.

No se me ocurrió nada más inteligente, para salir de la situación, que decir:

—Blair es gay.

Media hora después de mi baile sensual, aunque más que baile había parecido un ataque de epilepsia, estaba de rodilla frente a una pipa de agua. El olor a marihuana impregnaba el aire de una manera tan densa, que me sentía drogada con el solo olor.

—¿Sólo debo aspirar y listo? —pregunté.

Uno de los chicos asintió.

Agarré la manguera y le di una larga inspiración, llenando, por primera vez en la vida, mis pulmones con esa clase de humo tranquilizador de nervios.

—Eso es, chica. Ahora mantén el humo todo el tiempo que creas posible —dijo un muchacho rubio. Creo que se llamaba Jorge. ¿O eran John? No, tal vez era Juan—. Muy bien, chica, muy bien.

Solté el humor de a poco, deleitándome con aquello. Volví a llevarme la manguera a la boca y le di otra inspiración... el humo se atascó en mis pulmones, cuando una mano me agarró del brazo y me puso de pie de golpe. Comencé a toser desesperadamente, intentado recuperar el aliento. A duras penas, y con los ojos lagrimosos, volví a respirar con normalidad. De inmediato, fulminé con la mirada a los ojos azules, dueños del ser despreciable que casi me había matado del susto.

Era O'Connor.

—Leah, ¿qué estás haciendo? —preguntó.

Parecía enojado, cuando debía ser yo la furiosa, la iracunda, la molesta y etc.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí? —Apunté a mis amigos nuevos.— ¿No ves que me estaba divirtiendo?

El bastardo soltó un largo suspiro. Pestañeé y me sorprendí siendo arrastrada por O'Connor. Volví a pestañar y ya estaba en el patio trasero de Bella, donde fui obligada a tenderme sobre una hamaca y acostarme a ver las estrellas. No alcancé ni a ver la luna, cuando presentí que algo comenzaba a andar seriamente mal. Todo el alcohol, que había estado navegando sin drama por mis venas, se me subió a la cabeza de golpe. El mundo empezó a girar más y más rápido, sin control. Alcancé a inclinar la cabeza fuera de la hamaca y chispas de todos los colores, que brillaban en la tenue luz, salieron de mi boca junto con lo último que había comido ese día.

—Oh, mira, qué maravilla —comenté, apuntando lo que había salido de mí—. Ese es mi almuerzo. Y brilla.

Estaba demasiado ebria para que me importase el rostro de O'Connor crispado por el asco. Y no le habría tomado mayor relevancia, hasta que O'Connor, con una mueca, se me acercó y, con un pie a cada lado del vómito, me alzó en sus brazos. Mi cabeza colgó, muerta.

—¿Qué haces? —le intenté preguntar, pero de mi boca sólo salió un susurro sin sentido.

Me tendió a un costado de la piscina y me sentó como si de una muñeca de trapo fuera. Yo me tambaleé en el puesto, como una bandera enfrentada a un huracán. Me caí y quedé desparramada por el suelo

—Quiero lavarme los dientes —le rogué. De pronto, había recordado que él estaba aquí y que aún tenía que besarlo. Era una borracha decente, no pensaba tocar sus labios cuando aún tenía sabor a vomito en la boca—. Mi cepillo está en mi cartera, que está en el segundo piso, en alguna habitación.

James pareció querer rechazar la petición, pero terminó rindiéndose. Yo era demasiado encantadora y sensualmente irresistible para que alguien se pudiese resistir a mí.

—Quédate aquí, vuelvo en un momento.

Se alejó y entró en la casa, dejándome sola con la miseria como compañera.

En algún momento pestañeé y O'Connor estaba a mi lado otra vez. O yo me demoraba mucho en mover los parpados o algo raro pasaba en mi mente... no, la verdad, había perdido la conciencia por unos minutos.

Me entregó un vaso.

—No quiero beber más —supliqué.

No, no, no. No más alcohol en mi vida.

—Es agua, para que te enjuagues la boca —explicó. Me entregó el pequeño bolso—. Ahí está lo que me pediste.

Me senté como pude y, con manos torpes, comencé a abrir el bolso, aunque el maldito cierre parecía resistirse todo lo que podía. Al final, O'Connor lo abrió por mí. Con una sonrisa torcida de agradecimiento borracho, saqué del interior el cepillo y pasta de dientes. Con movimientos lentos y flojos, me cepillé los dientes. Pero, al ver mi intento patético por asearme, James me quitó el cepillo, me obligó a abrir la boca y, como una niña, me los lavó. También con su ayuda, le di un sorbo al vaso y luego escupí para cualquier parte.

—¿Mejor ahora? —preguntó.

Asentí, media ida.

Como si sintiera una cachetada en el cerebro, la marihuana me hizo efecto. Miré a James, con la vista media desenfocada. El iris azul de sus ojos parecía bailar sensualmente para mí, oscilando como si tuviera vida propia. Y después, la mitad de mi rostro, se durmió junto con la boca.

—Iiiii caaagaaa —informé.

Arrugó el entrecejo.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

—Iiiii. Caaagaaa —repetí.

—¿Tu cara?

Asentí.

—Eee uuuuooo.

No se entendía lo que le explicaba. Le quería decir que se me había dormido la cara, pero sólo salían gorgoteos de mi boca. Desesperada, me golpeé el rostro. No sentí nada. Volví a hacerlo y de nuevo nada.

James me agarró la mano para que dejara de flagelarme.

—¿Qué haces?

Me solté del agarre.

—Iiiii caaaagaaa seee uuuuuoooo.

Para darle énfasis a lo dicho, me golpeé la mejilla. O'Connor me afirmó nuevamente la mano y, con el movimiento, el bolso que había estado sobre en mis piernas, rodó y cayó al suelo. Todo el contenido se desparramó por el piso y los dos sobres de condones, que eran plateados, destellaron con fulgor propio. James estiró la mano y los agarró, observándolos con sorpresa.

Pasó media hora en donde sólo estuvimos sentados, esperando a que mi rostro volviera a la normalidad. Mientras transcurrió ese tiempo, me encontré demasiada drogada y borracha para fijarme en otra cosa que no fuera la batalla épica que me estaba relatando la piscina. Y así pasó otra media hora, en donde me limité a reír y oscilar en el aire. Incluso a James le había dado tiempo para ir a buscar algo de comer y alimentarme. Fue el mejor pedazo de pan que me comí en la vida, extrañamente, tenía un exquisito sabor a asado, a pesar de que el pan estaba duro y añejo.

Cuando volví a la tierra y dejé de flotar con duendes en las nubes, me sobresalté al sentir la mano de James posada en mi cintura para sostenerme. Aprovechándome de la situación, me acurré contra él y absorbí su calor corporal.

No pude evitar preguntar qué sucedería si lo besaba. ¿Terminaríamos teniendo sexo ahí, bajo las estrellas, al lado de la piscina? Miré el agua y olvidé que no sabía nadar.... Me lancé a la piscina. Y me hundí, hundí, hundí, hundí, hasta que alguien me agarró del brazo y mi cabeza salió a flote.

Comencé a reír como una histérica.

—¡¿POR QUÉ HICISTE ESO?! —rugió O'Connor, aún afirmándome para ayudarme a flotar—. ¡¿Qué mierda estabas pensando, Leah?! ¡Tú no sabes nadar!

Me quedé contemplándolo con la cabeza ladeada. No podía dejar de observarle los labios que, de repente, se veía más irresistible que nunca. ¿Por qué nunca lo había besado? La palabra filematofobia me rondó por la mente, pero la deseché de inmediato.

—Bésame —le pedí.

James enmudeció. La ira se le evaporó de la mirada y fue reemplazado por la sorpresa.

—Sólo lo pides porque estás demasiado ebria.

Negué con la cabeza, furiosamente. O sea, estaba ebria y un poquito drogada, pero eso no significaba que no lo quisiera besar desde antes.

James movió las manos y me empujó contra el borde, obligándome a apoyarme contra la pared y su cuerpo cálido. Mis pies no tocaban fondo y los de James tampoco.

«Viólame», pensé. Pero la fuerza del pensamiento no fue demasiado fuerte, porque no ocurrió.

—Me puse ebria por tu culpa —lo acusé—. Te estuve esperando durante horas. ¡Horas! —Su rostro estaba cerca, demasiado cerca. Me relamí los labios. — Y soy demasiado cobarde para intentar besarte sobria. ¿Por qué no llegabas?

Los ojos de James centellaban como nunca. La sensación del agua, del cuerpo de él, de su aliento... todo parecía algo hermoso y desconocido.

—Estoy castigado —comentó, avergonzado—. Tuve que esperar a que mis padres se durmieran para escapar por la ventana.

La historia en ese momento me pareció razonable.

—¿Me besarás ahora? —pregunté.

James observó mis labios largos segundos. Tragó saliva antes de hablar.

—Estás demasiado ebria. Si lo hago, mañana me odiarás por eso.

Me respiración salía en jadeos agitados. Removí las piernas, enrollándolas en su cintura. Apoyé las manos en sus hombros, sobre la mojada camiseta que llevaba. Las pupilas se le dilataron, mientras no dejaba de observarme como si fuera una fantasía.

—No, no me arrepentiré —prometí—. Sólo quiero que me beses. ¿Quién te está pidiendo que seas un caballero?

Se acercó hasta que nuestros alientos se entremezclaron y luego se alejó.

—No, no puedo.

Solté un suspiro, frutado. ¿Qué tenía que hacer para hacerlo entrar en razón? ¡Tenía las piernas enrolladas en su cintura y los senos apoyados contra su pecho!

Le apunté fuera de la piscina.

—No es un reacción de ebria, incluso había comprado condones.... Y, hablando de eso, creo que deberías ponerte uno ahora para evitar...

La risa de James se alzó por sobre la música proveniente de la casa.

—Oh, Leah, realmente eres... especial.

Quería ser mucho más que especial esa noche.

Las pestañas de James aletearon y se cerraron. Su rostro comenzó a acercarse más y más. Sus labios estaban a sólo unos centímetros de separación.

Lo iba a besar, lo iba a besar... Lo iba a besar por fin.

Cerré los ojos y acorté la distancia.

9

¿QUÉ PASÓ...?

Salí del largo letargo, en el que me había encontrado sumergida (entiéndase como despertar), para comprender que algo andaba mal. Primeramente, tenía un dolor de cabeza que me destrozaba el cráneo (coff, coff, resaca). Y, segundo, pero no menos importante, había alguien durmiendo a mi lado... o al menos eso entendía y dudaba seriamente que un fantasma tuviera un pecho cálido apoyado contra mi espalda, o un brazo sobre mi cintura, o un aliento rozándome la nuca.

Así que era más que obvio que un hombre me acompañaba. Si fuera una mujer sentiría un par de tetas clavándome la espalda.

Caí, como si recién en ese momento pudiese reaccionar, en un profundo pánico.

¡Oh, joder! ¡Oh, mierda! ¡Oh, por las faldas de la virgen María y las alas de todos los ángeles! ¡

¡¡Había alguien durmiendo a mi lado!!!

¡A mi lado!

La desesperación me cegó y la fuerte sensación de pavor me estrujó el pecho. ¿Qué había sucedido ayer? ¿Por qué estaba durmiendo con alguien? ¿Quién era esa persona? ¡¿Lo conocía?! ¿Sería O'Connor...? ¡Oh, Dios, qué había hecho! No lograba recordarlo. Por mucho que intentaba hacer memoria, mientras moría de pánico, no podía recordarlo. Mi mente estaba en negro... a excepción de unas fotografías mentales de lo más perturbadoras.

En la primera imagen salía hablando con un semidesnudo Blair. Ni siquiera quería averiguar qué había estado conversando con ese imbécil, ni por qué estaba con esa facha, ni mucho menos si había sido yo la responsable de su desnudez.

La segunda fotografía mental era yo bailando sobre una mesa. Aunque más que baile, parecía un ataque de epilepsia.

En la tercera fotografía mental salía vomitando. Ugh. Era una de las pocas cosas, que estaba segura, quería no recordar y, tristemente, lo hacía con una claridad que asustaba. Y, lo que era peor, ¿es que sólo había hecho cosas ridículas o sólo recordaba esos momentos vergonzosos? Mi noveno sentido me dijo que era una mezcla de las dos cosas.

En la cuarta fotografía mental aparecía en la piscina, siendo aplastada contra la pared y el rostro de O'Connor acercándose cada vez más....

Mi corazón dejó de latir de golpe y luego volvió a la vida como si luchara contra mi tórax. El terror volvió a catapultarme. ¿Había besado a O'Connor?!

¡OH, MI DIOS! ¡OH, MI DIOS!

Era más que obvio que lo había besado. ¡Yo había besado a O'Connor...! ¡Y se me había borrado ese momento tan importante de la cabeza! Quise llorar de la miseria. Por fin había derrotado mi fobia y no tenía recuerdo de mi valentía, de mi fuerza de voluntad para superar esos pequeños obstáculos de la vida.

El chico detrás de mí suspiró.

Me tensé como una cuerda y mi mente comenzó a sumar todas las fotografías mentales, para así soltar una solución. Si mi último recuerdo era estar a un milímetro de besar a O'Connor... ¡la persona que estaba durmiendo a mi lado debía ser él!

¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué había hecho?!!

Supe que debía girarme y enfrentar a la realidad. Sabía que tenía que hacer eso. ¡Pero no podía! Sólo fui capaz de encogerme y cerrar los ojos con fuerza, como si con ese gesto pudiera retroceder en el tiempo y volver a revivir todas esas locuras de la noche anterior.

«Vamos, Leah, voltéate y mira a la persona. Acaba con ello.»

«No quiero», me respondí a mí misma.

Deseé, fervientemente, que todo fuera un sueño. Aunque el aliento en la nuca era demasiado real para dejarlo estar.

Juntando toda la fuerza de voluntad, que había perdido en algún rincón de las sábanas que me cubrían, tomé aire y giré lentamente el rostro. El grito de horror quedó atascado en mi garganta.

¡POR LA HIJA DE...! ¡MIERDA! ¡JODER! ¡MERCÍA LA MUERTE!

O'Connor soltó el aliento y me volví a voltear. Cerré los ojos, intentando no apretarlos con fuerza, y aparenté estar dormida. O'Connor se estiró en la cama y luego se quedó quieto. Estuvo en silencio un centenar de millones de años, mientras yo seguía envuelta en las sábanas como una oruga y con un colapso nervioso en la cabeza.

«En la mente de Leah:

¡Precaución! ¡Precaución! ¡Cerebro a punto de estallar!

Fin de transmisión.»

Cuando creí que no podría soportar ni un segundo más, golpearon la puerta. El sudor frío inundó las palmas de mis manos y tuve que hacer un esfuerzo mayor para seguir respirando con normalidad. O'Connor se puso de pie, haciendo crujir el colchón con el movimiento. Oí pisadas y luego la puerta chirriando.

Abrí un ojo.

O'Connor estaba en diagonal hacia abajo, dándome la espalda y sólo cubierto por su ropa interior. ¡Sólo con ropa interior! Yo, por otro lado, me sentía desnuda... y, probablemente, lo estaba.

La persona que había golpeado la puerta, y que no lograba divisar por culpa de la ancha espalda de mi compañero de cama, susurró algo. A continuación, O'Connor cerró la puerta y yo hice lo mismo con los ojos. Lo escuché rebuscar algo por la habitación, después la puerta había sido abierta y cerrada nuevamente.

No desaproveché la oportunidad y, al abrir mis ojos, observé que me encontraba sola. Lancé las sábanas hacia atrás, para ponerme de pie, y ahí quedaron. Estupefacta, miré mi cuerpo desnudo: mis senos al aire libre, mi todo expuesto a la humanidad.

Chillé.

Antes de que pudiera cometer una locura, como correr al balcón de la habitación y lanzarme de cabeza para acabar con todo, oí pasos acercarse por el pasillo.

Mis manos temblaron ante la idea de tener que enfrentarme a O'Connor. No, simplemente, esa mañana no podía tratar con la verdad, así que corrí hacia la puerta y le puse pestillo. Me apoyé contra ella por largos segundos, en un intento desesperado por recuperar la cordura que había perdido la noche anterior y que me había hecho hacer de... ¡de todo!

«Tranquila, Leah, respira», me dije.

¡PERO NO SERVÍA! ¡ESTABA....! ¡AGH! ¡MALDICIÓN!

Me lancé hacia la cama. Lo primero que debía hacer (sí, mucho antes que vestirme) era buscar evidencia que me había acostado con O'Connor. Observé las sábanas con atención, pero no encontré rastros de sangre. Yo era virgen, debía haber sangrado si me había acostado con él, aunque... no todas sangraban y quedaba la posibilidad que yo fuera una de ellas.

Lo maldije por ser tan asquerosamente irresistible.

«Muy bien, Leah, la has cagado hasta el fondo».

Muy bien, muy bien. Entonces, era muy probable que me hubiese acostado con O'Connor. O sea, él estaba casi desnudo, yo estaba desnuda y los dos habíamos dormido en la misma cama. Eso sólo podía tener como resultado una solución: sexo alocado y salvaje.

Recordé que Bella me había contado, hace un tiempo, que, cuando había perdido la virginidad, se había sentido adolorida. Analicé mi cuerpo en búsqueda de dolor y la verdad, es que me dolía hasta el alma. Toda una maldita noche de pasión y locura, y yo no recordaba ni siquiera el primer beso. Aunque, debía felicitarme, no sólo había supero mi fobia, sino que, como anexo, había perdido la virginidad. Eso sí que era todo un logro personal.

Era un asco de persona. Merecía la muerte.

Derrotada, me senté sobre la cama y agarré mi cabeza con ambas manos. El dolor en ella cada vez era más intenso por la jodida resaca de mierda.

Cuando ya me había resignado a mi destino, una escena pasó velozmente por mi mente. En ella me llevaba las manos al nudo del vestido y lo desataba. Acto seguido, la parte delantera había caído, mientras O'Connor, que estaba frente a mí en la misma habitación donde habíamos despertado, alargaba las manos hacia mis enormes tetas al descubierto.

Genial, perfecto. Ahora no había pruebas desmintiendo la noche de pasión. Lo único que me quedaba por hacer, era rogar para que O'Connor se hubiese puesto un maldito condón. Y, como si el destino estuviese contra de mi existencia, en ese momento, en el medio del cuarto, vi destellar dos sobres de condones.

Me acerqué a ellos y los recogí.

Como lo esperaba, estaban sellados.

«Leah, estás jodida.»

Rogué para no haber gritado mucho de... lo que sea.

La manilla de la puerta giró. Mi corazón se me subió a la garganta y, sin saber que más hacer, observé la puerta temblar por los intentos de ser abierta.

—¡Eh, Leah! —Era el violado. — ¡Me he quedado afuera!

«Sueña, campeón.», quise decirle, «No te quedaste fuera, yo lo hice a propósito.»

Pero, en vez de ese acto tan inteligente y sagaz, me limité a entrar en pánico y mi gallina interna comenzó a arrancarse plumas a picotazos.

Debía hacer algo, no podía quedarme ahí y esperar a que ese estúpido derribara la puerta. Miré mi vestido y luego el ventanal del cuarto. Bueno, si no podía salir por la puerta, siempre podía hacerlo por la ventana. Así que corrí hacia el vestido, que estaba desparramado al costado de la cama, y me lo puse, a pesar de que aún estaba medio mojado y olía a humedad. Luego, corrí a hacia el balcón y me miré hacia abajo.

Mierda, era mucho más alto de lo que había planeado. Si saltaba de ahí, ¿moriría o quedaría inválida? Me tentó la idea de morir.

O'Connor volvió a zarandear la puerta.

—¡Ey, Leah, despierta y ábreme!

Por mi cabeza pasó la idea de ir a abrirle, empujarlo y salir corriendo por el pasillo, pero... eso era una misión suicida. Ni en mil siglos podría mover a O'Connor con un empujón.

Miré hacia el interior de la habitación. Observé las sábanas convertidas en repollo a los pies de la cama, y ellas me contemplaron a mí. Volví a echarle un vistazo a la altura del balcón y, sin pensármelo dos veces, corrí dentro.

Dos minutos más tarde, anudaba al balcón fuertemente la cuerda de sábanas que había hecho. Lancé la tela hacia abajo y comprobé, feliz, que llegaba al suelo.

—¡VAMOS, LEAH, ABRE LA PUERTA! ¡SÉ QUE DESPERTASTE! —rugió O'Connor, por novena vez—. ¡¿POR QUÉ NO ME DEJAS ENTRAR?! —¿Sería por el hecho que había abusado sexualmente de una ebria?—. Si no lo haces derribaré la puerta.

Cuando lograra abrirla, yo estaría corriendo hacia mi casa.

Volví una vez más a la habitación, busqué mi bolso que debería estar por ahí y que encontré apoyado contra la pared. Aún oyendo la puerta tambalearse por los intentos inútiles de O'Connor para abrirla, rebusqué en el interior alguna braga limpia. No podía saltar por un balcón con mi humanidad expuesta a quien estuviese bajo.

Lo único que encontré fue un calzón grande con dibujos de osos. Parecía la ropa interior de una abuela. Me la puse, porque seguía siendo mejor que nada.

—Vamos, Leah, abre la puerta —insistió O'Connor.

Corrí otra vez hacia afuera, mis bolsos los iría a buscar más tarde, y me subí a la barandilla del balcón. Agarré las sábanas con las manos y, dando un largo grito, di un pequeño salto. Quedé oscilando en el aire, con el vestido enredado en la cintura y mostrando toda la ropa interior indecente que llevaba bajo él. Me golpeé contra el balcón, luego oscilé, volví a golpearme. Y así estuve por largos segundos, mientras gritaba y chillaba como puta en celos.

—¡AYÚDENME! —decía, histérica—. ¡MORIRÉ! —Y, como si fuera necesario, agregué:— ¡NO VIRGEN, PERO MORIRÉ! ¡MALDITO, O'CONNOR, VEN A RESCATARME!

La sábana crujió: la tela comenzaba a rasgarse por el peso.

Observé con desesperación el cielo.

—Jebús, donde quieras que estés —comencé—. Por favor, sálvame. Prometo que bajaré de peso, que no volveré a caer bajo los placeres de la carne, que no me tentaré por O'Connor otra vez, que volveré a ser virgen (dentro de lo virgen que puedo llegar a ser ahora) y que iré a la iglesia todos los domingos... y juro que no me dormiré en los sermones.

Los golpes de la puerta se detuvieron y yo descendí un par de centímetros. Mi vestido se enredó aún más en la cintura y mis piernas desnudas dieron patadas en el aire, intentando llegar a una pared para afirmarme.

Grité.

Mis brazos comenzaron a tiritar incontrolablemente. No era capaz de soportar mi peso un minuto más. Iba a morir y mi único consuelo era que no iba a morir virgen. Ya no me arrepentía por la noche de pasión.

—¡LEAH, SUÉLTATE! —gritó alguien—. ¡YO TE AFIRMO!

Intenté no hacerlo.

A continuación, mis manos cedieron.

En la caída mi vestido estuvo a mí alrededor. Sabía que se me veía hasta el último oso que me decoraba el culo, pero poco podía importarme aquello sabiendo que estaba a nano segundos de morir. Luego, golpeé a alguien y ambos caímos desparramados en el suelo. Me puse de pie con las piernas temblorosas y, aún sintiendo que la muerte se asomaba por mi hombro, observé a la persona que había aplastado. El hombre parecía estar sin conciencia.

¡HABÍA MATADO A O'CONNOR...!

No, James respiraba. No lo había asesinado, sólo se había noqueado leves instantes por el golpe.

Sus ojos comenzaron a aletear y salí corriendo con el vestido enrollado en la cintura y con los osos a la vista de toda la humanidad.

Al final, después de salir corriendo (dejando a O'Connor tirado en el suelo), no puede dirigirme director a mi casa como lo había planeado. Estuve alrededor de tres horas esperando a que todos se marcharan de la casa de Bella para así poder ir a buscar mi bolso, ya que no podía llegar a casa sin él.

Sin embargo, por mucho que me había esmerado con cambiarme el vestido húmedo y arreglarme, mientras me escondía de Bella que había despertado, al llegar a casa, después de una hora de viaje, recibí el peor de los castigo: una cachetada proveniente de mamá. Y me lo merecía, porque no sólo le había mentido, sino que había llegado a las cuatro de la tarde, a pesar de que sabía debía estar en casa antes de las once de la mañana, para acompañar a mamá a comprar verduras.

En castigo por mi desobediencia, mamá me prohibió salir durante todo el fin de semana. Lo que quería decir que no podría ver a mis primas y vecinas, que eran mis entreteniciones en los fines de semana. También me prohibió el internet.

En vista que no podía ver a Adela, mi prima favorita o Amy (mi segunda primera favorita), y Cristóbal y Josh, que eran mis hermanos mayores, trabajaban durante el fin de semana, llegando muy tarde y cansados, no me quedó más que estudiar y hacer aseo, como cualquier sábado y domingo rutinario. También tuve que acompañar a papá al supermercado.

En general, cuando no estaba castigada, amaba los fines de semana. Al no estar durante toda la semana, cuando volvía a casa, todos se comportaban de la mejor manera conmigo.

Mi familia se componía por mis dos hermanos, mamá, papá, y parientes cercanos. Con mis hermanos me llevaba bien, con mis padres era otra historia.

La relación con mi madre era un poco extraña. Mamá era estricta y severa y yo le tenía un enorme respeto, como buena hija que era. Lo malo, lo que hacía que no nos llevásemos del todo bien, es que a mamá le gustaba dar órdenes y que todas las

obedecieran. Y yo le tenía una alergia horrible a la ordenes, entre más me presionaban para hacer algo... menos lo hacía. Era así de sencillo.

Y papá, por otro lado, siempre estaba medio ausente. Podía estar al lado de nosotros, pero era como si su cabeza estuviese en otro. Algunas veces era cariñoso y otras veces me ignoraba como todos en la escuela. Era extraño y, a pesar de ser mi padre, no sentía la confianza para preguntarle por qué se portaba así. Parecía odiar su vida y no se llevaba del todo bien con mamá. Peleaban más que se llevaban bien.

Tenía varias primas por parte de la familia de mi mamá. Con algunas me llevaba mejor que con otras. Carlota era la que más detestaba. Y Adela compartía mi amor por la lectura.

Aparte de mis primas, no tenía muchas amigas fuera del internado. Tras dejar la escuela pública para ir a Highlands, había prácticamente liquidado mis amistades. Según ellas, había cambiado y ahora me creía la gran cosa por codearme con la gente millonaria y cosas por el estilo. Claramente, no soportaban el hecho que estuviese yendo a ese internado, siendo que ellas también habían postulado y no habían quedado. Así que descargaban toda la frustración que sentían por eso, contra mí. Aunque no tenía la culpa de nada.

Debido a todas esas cosas que me habían sucedido en tan poco tiempo, debido a los rechazados, a las peleas, a los celos y un sinfín de cosas más, me habían hecho cambiar. Poco a poco, la Leah del pasado se fue transformando en lo que era ahora. En la Leah Howard que todo Highlands conocía. La antipática, la sarcástica, la irónica y la loca. La que hacía creer que nada la dañaba, que jamás lloraba, la que era una roca.

Ellos me habían transformado en eso, y me encantaba. Nunca me había sentido tan bien conmigo mismo. Al final, había aprendido que, por mucho que uno se esforzase por aparentar algo que no era, siempre terminará cayendo en lo mismo. Así que dejé de gastar energía y, si no te gustaba, pues no me importaba.

Yo era tal como me mostraba.

Yo era Leah Howard.

10

PASILLO OSCURO.

James O'Connor me ignoró durante toda la semana. Por mucho que ese día lunes había llegado agotada al internado, y deseando estar en cualquier sitio exceptuando ese, nada sucedió. Cuando por fin lo vi, en la primera clase, pasó por mi lado como si no fuera más que un fantasma, mientras yo me quedaba parada como una imbécil. Era más que obvio que me estaba ignorando. Y sabía que me lo merecía, aunque me... dolía. Me molestaba y frustraba su rechazado por tantas razones que al final todas se anulaban, dejándome desamparada y confundida.

Del 23 al 29 de abril no hice más que tensarme más y más, a la espera que O'Connor hiciera algo y bromease con la fiesta. Algo, cualquier cosa. Pero, como seguía diciendo, no ocurrió nada. Por primera vez, desde que O'Connor se había comenzado a interesar por mí, estaba completamente libre de su presencia, de su voz, de su atención, de sus halagos y bromas. Y se sentía... tan mal. Incorrecto. Y, por no decir, estresante.

Pronto descubrí que, lo que sucedía en las fiestas de los ricachones, se quedaba en la fiesta. Era como si todos hubiesen perdido la memoria, era como si nada hubiese ocurrido ahí. O, lo que era más probable, es que ninguno recordase nada. Yo, por otro lado, realmente, había esperado ser molestada por mi baile sobre una mesa o, incluso, oír rumores de haberme visto perderme en el patio trasero de la casa de Bella con O'Connor. Pero, como seguía insistiendo, tampoco eso ocurrió.

Fue, en definitiva, una semana aburrida. Una semana larga y triste, al igual como había sido cuando recién había entrado a la escuela y todos me ignoraban. Me sentía de la misma manera. Invisible, prescindible. Y era horrible.

Blair intentó hablar conmigo durante la semana, pero, como aún estaba muerta de vergüenza por las fotografías mentales que tenía, salía corriendo a penas lo veía acercarse y me escondía en la biblioteca a estudiar, un lugar que Blair jamás se osaría a pisar. Así que, alrededor del día miércoles, se rindió con un encogimiento de hombros y un «Mujeres, ¿quién las entiende?».

Bella sólo me preguntó una vez por lo que había ocurrido en la fiesta y sin mucho ánimo por escucharme. Como respuesta, me había limitado a encogerme de hombros y a decirle que no lo recordaba. Lo que era verdad en cierto punto, pero

falso en el resto. Sí, podía ser que sólo tuviera un par de fotografías mentales de la noche, sin embargo, si cerraba los ojos, aún podía recordar la sensación del cuerpo de James pegado al mío en la piscina, de su aliento sobre el mío, de su respiración contra mi nuca... de todas esas escenas que hacían un nudo en mi estómago con sólo pensar en ello.

Realmente, aún no sabía qué me había llevado a hacer eso, pero la verdad, no me sorprendí cuando, el viernes después de la última clase, seguí a O'Connor por los pasillos. Por una extraña razón, iba completamente solo y no siendo acompañado por su perro guardián, conocido como Derek Blair. Lentamente, nos fuimos deslizando por los trascurridos pasillos, hasta que comenzó a haber menos y menos personas por los alrededores. De pronto, me hallaba en un lugar de la escuela en la que jamás había estado: el segundo subterráneo. Era un lugar oscuro y con un fuerte olor a madera, encierro y humedad. Un lugar al que jamás me había atrevido ir por las historias que se contaban de ese sitio. La última vez que una pareja de estudiantes se había atrevido a ir, la chica había terminando llorando e histérica.

La silueta de O'Connor se fue perdiendo en la oscuridad y no lo vi más. Sus pasos también dejaron de resonar y, de repente, me encontré sola en ese desierto y tétrico pasillo, lleno de puertas clausuradas y muebles viejo acumulados contra las paredes.

Me detuve abruptamente y observé a mí alrededor, con la respiración haciéndose cada vez más pesada. Crucé los brazos sobre mi pecho, en un intento por reunir calor. Me sentía como Harry Potter en presencia de unos *Dementores*¹⁴, robándome todo el calor y la felicidad del cuerpo.

En ese momento, me di cuenta que tenía que tomar una decisión rápida: o seguía a O'Connor, donde sea que se hubiese perdido y por y para qué, o me devolvía y dejaba estar todo aquello.

Una vez más, contemplé los dos extremos del pasillo.

Yo era valiente, yo no le temía a algo como los fantasmas. No podía tener miedo, era ilógico que estuviese asustada por un simple corredor oscuro.

Decidida, enderecé los hombros y di un paso más profundo en la oscuridad. De pronto, una mano apareció de la nada y capturó mi brazo. Un grito mudo quedó estrangulado en mi garganta, mientras era tironeada dentro de una sala.

¡IBA A MORIR! ¡UN FANTASMA ME IBA A MATAR!

Otra mano me cubrió la boca y mi espalda fue apoyada contra la pared. Presa del pánico, intenté liberarme, hasta que...

—¿Qué haces siguiéndome? —preguntó una voz masculina.

Un momento, ese era... ¿O'Connor?

¹⁴ Monstruos encapuchados que se alimentan de la felicidad de las personas.

Todo el miedo se convirtió en furia. Abrí los ojos y observé su rostro sonriente en las penumbras, siendo sólo iluminado por la precaria y casi inexistente luz en el corredor. Enojada, lo empujé lejos.

—¿Es que quieres que mi corazón se detenga por el susto?! —gruñí.

Su sonrisa aumentó.

—Mi intensión nunca ha sido que tu corazón dejase de funcionar... por el susto —contestó, en voz baja y volviendo a acorralarme contra la pared.

—¿Y eso lo dices después de agarrarme en la oscuridad? —también susurré, aunque no sabía el por qué. Tal vez se debía al hecho de sentirlo tan cerca. Tal vez se debía al hecho que, por primera vez en mi vida, no me sentía perturbada por su cercanía. Y tal vez, eso último, se debía por la casi muerte que había tenido... o tal vez no. Fuera cual fuera la verdadera razón, la cuestión era que no tenía miedo de él. Del ambiente sí, pero de O'Connor no.

—¿Qué hacías siguiéndome, pelirroja? —preguntó.

Mi trasero se apegó contra la pared. O'Connor apoyó su brazo derecho al costado de mi cabeza. Lo observé con cierta precaución.

—Yo no te estaba siguiendo —contesté.

Algunas veces, mi necesidad por negar cualquier indicio de interés por O'Connor, llega a ser estúpido y desesperante. Era tan cabezota que me obligaba a negar hasta las cosas obvias.

Jam... O'Connor, alzó una ceja negra, mientras la curva de su boca se elevaba levemente en el lado derecho. Jam... ¡O'Connor! Estaba tan cerca que, incluso, podía ver que se le formaba una pequeñísima margarita en la mejilla al sonreír de esa manera.

—¿Ah, no?

—Nope —respondí, segura y decidida.

—¿Segura? —insistió.

—Segurísima.

—Entonces, ¿qué hacías caminando detrás de mí por estos pasillos llenos de fantasmas e historias?

Observé su brazo y luego de nuevo a él.

—Pasear, por supuesto. ¿Qué otra mierda podría estar haciendo?

Su sonrisa se volvió completamente lobuna.

—Perseguirme, por ejemplo.

Bufé, intentando no parecer la gallina histérica que era.

—Una estupidez. ¿Por qué estaría una mujer como yo, que te odia, persigiéndote por un lugar oscuro?

Me desplacé leves centímetros por la pared, intentando separarme de él para huir. Al ver aquel movimiento, O'Connor no tardó en apoyar el otro brazo al costado de mi cabeza, dejándome completamente prisionera. Repentinamente, sentí

una pierna haciendo presión entre las mías y colándose entre ella, enjaulando, asfixiándome completamente con su presencia... asquerosa. Porque yo, por ningún motivo, quería eso. No, señor, para nada. Nada de nada. Nada, fin de la historia. Nada. Sí, nada.

—No sé, ¿tal vez por un poco de diversión sin que nadie se entere?

Apoyé los brazos en su pecho y lo empujé. El estúpido no se movió ni siquiera un milímetro.

—Para que tú sepas, imbécil, soy una mujer de respeto —le informé.

—Pero hasta las mujeres de respeto pecan —replicó.

Alcé el mentón, negándome a mirarlo.

—Pues yo soy una mujer de respeto diferente —lo contradije.

Agarró un mechón de mi cabello y lo apartó suavemente de mi rostro. En ese momento, deseé con todo mi corazón que un fantasma apareciera y comenzase a asustarnos hasta la muerte. Cualquiera cosa era mejor que esa caricia no permitida por mí, claramente.

Y, mientras O'Connor seguía apartando mechones imaginarios de mi frente, no lo soporté más.

—¡Deja de tocarme, joder! —chillé, completamente descompuesta.

—¿Por qué? —preguntó, sin dejar de hacerlo.

Tuve que esforzarme para poder ver su rostro tan cerca y completamente oscurecido. Casi ni siquiera le veía la punta de la nariz, mucho menos sus ojos y cuerpo. Sólo sabía que estaba a unos centímetros de mí por el calor corporal que desprendían a través de la camisa, a pesar de que en ese sitio hacía un frío que estremecía mis músculos.

—Porque no quiero que me toques —contesté.

—¿Por qué?

—Porque te odio.

—¿Por qué?

—Porque eres un imbécil.

—¿Por qué?

—¡Porque te lo mereces!

—¿Por qué?

—¡¡Porque sí, joder!! —rugí.

O'Connor soltó una risa ronca que chocó contra mi mejilla.

—Debería ser yo el molesto contigo —comentó.

—¿Por qué? —dije, esta vez, yo.

—Por lo de la fiesta...

—¡Cállate! —rugí—. ¡No quiero saber nada de ella!

O'Connor dejó caer la mano.

—¿Por qué?

Y, con una furia que nacía en lo profundo de mi estómago, contesté.

—Porque me das asco y, recordar la fiesta, es recordarte a ti.

Lentamente, la presencia de O'Connor se alejó de mí hasta que estuve libre. Me mordí con fuerza la lengua por lo que había dicho. Sí, estaba bien odiarlo y detestarlo y todo eso, pero, muy dentro de mí, sabía que había traspasado la raya.

Me marché de ese lugar antes de abrir nuevamente la boca y decir algo de lo que podía arrepentirme.

«Se lo merecía», me dije, recorriendo el pasillo oscuro y chocando contra una mesa. «Se aprovechó de mi en la fiesta, se lo merece. Se lo merece. Se lo merece.»

Y, si se lo merecía, ¿por qué, al recordar esas palabras, aún me seguía sintiendo mal?

El fin de semana, como ya no estaba castigada, fui a visitar a mi prima Adela. Adela, en pocas palabras, era una de las personas más encantadoras que había conocido en mi vida. Calmada, nunca se alteraba.

No perdí el tiempo y, a penas la había terminado de saludar, rápidamente comencé a despotricar, obviamente, contra el imbécil de O'Connor. Le dije lo mucho que lo odiaba, todo lo que me alteraba, que hacía mi vida un desastre, que me habían castigado por haber ido a una fiesta, que me había emborrachado, que me había despertado en la misma cama de O'Connor, que me había escapado por la ventana y, finalmente, nuestro extraño encuentro en el pasillo oscuro.

Y, mientras yo hablaba y hablaba sin parar, Adela sólo me observó con atención y con una mueca extraña en el rostro. Cuando terminé con un «Estúpido, O'Connor» nos quedamos en un largo silencio que, por supuesto, no pude soportar.

—¿Qué? —pregunté.

Adela suspiró.

—Ay, Leah, ¿es que no te das cuenta? —dijo como respuesta.

La miré con extrañeza.

—¿Qué es lo que me tengo que dar cuenta? Sí, creo que tal vez la jodí un poco con decirle a O'Connor que me daba asco, pero se lo merecía. ¡No me dejaba tranquila!

Adela volvió a suspirar.

—¿Es que no te escuchas hablar? —me interrogó. Alcé una ceja, a modo de respuesta—. Leah, no haces más que hablar de él. Te gusta.

Chillé, completamente horrorizada por lo dicho. Me llevé una mano al pecho, que al final terminó sobre una de mis tetas.

—¡¿Pero qué bicho te ha picado?! ¡Debes tener fiebre para estar diciendo semejantes blasfemias!

Adela rodó los ojos, siempre paciente.

—James...

—¡O'Connor!

—... no está aquí. No tienes que seguir fingiendo.

—No lo estoy haciendo —insistí.

—Sigues fingiendo.

—Que no.

—Que sí.

—¡Qué no, Adela! —exclamé.

Nuevamente, rodó los ojos.

—Lo que tú digas, Leah. Lo que tú digas.

Nos quedamos en silencio por largo rato, pero yo, por una extraña razón, a pesar de que me había dado la razón, no me podía quedar tranquila.

—Sólo hablaba de él porque te estaba contando mi semana —expliqué.

—¿Sólo por eso? —preguntó Adela.

—Sí. —Y agregué. — ¿Pero crees que me sobrepasé con decirle que me daba asco?

Adela se limitó a sonreír.

Mi vida es un

DESASTRE

11

SOSTÉN NO-PORNO.

El lunes partió mal. No había ni siquiera terminado de recorrer medio pasillo de la entrada, diez para las ocho de la mañana, cuando, un enorme letrero pegado, en el tablón de anuncios, llamó mi atención.

«Aviso importante:

Por problemas administrativos, no se hará trueque de compañeros y habitaciones hasta la semana entrante.

Se despide,

La directora.»

Me quise morir de inmediato. ¿Otra semana más soportando a las perras con las que compartía habitación? Era una tortura. En todos los años que llevaba en la escuela, jamás habíamos pasado más de dos semanas con las mismas compañeras de cuarto y ahora, justo cuando más deseaba cambiar, ¿salían con aquello?

Y el día no mejoró.

A las seis de la tarde, una vez que el horario escolar había finalizado, me encontraba recostada en mi cama, pensando una y otra vez una solución para que O'Connor dejase de estar molesto conmigo. Pero no era algo que realmente me preocupase, sólo no quería que, por su furia, comenzase a ventilar los secretos que conocía de mí. Sin haberlo previsto, James O'Connor era una arma de doble filo, un arma que desearía lanzar por la ventana y olvidarme de ella, aunque que no podía por miedo de que, al hacerlo, me terminase lastimando con ella.

Me encontraba en ese pozo sin fondo, cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe y por ella entró Bella. Me olvidé de inmediato de todos mis demonios y fingí una sonrisa, sin saber lo que ella estaba a punto de rebelar.

—Leah Howard —comenzó la chica que me llevaría a mi muerte por vergüenza—, a que no adivinas lo que vi cuando entré en la pieza del pesadilla número uno.

Al parecer, ya no estaba enojada conmigo. Había pasado incontables horas de clases, sobre todo en a la hora de almuerzo, cuando no podía ser interrumpida por un maestro molesto, regañándome, una vez más, por lo que le había hecho a O'Connor.

—¿Qué? —pregunté, intentando parecer desinteresada, aunque los latidos del corazón rebelaban otra cosa. Luego de unos segundos, croé: — ¡¿Y qué hacías en su habitación?!

Temí lo peor: que Bella otra vez había caído ante los pies del troglodita de Blair. Y recé para que desmintiera mis pensamientos. Pero, de pronto, un extraño vacío me apareció a la altura del estómago y me senté en la cama, con la espalda más resta que nunca. ¿Y si Bella no había ido a ver a Blair, sino que a O'Connor? La ira, densa y oscura, flameó por mis venas.

—Era un desafío —explicó. ¿Un desafío para besar a James? Sí, eso tenía que haber sido. La odié profundamente y la maldije en mi mente, con el poco inglés y francés que había aprendido en el internado—. Tenía que robar un calcetín.

De inmediato, el alivio me recorrió. Dios, había estado a punto de hacer un numerito por algo que nunca había sucedido fuera de mi cabeza. ¿Qué me pasaba? ¿Qué extraña enfermedad nueva se había apoderado de mí? Jamás me había sentido de esa manera. Nunca con esa sensación de estar... *celosa*. Pero no, esa era una locura. ¿Celosa yo? Pff, de todos menos de O'Connor, obviamente.

—¿Un calcetín de quién? —pregunté, más calmada.

Ya no me sentí enferma, había ocurrido todo un milagro con mi enfermedad.

—De Ralph.

Hice una mueca de asco. Ralph era una de las personas con las que O'Connor y Blair compartían habitación, y, para ser sincera, me compadecía de ellos. Ralph era conocido, por toda la escuela, por el mal olor que emanaba de sus pies como una nube tóxica. Incluso una vez, cuando me había tocado sentarme a su lado en una clase, pude sentir el olor traspasarle los zapatos, casi dejándome sin conciencia. Por culpa de aquello, había estado con náuseas todo el maldito día.

Volví a la realidad cuando Bella siguió.

—¡Pero eso no es lo interesante de la historia! —¿Ah, no? Para mí era toda una aventura eso de visitar la habitación de esos imbéciles. — Cuando entré al cuarto, lo primero que me llamó la atención fue una pared. Ahí encontré tu sostén... ese que estaba desaparecido, ¿lo recuerdas? —¿Cómo no lo iba a hacer? Era mi preferido. — Lo tenían enganchado a un clavo con otros sujetadores de chicas X. Estaban ahí colgados y ordenados, por lo que puede darme cuenta, por preferencia del público masculino. Había como cincuenta y el tuyo, obviamente, era el primero.

Todas las preocupaciones y rabias que había pasado durante el fin de semana, se esfumaron de mi cabeza por completo. Oh, dulce distracción. Eso era lo único que me gustaba de O'Connor: siempre lograba hacerme olvidar de todo.

La verdad, si era completamente sincera, no me sorprendía el hecho que mi sostén estuviese esa posición en el tablero de senos, ya que mis anatomías exuberantes estaban a la vista de cualquiera. Esos dos globos eran como una mesa portable a la que llevaba a todas partes. Además, tenía una cintura pequeña, lo que

provocaba que resaltasen más. No, no es que fueran inmensos, sólo que yo no era muy alta y era medianamente delgada.

L que sí me impresionaba, era que tuviesen en su poder mi sostén desaparecido. ¡Qué yo supiera jamás había regalado mis sujetadores para que los admirara cualquier depravado! Mi ropa interior debería estar en mi baúl y no en esa maldita habitación recibiendo atención tan impúdica.

—Vamos, Leah —me llamó Bella, alejándome de mis pensamientos—. ¿Qué vas a hacer?

Fulminé con la mirada al aire, ya sintiendo la sangre hervirme por las venas. Era la fiera Leah, era la súper Leah que luchaba contra los el mundo, a pesar de que el mundo no estaba peleando contra ella.

—¡Voy a castrar a esos pedazos de cerdo! ¡¿Tener mi sostén como un trofeo?! —solté, indignada—. ¿Quién se creen que son...? ¿Cómo lo robaron...? —Hice una pausa. — ¡Ellos no puede entrar a la habitación de las chicas!

La respuesta, ante las dudas que había tenido, apareció frente a mí como un borracho al ser destapada una botella. Era obvio, O'Connor era el culpable. ¡Iba a matar a ese pedazo de... de... de hijo de su mamá! ¡¿Cómo se atrevía a...?! ¡¡Arg!!

El eco de dos risas al otro lado de la puerta, hizo que volviera a comportarme como la chica decente que era. Crucé las piernas y fingí desinterés señorial. Whitney y Brittany, las ratas con las que compartía habitación, entraron a la estancia. Las dos rubias casi platinadas, y con accesorios de última moda tan caros que valían todo el sueldo de mi familia como de un año, se giraron a mirarme con una ceja alzada, cuchicheando entre ellas con una de las manos sobre la boca para que no les leyera los labios. Já, como si pudiese hacer eso.

Me pregunté si habrían alcanzado a oír lo que estábamos hablando con Bella.

—Así que tu famoso sostén porno está en esa habitación —comentó la perra número dos.

Oh, sí, ahí estaba la respuesta: sí lo habían oído.

Las fulminé con la mirada y descrucé las piernas.

—Que sea un poco transparente no significa que sea porno.

Las dos rodaron los ojos. La misma imbécil fue la que continuó.

—¿Un poco? Con esas cosas se te veía todo.

Bufé molesta, esas mujeres ya no sabían qué blasfemia inventar contra mí. Estaban envidiosas de mi carisma y belleza despampanante.

—Con su permiso —dije, y me puse de pie—, necesito recuperar algo... y ese algo es mi sostén ¡NO! porno.

Estaba a punto de llegar a la puerta, cuando Whitney, la que se había mantenido en silencio hasta ese entonces, habló.

—Te reto a que robes algo de la ropa interior de James O'Connor.

Me detuve como si hubiese chocado contra una pared invisible. Con la espalda tan recta como un palo, me giré, la observé y... no supe qué decir.

Maldito O'Connor, me aparecía en todas partes.

—¿Qué gano haciendo eso?

—Obviamente, dinero. —Enmudeció por unos segundos ante mi rostro sin expresión. — Tanto dinero que no sabrás cómo gastarlo.

La contemplé por largos segundos, preguntándome si no era más que una broma. Aunque si era verdad... tragué saliva. Siempre estaba la posibilidad de robar la ropa interior a O'Connor cuando fuera a recuperar mi sostén no-porno.

—Acepto.

Sería como robarle un dulce a un bebé.

Estaba a punto de salir de la habitación de nuevo, cuando Brittany me detuvo.

—Yo también te reto.

Levanté una ceja extrañada. ¿Era el día nacional de «reten a Leah Howard: ella está más que dispuestas en hacerlo si le dan dinero»? Me sentí como una puta y estuve tentada de lanzarme al espejo, para ver qué tanta cara de pobre y vagabunda tenía. Luego, observé mis gastados zapatos... claro, cara de pordiosera sí que tenía. Tal vez debería rezar para haber quedado embarazada de O'Connor.

Suspiré.

O'Connor... ¿qué haría con él?

—¿Qué sería y cuál sería mi paga? —pregunté, intentando no verme tan interesada y desesperada.

—Quiero que averigües quién la tiene más grande si James o Derek.

Impresiona por el reto, ya que, bueno, lo último que quería era volver a encontrarme con la anaconda de O'Connor... o con su dueño, que era prácticamente lo mismo. Ya estaba lo suficientemente traumada como para agregar una fobia más a mi lista. Una imagen mental de un pene con una pistola persiguiéndome, pareció en mi cabeza.

No me quedaba otra opción que...

—Acepto —finalmente dije.

Un momento, ¿no había decidido otra cosa...?

Ella sonrió.

—Recuerda, Howard, que no me puedes mentir a mí —advirtió—. Yo ya sé quién la tiene de un mayor porte.

Arcadas vinieron a mi cuerpo. Realmente, realmente, no quería saber aquello. Sólo pensar en la idea que O'Connor se había acostado con ella... me daba ganas de lanzarle el gato degollado del otro día.

Asentí a la advertencia, Bella me deseó suerte.

—Cuidado con mirarle mucho el ojo a la papa —bromeó.

Gemí de vergüenza por dicha oración. Por el amor de Dios, no pensaba quedarme contemplando el pene a O'Connor o algo por el estilo.

Mientras bajaba las escaleras para llegar al primer piso, me pregunté cómo lo haría para saltar la mega seguridad (insertar sarcasmo) de la señora Smith para entrar a los cuartos de los chicos. Si estaban ellos adentro era obvio que yo... que yo... que yo no podría entrar. Simplemente, no podía enfrentarme a O'Connor y a esa mirada dolida... y... y...

Gemí mentalmente.

¿Qué había hecho yo para merecer eso? Me portaba bien en la escuela, ayudaba a mi madre con todo lo que podía y me había mantenido virgen por diecisiete años... y lo seguiría siendo si no hubiese ocurrido ese imprevisto con el alcohol. Tampoco me había dejado tentar por la lujuria, a pesar que el trago me había hecho caer en los brazos de Satanás. ¡¿Por qué me hacía eso el destino?! ¿Por qué? ¿Es qué quería que cayera rendida de nuevo a los pies de mi Némesis? ¿Eso era? Pues si era eso, que me jodan (aunque ya lo había hecho O'Connor). ¡No lo pensaba hacer! No importaba si la tentación era malditamente demasiado fuerte.

Cuando llegué a esa sala comunitaria que había en el primer nivel, donde habían reunido un par de jóvenes en los sillones hablando tranquilamente, la señora Smith se encontraba con la cabeza apoyada en el escritorio y de la boca le salía un pequeño ronquido. Rodé los ojos, la señora Smith era la peor cuidadora de la historia y no era para menos, si tenía más de 80 años.

Me acerqué a la ancianita durmiendo y observé el tablero con hojas que tenía encima, con las habitaciones de todos. Luego de un rato rebuscando el nombre de O'Connor, lo encontré junto con el número 405.

Oh, joder, a subir cuatro pisos. Mi grasa acumulada en el área abdominal, protestó.

Llegué a mi destino jadeando y con las piernas temblorosas.

Con manos sudorosas, estiré la mano y la posé en el pomo de la habitación número 405. De la estancia no salía ningún ruido, era más que obvio que nadie se encontraba en el cuarto. Era la oportunidad que había estado esperando.

«Si está sucia la ropa interior... la lanzaré por la ventana», eso fue lo último que pensé antes de abrir la puerta.

Decida, di un paso dentro. De inmediato, un fuerte olor llegó a mi nariz. El olor a hombre, humedad y algo que se asemejaba al queso, me dejó casi asfixiada. Tropecé hacia atrás por el choque olfativo. ¿Cómo mierda dormían esos chicos en una hediondez como esa? ¿Es qué usaban mascarillas para entrar a la jodida habitación?

Resignada a hacer esa tarea, puse la mano sobre la nariz y cuadré los hombros, mientras entraba en ese exótico lugar. Tuve que saltar sobre montones de ropa, libros, zapatos, calcetines que apestaban a los mil demonios, camisetas deportivas,

etc... para encontrarme en medio de esa jungla, preguntándome cuál sería la cama del imbécil.

«Bitácora de una chica desesperada:

Encontrar a las personas del aseo y pedirles hacer una limpieza a fondo en ese lugar.

Fin de bitácora.»

Recordé cuando le había robado la camisa de O'Connor, si es que servía de ayuda. Pero no lo fue, porque, primeramente, había estado en otro cuarto (en el 307) y, segundo, porque había encontrado la camisa, con sus iniciales, a la entrada de la estancia.

Observé mí alrededor. A mi costado derecho tenía dos camas y al izquierdo se encontraban otras dos. En las esquinas más alejadas del cuarto había dos puertas, una se dirigía a los baños y la otra a un pequeño closet; la única diferencia de ese cuarto y el que ocupaba yo, eran el desorden y el olor a perro muerto. Y también el hecho, no menor, de que había una pared repleta con sostenes colgando de ella.

Me iba a dirigir a buscar mi sujetador, pero desistí de la idea y preferí centrarme en otra tarea que tomaría más tiempo.

Cada habitante tenía un baúl para ser ocupado, además del closet compartido. Como en el último de ellos, era sólo para colgar ropa, la ropa interior de O'Connor sólo podía estar en el baúl. Así que me lancé al primer que me encontré y lo abrí.

Encima de todo el revoltijo de ropa, había unas revistas de PlayBoy¹⁵. Supuse que era del pervertido de Blair, sólo él podía tener una mentalidad de esa calaña. Me mordí el labio, sin apartar la mirada de la pelirroja exuberante que aparecía junto al título ESPECIAL PELIRROJAS; también divisé una que decía ESPECIAL RUBIAS y otra con ESPECIAL MORENAS. Un poco curiosa de que un hombre, de la edad de Blair, tuviese una de esas revistas, la agarré y traté de hojearla, pero, al ver que algunas páginas estaban pegadas, la solté rápidamente y me limpie las manos en mi ropa.

El hecho que la condenada mujer fuera pelirroja, y toda esa revista fuera de mujeres con ese color de cabello, sólo hizo que mis deseos asesinos aumentasen. Cuando pusiere las manos en Blair, lo estrangularía lenta y dolorosamente.

Alejé todo eso de mi cabeza y miré la cama que estaba al frente de la de Blair, que estaba demasiado ordenada para pensar que podría ser de O'Connor. Debía ser de Max, otro compañero de habitación y el único ser humano decente que habitaba ahí.

Sintiendo como la mezcla de olores comenzaba a marearme, me tambaleé al baúl de al lado y lo abrí. Lo primero que observé, fue una fotografía mía pegada en la tapa del mueble. Mis mejillas llamearon con fuerza y mi cerebro hizo corte circuito. ¿Qué hacía una fotografía mía pegada ahí...? ¿No les había bastado con robarme el

¹⁵ Revista masculina de pornografía.

puto sostén, sino que también aquello? ¿Qué más me encontraría ahí? ¿Restos de cabello mío? ¿Un chicle que había masticado?

Furiosa, arranqué la imagen y la observé de cerca a la fotografía donde aparecía mirando por sobre el hombro, con todo el cabello cobrizo cayendo como una cascada por mi espalda y rostro, sólo dejando al descubierto un hombro desnudo. Repentinamente, recordé el día que me la habían sacado. Había estado paseando por el campo de fútbol luego de uno de los partidos. Ya todos se habían marchado para celebrar en otro lugar, pero yo aún seguía ahí, caminando sin rumbo por el estadio cuando había escuchado que alguien me llamaba. Al girarme, Max había sacado la fotografía.

La traición pesó en mi estómago. Max me había prometido no regalársela a nadie, pero ahí me encontraba con esa sorpresa: la fotografía la tenía O'Connor. Por un momento, pensé en doblarla y llevármela, aunque... salía tan hermosa que era un crimen hacer aquello. Así que me dirigí al baúl de Max y la guardé en uno de los libros que pillé dentro.

A continuación, corrí otra vez al baúl de O'Connor y agarré la primera prenda interior que encontré, la que era de un rojo intenso con negro. Vaya gustos tenía Jam... O'Connor.

Ahora que tenía uno de los retos, me dirigí hacia una de las paredes que adornaba esa maldita pieza. En orden de no lograba comprender, se encontraban por lo menos cincuenta sostenes de todos los colores y diseños. ¡Por Dios! ¿Es qué esos chicos no tenían nada más entretenido que coleccionar ropa interior femenina para matar el tiempo...?

Y, de pronto, lo vi. Mi sostén negro no-porno colgaba de los primeros de un pedazo de cinta adhesiva. Con un suspiro, me subí a la cama de O'Connor, preocupándome en pisarle las sábanas blancas con mis sucios zapatos. Desde esa altura y encontrándome cara a cara con el objeto que yo creía perdido, pude leer una nota que estaba escrito debajo de mi ropa interior.

Primer lugar: "Leah Howard"

Debajo de eso, había escrito algo más con una letra desarmada que yo identifiqué como la de Derek.

Jamás creí que Howard las tuviera tan grande.

Y al lado de eso vulgar que acababa de leer, decía:

Cuando me case con Leah, voy a ser un chico con suerte.

Como era obvio, eso era de O'Connor.

Respiré hondo en repetidas ocasiones, intentando mantener la calma para no derrumbar esa pared con una patada voladora. Cuando me hube calmado un poco, arranqué mi sostén de esa exhibición tan pública e indecorosa que estaba recibiendo y me limpié los zapatos en las sábanas de O'Connor. Ojalá le viniera una infección.

No había alcanzado a bajarme de la cama, cuando escuché ruidos desde las escaleras.

—James —Esa era la indiscutible voz de Blair. —, ¡por Dios! ¡Báñate! Apesta como los mil demonios.

La risa sarcástica del individuo en cuestión, resonó por el pasillo.

—Eso lo sé, venimos de un entrenamiento después de todo, Derek. Además, tú apenas entrenaste y hueles peor que yo.

Las voces se hicieron más y más fuerte. El sudor frío se congeló en mi espalda, mientras yo daba un intento de salto para bajarme de la cama. Pero las sábanas, como me había estado limpiando los zapatos en ellas, estaban enredadas en mis piernas. Estuve en el aire por gloriosos segundos, luego me estrellé contra el suelo, soportando el golpe con los brazos. Mis ojos lagrimearon y mi nariz comenzó a latir dolorosamente.

De pronto, los chicos volvieron a hablar y comprendí algo: las voces estaban al otro lado de la puerta. Sin pensarlo dos veces, me dirigí corriendo a los baños con las sábanas aún enredadas en mis piernas. Llegué a la puerta de ese lugar, me quité las sábanas a tirones y las lancé como repollo a la cama de O'Connor. Justo en el preciso momento que la puerta de la habitación se abría, yo cerré la del baño.

—¡Por Dios! —exclamó O'Connor—. Este cuarto apesta. Apuesto que fue Ralph con su descomposición estomacal.

Ralph rió como un estúpido.

—En vez de pelear deberían ir a bañarse —mencionó el traidor de Max.

No se oyó nada por algunos segundos.

—¿Por qué mi cama está hecha un desastre? —preguntó O'Connor—. ¿Fuiste tú, Derek?

—No recuerdo haberte hecho una travesura. —Se rió. — Pero quién quiera que haya sido, debo felicitarlo. —Se oyó el golpe a una cabeza. — ¡Eh! ¡Eso dolió!

Otro silencio cayó en el cuarto, mientras yo moría en el baño y mi nariz comenzaba a latir con más lentitud.

—¡James, si vas a ocupar mis jodidas revistas para sacudírtela, guárdalas cuando acabes en mi maldito baúl!

Yo no quería oír eso, yo no quería oír eso.

¡YO NO QUERÍA OÍR ESO!

O'Connor bufó.

—Yo no necesito tus mugrientas revistas para sacudírmela —replicó, indignado—. Sólo necesito imaginarme a Leah, desnuda o con ropa, y listo. No necesito estar viendo a otras mujeres desnudas para hacer mis ejercicios.

Juro que cuando viera a O'Connor, lo mataría. ¡¿Cómo se atrevía ese imbécil a ocuparme a MÍ para sus cochinas?! ¡Era tan humillante todo! ¡Tan humillante!

Ahora ya no lo podría ver a los ojos cuando lo insultase. ¡Lo tendría que insultar mirando el piso, por el amor Dios!

Las risas de esos cuatro estúpidos, se escuchó por toda la habitación. Mis mejillas ardieron por la vergüenza sufrida.

Oí que alguien abría un baúl, luego el rebuscar de algo.

—¡La foto de Leah no está! —rugió O'Connor—. ¡La foto de Leah no está! —siguió el ruido—. ¡Y mi ropa interior favorita también desapareció!

Comencé a sudar como un puerco (aunque, técnicamente, los cerdos no sudaban). Jam... quiero decir, O'Connor, no podía saber que era yo la responsable de dichos robos. ¡Sería la humillación más grande en mi vida si me descubría! Incluso, sería peor que cuando vieron mis piernas velludas y escucharon mis secretos.

Luego, me quedé observando la ropa interior que tenía en la mano, procesando lentamente la información que había escuchado.

Esa ropa era su favorita.

Esa. Ropa. Era. Su. Favorita.

¡AAAAAAH! ¡ERA SU FAVORITA! ¡LA FAVORITA!

La acerqué a mi rostro y luego alejé de golpe. ¿Pero qué demonios había estado a punto de hacer? Todo eso era... perturbador. Al parecer, estar rodeada de tanta testosterona hacía que mis niveles de estrógeno decayeran rápidamente.

—Después buscamos la foto, James —lo tranquilizó Max— Báñate, por favor. Ya no aguanto la cantidad de olores de este cuarto.

Al parecer, Max los había convencido, porque pude oír a dos personas desplazándose por el cuarto. El sonido de zapatos acercándose hacia donde yo me encontraba, me hizo sufrir una taquicardia y pensé que moría en ese sitio. Pero logré recuperar la compostura y me lancé a la puerta que había al final de los baños. Entré a ese nuevo lugar, para encontrarme con tres duchas idénticas. En vez de haberla arreglado escondiéndome ahí, la había cagado. ¿No había escuchado que se iban a bañar? ¡Y yo estaba encerrada en las putas duchas!

«Bueno», me dije, «por lo menos se demorarán un poco más en encontrarme».

Resignación activada.

Además, si tenía un poco de suerte, cosa que era bastante poco probable, podría esconderme en una de esas duchas y no ser encontrada, después de todo, ellos eran dos.

Mientras me lanzaba a la ducha más alejada de la entrada, la puerta del baño se abrió. A los pocos segundos, los dos muchachos entraron a la habitación con las duchas y con sus risas resonando en el frío lugar.

Lloriqueé en mi ducha, desesperada, pero aún aferrándome a la ropa interior.

Poco a poco, fui escuchando la ropa siendo deslizada por sus cuerpos hasta caer al suelo. Sin poder evitarlo, el sudor comenzó a caer por mi frente. ¡Qué tortura era

estar ahí y escuchar todo esos ruidos sin poder ver...! O sea, no es que quisiera ver, aunque... bueno, ¿y qué si quería verle el ojo a la papa?

Los ruidos terminaron y mi corazón comenzó a correr mucho más rápido que hace unos minutos, si es que eso era posible. Me iba a desmayar, estaba segura. O tal vez moriría, lo que no era malo tampoco, así no tendría que sufrir la humillación.

—¿Tienes frío, James? — preguntó divertido Blair.

—No empieces con eso de «Yo pensaba que si, pues la tienes chica», ya que sé perfectamente que es mentira. La mía es más grande que la tuya.

¡¿Por qué los hombres siempre tenían que estar hablando esas estupideces?! ¿Les afectaba en su autoestima que alguien la tuviera más grande que la suya? ¿Por qué no podían ser como las mujeres? Yo nunca andaba diciendo que mis senos eran más grandes y bonitos que los del resto.

De todas formas, su conversación me había ayudado a saber quién de los dos la tenía más grande... según ellos, claramente.

—No me hagas reír, James — dijo Blair, interrumpiendo en mis pensamientos—. Sabes que yo la tengo más grande.

Muy bien, todo se había podrido. ¿Quién la tenía más grande? Cado uno tenía su opinión.

—Cállate y báñate, Derek.

Nuevamente comencé a sudar.

Por mucho que recé, la suerte nunca andaba conmigo. Una sombra se proyectó a través de la cortina.

Estaba jodida.

Me pegué a la pared de la ducha, en un intento desesperado por no ser alcanzada por la mano curiosa que se había adentrado a mi territorio. Dicho brazo pasó por mi lado y tocó la llave de la ducha. A continuación, me empapé por agua congelada. La mano estuvo dentro de la ducha, hasta que el agua se entibió y luego salió hirviendo.

—¡Mierda! — maldijo O'Connor—. El agua está muy caliente.

El brazo se movió nuevamente por la ducha y reguló la temperatura. Ya estaba convertida en un nudo de emociones, cuando la cortina del baño se corrió de golpe y O'Connor, en todo su esplendor y con esa cosa colgando de él, entró en mi espacio personal.

Los ojos de O'Connor parecieron salirse de las orbitas al mirarme. Sin dudarle un segundo, me apresuré y le tapé la boca con las manos para que no gritara. Me bastaba y sobraba con que O'Connor supiera que estaba encerrada ahí, como para que Blair se uniera a la fiesta.

A causa de la impresión, O'Connor dio un paso hacia atrás. Las piernas se le enredaron en la cortina de la ducha y los dos, en un enredo de plástico, pies y carne desnuda, caímos al suelo fuera de la ducha.

Blair, también desnudo y a punto de meterse a bañar, nos miró shockeado, con su boca (y otra cosa más) colgando. Contemplé el rostro de O'Connor cubierto por la cortina como una máscara de oxígeno, luego me puse de pie y salí corriendo. Dejé a un impresionado Max y Ralph en el dormitorio de los hombres y, mojada como nunca, bajé las escaleras, atravesé la especie de sala común que había, poco importándome las miradas, y subí a mi cuarto.

Una vez abrí la puerta 402, la cerré tras de mí y me apoyé en ella, recuperando el control de la situación y, por supuesto, el aliento.

De inmediato, Bella, Whitney y Brittany me observaron con ojos sorprendidos. Sin dejarlas preguntar nada, dije:

—Ahí está la ropa interior favorita de James. —Se la tiré a Whitney y luego me dirigí a Brittany. — No te podría decir quién de los dos la tiene más grande, pues en reposo eran del mismo porte.

Sin esperar un segundo más, tomé mi pijama escondido debajo de la almohada y corrí al cuerpo de baño. Una vez ahí, me quedé mirando el vacío por largos segundos.

Había algo que no le había mencionado a Brittany y eso era que, después del encuentro mojado, James la tenía más grande.

12

EL OLOROSO BLAIR.

Si pensé que la situación no podía empeorar, estaba muy equivocada. Todo comenzó a irse realmente a pique al otro día del desagradable encuentro que había tenido con O'Connor. Esa mañana desperté con la sensación de que la tarde pasaba había hecho algo tan horrible que lo mejor era sacarme los ojos para no ver al idiota de O'Connor reírse de mí. Esperé y recé para que sólo fuera un presentimiento, pero, tristemente y para mi mala suerte, a los dos segundos recuperé la memoria.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Por qué Jebús me castigaba de esta manera? Yo que siempre había sido una buena persona. ¿Por qué Jebús me había dejado abandonada? ¿Por qué...?

—¿Ya estás lamentándote por tu vida? —escuché que alguien decía y luego las sábanas, con las que me había estado cubriendo el rostro, fueron corridas bruscamente y apareció mi mejor amiga, Bella, para torturarme.

—Por favor, necesito tranquilidad —le dije, mientras trataba de taparme con las mantas de nuevo. Más que tranquilidad, necesitaba una pistola para pegarme un tiro en la cabeza. No quería ver al imbécil de O'Connor ese día. Tal vez mañana, pero no hoy cuando todavía tenía en mi memoria todo su horripilante, asqueroso y vomitivo cuerpo desnudo. Y eso sin mencionar a la anaconda que tenía entre las piernas... aún me preguntaba cómo podía caminar tras la noche de pasión con esa cosa dentro de mí; las dimensiones me decían que debía haber quedado inválida o partida por la mitad.

—Escuché por ahí que O'Connor y Blair volvieron a secuestrar tu sostén no-porno —comentó.

Me levanté de un saltó en la cama, pero terminé con los pies enredados en las sábanas y con mi brazo aguantando el golpe que debió haberse dado mi cabeza contra el suelo.

—¡¿Qué mierda dijiste?! —grité.

No lo podía creer.

¡Dios, mátame pero no me hagas pasar por lo mismo otra vez!

—En realidad —comentó Bella, pensativa—, no me lo comentaron. Lo vi con mis propios ojos.

La incredulidad me detuvo en mis intentos por soltarme de las sábanas.

—¡¿QUÉ MIERDA DIJISTE?! —grité y puedo jurar que mi encantadora voz retumbó por todo el edificio—. ¿Cómo es eso que lo viste?

Bella se encogió de hombros.

—Si te vistieras y fueras a la sala comunitaria, descubrirías de qué estoy hablando.

Claramente no tenía tiempo para vestirme, y salí de la habitación todavía con pijama, una vez me había soltado de las sábanas. Bajé la escalera como un demonio pelirrojo y pisando fuertemente. Me detuve en los últimos peldaños.

¡Por favor, Dios, mátame!

Me lancé como una flecha a la sala... mi pie resbaló en uno de los escalones y rodé por la escalera, hasta detenerme a los pies de mi némesis de ojos azules: James O'Connor. Alcé la mirada, aun en el suelo, sólo para encontrarme con su engreída mirada. Tenía el pecho tan hinchado que nunca comprendí cómo no había salido volando por la ventana.

—Sabía que ayer te había impresionando mi espectacular cuerpo, Howard —dijo y, si es que eso era posible, infló aun más el pecho—, pero no por eso tenías que tirarte a mis pies. Soy irresistible, lo sé, pero estás exager...

—¡CÁLLATE, O'CONNOR! —rugí y me puse de pie, todavía con mi pijama rosado con ositos cafés.

Todos rieron por mi vestimenta... ¿Todos?

En ese momento, vi, para mi gran horror, por qué había tanta gente reunida en la sala. Mi sostén no-porno estaba colgando de un palo que O'Connor tenía sujetando en una de sus manos y lo movía como si fuera una puta bandera de batalla. Lo peor, eran las letras de colores y brillantes que estaban pegadas sobre mi sostén no-porno que decía:

«Propiedad de Leah Howard»

Deseé morirme en ese instante, que cayera un rayo justo sobre mí y que me matara antes de seguir soportando esa humillación.

—¡O'CONNOR! —chillé y mi cuerpo tiritó por completo—. ¡JURO QUE TE VOY A MATAR!

Me lancé hacia él para intentar quitarle mi sostén no-porno, pero O'Connor levantó los brazos y me impidió hacerlo. Le rasguñé, le mordí y maldije como una puta, porque... ¡YO NECESITABA ESE SOSTÉN DE VUELTA!

Y por mucho que lo traté de patear en sus partes privadas, él sólo se corrió y rió como un imbécil.

Para mi horror, le lanzó el palo a Blair y éste comenzó a correr por la sala comunitaria, gritando y riendo, mientras movía el sostén no-porno como bandera de victoria.

La señora Smith brillaba por su ausencia.

Y luego, para aumentar mi horror, los dos salieron corriendo de la estancia.

Pasó un minuto, después otro y otro y otro, y yo no podía moverme, ni mucho menos cerrar la boca. ¡Ese maldito O'Connor! ¡LO IBA A MATAR, DESPEDAZAR, TRITURAR...! ¡Arg!

—Por si te interesa, Leah... —dijo alguien a mi lado. Me apresuré en girar la vista y fulminarlo con ella. El pobre de Max, compañero de habitación de esos dos, dio un brinco, aunque siguió hablando. — James y Derek creo que se dirigían al estadio. James tenía que entrenar o algo así dijo...

No supe lo que siguió, ya que, todavía con el pijama puesto, salí corriendo del edificio sólo con una cosa en mente: conseguir mi sostén no-porno. Y, como aperitivo, matar al imbécil de O'Connor.

Como una bala y sintiendo como un perro (técnicamente, perra) rabioso, volé por el colegio. Escuché risas a mi alrededor, mientras corría poseída por un demonio, más no me importó y sólo me limité a darle una partida doble de dedos de al medio.

Sin poder evitarlo, comencé a llenar mi cabeza de divagaciones y, por más que lo pensaba, no podía comprender el por qué me estaba ocurriendo todo eso de nuevo. Ayer había salido casi victoriosa del asalto y... ¡NO HABÍA SERVIDO PARA NADA! Y ahora me encontraba otra vez en busca de mi sostén no-porno. Y todo se había podrido. Y mi vida era una mierda.

Gracias, O'Connor, por hacer de mi vida una miseria.

Si tan sólo pudiese olvidar su cuerpo desnudo... la sensación de su piel contra mi húmedo cuerpo...

«Nota mental:

Lavarme el cuerpo con desinfectante.

Fin de nota.»

...por más que me esforzaba todavía no lograba sacarlo eso de mi mente...

«Nota mental:

Pegarme un tiro en la cabeza, así no tendré cerebro para pensar en él.

Fin de nota.»

... y tampoco podía evitar caer en la lujuria cuando veía a Jam... O'CONNOR ...

«Nota mental:

Sacarme los ojos para no verlo y caer en la tentación.

Fin de nota.»

... o las ganas que me invadía de, cuando lo veía pasear por frente de mi, tocarle el trasero hasta enloquecer.

«Nota mental:

Cortarme las manos para no tocar su (~~maravilloso~~) trasero.

Fin de nota.»

Si seguía con esas notas mentales, iba a quedar como una maldita mujer sin ojos, brazos y con un hoyo en la cabeza por el disparo que me habría dado.

Di un suspiro, al mismo tiempo que recorría los terrenos de la escuela y miraba el cielo.

«Jebús», comencé observando desesperadamente el brillante sol, «soy una buena chica. Tengo buenas notas, soy buena hija y no me dejo tentar por la lujuria de Satán (es decir, O'Connor). Por eso, te quiero pedir, donde sea que estés, que no me dejes caer en la tentación de los pecadores y líbranos de O'Connor, amén.»

Cuando entré al estadio, vi a lo lejos a dos imbéciles lanzando tiros al arco. Deseé que una pelota golpeará uno de los palos, rebotara y les pegara en sus cabezas... mejor aún, que el balón les rompiera el cuello a los dos; así todos mis problemas terminarían. O tal vez sí, simplemente, una vez que recuperarse el condenado sostén, lo quemase y comenzase a no usar sostenes, no me hubiese ocurrido eso. Pero no podía andar por la vida así, tenía los senos demasiado grandes. Sin mis sostenes andaría con las dos dando bote todo el día y, lo más probable, es que me traería más problemas que soluciones, porque era obvio que el estúpido de O'Connor intentaría tocármelas y bromearía con ellas todo el día...

¡Un momento! ¿Por qué mierda estaba pensando en ese estúpido?

Me enfoqué en el presente. A lo lejos observé que Blair le decía algo a O'Connor; luego, se dirigió a las gradas, donde sacó un enorme tarro de helado que tenía escondido en ese lugar y comenzó a comérselo con las manos, sin apartar la vista de James... quiero decir, ¡O'CONNOR!

Y James... ¡ARG! ¡O'CONNOR!... empezó a hacer estiramientos. Sacó algo del bolsillo y lo colgó en el arco, amarrando el pedazo de tela en el fierro. Tal vez era su amuleto de la buena suerte. No le di mayor importancia a eso, ya que había ido hasta ese lugar para buscar mi sostén no-porno de las garrar de ese neandertal. Y sí era un estúpido, que el año pasado hubiese sacado buenas calificaciones, no significaba que fuera inteligente. Aún seguía sosteniendo mi hipótesis: O'Connor se había acostado con la directora. No había más explicación que aquella y tampoco aceptaría otra.

Con enojo, dejé de retorcerme las manos. Los celos... quiero decir, una indigestión repentina, me había hecho casi desencajarme los dedos de los nudillos. Tenía que centrarme en buscar mi sostén y olvidar esa imagen mental de O'Connor acostándose con alguien que no era yo... porque, claramente, no me importaba. Para nada. Nada de nada.

Nada.

«Nota mental:

Matar al maldito bastardo por las siguientes razones:

Acostarse con alguien para subir sus notas (me negaba a pensar que era inteligente).

Violarme.

Ser condenadamente sexy (Borrar mentalmente esto).

Simplemente, matarlo porque sí.

Fin nota.»

¿Dónde podrías estar escondido mi maldito sostén en ese lugar? La entrada de los camarines me saludaron y saltaron y me rogaron a que me dirigiera hacia ellos. ¡Claro, era obvio! Mi ropa interior tenía que estar ahí.

Corriendo hacia ese lugar y sintiendo que mis senos rebotaban (Toing, toing, toing) con cada paso que daba (ahora que recordaba no tenía puesto un maldito sostén), llegué hasta la entrada de los camarines. No había nadie en ese sitio y no podía encontrarme con nadie; tenía que buscar mi sostén rápido e irme antes de que O'Connor y Blair me descubrieran.

Entré y no encontré a mi sostén ni en el suelo ni en la banca. Y si no estaba ahí, obviamente tenía que estar guardado en uno los casilleros. Confiada y creyéndome la señora y dueña del lugar, abrí uno al azar. Inspeccioné lo que había dentro, pero sin encontrar lo que buscaba. Seguí con los otros 40 casilleros, sin hallarlo.

¡¿Dónde demonitos estaba mi puto sostén No-porno?!

Escuché unas voces acercándose hacia donde me encontraba y me tensé. Miré para todos lados, sintiéndome igual que el día anterior. Mi mirada voló por los casilleros y luego hacia las duchas. No, no cometería el mismo error dos veces. Corrí hacia los armarios de metal y me escondí en ese lugar. Había terminado de cerrar la puerta, cuando los tarados de Blair y James... ¡O'CONNOR!, entraron al lugar.

Por la rendija que quedaba, los observé atentamente. Blair se sentó en la banca que estaba frente a mí, dándome la espalda. O'Connor dejó la pelota al lado de Blair, con el pedazo de tela, la misma que había amarrado al arco, colgando del cuello como si fuera una carpa...

Lo reconocí.

¡QUÉ ME PARTA UN JODIDO RAYO! ¡QUÉ ME PARTA UN JODIDO RAYO!

¡ERA MI SOSTÉN NO-PORNO! ¡¡ERA MI SOSTÉN!! ¡¡¡MI SOSTÉN!!! ¡¿QUÉ MIERDA ESTABA HACIENDO O'CONNOR CON MI SOSTÉN COLGADO DE SU PUTO CUELLO?!

Tomé aire y traté de serenarme. Llamé a toda mi paz interior y cerré los ojos. La paz me invadía, la paz me llenaba, yo tenía el control, yo...

¡MALDITO IMBÉCIL, LO IBA A MATAR! ¡LO IBA A DESCUARTIZAR! ¡LE IBA A CORTAR ESO Y ME LO IBA A PONER COMO ARETES!

Inspiré aire nuevamente y me masajeeé la sien. No podía perder el control. Tenía que calmarme si no quería que esos dos imbéciles me descubrieran y se rieran de mí para toda la vida.

Escuché que los pasos de O'Connor se dirigían a las duchas y daba el agua. La culpa me carcomía el estómago, porque yo era la responsable que el estúpido se estuviese comportando de una manera tan primitiva. Tal vez... tal vez si no lo

hubiese insultado ese día en el pasillo oscuro, nada de estaría ocurriendo. Pero no, yo y mi grandísima *bocota*. Nadie me había mandado a meterme entre las patas de los caballos.

Jam... ¡O'CONNOR! volvió un par de segundos después y comenzó a sacarse la ropa. Comentó:

—Voy a tomar una ducha, antes de que el equipo llegue.

Lentamente vi como su ropa comenzaba a caer al piso y sólo pude tragar saliva... de nerviosismo. Y estado emocional no tenía nada que ver con el hecho de ver su cuerpo casi desnudo. Cuando estuvo sólo con la ropa interior, mis ojos se desviaron inmediatamente a la entrepierna... y volví a subir la mirada tan rápido como podía, roja como un tomate y con la sangre hirviendo por mis venas. Tragué saliva, mientras sentía que todo me comenzaba a latir con locura.

Se dio media vuelta, dejando al descubierto su hermoso y espectacular trasero, y lentamente se bajó los calzoncillos. Mi cabeza estuvo a punto de estrellarse contra los casilleros por la conmoción. Moría, moría... yo moría.

...

Apoyé la mano contra el frío metal y jadeé por la falta de aire. Incluso mi vista se puso media nublosa, pero todo se debía a la asquerosidad que había tenido que presenciar. Menos mal que no tenía el trasero peludo. Una vez, por un horrible y traumante accidente, le había visto el trasero a uno de mis hermanos. Y esa era una historia que ni siquiera quería volver a recordar en mi puta vida.

Di un agradecimiento mental a Jebús por su culo libre de vello.

O'Connor caminó hacia las duchas, con un movimiento hipnótico de trasero. De pronto, un mal olor llegó a mi nariz y me distrajo por completo de las fantasías (¡PESADILLAS!) sexuales que inundaban mi cabeza.

—Creo que me sentó mal el helado —comentó Blair, agarrándose el estómago con ambas manos.

—Eso te pasó por cerdo —respondió O'Connor, con la voz ahogada—. Nadie te mandó a comerte un litro de helado como desayuno.

Blair no respondió, sino que se limitó a ponerse de pie de un salto y correr hasta los baños. Escuché una puerta cerrarse y luego alguien sentándose del baño. ¿Blair estaría...?

Mi pensamiento murió de golpe cuando ruidos *extraños*, provenientes desde el baño donde Blair se había encerrado, llegaron a mí. A continuación, (olfateé el aire) un horrible olor a descomposición estomacal hizo acto de presencia. Me tapé la nariz con la palma de la mano, sintiendo que un gas tóxico y mortal me rodeaba. Sentía hasta mis ojos picar.

—¡Agh! —gritó O'Connor de las duchas—. ¿No podía esperar a que saliera de los camarines para sentarte en el baño a cagar? ¡AGH! —Hizo una arcada.— Creo que voy a vomitar.

La risa de Blair resonó desde el baño que estaba encerrado.

— Te dije que me había caído mal el helado.

Más ruidos salieron del baño y yo intenté no morir intoxicada por los gases de Blair.

«Bitácora de una chica desesperada:

Regalarle para navidad un ventilador a Blair con la siguiente nota:

«Estás podrido por dentro, Blair. Ocúpalo para no matar al mundo con tu asqueroso olor.»

Fin de bitácora.»

El agua de la ducha se cortó. Salí bruscamente de mis pensamientos sobre regalarle un ventilador a Blair y miré nuevamente por la rendija que había. O'Connor se acercó a los casilleros con la toalla colgando del cuello y todo su asqueroso-vomito-(~~maravilloso~~)-horrible cuerpo desnudo y sólo cubierto por gloriosas gotas de aguas... que no me dieron celos por su privilegio. No, señor. Para nada. Por supuesto que no. No. Nada de nada.

¿Es que James... quiero decir, ESTÚPIDO DE O'CONNOR, era tonto o algo así? ¿No sabía que, cuando uno salía de la ducha, se amarraba la toalla al cuerpo y no la dejaba colgando en el cuello para que cualquier persona viera la *otra cosa* que estaba colgando de él?

Realmente, traté por todos mis medios no bajar la vista y ver *eso* que colgaba. Sin embargo, no podía evitar que mis ojos se desviarán hacia *eso*. Pero no era porque yo quisiese o algo por el estilo, mis ojos miraban *eso* por la única razón de que no recordaba que fuera tan grande. Jam... quiero decir, ¡O'CONNOR! debería ser conocido como trípode en toda la escuela. No lograba comprender cómo podía caminar sin tropezarse con *esa cosa* que colgaba; y tampoco entendía cómo seguía caminando muy campante después de que *eso*.... Bueno, ya saben. Yo debí haber quedado inválida tras la noche de pasión.

O'Connor, de improviso, caminó hacia donde me encontraba encerrada. El corazón se me aceleró hasta que temí que se me escaparía por la boca si la abría. ¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda! ¡Aléjate! ¡Aléjate! ¡Shu, shu, atrás!

Al contrario de lo que expresaban mis pensamientos desesperados, O'Connor se acercó más y más, ¡Y más! ¡Y más! ¡Y...! ...*esa cosa* se movía con el movimiento... ¡Y más y más y más! ¡Santo Dios, mátame!

O'Connor siguió de largo.

Tomé abundante aire y el alma me volvió al cuerpo. Exhalé tan bruscamente el aire de mis pulmones, que mi cabeza se inclinó levemente hacia delante y se estrelló contra el casillero.

O'Connor se giró, con el entrecejo fruncido y caminó hasta donde estaba. El grito se quedó atascado en mi garganta. El muchacho estiró la mano y abrió la puerta.

En ese momento, morí.

Los ojos azules O'Connor se abrieron como dos luceros. Antes de que pudiera soltar un chillido histérico o alcanzase a picotear mentalmente mis plumas ficticias de gallina, un centenar de voces se hicieron audibles.

El estúpido y yo nos observamos.

Él: húmedo, desnudo, impactado y *eso*.

Yo: pijama de osos, pez bajo el agua y desesperada.

¡Nadie podía descubrirnos!

Lo agarré de un brazo, lo tiré hacia mí y lo obligué a meterse en el casillero conmigo. Cerré la puerta justo cuando entraba el equipo completo de fútbol. Observé con horror a los hombres, por la rendija del casillero, después a O'Connor que estaba pegado a mi cadera. Él muy imbécil sonreía como si se hubiese ganado la lotería.

Lentamente, inclinó la cabeza hacia delante y sus labios rozaron mi mejilla, mientras mi espalda se tensaba como un arco.

—¿Sabes que estás muy sexy ahora mismo? —susurró contra mi oreja. El aliento caliente me erizó la piel.

De pronto, lo sentí. La tercera pierna de James estaba pegada a mi cadera. Y luego... se movió.

¡ESA COSA SE MOVIÓ!

Grité histérica y alejé a O'Connor de un empujón. Éste me agarró de los brazos, al mismo tiempo que la puerta del casillero se abría y O'Connor, desnudo y con la toalla todavía colgando en su puto cuello, caía al piso y yo sobre él... con mi cara enterrada en su entrepierna.

Escuché que se formaba el caos a mí alrededor, pero no podía hacer nada, porque seguía con la cara enterrada en su cosa como si quisiera devorarla.

La risa de Blair resonó en todo el sitio.

Levanté despacio la cabeza y observé a todos con temor. Alrededor de diez personas miraban el espectáculo y reían con él. ¿Y cómo no hacerlo si, por segunda vez consecutiva, yo había terminado en un problema con la tercera pierna de O'Connor?

Me levanté de golpe y, por el apuro, terminé enterrando la mano en la entrepierna de O'Connor. Huí del lugar con mis senos rebotando en cada paso.

Cuando estuve lo suficientemente lejos, comprendí dos cosas: que no me había llevado mi sostén No-porno y que hoy O'Connor la tenía más grande que ayer.

Joder, pedazo de cerdo. Esa cosa parecía no dejar de crecer.

13

CUIDADO CON ROMPERSE LA CABEZA.

Lección número uno de vida:

Las cosas siempre, siempre pueden empeorar.

Lección número dos de vida:

Nunca dar por hecho que algo no puede ir peor.

Lección número tres de vida:

Por más que pienses que es una buena idea, NO lo es.

~~Lección número cuatro de vida:~~

~~O'Connor siempre estará bueno.~~

—¿¿QUÉ?!

Mis oídos resonaron con fuerza ante semejante grito agudo proveniente desde Bella. Sacudí la cabeza, en un intento para que mis oídos dejaran de retumbar. Si toda la escuela no había escuchado la encantadora voz de la chica, podía apostar que la mitad sí lo había hecho.

Y, como si fuera poco, continuó:

— ¿¿QUÉ TERMINASTE CON LA CABEZA ENTERRADA EN LA ENTREPIERNA DE...?! ¿¿QUÉ?!

—¡Cállate, Bella! —chillé. Corrí hacia ella y le tapé la boca con la palma de la mano—. Sería un milagro que medio mundo no te haya oído gritar que terminé con la cara enterrada en James-soy-un-maldito-trípode-O'Connor.

Bella apartó mi mano de un manotazo, más no articuló palabras. Sólo podía abrir y cerrar la boca, muda por lo que le acababa de decir. ¿Y quién no lo estaría? ¡YO HABÍA ENTERRADO MI CARA EN LA ENTREPIERNA DE O'CONNOR!

«Nota mental:

Utilizar desinfectante para lavarme la boca y el rostro.

Tal vez las manos también.

Fin de nota.»

Todavía podía sentir su *cosa* en mi mejilla.

Di un largo suspiro.

—No sé cómo voy a mirar la carota fea de O'Connor después de esto. —Me ruboricé hasta echar humo.— Es decir... ¡ENTERRÉ MI CARA EN SU ENTREPIERNA! —Suspiré. — Hay matrimonios que llevan años de casado y todavía no pasan por eso y... ¡O'Connor y yo ni siquiera somos novios!

¡Dios! ¿Cómo iba a vivir después de eso? La mejor opción que tenía era morir, y no era muy alentadora que digamos.

«Nota mental extremadamente urgente, que no se puede borrar de mi cabeza por nada en el mundo:

Obligar a Alex a convertirse en mago. No, antes de eso, golpear a Dumbledore hasta que le envíe una carta de Hogwarts (de paso, convencerlo que me deje entrar a mi también). Luego, pedirle a Alex que aprenda Legeremens¹⁶ y que me borre de la memoria todo recuerdo de O'Connor y su miembro en mi mejilla... a centímetros de mi boca.

Fin de nota desesperada.»

¡Un momento! ¿Cómo le iba a contar a Alex que quería que me borrara de la mente? No sabía cuál era su paradero y, si es que llegase a encontrármelo otra vez antes de morir, no podía ir hacia él y simplemente comenzar una conversación así:

«Hola, maldito estúpido que me produjo un trauma que ahora no me deja besar a O'Connor como tanto he estado anhelando por años (Respiro). Obviado el hecho que tengo una tensión sexual con O'Connor, el mismo chico que te decía odiar tanto en conversaciones ficticias que tuve contigo, quiero que te conviertas en mago, aprendas a borrar la memoria y modifiques mis recuerdos para así no recordar el momento que enterré mi rostro en la entrepierna de un mono (Suspiro).»

Obviamente, no funcionaría hacer eso. Tenía que solucionar todos mis problemas O'Connóricos sola.

Agarré un cuchillo de mantequilla, que había en una mesa, y me lo puse en el cuello.

—¡¿Qué mierda estás haciendo?! —gritó Bella, al verme con el arma blanca contra mi piel.

Se lanzó sobre mí y me la quitó.

—¡Bella! —reclamé, indignada—. ¡Lo necesito para suicidarme!

La castaña rodó los ojos.

—De aquí a cien años luz terminarías de cortarte el cuello con un cuchillo mantequillero.

—¡Bella, en verdad que lo necesito! —pataleé, inútilmente.

Bella me miró por un momento anonadada.

¹⁶ Hechizo de Harry Potter para modificar la memoria.

—¿Tan terrible fue que quieres tomar esa medida tan drástica? —Asentí con la cabeza solemnemente. Bella abrió los ojos de par en par. — ¿De qué porte la tenía?

Estiré el brazo.

—Creo que era del porte de mi brazo completo — respondí. Dah, puede que estuviera exagerando un poco en el tamaño—. Y eso que todavía le faltaba crecer... tú ya sabes a lo que me refiero. Yo creo que en tamaño completo... Mm, fácilmente pienso que podría medir un metro o algo cercano a esas medidas.

Bufó.

—Dudo que fuera tan grande —comentó Bella con cara de circunstancia—, pero realmente tiene que haber sido enorme para que estés exagerando de esa manera.

Un estremecimiento de asco me recorrió por completo al recordar *esa cosa* en la mejilla y luego aplastada con la mano cuando trataba de pararme.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Bella—. ¿No vas a bajar a desayunar? ¿No irás a clases durante todo el día?

¿Es que Bella estaba loca? ¡Por supuesto que yo no iba a salir de la habitación nunca! ¿Qué importancia tenía ir a clases en comparación a la absoluta humillación que sentía?

—¡Por supuesto que no voy a tomar desayuno! —le respondí, indignada. Le lancé una mirada esperanzadora—. ¡Por favor, Bella, tráeme algo para comer!

—Lo siento, Leah —se disculpó—, pero después del desayuno como que... Mm... voy a perderme... ya sabes... Mm... estaré todo el día ocupada en algún lugar perdido de este inmenso internado.

«¡Perra!», gritó mi mente.

—¡Maldita! —dijeron mis labios. La miré con rencor—. Bueno, si tú no me quieres traer comida, moriré todo el día de hambre.

Eran casi la una de la tarde. Estaba acostada en mi cama, con el estómago rugiendo y sintiendo que estaba a un paso de comerme el brazo de hambre. Eso sin contar el estado de locura en el que me encontraba. Entre el hambre que tenía y la imagen de la entrepierna de O'Connor, sentía que la cabeza me iba a estallar.

¡Maldito O'Connor! El muy imbécil ni siquiera andaba por los alrededores y aun así aparecía en mis pensamientos...

Miré la hora con desesperación. Faltaban cinco minutos para que un succulento almuerzo fuera servido en el casino. No, no podría aguantar. Deseé no ser tan cerda, pero lo era. Debía ir a comer, moriría sino lo hacía.

Se me ocurrió una idea de golpe y me lancé por la habitación en busca de una bolsa de papel. Mi idea era brillante, sencilla y ridícula. Pero funcionaría. Me pondría la bolsa en la cabeza y nadie podría reconocerme. Le haría uno hoyos para

la boca y los ojos, y así el maldito de O'Connor no podría saber que era yo. Y si nadie me reconocía, nadie podría burlarse de mí.

Jejeje. ¡Mi idea era despampanante, alucinante, increíble!

Encontré una bolsa de papel bajo la cama de Bella. Tenía resto de miga de pan y olía a ajo, pero no me importó. Con un lápiz le hice dos agujeros para los ojos y la boca. Me puse la bolsa de papel en la cabeza y salí a enfrentar al mundo. Una vez llegué a esa especie de sala común que había en el primer nivel, poco a poco las miradas comenzaron a seguirme hasta mi trayecto hacia la puerta.

La felicidad me desbordaba, me llenaba, me repletaba. La idea era un completo éxito.

Entré en el abarrotado casino.

Nada podía salir mal y todo parecía estar a mi favor...

Me detuve, horrorizada. Lentamente, la histeria comenzó a nublar-me la razón y transformarme. No, no podía ser real lo que estaba viendo. No, me negaba a aceptarlo...

Lo era. Era real.

—¡O'CONNOR! —chillé.

Di unos pasos torpes hacia él, observando estupefacta lo que tenía amarrado a la cabeza.

¡TENÍA PUESTO MI PUTO SOSTÉN NO-PORNO COMO UN SOMBRERO!
¡TENÍA MI SOSTÉN AMARRADO A LA CABEZA (de arriba)!

¡¿Es qué se creía Mickey Mouse?!

—¡JURO QUE TE VOY A MATAR! —gorgoteé—. ¡AGH!

Saliendo de la estupefacción por fin, me lancé como una flecha hacia él y con los brazos estirados como dos garras. O'Connor, ni tonto ni perezoso, salió corriendo y riendo como el retardado que era.

Rápidamente, la ira comenzó a encegecerme y que me ayudó a correr como poseída por un demonio. Poco me interesó que mis senos saltaran como locos con cada paso que daba y que el idiota de Blair gritara «Toing, toing» e hiciera como si tuviera dos enormes tetas. La verdad, poco importó que él fuera atlético, que corriera todos los días, que yo fuera una morsa que pasaba todo el día acostada... nada de eso influyó, porque mi furia me hizo aumentar la adrenalina en la sangre y me dio una potencia que jamás había experimentado. Salimos del casino hacia los terrenos vacíos.

Y la razón del por qué nada de eso me importaba, era porque yo tenía un objetivo que alcanzar y ese era ~~recuperar mi sostén~~... el trasero de O'Connor. Debía agarrarlo, debía hacerlo. Estaba tan cerca... mis manos estaban a sólo unos centímetros de agarrarlo... era tan hermoso... tan sensual... tan *apretable*.... Y, de pronto, mis manos lo tocaron. ¡Oh, dulce placer de los dioses! ¡Oh, dulce éxtasis! No pude controlarme: apreté.

James se detuvo de golpe. Choqué contra su espalda. En un enredo sin sentido, tropeamos y caímos en cámara lenta. Lo siguiente que sabía, o sentía, era que James tenía enterrada la cabeza en la V que se formaba entre mis senos. Podía sentir el césped contra mi nuca y la respiración de James chocando contra mi piel, erizándola por completo.

Eché un vistazo hacia abajo, para encontrarme a James con los ojos cerrados y la boca curvada en éxtasis.

Pestañeé.

¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! ¡¿QUÉ DEMONIOS ESTABA HACIENDO YO CON LA CABEZA DE O'CONNOR ENTERRADA EN MIS TETAS?!

Lo empujé como pude y me puse de pie.

¡¡¡¿Qué me había poseído?!!! ¡¡¡Satanás había poseído mi cuerpo por unos segundos y me había hecho hacer esa atrocidad!!! ¡Había tocado el trasero de O'Connor! ¡¡De O'Connor!!

En ese momento, escuché lo más extraño de la vida.

—¡Howard me tocó el trasero! —gritaba O'Connor—. ¡Howard me tocó el trasero! ¡Todos vieron que Howard me tocó el trasero!

Miré con desesperación a mí alrededor, para descubrir que gran parte del alumnado había salido de la cafetería para ver cómo seguía la persecución... y O'Connor seguía vociferando, aún con el sostén no-porno como orejas, que le había tocado el culo.

Tragué saliva, estaba a sólo un instante de la completa histeria. La escena no podía empeorar. Pero lo hizo.

—¡Howard le tocó el trasero a mi amigo! —coreó Derek, abriéndose paso entre la docena de alumnos—. ¡Yo lo vi! ¡Soy testigo de lo lasciva, depravada, enferma sexual, pervertida y degenerada que es Howard!

El sudor frío comenzó a bajar por mi espalda y... y lo recordé. ¡Yo tenía una bolsa en la cabeza! Ellos no podían estar seguros que era yo la que se escondía bajo una bolsa de papel, sólo estaban haciendo suposiciones.

—No soy esa tal Leah Howard que tú mencionas. —Ups, Blair no había mencionado el nombre de dicha persona. Seguí como si no hubiese metido la pata hasta el fondo. — No sé de quién me estás hablando. —O'Connor y Blair me observaron como si me hubiese salido otra cabeza. Tragué saliva. — Ya les dije que no soy Howard, además... además es imposible reconocerme con mi disfraz.

Blair estalló en carcajadas. Todos los que estaban reunidos en ese lugar, comenzaron a reír. O'Connor era el que parecía más gozar con la escena.

Pero yo seguía sin hallarle el chiste al comentario. Era obvio que esos imbéciles no podían reconocerme con la bolsa de papel sobre el rostro. Sacudí la cabeza con enojo y contrariedad, y ahí fue cuando me percaté de todo. Mi cabello de tan vivo y

brillante color rojo anaranjado, caía suelto por mis hombros, a la vista de quien me observase. Y yo era la única pelirroja del internado.

¡MIERDA! ¡MIERDA, MIERDA, MIERDA! ¡ME CAGO EN...!

Mis mejillas llamearon furiosamente.

¿Jebús, cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo? ¿Tanto pensar en ese imbécil de O'Connor me estaba volviendo retrasada mental o simplemente era una estúpida de nacimiento?

No merecía vivir, no después de semejante vergüenza.

Estaba a punto de huir de ese lugar para ocultarme de por vida en un agujero, cuando me obligué a controlarme. Yo era Leah Howard, la grandiosa y espectacular (sin sarcasmo) Leah Howard, y como buena Leah Howard que era, no podía rendirme ante los pies de dos trogloditas.

Llena de una fuerza de voluntad inesperada, me quité la bolsa de papel de la cabeza y la lancé lejos, mientras me acercaba a O'Connor con dos enormes zancadas.

—¡O'CONNOR! —rugí. El muchacho dejó de reír de inmediato y me morí con esa sonrisa lobuna. Deseé golpearlo para afearlo, era demasiado guapo para soportarlo—. ¡Entrégame ahora mismo mi maldito y condenado sostén!

Se observó con tranquilidad, como si estuviera en los terrenos tomando el sol.

—No. —Hizo un chasquido con la lengua y se cruzó de brazos. — ¿Para qué me lo quieres quitar? Protegen mi cabeza del frío, son como orejeras para mí. Además, es mi amuleto de la buena suerte y.

—¿Buena... suerte?

—Si —respondió y se acercó a mí hasta que estuvimos separados por sólo unos centímetros. Por una extraña razón, no me alejé de su despreciable cuerpo. Me susurró al oído—. Desde que lo tengo, me he acercado más a ti. Tú me has visto dos veces desnudo. —Enmudeció por unos segundos. — Y ahora me toca a mí.

Sin más, se dio media vuelta y se alejó del casino con paso tranquilo y silbando de felicidad. Las orejas medias transparentes oscilaban en su cabeza.

Quise hacer lo que mejor me salía: chillar, insultar y gritar. Pero no pude. Por primera vez en la vida James O'Connor me había dejado sin palabras.

Después del espectáculo en el casino y de las palabras que me había susurrado James... ¡¡O'CONNOR!! (la carne es débil), había huido del lugar como si mil demonios me estuvieran persiguiendo, y era así. La imagen de un O'Connor desnudo (~~y de una Leah desnuda~~), me rondaba por la cabeza, me perseguía incesantemente y, por mucho que me esforzaba por escapar, no podía alejarme de ella.

Al parecer, estaba teniendo una fiebre conocida como O'Connormore: jamás tenía lo suficiente de O'Connor.

¿Por qué la vida me hacía esto? Yo era buena alumna, era tan simpática, tan linda, tan refrescante y encantadora... pero Satanás se esmeraba en convertirme en una arpía, en una mala alumna, en una chica sedienta por tener sexo con O'Connor.

Di un largo suspiro deprimido, al mismo tiempo que mi celular comenzaba a sonar. Salí debajo de las mantas que me cubrían y agarré el aparato que estaba sobre la mesita de noche, brillando. Extrañada que a mí, ¡A mí!, me estuviese llegando un mensaje a esas horas de la noche, leí en la pantalla:

«Si quieres recuperar tu sostén, dirígete a la piscina.

Lo encontrarás en ese sitio.»

Enviado por: Trípode O'Connor.

Me negué a ir. Me dije que no podía ir. Traté de convencerme de no salir del cuarto e ir a averiguar qué demonios quería decir O'Connor con eso que me devolverá mi sostén no-porno. Sin embargo, la tentación era demasiado fuerte y yo demasiado malditamente débil, así que no me sorprendí cuando me puse mis pantuflas, una chaqueta y salí de la habitación en silencio para no despertar a mis compañeras de cuarto que ya estaban durmiendo.

Silenciosamente, me deslicé por el corredor de nuestra habitación, hasta llegar a la escalera. Había alcanzado a bajar un piso, cuando voces femeninas, provenientes desde un cuarto que tenía la puerta abierta e inundaba el pasillo con una suave luz, me distrajeron.

—Es una perra —decía alguien.

—Es una perra —concordó otra chica.

¿Una perra? ¿De quién estarían hablando? Estaba a punto de seguir mi camino, cuando, una tercera chica, se introdujo en la conversación.

—Es una perra pelirroja.

Me paralicé por completo y sentí que tenía una mini muerte en ese lugar. ¿Estaban hablando de... mí?

—No sé qué le verá James —continuó una cuarta mujer—. Es tetona, de estatura media, con un horrible cabello de cepillo de escoba naranja, histérica y lo trata mal todo el día.

—No se te olvide que es ridícula y una perra total.

—Sí, una perra —corearon todas al mismo tiempo.

—Y ni siquiera es demasiado delgada —siguió La primera que había oído hablar—. Me pasé todo el verano a régimen, adelgazando hasta parecer una modelo y James no se dignó a mirarme.

—Y eres tan hermosa y delgada, tan delgada —opinó La segunda.

—Lo sé —respondió La primera—. Juro que la agarraría en los baños, como siempre he deseado hacer, y le cortaría todo ese horrible cabello que parece tanto encantar a James.

—Pero no puedes —la cortó La tercera.

—Lo sé, lo sé. —La primera suspiró. — James ya nos advirtió que nadie puede molestarla. —Soltó un chillido. — ¡Pero es que es tan insoportable! ¡Esa perra no tiene derecho a estar en este colegio! ¡Es una pobretona!

—De seguro vive bajo el puente —comentó La cuarta—. Tal vez es tan pobre que ni siquiera puede bañarse en su casa durante los fines de semanas, porque no tiene agua ni luz.

Todas se rieron.

—¿Realmente ustedes piensan que no se ha acostado con James? —preguntó La segunda.

—Yo creo que es la puta de James —contestó La primera—. Por algo James la defiende tanto. Y no nos olvidemos que de algún lugar debe sacar dinero para comer.

—Yo me enteré el otro día que su padre es un alcohólico y su madre una drogadicta —dijo La segunda.

—Tal vez incluso se acueste con la directora —siguió La primera—. Yo no me creo que tenga tan buenas notas. La gente de su clase no es inteligente, por algo no tienen dinero.

Todas volvieron a reír.

Mi estómago era una masa pesada de enojo, de una completa y absoluta ira demoledora. Mis ojos ardían y los puños los mantenía apretado, intentando no soltar ese chillido de furia que me presionaba para ser soltado.

¿Cómo...? ¿Cómo se atrevían a decir todas esas cosas...?

Pero, de pronto, todo tuvo sentido para mí. Ahora entendía por qué nadie se había atrevido a molestarme (exceptuando James), a pesar de las miradas de odio que me lanzaban por no ser su clase social. Había visto y presenciado ataques a los otros chicos y chicas que habían entrado becados al internado, incluso yo misma había detenido algunos. Y, sin embargo, yo jamás había sufrido de aquello.

Todo había sido por O'Connor. Todo por James.

—Es increíble que Bella soporte todo eso, y además sea su amiga.

Con eso último dicho por La primera, me marché. No valía la pena desperdiciar tiempo en personas que se creían mejor por el simple hecho de tener dinero.

«No valía la pena», me convencí.

No, no lo valía.

Perdida en mis pensamientos, comencé a vagar por la escuela. No me sorprendí cuando, frente a mí, tras unos minutos de caminata, apareció la puerta del gimnasio. La observé con atención, a pesar de que sabía que estaría abierta. Por una extraña razón, la directora creía que no le debía quitar la oportunidad de hacer deportes a sus alumnos, aunque fuera por las noches. Al igual que la piscina, la biblioteca era otro sitio que no cerraba por nunca, quedando custodiada por cámaras de vigilancia.

Empujé las puertas y éstas chirriaron levemente al abrirse. Dentro, estaba totalmente oscuro y silencioso. Dirigí la mano hacia la derecha y encendí una de las luces del recinto. Con un parpadeo, se prendieron e iluminaron mi camino hacia la piscina. En el centro de ella y flotando suavemente, había una muñeca inflable que tenía puesto un sostén... mi sostén no-porno y puesto en una de esas muñecas que los hombres compraban para violarlas.

Todavía desconcentrada por la conversación que había oído hace unos minutos, busqué a James con la mirada. No lo encontré. Lo mejor sería recuperar el sostén y marcharme, no quería encontrarme con O'Connor y cometer una locura, una locura como agradecerle por no ser el hijo de perra que me enfatizaba en convertirlo.

Me saqué la chaqueta y me senté a orillas de la piscina, metiendo los pies en el agua temperada. Medité por unos instantes el hecho si sería buena idea lanzarme al agua, después de todo, no sabía nadar. Pero al comprobar que la distancia era pequeña y que podría llegar nadando de perrito ida y vuelta y no morir ahogada, me deslicé por el borde hasta que el agua tocó mi pecho, sin soltar la orilla por ni un instante.

Le lancé una mirada esperanzada a la muñeca, pero esta seguía tan lejos que no podía alcanzarla alargando la mano. Giré el rostro y miré hacia donde había dejado tirada mi chaqueta y no la encontré.

—¿Estás buscando esto? —preguntó una voz.

Moví mi cabeza hacia donde provenía el sonido. O'Connor, con pantalones rayados de pijama y una sudadera, afirmaba mi chaqueta con la mano. Se veía hermoso como un ángel... digo, un trípode... ¡un demonio!

Una vez más, la conversación de las chicas me inundó la cabeza. Lentamente, mis barreras comenzaron a derrumbarse a mí alrededor. Había llegado el momento, había llegado el momento de la verdad.

Le confesaría a James todo. Le diría que siempre había estado enamorado de él, le diría todo. Completamente todo.

Tomé aire de golpe para comenzar, mientras sentía el agua deslizarse por mi alrededor.

—James, yo...

—¿No que soy O'Connor para ti?

Fruncí el ceño. Pero su interrupción no me desanimó para seguir.

—O'Connor, yo...

—Creo que prefería James. —Sonrió. —¿Sabías que tu labio inferior se curva de una manera sensual cuando dices «James»? Creo, incluso, que me estoy poniendo palote.

Vale, O'Connor había logrado matar todo el amor que había nacido dentro de mí.

Lo fulminé con la mirada.

—Maldito perverso.
Me dio la espalda.

—Tal vez sea un maldito perverso. —Me lanzó una sonrisa por sobre el hombro. —, pero este maldito perverso se llevará tu chaqueta.

De inmediato, observé hacia abajo. Mi camisola, completamente mojada, se había pegado a mis senos y se me traslucía completamente todo. No podía dejar que O'Connor se marchara con mi chaqueta.

Desesperada, me di un impulso para salir de la piscina. Jadeando y luchando, logré posicionar una rodilla en la orilla e impulsarme fuera del agua. Velozmente, me puse de pie e hice un movimiento rápido para salir corriendo. Los pies se me deslizaron por la baldosa, el cielo estuvo frente a mí por milésima de segundos y, lo último que sentí, fue un horrible dolor que estalló en mi cráneo. Después, todo se apagó.

Mi vida es un

DESASTRE

14

TRÁTAME SUAVEMENTE.

Gritos por todas partes.

Alguien respiraba muy cerca de mi rostro.

Mi cabeza estaba apoyada en algo húmedo.

La mitad de mi cara estaba dormida.

El sonido de una ambulancia se escuchaba a lo lejos.

Escuchaba mi nombre siendo susurrado a lo lejos.

Tocaron mi mano.

Mi cuello, mi cuerpo completo, estaba firmemente sujeto a una camilla dura como una tabla.

Dos almohadones se posicionaron a ambos lados de mi cabeza.

Me alzaron.

Sentí que me desplazaban por alguna parte.

Me dejaron quita.

Intenté abrir los ojos, pero pesaban tanto...

—James —susurré.

Una mano agarró la mía con fuerza.

—Estoy aquí —murmuró él, a mi lado.

Me tranquilicé.

A continuación, todo se volvió a apagar.

Abrí los ojos antes de que mi mente pudiera volver a estar completamente consiente. Una luz blanca me encegueció. Cerré los ojos y me quejé. El sonido de sillas deslizándose por el suelo, irritaron mis oídos. Me tomaron ambas manos. Sentía mi boca con un sabor de mierda, casi literalmente. Mi cabeza pesaba y la parte posterior de mi nuca se sentía extraña y tirante.

Además, mi vejiga estaba a punto de explotar.

—Quiero orinar —susurré.

Alguien soltó una carcajada, pero no logré identificar quién había sido. Mi cerebro se sentía ligeramente drogado, algo así como ese día cuando había fumado

hierba. Me preparé mentalmente para ver una batalla épica detrás de mis parpados, pero nada de eso ocurrió, sólo aumentaron las ganas de orinar abrumadoramente.

Abrí los ojos lentamente y volví a cerrarlos al enfrentarme a la luz que me llegaba directamente a los grises.

—Apaguen la puta luz si quieren que me despierte de una jodida vez.

Un largo silencio cayó.

—Sí, creo que ha despertado totalmente.

Sonó a lo lejos «click» y volví a abrir los ojos.

Me quejé, sonora y escandalosamente. Y eso fue lo único que podía hacer, ya que mi cuerpo parecía estar amarrado a la camilla de lo pesada que se sentían mis extremidades.

Deslicé la vista por la habitación. A mi costado derecho estaba Bella, sonriendo y con dos horribles ojeras que le enmarcan los ojos. A mi lado izquierdo, estaba mi madre, frunciendo el ceño con enojo y preocupación. Mi hermano Cristóbal, de 21 años, estaba frente a mí, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados. Su ceño estaba arrugado por la contrariedad y el enojo.

Bella saltó sobre mí y me abrazó.

—Leah, ¿no sabes lo feliz que soy! ¡Llevas todo un día inconsciente!

¿Inconsciente? Vaya, realmente debía haberme hecho mierda la cabeza con el golpe. Recé para haber perdido la memoria... pero no. Recordaba todo... o por lo menos todo eso que una vez quise borrar de mi mente: O'Connor seguía clavado a mi cerebro. Se me retorció el estómago con los nervios al recordarlo susurrándome «Estoy aquí» y apreté involuntariamente las sábanas de la camilla.

—¿Qué sucede, Leah? —preguntó Margaret. El nombre real de mi madre era Margarita, pero mi abuela, de pequeña, la llamaba Margaret y todo el mundo se había acostumbrado a llamarla así.

Salí de la ensoñación y, al percatarme de lo que debía parecer apretando las sábanas con mirada extasiada, las solté con rapidez.

—Oh, nada, sólo un ataque de dolor estomacal.

Hice una mueca que quiso ser sonrisa.

Para evitar la mirada inquisidora de mi santa madre, me dediqué a echarle otro vistazo a la sala blanca en la que estaba. En ese momento, me fijé en lo bonito que era el hospital. ¿Televisión en el cuarto? ¿Habitación individual...? ¡Oh, mierda, era una clínica! Con el impacto, estuve a punto de ponerme de pie y lanzarme por la ventana para así no tener que ver la horrible cuenta que tendríamos que pagar por un simple golpe en la cabeza. ¿Quién había sido el enfermo de enviarme a un recinto pagado? ¡Yo pertenecía al hospital público! Por eso mi madre estaba tan enojada y, la verdad, no era para menos.

Debía pensar algo, debía... se me ocurrió algo.

«Imagen mental:

Yo levantándome con un vendaje que me hacía parecer la hermana perdida de un turco.

Yo corriendo a la ventana.

Yo lanzándome por ella.

Mis vendajes turcos quedando atascados en un jodido clavo salido (algo que no podía faltar con mi maldita mala suerte).

Yo colgando como una jodida maniática.

Y, cómo no, yo viendo aparecer a O'Connor treinta pisos más abajo diciéndome:

—Vamos, Leah, lánzate. Esto es mejor que pagar la cuenta de la clínica.

Y, como sabría que era verdad, me terminaría soltando de mis vendajes.

Y moriría.

Fin de imagen mental.»

¡¿Qué mierda hacía O'Connor apareciendo en mi huida?! Ni puta idea, había cosas en el mundo que no tenían explicación.

En vista que mi idea terminaba con una hipotética muerte, sólo quedaba fingir bienestar para que me diesen en alta.

—Creo que me siento muy, pero muy bien —informé. Sonreí—. ¿Podrían llamar al doctor para contarle mi estado y así... eh, me deje marchar?

—Ay, Leah, las cosas que dices. —Bella soltó una carcajada. — Te cocieron la mitad de la cabeza. No te puedes ir del hospital todavía, así que relájate y disfruta.

Claro, como ella iba al baño y salía dinero de su trasero, no tenía que preocuparse por cosas tan mundanas como no tener dinero para pagar una clínica.

—Bella, ¿puedes salir un poco del cuarto? —Le pedí. — Tengo que hablar con mi madre.

Bella se fue de la habitación, sin antes lanzarle una mirada coqueta a Cristóbal, mi hermano, y dejando la puerta entreabierta.

—Muy bien, mamá —comencé, mirándola—. No pienso pagar la cuenta. Hay que hacer *perro muerto*¹⁷. Y he pensando algo para hacerlo. —No, no era el de lanzarme por la ventana. — Tú —Apunté Cristóbal con la mirada. — anda a distraer a las enfermeras. Mamá —La contemplé. — tienes que ir a coquetearle al doctor más cercano. Yo, mientras tantos, me arrastraré por el piso hasta llegar a los ascensores... no, mejor las escaleras, los ascensores tienen cámaras.

Cristóbal rodó los ojos, exasperado, y se alejó de la pared para acercarse, con paso lento.

—Leah, no puedes escaparte de la clínica. —Le lanzó una mirada a mi turbante. — Tienes no sé cuántos puntos en la cabeza y eso sin contar el golpe que te diste. No te podrías mover ni siquiera en caso de incendio.

—En las películas siempre lo hacen. Ya saben, los protagonistas se están desangrando, baleados hasta en los pies y aún así saltan y corren y todo eso —

¹⁷ Marcharse de un lugar sin pagar la cuenta.

repliqué, débilmente. Nadie pareció hacerme caso. Debía cambiar de táctica—. ¡Cristóbal, es una clínica! ¡Una clínica! ¡No podemos pagarlo! —Siguió sin inmutarse. — Te voy a demostrar que si puedo escapar. ¡Mira como lo hago!

Ocupé todas mis fuerzas para moverme... y fueron demasiado, ya que me incliné y di media vuelta en la camilla. Aterricé en el piso con un golpe seco.

Grité de dolor y estuve a punto de decir cuánta maldición sabía, cuando los pies de mi madre aparecieron a mi lado y enmudecí. Rodé por varios segundos como un cerdo, pero ninguno de mis parientes fue capaz de darme una mano para ayudarme en mi delirio auto-ocasionado. Menos mal que no había sentido mi cabeza abrirse por el golpe.

—Te dije que no podrías escapar —comentó Cristóbal volviendo a apoyarse contra la pared y cruzando los brazos sobre el pecho.

Lo fulminé con la mirada e hice un movimiento para pararme. De inmediato, Cristóbal alejó la vista de mí.

—¡Oh, joder, Leah! ¡Levántate y siéntate de una maldita vez en la camilla!

—¿Por qué? —pregunté.

Si él no quería ayudarme para volver a la camilla, pues me quedaría a tomar el sol en el suelo. Que se pudriera el muy maldito.

No respondió, pero mi madre le hizo el favor.

—Se te ve todo el trasero con esa camisa de hospital, Leah. —Se acercó a una silla y tomó asiento. — Por favor, intenta compórtate como la dama que eres, hija.

Con la cabeza punzante, me puse de pie lentamente y volví a acostarme en la camilla, humillada. Di un largo suspiro cansado cuando mi cuerpo estuvo relajado. Luego, recordé que me había despertado porque había tenido ganas de orinar. Intenté ponerme de pie, otra vez, aunque mi mamá me lo impidió con una mirada mortal. Decidí quedarme sentada, total podría aguantar un poco más, ¿o no?

—Ya que no podré irme de la clínica sin pagar... —comencé, entrecruzando las manos — ¿a alguien se le ocurre alguna idea?

Cristóbal alzó una ceja, que en antaño había sido extremadamente colorida y que ahora sólo tenía matices, como si la respuesta fuera obvia.

—Dile a tu novio que la pague.

Estaba preparada para contestar cualquier caso hipotético que diría Cristóbal, excepto aquello. Cerré la boca de golpe. La abrí. Volví a cerrarla. Me había quedado muda. ¿Novio? ¿Desde cuándo tenía un jodido novio? Pensé y pensé, pero nada pasó por mi mente. ¿Y si el golpe me había hecho olvidar un novio perdido que tenía? Me horroricé con la idea.

—¿Novio? —pregunté.

Incluso mamá asintió.

—Claro, tu novio —contestó ella—. Ese chico bonito de ojos azules que tiene un amigo bien guapo y encantador.

Miré a mi madre con extrañeza. ¿Quién había cambiado a mi madre con tendencias arpías, por esa señora que se sonrojaba en pensar en “mi novio”...? Ahí lo entendí: había caído bajo los encantos de O’Connor.

Pobre alma desamparada, no sabía lo que le deparaba el destino.

—Primero —empecé. Tomé aire—, no es mi novio. Sólo un estúpido. Segundo, no le pediré eso a ese troglodita jamás de los jamases. Y tercero... ¡Ay, Dios mío, quiero orinar!

—No puedes levantarte de la cama de nuevo, Leah —ordenó madre.

—Pero, mamá, me voy a mear en la cama —protesté débilmente.

Cristóbal intervino.

—Ponte unos pañales.

Me horrorizó sólo la idea de ello.

—¡Oh, Dios, no! ¡Me arrastraré al baño si es necesario!

Lentamente, para que no me volviera a ocurrir lo mismo, saqué los pies fuera de la cama y así poder caminar hacia el baño. Pero Cristóbal, con un largo suspiro, se acercó y me tomó en brazos. Me llevó hasta el baño y dejó dentro.

Un par de minutos después, estaba sentada otra vez en la camilla. Mientras me había encontrado orinando, había reflexionado sobre la vida. Ya saben: penas de amor, desastres, O’Connor y toda esa mierda que uno se pone a pensar en esos momentos. ¿Mi conclusión? Ninguna, obviamente. Seríamos psicólogos si pudiésemos resolver algo en los instantes de baño.

A continuación, como si lo hubiese invocado con mi mente todo poderosa, la puerta se abrió y por ella entró nada más y nada menos que... ¿Blair? Rápidamente, le siguió O’Connor. No le bastó echarme un vistazo, para que se le formara una sonrisa tan encantadora que tuve que cerrar los ojos para no ser cegada ante tanta perfección hecho hombre.

El de ojos color mar, le entregó un vaso de café a Margarita, que parecía derretirse ante semejante ser. Era una escena asquerosa.

La sonrisa de O’Connor pareció aumentar. ¿Es que a ese hombre no se le zafaba la mandíbula con tanta sonrisita?

El de ojos color caca me miró con aburrimiento, al mismo tiempo que Bella entraba a la estancia y se apoya al lado de Cristóbal.

—Despertarte —comentó O’Connor.

Llamando a Houston, tenemos un imbécil.

—No, estoy muerta.

—Tan amable como siempre, How... —Blair le lanzó una mirada a Margarita. — Jo-jo-jo... Leah.

Blair, al parecer, no era tan estúpido como lo había pensando toda mi vida.

Increíblemente, Cristóbal le hizo una señal muda a mi madre y luego ambos salieron del cuarto. Los muy malditos, aún pensaban que O’Connor era el novio

ricachón que me pagaría la clínica. Sí, tal vez el imbécil tuviese dinero, pero no era mi novio y tampoco me iba a pagar nada.

Me puse nerviosa. Tal vez eso se debía a estar sola con dos subnormales o tal vez se debía al hecho que O'Connor no dejaba de sonreír o tal vez se debía a que aún lo recordaba susurrándome que estaba ahí... fuera cual fuera la razón, me moría de nervios. Tan nerviosa que no sabía qué decir y, cada segundo que pasaba, era una horrible agonía extremadamente incómoda, donde todos nos mirábamos sin saber qué comentar.

—Eh... —Mi cerebro brillaba por su ausencia. — ¿Qué tan mal quedó mi cabeza?

Bien, Leah, ése era una gran tema. Neutral, sin complicaciones y etc.

O'Connor hizo una mueca.

—Muy mal, peli-peli —contestó Blair, cruzándose de brazos—. Yo, si fuera tú, comenzaría a dejarme crecer los vellos de las piernas para cubrirme la pelada.

—¿Pelada?

La confusión era evidente en mi voz.

Bella asintió.

—Tuvieron que cortarte el pelo en la parte de atrás de la cabeza para poder ponerte los puntos.

Toqueteé mi turbante de vendajes.

—¿Y cómo saben eso ustedes? No pueden verlo.

—Bueno —comenzó a O'Connor—, hace como dos horas te hicieron limpieza en la herida y dejaron la puerta entreabierto, así que nos colamos silenciosamente para observar.

Los tres asintieron solemnemente. Oh, qué maravillosa imagen. Yo inconsciente por el golpe, babeando como una enferma, con una pelada en la cabeza y no sé cuántos puntos en la herida que había ahí. Y todo eso añadiéndole a un O'Connor, una Bella y un Blair asomándose por la puerta para verme babear.

Esos tres eran unos malditos enfermos mentales.

Media hora después, Bella, O'Connor y Blair se marcharon de la clínica. El internado había ido a buscarlos en un furgón, en vista que yo ya había despertado.

Esa misma tarde, me dieron de alta para volver. Tenía licencia hasta el día lunes y, un día después de eso, debía ir a quitarme los puntos. Y, lo más extraño de todo, fue ver a mi madre tras haber cancelado la cuenta. Parecía extrañamente complacida y temí preguntar por aquello, así que omití comentario.

El resto de la semana transcurrió de forma lenta en mi monótono hogar. Diariamente tenía que enfrentarme a los retos de mi madre por estar haberme rajado la cabeza por mi torpeza. Y no la culpaba, ella sufría de dolores en los huesos y estarme cocinando (porque yo no sabía) y atendiendo, era muy cansador para ella. Así que intenté cuidarme sola lo mejor que pude. Mamá ya tenía demasiado con su

trabajo y con dos flojos de mierda que eran Cristóbal y Josh, mi hermano de 19 años. Y eso sin contar al machista número uno de la casa: papá.

Tal fue mi aburrimiento en esa rutina, que lo extrañé. Extrañé a James O'Connor. Extrañé más que nunca sus sonrisas, sus bromas e incluso cuando me molestaba hasta la locura. E ir viendo pasar las horas, en el reloj que colgaba de una pared en mi habitación, no ayudaba mucho. Aún faltaban muchas vueltas de las manecillas para poder verlo el día lunes.

El día viernes, a las siete de la tarde, acostada en la cama, observando el reloj andar, no podía dejar de pensar si James se encontraría saliendo del internado o si ya se estaría preparando para alguna fiesta en algún rincón perdido del mundo.

Quise que me fuera a visitar, sólo para contentar mi mirada con su rostro. Pero era imposible que sucediera, él no sabía donde vivía. Ni siquiera Bella conocía la dirección y nunca se le había dado, porque, en cierto punto, temía que llegase a mi casa y viese todo lo que realmente era: una chica de clase media-media. Si me esforzaba un poco, podía ver su cara de claustrofobia por un lugar tan pequeño.

Di un largo suspiro y giré en la cama, apoyándome de costado. Quedé frente al espejo de cuerpo completo que no sólo me reflejaba a mí, sino que a todo el desorden que tenía en el cuarto. Una joven con un raído vestido, pelo desordenado y sucio, sin una gota de maquillaje en el rostro cadavérico, y con un turbante en la cabeza, como una mala copia de una mujer turca, me devolvió la mirada. Joder, realmente me veía como la mierda. Lo único a mi favor es que me había lavado el cuerpo hace sólo unos instantes. Pero el cabello... lo toqué con asco, no lo podría lavar hasta mañana.

Me puse de pie y caminé hacia la radio que estaba oculta bajo un montón de ropa interior, que terminé sacando y lanzando sobre la cama. Prendí el equipo y le subí el volumen, aprovechando que mis padres aún no llegaban y mis hermanos andaban en la universidad.

La suave voz de Gustavo Cerati inundó los alrededores y cerré los ojos con deleite. A los pocos segundos, la canción murió y la voz del presentador mató todo el delirio mágico

—Estamos de vuelta, pero no se vayan que más Gustavo Cerati estará con ustedes en un momento. Recuerden: hoy es el especial de Cerati y pasaremos por todo su repertorio musical...

Me alejé de la radio justo en el preciso momento que oía un automóvil a lo lejos. De pura curiosidad y ociosa, me asomé por la ventana de la habitación, que daba hacia la calle, y observé el coche negro acercarse. Cuando estaba segura que éste seguiría de largo, se detuvo en la vereda del frente. El motor se apagó y luego la puerta se abrió.

Mi corazón se cayó en picada y tuve que afirmarme del borde de la ventana, para no caerme por el temblor que había invadido de pronto a mis piernas.

¡ERA JAMES! ¡JAMES O'CONNOR!

Oh, mierda.

¡Oh, mierda!

¡OH, MIERDA!

Me alejé de golpe, giré y miré la habitación hecha un asco. Oh, joder. O'Connor estaba afuera de la casa. James estaba afuera de la casa. ¿Cómo había conseguido la dirección si nadie se la sabía? El pánico me nubló la razón. Corrí hacia la cama. Me detuve. Fui a la radio y me paré en medio camino.

El sonido del timbre ahogó a Cerati en la radio.

Oh, mierda.

¡Oh, mierda!

¡OH, MIERDA!

Relamí mis labios resecos.

Me lancé hacia la radio, debía apagarla para que así James no supiera que estaba en casa. Sí, no podía saber que me encontraba en casa, aún podía engañarlo.

—¡Leah! —gritó O'Connor, antes que pudiera hacer algo—. ¡Sé que estás! ¡No intentes esconderte! Te vi en la ventana. —Estaba muerta. — Si no abres... eh... ¡escalaré hasta tu ventana y sabes que soy capaz de hacerlo!

Estaba más que claro que sabía que lo haría. Pensé en denunciarlo a la policía, decirle que un ladrón estaba subiendo por mi ventana... no, eso era mucho incluso para mí.

Sólo había una solución.

Corrí por el cuarto como poseía por un demonio. Agarré toda la ropa interior que estaba sobre la cama y la lancé bajo ella. Vasos, servicio y platos sucios también fueron guardados en el mismo sitio que la ropa interior. Los envases de golosinas los lancé hacia el basurero que desbordaba papeles, mientras la voz de Cerati inundaba aún el cuarto.

—¡Vamos, Leah! ¡Llevo cuatro minutos esperando! ¿En verdad quieres que escale hasta tu ventana?

—¡¿QUIERES ESPERARTE UN PUTO MINUTO?! —rugí, al mismo tiempo que lanzaba toda la ropa sucia y limpia en el closet. Lo cerré a duras penas y dándole fuertes patadas para que no se volviera a abrir.

A continuación, volé hacia el espejo y me contemplé. Como lo suponía: mi imagen no había cambiado en esos minutos. Me veía como la mierda y no podía enfrentarme con esa carota a James, menos cuando la casa estaba vacía y yo... bueno, ya saben.

Agarré las municiones que salvaban vidas todos los días por infartos al corazón: el maquillaje. Primero tomé las pinzas y depilé todo aquel vello que era visible en mis cejas y bigote. Luego empuñé la máscara de pestañas como una espada y me la apliqué a toda velocidad. Con mi pelo era difícil hacer algo, así que lo trencé y lo

bañé en perfume. Miré mi vestido raído, que rebelaba mucho más de lo que quería, y trasladé la vista al closet que estaba a punto de estallar. Era más que obvio que debía quedarme con ese atuendo.

Ya completamente lista, corrí por las escaleras y estuve a punto de tropezarme y azotarme en el suelo, aunque a último momento alcancé a afirmarme de la baranda. Di un suspiro de alivio y volé a la puerta. Me detuve frente a ella, tomé aire e intenté no parecer una maldita maniaca, con un turbante, cuando abrí la puerta.

James estaba sentado en la entrada de la casa dándome la espalda. Se giró con rapidez cuando escuchó el sonido de la puerta, me observó de pies a cabeza y, lentamente, una sonrisa fue apareciendo en su rostro atractivo, haciendo que el pequeño hoyuelo que tenía en su mejilla izquierda se rebelara.

—¿Estabas desnuda? —Fue lo primer que preguntó. La sonrisa que había aparecido al contemplarme en la entrada, aumentó aún más cuando vio mi jadeo. —¿Estabas haciendo —Movié las cejas sugestivamente. — cosas traviesas? —Mis orejas enrojecieron de golpe. Su sonrisa se esfumó de golpe y sus ojos azules parecieron llamear con algo oculto. — Espero que hayas estado sola haciendo esas cosas, porque si hay otro hombre...

—No —contesté con sencillez—, sólo estaba ocupada en eh... —¿Cómo mencionar el hecho que estaba arreglando el desastre de mi cuarto para hacerlo presentable? —. Simplemente, estaba haciendo cosas de una dueña de casa común y corriente.

Antes de que lograra invitarlo a pasar, estaba frente a mí con todo su más de metro ochenta que me hacía sentir diminuta, menuda, femenina y que... hacía estragos en mi interior. Si tuviera un teclado a mano, sólo podría expresarme con un: asdasd.

—¿Dónde está Bella? —pregunté, en el preciso momento que O'Connor se deslizaba por mi costado y entraba a la casa, sin invitación.

Debía darle un punto a su favor: no había arrugado el rostro con contrariedad al ver el humilde hogar en el que vivía. Eso sólo hizo que el mal estomacal aumentara.

—No vino.

Dah, eso era más que obvio.

—Eso lo sé, soquete. —Rodé los ojos, cerré la puerta y llegué a su lado. — Estoy preguntando por qué ella no está aquí y tú sí.

Se encogió de hombros.

—Le pedí que no viniera.

Sus ojos azules se desviaron hacia mi escote. Enrojecí de golpe.

—Aparta la mirada de ahí.

No lo hizo.

—No es mi culpa, Leah. Es demasiada tentación para un muerto de hambre. —
Sonrió, esa sonrisa lenta y ladeada que me hacía apretar los puños por... claro, la
indigestión. — Lindo vestido, debo admitir que te sienta bien.

Se acercó a la escalera y comenzó a subir.

—¡Ey! —lo llamé—. ¿Qué haces?

—Subir.

Había llegado hasta el segundo piso, cuando reaccioné. Me lancé hacia la
escalera como una flecha. Al llegar al cuarto, James ya estaba recostado en mi cama
desecha (ups, se me había olvidado ordenar eso) con los brazos detrás de la cabeza.

—¿Cómo supiste que ésta era mi habitación?

Apuntó la puerta.

—Hay un letrero que dice: Leah.

Dah, en serio me volvía estúpida cuando ese neandertal andaba cerca de mí.

«Nota para mí misma:

Misma, por favor, compórtate. Ignora el hecho que James está acostado en tu
cama y que quieres frotarte contra él como gata en celo.»

—¿Cómo supiste dónde vivía?

Jam... O'Connor se giró en la cama para contemplar directamente.

—Le pregunté a la señora Smith.

~~Bendita señora Smith.~~

Jodida señora Smith.

Lo miré invadiendo mi privacidad, acostado relajado en mi cama... mi cama... mi
cama... mi cama...

Me acerqué hacia él y me incliné para agarrarlo de la mano y sacarlo de ahí.

—Howard, de esta posición, puedo jurar que en cualquier momento eso —
Apuntó mi escote. — se va a rebalsar. No es que me esté quejando, pero sé que te
enojarás conmigo si no te aviso... aunque siempre te enfadas. —Frunció el ceño. —
Creo que no debí haberte advertido.

Lo solté de inmediato y me tapé la delantera con las manos. Roja por la
vergüenza, me lancé hacia el closet y lo abrí. Una montonera de ropa cayó sobre mí.
Salí de bajo de la montaña, para observar a James carcajearse como loco.

—Ahora ya sé lo que estabas haciendo cuando llegué —rió.

Alcé una ceja, enojada. Tomé la primera camiseta que vi y me la puse sobre el
vestido. Me acerqué hacia James, mientras él se acomodaba en la cama para sentarse.

—¿Qué haces aquí, O'Connor? —pregunté.

Sonrió, feliz. ¿Por qué el condenado estaba tan jodidamente contento?

—¿No puedo preocuparme por una compañera de escuela?

La respuesta era obvia.

—No.

Se encogió de hombros, despreocupado.

—Lindo peinado, Howard. —Agarró la trenza y la movió como si fuera una cuerda. — ¿Usar turbante es la nueva moda?

Le aparté el cabello de las manos con un manotazo.

—Cállate, O'Connor.

El maldito ni siquiera se atrevió a inmutarse. Estaba tan... malditamente feliz que me irritaba.

—Eso me recuerda que Bella me dijo que la semana que viene toca cambio de habitación.

—Bueno, si no tienes nada más interesante que decir, puedes marcharte.

Me puse de pie para enfatizar la demanda.

James me agarró de la muñeca y me sentó otra vez en la cama, a sólo unos centímetros de él. Nos quedamos en silencio un largo rato donde sólo nos miramos fijos, mientras el presentador de la radio anunciaba la siguiente canción: *Trátame suavemente de Gustavo Cerati.*

La suave melodía nos envolvió de inmediato.

—¿No estás harta de huir todo el tiempo? —preguntó, sorprendidamente.

Alcé una ceja.

—No sé de lo que estás hablando.

Suspiró, enojado.

—Vamos, Leah, sabes de lo que te hablo.

—No, no lo sé.

Alzó los brazos, enojado.

—¿Puedes, por una vez en tu vida, dejar de hacerte la desentendida e ignorar lo que te digo? ¿Puedes, por favor, dejar de huir sólo para no complicarte la vida?

Hice todo lo que me pidió que no hiciera: la desentendida.

Alguien me ha dicho

Que la soledad

Se esconde tras sus ojos

—¿Y tú no estás harto de comportarte como un imbécil? ¿Por qué el afán de molestarme con el sostén? ¿Por qué te burlas de mí?

Y que tu blusa adora sentimientos

Que respiras

O'Connor, más atractivo que nunca, me lanzó una mirada exasperada, que sólo hizo que sus ojos azules resaltaran aún más en el rostro masculino.

Tenés que comprender

Que no puse tus miedos

—¡Tú eres la culpable de ello! Sé que te gusto —afirmó—. Lo confesaste la otra vez...

Donde están guardados

—Estás loco —susurré.

*Y que no podré quitártelos
Si al hacerlo me desgarras*

—Tal vez lo esté —murmuró.

Sus ojos me lo dijeron, lo gritaron, rogaron, suplicaron: me encantas, te quiero.

No quiero soñar mil veces las mismas cosas

Ni contemplarlas sabiamente

Quiero que me trates suavemente

Sabía que ese era el momento perfecto. Lo quería, ahora, en ese instante. ¿Por qué seguir huyendo? ¿Por qué seguir corriendo si lo tenía frente a mí como en tantos sueños? Y no me interesaba si el golpe era el culpable de aquellos pensamientos, ni si antes lo había besado o no, no lo recordaba ni lo recordaría y punto. Para mí esta era la primera vez que me enfrentaría a todo. Y lo quería, fin de la historia.

Te comportas de acuerdo

Te quiero, susurró mi mirada. Te quiero, te quiero, te quiero.

—James... —musité.

Con lo que te dicta cada momento

James apoyó los dedos en mis labios y me hizo callar. Lentamente, se acercó a mí. Y el terror se presentó, denso y oscuro.

Y esta inconstancia

—No me importa nada más, Leah —susurró—. Sólo tú.

No es algo heroico

Apoyó la frente contra la mía, sin dejarnos de observar a los ojos. Ninguno de los dos quería romper ese hechizo que se había formado bajo la suave melodía de «Trátame suavemente».

Es más bien algo enfermo

Nuestras respiraciones se entrelazaron. Podía sentir su aliento rozando mi piel, removiendo los cabellos que enmarcaban mi rostro.

No quiero soñar mil veces las mismas cosas

—Tengo miedo —admití.

Ni contemplarlas sabiamente

—Yo también.

Tomó mi rostro entre sus manos.

Quiero que me trates suavemente

Lentamente, delineó mi frente con los labios para después besar la lágrima que se había escapado de mis ojos grises, grises como la tormenta que estaba a punto de presentarse. Tiritaba. Temblaba por completo. Estaba atemorizada a un nivel que iba más allá de lo racional. Pero esta vez no escaparía, no lo haría. Había llegado la hora de enfrentarse a los miedos, a las pesadillas.

Había llegado la hora de descansar tras tan ardua carrera contra el amor.

No quiero soñar mil veces las mismas cosas

Ni contemplarlas sabiamente

Sus labios se deslizaron por mi mejilla como una suave pluma que me acariciaba la piel y que hacía que todos los nervios del cuerpo se despertaran y crisperan. Mi espalda se tensó como un arco con una flecha a punto de ser lanzada.

Quiero que me trates suavemente

Lentamente, sentí que me iba hacia atrás y caía en el esponjoso desorden que había sobre la cama. James se alzó por sobre mí y la mitad de su peso lo apoyó sobre mí y el resto en los brazos que posicionó a cada costado de mi rostro.

Mis ojos aletearon, de pronto muy cansados.

Quiero que me trates suavemente

—Cierra tus ojos. Confía en mí.

Por primera vez hice lo que él me pidió. Sus labios delineaban con delicadeza los míos entreabiertos, jadeando en busca de aire.

Quiero que me trates suavemente, suavemente, suavemente, suavemente.

Y luego, finalmente, nos besamos.

Mi vida es un

DESASTRE

15

NO ES LO QUE PARECE.

La voz de Gustavo Cerati fue disminuyendo lentamente y se desvaneció del todo junto con la música que la acompañaba. Comenzó otra canción, la que pasó a convertirse en segundo plano. Finalmente, abrí pesadamente los ojos como si estuviera despertando de un largo sueño, sueño del que jamás quería salir. Volví a cerrar los ojos y, en el preciso momento que sentía a James alejarse para dar por terminado todo aquello, llevé con rapidez las manos a su cabello y entrelacé los dedos con las hebras negras azabache.

Dudosa y temblando como una rama que era obligada a enfrentarse a un huracán, abrí los labios. La boca de James buscó mi labio inferior y lo mordió de una manera tan deliciosa que un jadeo sorprendido e involuntario escapó de mí. Los dedos de mis pies se movieron con nerviosismo y mi espalda se tensó como un arco con una flecha a punto de ser lanzada. Tironeé los mechones que sostenía entre los dedos y moví lentamente los labios, besando con suavidad el labio superior que había quedado atascado entre los míos.

La lengua de James acarició ese pedazo de carne que tenía entre los dientes y lo soltó. Sus brazos se estrecharon aún más a los costados de mi rostro, como si no quisiese dejarme escapar nunca. La punta de sus dedos acariciaron mi mejilla como el suave beso de un ángel y me presionó levemente para que cambiase ligeramente la posición de la cabeza. Obedecí a ciegas. Luego, como si eso lo hubiese estado esperando como un sediento de sed, profundizó el beso, me devoró por completo y yo estallé en llamas.

Es que eso... eso... ¿eso era compartir un beso?

Por leves minutos, entré en pánico por no saber qué hacer con mis labios. Pero James, percatándose de la rigidez de mi cuerpo, todo lo contrario a la masa derretida que había sido unos segundos antes, alejó la boca de la mía.

—No temas. Sólo bésame como lo harías si esto fuera un sueño.

Quise enterrar las uñas en su espalda. Deseé arrancarle la camiseta del cuerpo y acariciar toda la piel expuesta. Quería besar cada centímetro de su rostro. No, no sólo eso, deseaba que me abrazara, que me dijera que todo iba a estar bien... que

nada iba a salir mal, que él no dejaría que yo volviera a estropear las cosas como siempre lo hacía.

—Todo estará bien, Leah —susurró.

No tuvo que decir más. Tironeé los mechones de cabello negro, mi espalda se curvó y gemí suavemente. Los ojos de James, entrecerrados por la excitación, siguieron el movimiento de mi boca. También jadeó, mientras el cabello le caía por sobre la frente y oscurecía aún más su mirada.

El miedo fue descendiendo a pequeños pasos.

—Leah, yo te...

Lo besé antes de que pudiese terminar. De inmediato, sentí que los ojos me picaban tras los párpados y los apreté con fuerza, como si con esa acción pudiese espantar los estúpidos fantasmas que me perseguían.

Los labios de James se alejaron, dejándome desamparada y extrañada, incluso por varios segundos no supe lo que sucedía. Finalmente, abrí los ojos con pereza, con los párpados pesados y cansados.

—Estás llorando —susurró. Alejé las manos de su cabello para tocarme las mejillas. La punta de los dedos limpiaron una lágrima que se deslizaba por el costado de mi nariz—. ¿Por qué lloras?

Ni siquiera sabía que había estado llorando mientras lo besaba, mucho menos podía entender completamente por qué lo había hecho. ¿Temor...? Sí, aún temía.

Irónicamente, mientras James me observaba a la espera de una respuesta, me sentí como Cho Chang¹⁸ cuando había besado a Harry en la Sala de Menesteres y luego éste había comentado que el besado había sido húmedo¹⁹. Y eso sólo me hizo llorar más. La idea de que Cho Chang había tenido que enfrentar la muerte de un novio muerto (que después se convirtió en vampiro²⁰), hacía parecer estúpido y ridículo el hecho que yo estuviese llorando por algo tan mundano como un beso. Y por eso lloré más.

Desapareció el peso sobre mí y unos brazos me alzaron en el aire. James me acomodó en su regazo, empequeñeciéndome con su cuerpo. Cohibida, enterré el rostro en el hueco que existía entre el hombro y cuello, para después sentir sus brazos rodeándome y acurrucándome mejor.

Lloré amargamente con los hombros tiritando sin control. Me sentía descompuesta, terriblemente mal. Horriblemente mal. Algo me decía que el cúmulo de emociones almacenadas tantos años, y que habían sido liberadas de golpe, eran las culpables por aquella reacción.

Era una estúpida, siempre lo había sido.

¹⁸ Personaje femenino de la saga Harry Potter.

¹⁹ Escena de Harry Potter y la Orden del Fénix.

²⁰ El actor que interpreta de novio de Cho en las películas de Harry Potter, también hace el papel de vampiro en la saga Crepúsculo.

La suave caricia de su mano en mi espalda, me relajó contra él y fui olvidando mis temores (y el hecho de que Harry Potter hubiese terminado). Dejé de llorar en su debido momento: ni antes ni después. Saqué el rostro del hueco protector y alcé los ojos, con párpados pesados, para mirarlo. Nos contemplamos atentamente. James alzó una de las manos y me acarició la mejilla con un deje de ternura que contrajo mi estómago. Y esta vez no fue indigestión.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Me mantuve en silencio, ligeramente desorientada por la mirada en sus ojos azules, por la paciencia, por... todo. Pero principalmente por esa paciencia que siempre había tenido conmigo, fielmente.

Asentí levemente con la cabeza.

Al seguir observando sus ojos con tanta atención, sólo produjo que el miedo volviese a acerar mi pecho, que me cerrara la garganta como una mano invisible apretándome el cuello. Y es que sus ojos me lo decían, el azul intenso brillaba de una manera que me gritaba: te quiero.

Acerqué el rostro hacia él sin cerrar los ojos y vi sus parpados revolotear, cuando nuestros labios se volvieron a encontrar. Sentí un leve temor contraerme el estómago, pero me negué a volver a ser dominada por él.

Los brazos se cerraron con fuerza a mí alrededor, apretándome, acercándome más y más. Mis senos se presionaron contra la parte alta de su tórax, mientras mi cuerpo cambiaba levemente de posición para quedar más cómoda.

Perezosamente, rocé los labios contra los de él, aún temerosa. Diecisiete años de mi vida esclavizados a una estupidez, a un miedo que no me había atrevido a enfrentar. Y por fin... por fin comenzaba el camino hacia la liberación.

La palma de sus manos las deslizó por mi espalda, por la terminación de la camiseta que llevaba sobre el vestido, jugueteando coquetamente con la costura y acariciándome y calentándome con una facilidad que sorprendía. Demonios, ese hombre me ponía sólo con besarme.

Nuevamente, cuando mi cerebro estaba plagado sólo con una cosa: «SEXO, ¡SEXO! ¡SEXO! ¡SEXO SUDOROSO Y CALIENTE!», James se alejó. Mi mente nublada (¡SEXO, SEXO, SEXO!) comenzó a aclararse (¡sexo, sexo, sexo!) hasta que pude procesar las cosas que pensaba (¿sexo?) y fijarme en la mirada oscurecida de James que sólo podía significar una cosa: excitación. Y que la respiración, al igual que la mía, le saliera pesadamente, con el pecho subiéndole y bajándole con velocidad, sólo afirmaba la situación.

«Oh, James, sí. Hazme tuya», fue lo único que puede pesar, tras SEXO, al mirarlo en aquel estado.

—¿Por qué te detuviste? —jadeé.

No entendía. Él quería sexo, yo quería sexo. Él era un hombre que podía leer la excitación en mi cuerpo y yo era una mujer excitada. Era más que obvio que... ¡no debía haberse detenido!

—Porque debíamos hacerlo —informó.

Sí, pero... ¿por qué? ¡¿Por qué? ¡¿POR QUÉ?!

Suspiró, derrotado, frustrado en su máximo esplendor. Me agarró de la cintura y se alejó de mí, para pasar a ocupar un humillante lugar al lado. Se dejó caer sobre el colchón, estirando los brazos por sobre la cabeza y luego utilizando el izquierdo para cubrirse el rostro.

—¿Qué sucede? —pregunté.

No lo entendía. ¿Por qué quería detenerse justo en el momento que por fin había superado mi miedo y que mi frustración sexual podía ser aliviada?

—Lo que sucede, Leah, es que yo soy hombre —comenzó, sin quitarse el brazo del rostro—. Y no quiero arruinar esto, que he estado esperando por tantos jodidos años, por... por... ya sabes.

Su mano hizo un pequeño gesto hacia el sur, y mi vista no tardó en seguir el movimiento, pasando por el pecho hasta detenerse en la carpa que se había formado en los pantalones de O'Connor. Mi boca formuló un «Oh» mudo al comprender el por qué se había detenido abruptamente. Una sonrisa trémula apareció en mi rostro. Qué podía decir, en cierto punto me sentía halagada y, en otro más importante, quería correr a buscar la cruz más cercana y esconderme detrás de ella, blandiéndola como una escudo protector, mientras susurraba «Atrás, monstruo. Descansa.»

Y es que el sólo recuerdo de esa cosa... me hacía delirar.

Al final, también dejé caer mi cuerpo, pero con cuidado para no pasar a llevar mis puntos, y me tendí a su lado. En un acto lleno de osadía, le agarré la mano libre y entrelacé nuestros dedos, observando con fascinación el contraste leve entre nuestras manos.

—Sé lo de tu miedo —murmuró, sorprendidamente.

El corazón se me subió a la garganta y sentí que una escalofrío, un frío repentino, empezaba a subirme por las piernas. Alcé la vista y la clavé en él, con la boca entreabierta por la impresión de aquella declaración. Sin embargo, James no me observaba, sino que tenía la vista perdida en algún lugar del cielo raso.

Lentamente, la presión que había estado ejerciendo contra su mano, fue debilitándose. Estaba a punto de soltarlo, cuando él apretó los dedos y me lo impidió.

Yo... yo sólo quería correr.

—¿Por qué...? —Me aclaré la garganta reseca. — ¿Por qué no lo habías mencionado antes?

Giró levemente el rostro y me contempló como si fuera la cosa más bella que habían visto sus ojos. Y lo era. Yo era hermosa. Já.

—No quería apresurarte, no quería inquietarte, ni molestarte más de lo que de por sí hago cada día.

Lo que era verdad.

Me relamí los labios con nerviosismo y los ojos de él se desviaron momentáneamente hacia el movimiento.

—Debí haberte parecido una imbécil.

—Para nada —respondió con rapidez. Alargó su mano libre y me acarició la mejilla—. Debo admitir que el animal que llevo dentro se sintió maravillado cuando descubrió aquel secreto. —Me sonrió y sus ojos parecieron esconder mil secretos, a la misma vez que parecían ser tan sinceros. — No sabes lo territorialmente estúpido que somos los hombres. Y tu miedo a ser besada sólo podía significar algo para mi cerebro: que no podías ser de nadie más, excepto mía.

Fruncí el ceño.

—Leah Howard no le pertenece a nadie, excepto a mí misma.

Sonrió.

—Algún día terminarás aceptando el hecho que me amas.

Rodé los ojos.

—Ni en tus mejores sueños, O'Connor.

La sonrisa aumentó.

—¿Sabes que me encanta que me llames por mi apellido? Lo encuentro sexy. Además, cuando pronuncias la "CO" estiras la boca como si estuvieras esperando un beso mío.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor, dices eso sólo para que deje de llamarte así. En mí no sirve la psicología inversa, O'Co...

Sin previo aviso, se lanzó hacia delante y besó mis labios. El miedo llegó de golpe. No, aún no podía adaptarme a aquello, aún no podía eliminar ese miedo del todo. Pero pronto lo lograría, sólo debía seguir intentándolo.

Alejé el rostro despacio, para no alertar a James de que no todo estaba saliendo bien.

Pero James pareció percatarse de ello e intentó hacerme olvidar mi malestar. Y lo logró.

—Te dije que la "CO" era demasiado provocativa.

Estúpido y besador O'Connor.

—Entonces, desde el día de hoy, te comenzaré a llamar Imbécil y todo solucionado.

La sonrisa no se evaporó de su rostro.

—Leah Howard: la chica que o empata la conversación o la gana.

Precariamente, me encogí de hombros, mientras sentía las mejillas arder por la vergüenza.

Nos quedamos un rato en silencio. Un silencio que, al principio, fue cómodo, se fue volviendo más tenso entre más tiempo transcurría. Y, por mucho que quemaba a mi cerebro en busca de un tema de conversación, no lo encontraba. Finalmente, fue Imbécil el que lo rompió.

—Y dime, querida Leah, ya que tengo curiosidad acerca de algunas cosas, ¿cómo habías planificado superar tu miedo a ser besada para confesarme tu amor?

Le lancé una mirada como si le hubiese salido de pronto una segunda cabeza.

—¿Pues qué es lo que crees tú? —pregunté, en tono seco.

—¿Que no habrías hecho nada?

—Exacto.

Frunció el ceño.

—¿En verdad no habrías hecho nada para estar conmigo?

Lo medité por leves segundos.

—La verdad, sí había pensando en algo... pero no porque me muriese por estar contigo o algo así, porque, si estabas pensando aquello, que repito no es así, estarías en un enorme error... —Tomé aliento, mientras O'Connor se limitaba a sonreír engreídamente. — Mi idea era acostarme contigo para eliminar mi frustración sexual, la que únicamente tengo por ser una adolescente con sus hormonas funcionando correctamente.

—¿Y por eso era yo el elegido?

Me encogí de hombros.

—Eres el menos feo de la escuela. Si iba a perder mi virginidad con algún mono, que por último fuera —Me apunté el rostro. — medianamente agraciado.

La sonrisa aumentó hasta casi verse diabólico.

—¿Me encuentras atractivo, Howard?

Me sonrojé.

—P-por supuesto que no. —Jadeé. — Pero eras el menos feo, por eso eras el elegido.

Alzó una ceja.

—¿Y cómo pretendías superar tu miedo a ser besada acostándome contigo?

Frunció el ceño.

—¿Y quién dijo que quería superarlo? Únicamente quería bajar mi frustración sexual, no pensar en mi trauma.

Una mano comenzó a jugar en el borde de mi vestido.

—¿Entonces no podía haberte besado? —preguntó, serio.

La mano se metió debajo de la tele y empezó a subir lentamente por mi pierna.

Hice una especie de jadeo-chillido de gallina histérica.

—S-sí —croé.

—¿Nerviosa?

—N-no —mugí.

—¿Segura? —Su mano llegó hasta donde estaba mi ropa interior. —Entonces, si subo un poco más la mano... ¿no dirás nada?

Maldito estúpido, mal nacido, yo... yo quería más. Y más y más. Agarré su mano, para incentivarlo.

«No te detengas, no te detengas».

Se detuvo.

Abrí los ojos (¿En qué momento los había cerrado?) y lo fulminé con la mirada.

—¿Qué sucede? —me preguntó, con la boca levemente torcida por una risa contenida.

Por nada en el mundo le iba a aceptar a ese primate de pacotilla, que me había encontrado increíblemente entusiasmada por su mano exploradora. Así que mentí, obviamente.

—Es mi cabeza —susurré.

Fingí un dolor insoportable en la herida.

—¿Te duele mucho? —susurró O'Connor.

Me sentó mal en el mismo momento que oí el tono preocupado en la voz del Imbécil.

—No, creo que ya se me está quitando. —Cerré los ojos y luego volví a abrirlos de golpe. — ¡Oye! —exclamé—. Acabo de recordar que fue tu maldita culpa que me hubiese abierto la cabeza. —Me alejé de él y me senté en la cama. — ¡Ni siquiera debía haberte besado, zopenco! Es más, debiste haberme pagado la clínica, para enmendar tus pecados y porque tienes dinero y yo soy pobre como un renacuajo.

O'Connor se sentó a mi lado.

—¿Y no te conformas con mi presencia como pago?

Lo miré con una ceja alzada.

—¿Es una maldita broma o estás hablando en serio? No vales la cuenta del hospital. —Lloriqueé. — Tendré que comer alpiste por todo un año para pagar esa cosa.

De entre todas las cosas que podría haber comentado, se limitó a decir lo más estúpido:

—¿Comiendo alpiste bajarás de peso?

Parecía realmente horrorizado con la idea de que podría bajar de peso. El muy desgraciado, ni siquiera se preocupaba por mi bolsillo.

Le di un golpe en el hombro.

—¡Pues claro que bajaría de peso! Pero eso no es lo más importante...

—Entonces, ¿se reducirían tus...?

Desvió los ojos hacia el sur de mi cuerpo. Miré mis tetas.

—Sí —contesté.

Se le desfiguró el rostro.

—Leah, prométeme que jamás, jamás, jamás bajarás de peso.

No entendía ni una jodida mierda de lo que estaba hablando ese neandertal. Aunque... miré con preocupación mis tetas y, en un acto no meditado, las toqué con las manos, distraídamente.

—Mm, tal vez no deba bajar de...

La luz del cuarto se encendió, cortando en seco el discurso. Giré el rostro, atemorizada, para encontrarme con mis dos hermanos parados en la entrada, mirándome con rostros inexpresivos. Luego, contemplé a James, a sólo unos centímetros de mí, a la cama desecha y a mis manos sobres mis tetas.

Genial, de seguro ahora mis hermanos pensaban que me había estado revolcando y teniendo un poco de acción con O'Connor. Y no es que no hubiese habido acción, porque sí había existido, pero no del nivel que estarían pensando esos dos.

—Eh... —dije, estúpidamente—. Hola.

Alejé lentamente las manos de mis tetas, mientras la habitación se sumía en un silencio sepulcral. Incluso la radio había dejado de funcionar. Seguro se había quemado la cuestión.

—Juro que no es lo que parece —seguí. La voz de O'Connor brillaba por su ausencia. Lo golpeé en las costillas para que reaccionara y quitara la cara de orangután asustado que tenía—. Él es James O'Connor, Cristóbal debe recordarlo—
—Cristóbal no hizo algún gesto de reconocimiento, sólo estaba parado en la entrada, matando a O'Connor con la mirada. Joder, qué incómodo momento. — Eh... O'Connor... digo, James, él es Josh. —Apunté a mi hermano de 19 años, que, a diferencia de Cristóbal y yo que éramos colorines, tenía el cabello castaño claro como mi padre y los ojos cafés como mis padres y Cristóbal. No como yo, que había heredado el color de ojos de Gervasio, mi abuelo materno. — Y el otro es Cristóbal, que debes recordarlo en la clínica.

James no respondió.

Miré a mí... ¿Qué mierda era ahora de O'Connor? ¿Amante? ¿Besante? ¿Amiga con derecho a roce? ¿Algo?... James y después a Cristóbal para seguir en Josh. Los tres se lanzaban mirada indescifrables para una mujer. Pero aposté a que se estaban insultando mentalmente. Incluso a lo mejor estaban midiendo masculinidad y fuerza con sólo contemplarse. Ya saben, toda esa cosa de «Yo soy más macho que tú, así que mi polla es más grande, más ancha, más monstruosa que la tuya... porque yo soy más macho y un macho que se respeta no tiene una polla pequeña».

Era más que obvio que tenía que llamar su atención y así evitar que se bajaran los pantalones para ver quién era el más macho.

Silbé una vez, nada sucedió.

Silbé otra vez, y seguí sin recibir señales de vida.

Silbé la canción completa de la película *Amélie* y esos tres seguían sin dar señales de inteligencia.

—¿Quién eres tú y qué haces con mi hermana? —preguntó repentinamente Josh.
¿No que yo ya había hecho las presentaciones...?

—Recién lo dije: es James O'Connor —respondí—. Es un... una persona que odio de la escuela.

Sonreí.

—No parece odiarlo demasiado —observó Josh.

Rodé los ojos.

—Fueron las circunstancias, cosas que pasan. Nos dejamos llevar por la pasión y.... —Me quedé en silencio al percatarme que sólo estaba empeorando la situación. Tosí, incómoda. — En verdad que no es lo que parece, en verdad que lo que sea que creen que parece la escena que acaban de ver... no lo es. En verdad que no lo es.

—¿Y qué dirías que parece? —interrogó Cristóbal.

Me encogí de hombros.

—Ya sabes: entraron en el peor momento. Y no es nuestra culpa, sólo que fuimos descubiertos cuando todo podría haberse malinterpretado.

Miré fuera de la ventana. Ya había oscurecido. ¿Había estado en la semioscuridad con O'Connor desde hace cuánto tiempo? Con razón mis hermanos pensaban algo malo.

Me puse de pie. Debía terminar con esa lucha de miradas ahora, antes que mataran a O'Connor o algo por el estilo. No quería asesinatos en mi cuarto.

Agarré un brazo de James y lo tironeé para que se pusiera de pie.

—Vamos, James, tú ya te marchabas.

O'Connor se puso de pie. Mis hermanos parecieron cubrir por completo la entrada del cuarto. Sin embargo, a pesar de la amenazada corporal, valientemente arrastré a James detrás de mí, hasta que estuvimos frente a Cristóbal y Josh.

Los observé, exasperada.

—Quítense. —No lo hicieron. — ¿En verdad están en el plan de «Defenderemos la dignidad de nuestra hermana, que fue mancillada por un hombre»...? Pues si es eso, no les sale.

Los empujé y no dio resultado. Le lancé una mirada de ayuda a James, aunque no recibí respuesta. ¿Se había vuelto más imbécil que de costumbre?

Josh miró al O'Connor de pie a cabeza.

—¿Así que éste es el imbécil con dinero? No lo parece.

Como si con eso algo en el cerebro de James hubiese despertado, preguntó.

—¿Cómo te llamabas?

—Josh —respondí.

—Ah, igual que el chofer de mi familia.

De la cabeza de Josh pareció salir humo. Y bueno, me reí. Se lo merecía por estúpido.

Repentinamente, detrás de mis dos hermanos, apareció la cabeza de unos de sus amigos insoportable, el que no había visto hasta ese instante.

—¿De qué te ríes tú? Deberías estar llorando por haber sido pillada revolcándote como una puta —dijo Francisco.

La risa se atascó en mi garganta y la sonrisa se esfumó.

En menos de un pestañeo, James tenía acorralado a Francisco contra la pared. Tenía su camiseta agarrada con ambas manos y todos los músculos del brazo se le tensaron de manera... deliciosa.

Oh, hazme tuya.

—Vuelve a tratarla así y destrozo tu cráneo contra la pared.

Oh. Mí. Dios.

Me derretí como un helado al sol.

Francisco asintió levemente, mientras Cristóbal y Josh miraban anonadados la escena.

—Ahora, márchate.

Grr, O'Connor era todo un macho que se respeta.

Dejó a Francisco en el suelo y éste, dándole una mirada rencorosa tanto a James como a mis hermanos, que no lo habían defendido, se acercó a la escalera y se marchó.

—¿Juegas con nosotros al PES²¹?—preguntó sorprendentemente Cristóbal al todavía iracundo James.

Antes que respondiera, Cristóbal le pasó una mano por el hombro, a pesar de ser más bajo que O'Connor, y se lo llevó de la entrada. Lo último que vi fue la mirada que me lanzó James y luego se perdió en la escalera.

Vaya jodida mierda que acababa de suceder. Tal vez el beso me había drogado y todo lo que acababa de ocurrir no era más que una imagen antes de perecer.

—Bueno, Leah —comenzó John, cuando estuvimos solos—. Parece ser buen partido: tiene dinero, te defiende y te paga la clínica sin ser, según tú, novios. Así que te doy la autorización para que te toques las tetas frente a James cuando quieras.

Se marchó silbando muy feliz, mientras mi mente era un mar de confusión.

¿O'Connor me había pagado la clínica...?

Ahora sí que tenía una deuda con él, deuda que, esperaba, pudiese pagar en carne.

«Oh, James», pensé. Y luego me dirigí a la escalera para salvarlo de las garras mortales de mis hermanos.

²¹ Juego de fútbol para las consolas de juego.

Ninguno de mis encantos femeninos había servido para rescatar a O'Connor de las garras de mis hermanos. Y tampoco digamos que él había puesto demasiado empeño para dejar el control y marcharse conmigo.

Así que ahí estaba yo... sola, en mi habitación. Sola. Sola, sola, sola. Y delirando por el hecho de que, tras años de frustración y rencor hacia a mí misma, por fin comenzaba a salir de esa trampa que me había hecho yo misma. Muy pronto, la filematofobia sería cosa del pasado.

Me llegó la risa de James del primer piso.

Suspiré. Genial, cuando por fin había superado medianamente mi miedo, el perro bastardo me dejaba tirada.

—¡Joder, qué golazo!

Me levanté de la cama y mi vista se clavó en el espejo que estaba frente a mí. Si era posible, mi rostro de muerte en vida se hizo más profundo y oscuro. Fulminé a mi propio reflejo.

Otra vez la carcajada de O'Connor inundó mis oídos, seguido por el murmullo de Josh. De seguro el muy puto le estaba haciendo la pata para que O'Connor les regalara una consola nueva y más nueva y más todo.

No les deseé el mal, pero ojalá que nunca se las comprara.

Hice una mueca con los labios... lo que llevó a que mis ojos se dirigieran a ese sector de mi rostro. Recordé el beso y, cada una de las sensaciones que me habían invadido en ese momento, renacieron con fuerza dentro de mí. Y en un éxtasis delirante, me acosté sobre el desorden esponjoso que era mi cama. Agarré el cobertor y, riendo como una maniaca, comencé a revolcarme sobre el colchón.

¡Por fin lo había besado! ¡A O'Connor! ¡Por fin lo había logrado!

Di vueltas, enrollándome completamente en el cobertor. ¡Era feliz como una lombriz...!

Alguien tosió a mi lado.

Me detuve de golpe y giré el rostro hacia la entrada de la habitación.

—Creo que se volvió loca —comentó Cristóbal.

Genial, completamente genial.

—Juro, James, que normalmente es un poco más cuerda —siguió Josh.

—Aunque tampoco mucho —continuó Cristóbal—, es de Leah de quién estamos hablando después de todo.

O'Connor me observaba con una media sonrisa y una ceja alzada, para nada horrorizado por haberme descubierto haciendo el loco de la peor manera.

De manera lenta, y sin quitar la vista de él, intenté desenroscarme. Pero mi éxtasis de felicidad había sido de proporciones monumentales, y estaba completamente atrapada.

—¿Y qué haces todavía ahí enrollada? —preguntó Josh—. Trata de no espantar a tu novio antes de siquiera haber comenzado una relación.

Lo fulminé con la mirada.

No era mi culpa que, cada vez que me encontraba haciendo algo completamente ridículo, alguien aparecía. No es que estuviese las veinticuatro horas del día haciendo estupideces... bueno, tal vez sí, pero ese no era el caso, era... bueno, se me olvidó eso también, pero la cosa es que... joder, ¿qué estaba pensando? Tal vez tenía algo que ver con el trasero de O'Connor.

—¡Llamando al universo Leah!

Desperté del ensueño..

—¿Decían?

Los tres chicos rodaron los ojos. Vaya, al parecer habían estado hablando algo importante conmigo, mientras yo estaba perdida en algún rincón inhóspito de mi cerebro.

—... se va.

¿Qué habían dicho?

—¿Ah?

—¡Por favor, Leah! ¡Es la segunda vez que lo repito! —me reprendió Cristóbal—.

No lo volveré a decir.

—¿Que no volverás a repetir qué cosa?

Cristóbal lanzó un bufido enojado y se marchó exasperado.

—¿Qué hice? —pregunté, inocentemente.

O'Connor se cruzó de brazos.

—No oír, Leah, eso es lo que hiciste. —Se acercó a mi lado como un sensual jaguar. Oh, lindo gatito, yo soy tu linda gatita. — Estás atrapada, ¿cierto?

Apuntó con un movimiento de cabeza al cobertor con el que estaba enrollada como un capullo.

—Puede que tal vez sí lo esté.

—¿No crees que deberías estar descansando en vez de estarte revolcando como un perro sobre tu cama?

Agarró el final del cobertor y comenzó a tirar de él.

—Con más cuidado, O'Connor, que soy una delicada mujercita.

James sonrió, a sólo unos centímetros de mi rostro sonrojado y acalorado por su presencia y por estar demasiado abrigada y por... por todo.

—No pareces tan delicada, y tampoco podrías serlo con la mala suerte que tienes.

Hice una especie de bufido-chillido angustiado. Joder, qué calor hacia de pronto.

Se alejó un poco para volver a tirar del cobertor. Di una vuelta completa y luego fui detenida por las manos de O'Connor sobre mis hombros. Mareada, alcé la mirada para encontrarme de inmediato con el mar tranquilo que eran sus ojos. Me pregunté si me besaría... me pregunté si podríamos besarnos en esa extraña

posición, como una de las escenas de *Spiderman* cuando él se encontraba colgando de un edificio y ella parada frente a él.

Cerré los ojos, deseando que nuestros labios volvieran a fundirse en...

Alguien carraspeó a unos metros de nosotros.

Abrí los ojos de golpe y James se alejó de mí. Josh seguía de pie en la entrada del cuarto, con los brazos cruzados.

—Pensé que tú ya te ibas, James —gruñó.

El aludido metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se vio incómodo mirando a Josh.

Me puse de pie lo más rápido que podía y me acerqué a O'Connor.

—Creo que es mejor que te vayas —le susurré una vez que estuve a su lado—. Doña arpía (dícese de mujer que me dio a luz) llegará en cualquier momento.

James tomó una de mis manos.

—No quiero irme.

Sus ojos me lo regaron: *invítame a dormir, hazlo*. Sin embargo, yo no podía... nunca podría, menos con Josh todavía en la entrada de la habitación arruinando todo el maldito momento.

—No quiero que mamá se enoje, es mejor que te vayas. Te iré a dejar al auto.

La resignación se asentaba en su mirada.

—Adiós, Josh —dijo James, acercándose a mi hermano para darle la mano—. Un gusto conocerte. Dile adiós a Cristóbal.

Marché detrás del hermoso culo de O'Connor y estuve a punto de tropezar en la escalera por estar mirando ese sector. Abrió la puerta principal de la casa y, antes de seguir caminando, estiró su mano y buscó la mía. Entrelacé los dedos con los de él, mientras nos dirigíamos hacia su automóvil. Nos detuvimos antes de cruzar la calle.

James se volteó hacia mí y me soltó la mano para recorrer mi espalda con la palma de ellas. No tuvo la necesidad de presionarme para apegarme a él, porque, tras un suspiro de derrota, apoyé la cabeza en su pecho. Era la mujer más débil, ni resistencia había puesto.

Se despegó de mí unos centímetros para mirarme el rostro con fijeza, recorriendo hasta el último ángulo de él y observándome como si fuera la cosa más hermosa que había visto.

Sus ojos resplandecían azules, muy azules, como zafiros.

—Eres hermosa —susurró O'Connor.

Quise derretirme, deseé hacerme un charco y que mi cerebro se fundiera. Pero yo no era normal y, lo que quería y deseaba, era demasiado corriente para mí.

—Lo sé —respondí.

A O'Connor, de inmediato, se le borró la mirada enamorada y frunció el ceño.

—¿No deberías haber contestado algo como "No seas imbécil" o "Mientes, no lo soy"? —preguntó.

Ahora fue mi turno para fruncir el ceño.

—¿Y por qué debería hacer semejante aberración?

Bufé, incrédula de que realmente pensase que yo podría responder aquello.

—Todas las mujeres lo hacen.

Alcé una ceja.

—Para tu información, O'Connor, yo soy diferente al resto. —Me aclaré la garganta, incómoda por la mirada penetrante con la que me observaba. —Soy hermosa y lo sé, fin de la historia.

Bueno, técnicamente, no era una modelo. Pero tenía lo mío y lo apreciaba, sabía apreciarlo y no menospreciarlo como muchas lo hacían... lo que era muy estúpido, si me lo preguntaban.

De improviso, deslizó las manos por mi cintura y me apegó con fuerza contra su pecho.

—Me encantas —murmuró.

«A mi también. A mí también, O'Connor, a mi también».

Le di un suave empujón en el hombro.

—Yo también me encanto y...

Me cortó con un beso que me convirtió en arcilla entre sus brazos. Un beso que me cortó la respiración, que hizo que mis piernas temblaran. Un beso que era una mezcla de sentimientos. El temor estaba presente, el deseo también y, por sobre los dos, la incomodidad por no saber qué hacer ni cómo sentirme. Pero luego James subió de intensidad y se me olvidó todo, sólo centrándome en el beso potente. En el beso que... interrumpieron Josh y Cristóbal con un grito desde mi ventana.

—¡Eh, suficiente espectáculo por hoy! —dijo Cristóbal.

—¡Suelta a mi hermana si no quieres que... eh...! ¡Te rompa la nariz!

Nos miramos con resignación, pero él parecía más triste que yo, la verdad. Pobre, tanto tiempo esperándome y, cuando yo estaba servida en bandeja para él, hasta incluso con una manzana en la boca, mis hermanos no le permitían quedarse más tiempo conmigo.

—¿Se enojaran si te beso para despedirme de ti?

El grito a coro de los dos imbéciles destrozó la tranquilidad de la noche.

—¡SI, NOS ENOJAREMOS! —Josh siguió—: ¡TAMBIÉN TE MATAREMOS, DESCUARTIZAREMOS, CASTRAREMOS Y TODO LO TERMINADO CON EMO!

Suspiramos.

—No podré venir a verte durante el fin de semana —comentó, de pronto.

—¿Castigado?

—Sí —contestó, avergonzado.

—¿Es el mismo castigo desde la fiesta? —Se removió el cabello, nervioso.

Asintió—. ¿Qué hiciste para llevar tanto tiempo castigado?

—Choqué el auto de papá.

Casi morí atragantada con mi saliva.

—Y bien merecido que te tienes el castigo, yo te hubiese castrado. —Miré el coche negro con el que había venido. — ¿Y cómo andas en ése? Todavía no eres mayor de edad.

Se alzó de hombros, despreocupado.

—Cuando tienes dinero, puedes comprar cualquier cosa. Incluso documentación para manejar.

Ser rico te hacía la vida fácil.

—¡Menos charla y más adiós! —croó Josh.

Lo fulminé con la mirada desde la distancia.

—Mejor me marchó, no quiero meterte en aprietos.

Con un suave beso en la mejilla, giró y marchó hacia el automóvil. Lo último que vi de él, fueron las luces traseras del coche.

Minutos más tarde, cuando por fin pude subir a mi cuarto tras responder todas las preguntas de mis hermanos, encontré un papel sobre la cama. Supe, de inmediato, que era de James. ¿En qué momento lo habría dejado?

Con una sonrisa en los labios, leí la nota.

«Leah, no sabes cuánto te quiero y deseo bajo las sábanas.

James».

16

DEMETRIO JR.

Recuerdo la vez que me di cuenta, para mi horror, que me había enamorado. Todo había comenzado en una típica clase de Educación Física... no, la verdad, todo había empezado un poco antes: lo había hecho el día que James O'Connor no dijo nada.

Como nadie me hablaba, me había decidido a entablar a amistad con los de mi calaña: los becados. Había uno por cada curso y cada nivel de estudio tenía seis cursos. En decir, tenía a seis personas de mi edad para hacer amistad.

Llevaba una semana de clases cuando decidí acercarme a la otra mujer que había entrado conmigo. Había estado sentada bajo un árbol en los terrenos de la escuela y no desaproveché el momento. Tomé asiento a su lado, sin pedirle permiso, y abrí la boca para comenzar una nueva amistad. No había alcanzado a decir una palabra, cuando ella me había interrumpido.

—No me interesa hacer amistad contigo. Que las dos seamos becasadas, no significa que me simpatizas. Y no lo haces.

El rechazo había dolido horriblemente. Me había puesto de pie temblando como una hoja y me había marchado mordéndome el labio fuertemente para no llorar.

Pero no me había rendido, aún tenía a cuatro personas más.

La segunda semana, me acerqué a uno de los muchachos. Luego de dos minutos de conversación, fui yo la que me puse de pie y me marché. Daniel era un fanático por los juegos y la computadora. Pasaba tanto tiempo frente a ella que, mientras le hablaba, no había dejado de jugar, respondiendo a mis preguntas con monosílabos.

La tercera semana, me acerqué a conversar a otros dos muchachos, que parecían haberse hecho amigos. Luego de cinco minutos que no dejaron de observarme los senos, me fui. No eran más que unos perversos.

No me acerqué al único chico que me quedaba en la lista, hasta después de haber rechazado a James O'Connor en la biblioteca. Encontré al muchacho, llamado Francisco, cuando recién estaba comenzado la hora de almuerzo. Nerviosa, porque era la última oportunidad que tenía para hablar con alguien en ese maldito internado, me acerqué a la mesa al aire libre en la que estaba. No había alcanzado a tomar asiento a su lado, cuando Francisco se había percatado de mi presencia y me había observado con los ojos abiertos de par en par. Acto seguido, dejando el

almuerzo tirado en la mesa, agarró la mochila y salió corriendo. Mucho tiempo después, me enteré que Francisco les tenía miedo a las mujeres y no soportaba tener una cerca.

El rechazo por parte de todos había sido tan amargo, que me había derrumbado en la banca y había apoyado la frente contra la madera de la mesa, mientras mis hombros se estremecían y comenzaba a llorar amargamente por aquello. Todos eran tan cruel, tan malos. Yo sólo era una muchacha de catorce años que quería ser normal, que deseaba tener amigos. Pero, por mucho que me esforzaba por ser simpática, parecía que más los espantaba.

Y me encontraba en ese estado deplorable, cuando había sentido a alguien sentarse a mi lado y luego sintiendo mi manos siendo deslizada en una más grande y masculina.

Sorprendida y pensando que era Francisco, había levantado la cabeza de golpe. James O'Connor, el mismo chico que había rechazado hace unos días en la biblioteca de la peor manera, estaba sentado a mi lado, agarrando firmemente mi mano entre la suya y acariciando mi muñeca con su pulgar.

Él no había dicho nada, no me había preguntado por qué lloraba, no se había mofado, no había hecho más que estar ahí, en el momento preciso. Luego, cuando me había tranquilizado, simplemente se había marchado sin haber abierto la boca una sola vez.

Ese día... ese día dejé de ver a O'Connor como el arrogante niño y pasó a ser James. Desde ese día, se había convertido en dos personas. O'Connor, el petulante y altivo, y James, el que se me quedaba observando entre clases.

Poco a poco, me sorprendí dirigiendo con más frecuencia mi mirada hacia él. Cada vez era más notorio que James O'Connor se estaba metiendo más y más bajo mi piel. Para cuando me di cuenta de eso, ya era demasiado tarde para intentar remediarlo. Y el día que descubrí que me había enamorado de ese chico, fue ese típico día de Educación Física.

En el internado, a diferencia de todas las otras escuelas, realmente hacíamos deporte y sudábamos la gota gorda, no como mi ex colegio donde la profesora de Ed. Física tenía forma de pelota. Literalmente. Era una pelota sobre dos palitos que representaban sus piernas y que lo único que hacía era gritarnos «¡Corran! ¡Salten! ¡Más alto! ¡Más rápido! ¡Más todo!», mientras ella se sentaba en la banca a tocar el silbato.

La cosa es que ahí estaba yo, corriendo los quince minutos (llevaba diez) de precalentamiento que nos exigían y ya estaba muerta y enojada. Enojada, para variar, por la incomodidad que producía correr para una mujer tetona como yo, porque no me bastaba con un sostén, sino que, encima de él, tenía que ponerme un peto deportivo para maximizar la contención y así evitar ese efecto reboto tan desastroso. Por suerte, no sudaba, ni se me hacían esas feas manchas bajo las axilas y

todo eso; era bien decente para sudar, por suerte. Pero Bella no tenía la misma suerte que yo y, unos metros más adelante, la veía acomplejada mirándose, cada ciertos minutos, si se le habían marcando la sudoración bajo la axila y parte baja de la espalda.

Pude comprobar que aún no se le veía nada. Al parecer, por fin el asquerosamente caro tratamiento que se estaba realizando, estaba dando frutos.

Apresuré el paso para poner a su lado.

—No... haz... sudado... como... antes... —jadeé.

—El tratamiento me está dando resultados —respondió, con la respiración tranquila.

¿Por qué tenía tan buena condición física? Tal vez tenía algo que ver que saliera a correr todos los días y comiera sano.

—Me... alegre... por... ti.

Antes de que Bella pudiese responder, la profesora, que trotaba con nosotras siempre, se acercó a nuestro lado y nos separó.

Corriendo sola nuevamente, miré el centro de la cancha, donde los hombres ya habían terminado de calentar (se habían demorado menos que nosotras en cambiarse de ropa) y estaban haciendo *suicidios*²².

Sin planificarlo, mi vista se clavó en O'Connor y Blair que iban echando competencia de quién terminaba primero. Hombres. Suspiré. Siempre compitiendo por todo. Aunque no me sorprendía ese hecho viniendo de O'Connor y Blair, que siempre habían tenido una extraña relación que yo la denominaba como *Bromance*²³.

Luego de otros cinco minutos de sufrimiento, y sintiendo un agudo dolor en el costado del cuerpo por haber respirado mal, la profesora Mónica tocó el silbato y no detuvimos.

—¡Eh, señorita Howard, camine! ¡Camine! ¡Hace mal detenerse de golpe!

Me puse a caminar como alma en pena por el circuito de tierra. Pero la caminata mejoró cuando observé a O'Connor chocar contra Blair por estar mirándome. Ambos cayeron al suelo, uno sobre el otro.

O'Connor comenzó a violarse a Blair contra el suelo y éste parecía bastante mosqueado por aquello.

—Si me vas a dar por detrás, mínimo una advertencia —dijo Blair.

James... digo, O'Connor rodó los ojos.

—Bueno, eso es lo lindo y lo maravilloso de dar por detrás: que nunca avisas.

Los dos comenzaron a reír como lunáticos descerebrados y todo el resto de hombres los siguió en aquello, como si fuera un lenguaje secreto entre hombres o algo así. Pero toda mi teoría (que era un código cifrado sólo para hombres) se pudrió

²² Ejercicio que consiste en correr de una línea a otra a máxima velocidad.

²³ Mezcla entre Brother (hermano en inglés) y Romance.

cuando algunas chicas soltaron risitas estúpidas. No, es más, era la única que no se reía. Hasta la profesora intentaba borrar la sonrisa de su rostro.

—¡Mira! ¡Howard no lo entendió! —se burló Blair.

Muy bien, ríanse de la virgen que no era capaz de entender chistes de doble sentido como ese.

—Sí, sí lo entendí —repliqué.

—Mentira, no lo entendiste —insistió Blair.

—Qué si lo entendí.

—Nop, o sino estarías riendo.

—Me habría reído si fuera divertido.

—Pero lo fue. Y no te reíste, porque no lo entendiste.

La profesora nos cortó de golpe.

—¡Señor Blair! ¡Señorita Howard! —nos llamó la atención. Apuntó a Blair—. Usted siga haciendo suicidios. —Se giró hacia mí. — Y usted diríjase con el resto de las mujeres y comiencen a sacar las cintas.

Puse mala cara. Mientras los hombres se dedicaban a sacar músculos y todo eso, las mujeres teníamos que hacer un baile... con cinta. Con cinta. Un baile.

Odiaba ser mujer en momentos como ese.

Me di la media vuelta, más enojada y me encontré con Bella entregándome una cinta que, para peor, era rosadita. Todas empezaron a mover sus cintas y pronto el sector que ocupábamos se llenó de colores moviéndose para todos lados con maestría. Por otra parte, lo único que parecía salirme bien era enredar la cinta en mis piernas.

—¡Wow, Howard, qué linda se ve esa cinta en tu cintura! —se burló Blair. Los hombres habían terminado de hacer suicidios y tenían balones de fútbol en la cancha de pasto. La profesora se había marchado hace unos minutos para hacer una llamada.

Furiosa, tiré de la tela y seguí tirando y tirando, estrangulándome mi propio cuerpo en el proceso.

—Estúpida cinta, estúpida vida, estúpida, estúpida —refunfuñé.

Al levantar la vida, de pronto supe que algo andaba mal. Vi a O'Connor abrir la boca en advertencia e inclinar el cuerpo hacia adelante, como si se dispusiera a correr.

—¡Cuidado, Bella...!

Demasiado tarde. Una pelota de fútbol se estrelló contra el costado derecho de su cabeza. Su cuerpo voló por unos centímetros y luego aterrizó con fuerza en la gravilla. Mortificada, vi como O'Connor corría hacia el cuerpo caído de Bella. Y yo me quedé ahí, estática, observando cómo O'Connor tomaba el rostro de Bella entre sus manos y susurraba algo inaudible para mí.

Una sensación de pesadez se me asentó en el estómago, cuando vi a Bella abrir los ojos y asentir suavemente a algo que le preguntaba O'Connor. La pesadez aumentó al contemplarlo tocar los rasmillones que se había hecho en el brazo y la pierna, y después empeoró mucho más cuando, con la ayuda de Blair, la tomaron en brazo y se dirigieron hacia la enfermería.

—¡Eh, Leah! ¿No vas con nosotros? —gritó Blair.

Salí de mi estupor el tiempo suficiente para trotar hasta ellos. Bella, con los ojos lagrimosos, tenía los brazos alrededor del cuello de O'Connor y la cabeza apoyada contra su pecho.

Apreté los puños, involuntariamente. Y un deseo de gritar, de reclamar por aquello, me inundó. ¿Pero qué es lo que me poseía? Debía estar preocupada por Bella y lo único que hacía era pensar, una y otra vez, en cómo ésta lo abrazaba, en cómo O'Connor le decía cosas al oído para tranquilizar. ¿Por qué Blair no podía haberla agarrado? ¿Por qué O'Connor? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Llegamos a la enfermería, donde O'Connor acostó a Bella en la camilla y él tomó asiento a su lado, dejándonos a Blair y a mí parados. Cuando entró la enfermera, y al ver a tanta gente reunida en torno a la cama, nos despachó a Blair y a mí fuera.

—¡Pero yo soy su mejor amiga! —chillé.

No, no, no, no. Me negaba a que O'Connor fuera el que se quedara al lado de Bella.

—Leah, por favor, me duele —susurró Bella—. Simplemente, márchate.

No tenía excusas ni argumentos para contradecir aquello y así poder quedarme. Le lancé una última mirada a la pareja, a la mano de O'Connor acariciando el brazo de Bella con suavidad, a sus ojos pegados en el rictus de dolor de la castaña... y me marché con un dolor a la altura del pecho.

—Podría reconocer esa mirada en cualquier lado —comentó Blair, una vez habíamos salido de enfermería.

Yo, con la mirada clavada en la puerta cerrada, preguntándome qué podría estar ocurriendo al otro lado, no le di importancia.

—Piérdete, Blair.

—Creo que estás celosa, Howard. Celosa. —Pausa. — Celosa, celosa, celosa.

Por más que me negaba a aceptarlo... lo estaba. Yo estaba celosa. Estaba celosa de la preocupación de O'Connor, por verlo acariciar a una persona, tan cercana y querida para mí, de la misma manera que siempre había querido. Yo... yo...

Miré a Blair, horrorizada. Mi boca cayó, entreabierta, mientras éste alzaba una ceja.

Oh. Mí. Dios.

Estaba enamorada de O'Connor.

Y así había sido la bonita, y extremadamente patética, historia del día que descubrí que estaba enamorada de un mono. Y, ahora, dicho mono, me había dejado

embarazada. Pero para llegar ese momento, de yo siendo futura mamá adolescente, debía retroceder un poco para llegar al instante que lo había descubierto.

Después de la visita de James del día lunes, Bella había ido el sábado. Hablamos de todo y a la vez de nada, debido al nerviosismo que sentía al tenerla en mi hogar y al hecho que me desgarraba la duda si debía contarle sobre el hecho que había besado por fin a O'Connor. Al final, se mantuvo la conversación formal (informándome de detalles de la escuela), hasta que me armé de valor y por fin le conté todo lo que había sucedido.

—¡Dime que no es una broma!

Había chillado en reiteradas ocasiones.

—¡Oh, mi Dios! ¡Oh, mi Dios! ¡Lo has besado!

Siguió hiperventilada.

Sus reacciones tan efusivas me extrañaron, porque los pocos recuerdos que tenía de la fiesta. ¿No que había besado a O'Co... James? ¿No que hasta incluso me había acostado con él? ¿No que me había desnudo frente a él y había amanecido sin nada (incluso sin dignidad) a su lado? No entendía nada, pero atribuí al desconcierto de Bella al hecho que tal vez no sabía nada más sobre lo que había pasado en la fiesta. O sea, ella debía conocer sólo lo que le había contado ese día al ir a buscar mi bolso para irme. Y me dio un poco de flojera indagar más en el tema.

Bella se marchó tarde, debido a que su padre andaba en un viaje de negocios por el día, así que me fui a dormir después de su visita.

El día domingo no vino nadie y aproveché de escribir toda la materia que había quedado atrasada y estudiar. Ese mismo día, ya casi no sentía la tirantez en la parte trasera de mi cabeza por los puntos y mi cuerpo ya se sentía normal.

Como James me había comentado el día viernes, no volvió a aparecer por mi casa, a pesar de lo mucho que Josh y Cristóbal me preguntaban sobre él, insistiendo en qué método había utilizado para conquistar a un hombre como James siendo una mujer como... yo. Y más que eso, reafirmaron la idea de que debía quedarme embarazada de James, poco importándoles el hecho que para hacer eso debía acostarme con él (otra vez).

Lo peor de todo, es que tenía un atraso. No, no de esos atrasos cuando uno iba a tarde a algún lugar, sino que los otros atrasos, esos que sólo entendíamos las mujeres... en pocas palabras, había una enorme probabilidad de que estuviese (gemí) embarazada. Volví a gemir, por si quedaba duda sobre mi miseria. La sola idea de pensar en aquello, de verme con un bulto sobresaliendo de mi abdomen, me aterraba a un nivel mucho más extremo que mi ex fobia.

Así que ahí me encontraba, encerrada en el baño el día domingo por la noche, frente al espejo y con el pijama levantado observándome el abdomen en busca de algún indicio de ese supuesto embarazo. Sabía que no encontraría ninguna señal, pero la paranoia me obligaba a verificarlo.

La idea de hacerme una test de embarazo, para salir de la duda, me tentó. Porque hacerlo significaba enfrentarme el hecho que cabía la posibilidad que estaba embarazada.

Dios mío, realmente no podía creer que O'Connor y yo lo habíamos hecho. Mi primera vez, que no recordaba ni puta madre, y había quedado "cuasi" embarazada.

Dejé caer el pijama con frustración, bajé la tapa del baño y me senté sobre ella para reflexionar sobre mi vida. Tras largos minutos de meditación y de escuchar a Cristóbal gritar del otro lado de la puerta «Joder, Leah, sal del baño que quiero entrar a cagar», hasta rendirse e ir a la casa de mi tía, llegué a una sola conclusión:

Estaba jodida.

A menos que, con mi futuro hijo, me hubiese asegurado un futuro de lujos junto a un millonario...

¡No!

¡¿Qué mierda estaba pensando?!

Estaba jodida, fin de la historia.

A menos que...

No, fin de la historia. Jodida. Fin.

Maldito O'Connor. Si no fuera tan estúpido, sensual, delicioso... Mm... yo jamás me habría comprado un botellón de ron para emborracharme. Lo que quería decir: no bebé, no problemas, no nada.

Dios mío.

¿Cómo le diría la noticia a O'Connor?

Tendría que ser con mucho tacto, no quería que se muriera y me dejase sin pensión alimenticia.

Tal vez, algo así sería bueno:

«Hola, Leah...»

«O'Connor, estamos embarazados.»

Comencé a reír al imaginarme el rostro desfigurado de O'Connor por el horror.

Estúpido, se lo merecía por imbécil, maldito neandertal.

Pero seguía insistiendo que era un milagro que no hubiese quedado inválida o coja o algo, cualquier cosa. Mis matemáticas de proporciones habían errado y un milagro, en forma de feto, había ocurrido.

Pensándolo bien, todo era una mierda. Sobre todo el embarazo que sonaba como una gran mierda. Iba a tener un hijo y ni siquiera había disfrutado la noche que había sido creado... digo, no recordaba la noche que había disfrutado creando a nuestro hijo.

Me puse en la situación de que O'Connor y yo pudiéramos tener sexo durante el embarazo. Si fuera ése el caso, ¿nuestro hijo se vería afectado?

«Nota mental:

Investigar si la enorme anaconda de James podría lastimar a nuestro hijo (golpearlo en la cabeza a la hora de felicidad).

Fin de nota.»

Yo sabía por las clases de biología que se podía tener relaciones durante el embarazo y al bebé no le ocurriría nada. Sin embargo, cuando los investigadores habían dado esa teoría, no habían investigado a un hombre con las dimensiones de O'Connor.

Di un largo suspiro. Sólo estaba a unas horas de ver a O'Co... James (debía comenzar a llamarlo por su nombre, al final y al cabo era el padre de Demetrio Jr.) y contarle sobre que estaba embarazada y que tendríamos en nueve meses a Demetrio Jr., nombre en honor al aparato reproductor masculino que lo había creado. Después de todo, Demetrio era: De metro y medio. Cosa bastante cercada a las medidas de la anaconda de James, más conocida por mi mente como Demetrio.

Volví a suspirar. Mis delirios habían llegado a niveles preocupantes. No solo el golpe en la cabeza me había afectado, sino que el embarazo se sumaba a los factores que me convertían en una mujer loca. Y realmente lo estaba sí, tras cinco malditos días de atraso, ya me había hecho la idea de tener un hijo, le había puesto nombre a un feto y había planificado mi vida sexual durante el embarazo.

Sí, suficientes pensamientos por un día.

Cuando me desperté el día lunes para ir a clases a las seis de la mañana, comprendí que no estaba psicológicamente preparada para enfrentarme a la inminente verdad. Así que me quedé prostrada en cama, hasta que mamá vino a mi cuarto a ver el por qué no me levantaba.

—Vas tarde —anunció apenas abrió la puerta.

Me quejé, audiblemente.

—No me siento muy bien, madre —respondí y abrí los ojos levemente, todo para mejorar mi actuación de una supuesta enfermedad.

—¿Qué tienes? —dijo, entrando al cuarto para llegar a mi cama.

¿Qué tenía? Mierda, no había pensando en nada. Y no podía simplemente decirle: «Lo que sucede, madre, es que te mentí. ¿Recuerdas el día que te dije que ayudaría a Bella a estudiar para un examen que había el día lunes? Pues nunca existió. La verdad, ese día a lo único que me dediqué fue a emborracharme, drogarme y tener sexo como un conejo. Y no, no recuerdo ni una mierda de la violación, pero eso no quita que ahora estoy embarazada. Ah, por cierto, lo único bueno que pasó ese día es que el padre de Demetrio Jr. es un maldito trípode que se tropieza con su cosa al caminar y que, además, es millonario. ¿Ves que después de todo no hago las cosas del todo mal? Te quiero, madre».

—Eh... —pensé desesperadamente.

¿Me dolía el útero? No, no podía decirle aquello, menos ahora en la condición que estaba. ¿Fiebre? No, me tomaría la temperatura. ¿Resfriado? Ya me había resfriado hace dos semana, era poco probable hacerlo otra vez. Joder, me estaba quedando sin ideas.

—¿Leah? —llamó mi madre.

—La herida —dije por fin. ¡Era perfecto! ¡Yo era perfecta y brillante y etc! —. Me duele el golpe en la cabeza.

Por unos segundos, la preocupación se asomó por sus ojos.

—Tal vez sea porque te lavaste el cabello ayer. —Acarició mi cabeza con ternura. Después de todo, no era tan mala como siempre decía. — Puedes faltar hoy, pero mañana tendrás que ir al internado.

Asentí, feliz. Había atrasado la verdad veinte y cuatro horas. Algo era algo.

Pasé todo el día postrada en cama, mientras mis hermanos se iban a la universidad y mi padre calvo (aunque con mi pelada por la herida, nos parecíamos bastante. Me faltaba sólo sacarle brillo y seríamos dos gotas de aguas) para el trabajo. A las horas, también me despedí de mi madre cuando se marchaba a ganar dinero.

Así que ahí me encontraba aburrida como una lombriz, sin saber qué hacer. Ya había estudiado todo lo que debía estudiar y hecho todo el aseo que podía hacer.

Sin saber qué más hacer, me eché sobre el sillón, desparramándome como una vaca con problemas de obesidad. Agarraré el control remoto y comencé a cambiar la televisión, hasta que dos cuerpos desnudos entrelazados llamaron mi atención. Ladeé la cabeza en un intento desesperado para encontrarle la orientación a la imagen. Arrugué el entrecejo. No sabía que la cabeza de él podría inclinarse en semejante posición... ¿Realmente ella tenía la pierna puesta en ese sitio? ¿Y dónde estaban las manos de él...? Ah, ahí estaban. Joder, qué difícil debía ser la vida de los actores pornos. De seguro practicaban todos los días la flexibilidad.

Repentinamente, la anaconda de él estuvo en primer plano. El control de la televisión salió volando de mis manos. Sólo había una palabra para calificar su tamaño y era Demetro, porque no le alcanzaba para ser Demetrio.

Estúpido y desproporcionado O'Connor.

El chillido de la mujer y su «Oh, sí, dame más. Más, más, máaaaaaaas», me sacó de mis pensamientos. Otra vez volví a prestarle atención a la película porno, para culturizarme sobre la materia.

Luego de un rato observando la película, me pregunté si tendría que gemir de esa manera, poner esas caras de putas y todo eso cuando me acostase con O'Connor. Y, lo que era más importante, si sería capaz de ponerme en esas posiciones que pedían tanta flexibilidad.

Debía averiguarlo ahora.

Me puse de pie y, con los gemidos de fondo, intenté tocar las puntas de mis pies. Grité, mugí como vaca y maldije por el esfuerzo, pero no fui capaz de tocarme los jodidos dedos de los pies. Era más tiesa que una tabla.

—¡MALDITOS PIES DEL DEMONIO! —rugí—. ¡ACÉRQUENSE A MIS MANOS SI NO QUIEREN DEJAR DE FUNCIONAR POR CULPA DE DEMETRIO!

Al parecer, no puse demasiada agresividad en mis palabras, ya que seguí sin poder rozar la punta de mis dedos con los pies. Jodidos pies de mierdas.

Me senté de nuevo en el sillón con un suspiro y fulminé con la mirada a los zapatos.

—No me echen la culpa después cuando quede inválida, yo les advertí.

Mi celular, que había dejado apoyado sobre la mesa de centro hace un rato, comenzó a sonar. Me puse de pie y lo tomé.

Llamando «Trípode O'Connor» (le había cambiado el nombre en mi *aburrición*).

El corazón me dio un vuelco completo y se me olvidó por completo la película que aún hacía música de fondo. Apreté a «Contestar» y luego dije, con la mejor voz decente que tenía:

—¿Qué mierda quieres?

Pasaron unos segundos en silencio, antes de que O'Connor se dignara a responder.

—Vaya, pensé que me tratarías mejor desde ahora.

Las polillas comenzaron a devorar las paredes de mi estómago. Estúpidas polillas, tomaría ácido y hasta ahí llegarían.

—Me niego rotunda y categóricamente a hacer aquello.

La mujer en la pantalla gimió audiblemente, mientras el hombre decía «Estás tan deliciosa».

—¿Qué es ese ruido...? —dijo O'Connor. La voz de extrañeza inundó mis oídos—. ¿Estás viendo... porno?

Los colores se subieron a mi rostro.

—N-no, por supuesto que no —tartamudeé.

Me lancé en busca del control que había caído sabe Dios dónde.

La carcajada de James llegó desde el celular.

—¡Leah, estás viendo porno!

—¡Joder, qué no! —rugí.

¡¿DÓNDE ESTABA EL CONTROL DE LA TELEVISIÓN?!

Desesperada, corrí hacia la televisión para apagarla. Apreté el botón POWER, pero nada ocurrió. Lo apreté con más fuerza, pero nada. Y los gemidos, chillidos, golpes y demases siguieron. Angustiada a un nivel extremo, me dirigí hacia el enchufe y tiré de él. Por fin, la sala quedó en completo silencio... a excepción de la carcajada que salía del teléfono que tenía apoyado contra la oreja.

—¡Deja de reír! —ordené, indignada—. Si no lo haces ahora mismo, te cortaré.

La risa disminuyó, pero no se esfumó del todo.

—De acuerdo —aceptó O'Connor. Soltó una risita—. ¿Has faltado a clases sólo para ver porno?

En cualquier momento comenzaría a derretirme si seguía a esa temperatura tan elevada.

—No —susurré—. Y no estaba viendo porno.

Una de las cosas que me había enseñado la vida, es que siempre había que negarlo todo, aunque te pillasen con las manos en la masa. Consejo de Leah.

O había que negarlo todo hasta que te pillasen con los pantalones abajo. Consejo de Josh.

—Me haré el estúpido...

—Cosa que lo eres —interrumpí.

—... y te haré creer que te he comprado la historia —terminó James.

Rodé los ojos.

—Lo que sea —respondí—. ¿Para qué me llamabas?

O'Connor suspiró, feliz.

—Siempre tan agradable, creo que por eso me encantas.

Omití olímpicamente el halago que hizo estragos en mi cuerpo.

—No me has respondido la pregunta —lo corté.

—¿No es obvio, Leah? —preguntó. Dah, para mí no lo era—. Te llamé para preguntarte por qué habías faltado. —Bajó la voz. — Quería verte.

Caí en un profundo estado de enamoramiento. Mi cerebro lanzó chispas y tuvo un corte circuito por milésimas de segundos.

—Sobrevive sin mí por un día, O'Connor. Sé que soy malditamente irresistible, pero te pasas.

Encanto nivel súper extremo.

A pesar que no lo estaba viendo, estaba segura que estaría rodando los ojos exasperado. Yo podía colmar la paciencia de hasta un santo. No era mi culpa ser un terrón de azúcar que sólo algunos podían probar sin hartarse de él.

—Vamos, Leah, hablo en serio. ¿Por qué faltaste a la escuela?

¿Cómo explicarle delicadamente que tendríamos un hijo por culpa de una noche de olvido y pasión desenfrenada?

—Verás, O'Connor, tengo algo que decirte.

Oí su respiración un par de veces antes de que me contestara.

—¿Qué pasó?

Tragué saliva y respondí.

—Estoy embarazada.

Me deslicé silenciosamente por el largo corredor de la escuela que conectaba el edificio principal con los cuartos. Por mi costado derecho, las regaderas automáticas habían comenzado a funcionar y giraban roseando el césped. El pesado bolso sobre mi hombro, se sentía más bulto que nunca y eso se debía a los días que había pasado postrada en cama como un cerdito pelirrojo. El turbante turco sobre mi cabeza, había pasado a ser un pequeño parche en la parte posterior cubriendo los puntos (que me sacaría mañana) de la maraña de pelo colorín.

Como sabía que no me encontraría con nadie en mi camino hacia los cuartos, todos los estudiantes estaban en clases a esa hora y eso incluía a O'Connor, entré con tranquilidad al edificio con las habitaciones y me acerqué al mesón vacío de la señora Smith.

Agarré el pequeño cuadernillo donde tenía anotado los nuevos cuartos, tras la rotación de compañeros del día lunes. Y pasé velozmente la vista por la hoja, hasta que encontré mi nombre.

Leah Howard, cuarto 104.

Me fijé que Bella, otra vez, era mi compañera de habitación. Las otras dos chicas sólo las conocía de vista. Sería toda una experiencia sensoria compartir cuarto con un nuevo grupo (insertar sarcasmo). Pero, la verdad, no me interesaba, a menos que las cartas de amenazas volvieran a aparecer, cosa que no había ocurrido durante mucho tiempo. Todo estaba demasiado tranquilo. Mm, sospechoso. Tal vez el cuasi asesino había descubierto lo encantadora que podía llegar a ser y ya no deseaba matarme.

Llegué al cuarto 104 y lancé el bolso en la única cama ordenada y desocupada que había, sin fijarme en la hoja de papel que estaba sobre ella y que cayó al suelo por el bolso.

Muy campante, salí otra vez del cuarto y me dirigí hacia el laboratorio de química, dícese la salvación, porque hoy me tocaba la única clase que no compartía con O'Connor. Cuán afortunada.

Llegué hasta el laboratorio, entré y agarré una de las batas blancas que había colgado en un perchero.

—Lo siento por la demora —me disculpé con la profesora y la clase que se había girado a mirarme.

Me puse la bata. Me dirigí hacia el cajón de lentes de protección, en el preciso momento que la profesora asentía hacia mí.

—Me alegro de verla por aquí, señorita Leah —dijo la profesora Valdebenito con una sonrisa en el rostro—. Tome asiento.

Me dirigí hacia el mesón, pero en el instante que me fijé en la silla en la que debía sentarme, los colores subieron a mi rostro como llamas que flameaban mi piel.

Frente a mí había un asiento con tres patas.

¡Era un jodido trípode!

Intenté comportarme y agarrar con naturalidad el trípode para sentarme sobre él. Sin embargo, era un poco difícil si, cada vez que pensaba en él, una imagen mental de Demetrio venía a mi mente. Una y otra vez me lo imaginé aplastado contra mi mejilla, mientras tomaba por fin asiento como si estuviera púas enterradas en el culo.

Hice todo el esfuerzo para sentarme como siempre lo hacía: con total libertad. Sin embargo, Demetrio seguía en mi mente y lo siguió durante toda la clase, donde la profesora prendió algo (no sabía qué era, ya que en el momento de su explicación me había encontrado demasiado ocupada delirando con el trípode) y de éste aparecía una luz blanca hasta que la lámina había sido consumida por completo.

Salté del trípode cuando la profesora anunció, aún faltando 10 minutos para el final de la clase:

—Bueno, hemos terminado con todo por hoy, así que pueden retirarse.

Todos comenzaron a ponerse de pie y desfilar hacia la puerta, quitándose los lentes, la bata y los dejaban en el lugar de donde habían encontrado los implementos. Y yo, muy campante, seguí sentado sobre O'Connor... digo, sobre el trípode. Repentinamente, la profesora Valdebenito entró al cuarto adyacente al del laboratorio, para comenzar a guardar los instrumentos ocupados en clases. Y juro que no lo resistí y tampoco entendí la fiebre que me había poseído para hacer semejante... estupidez, ya que no había otras palabras para definir ese ataque sufrido.

Me arranqué la bata y los lentes a toda prisa y los dejé sobre el mesón. Me colgué el bolso al hombro, agarré al trípode y salí corriendo con él.

Imaginen lo siguiente:

Una mujer pelirroja, con un parche blanco en la parte posterior de la cabeza y con un trípode corriendo por medio colegio como poseía por un demonio. Y eso sin contar mis senos.

Llegué al cuarto con la respiración agitada y me apoyé en la puerta. Oh, estaba realmente mal de la cabeza.

Observé el trípode que tenía entre los brazos con atención. ¿Qué mierda iba a hacer con él? No tenía la menor... repentinamente, se me ocurrió algo y corrí para efectuar la idea, antes de que se me escapara de la cabeza.

Trasladé al trípode hasta un rincón del cuarto y lo dejé ahí. Agarré mi bolso y lo lancé sobre la cama. Saqué un cuaderno, un lápiz y arranqué una hoja. Escribí «Demetrio» y, con un poco de cinta adhesiva, colgué el cartel sobre el trípode. Después, me alejé y contemplé mi obra maestra.

—Damas y caballeros —susurré para mí misma, con acento español—, os presento a mi nuevo Dios.

Ahora sólo me dedicaría a alabar al Trípode, ya que Jebús me había abandonado hace un tiempo. Y representaría la religión Tripodismo. Pronto, un día todo serían de esa religión.

Me agaché para rendirle tributo a mi nuevo altar «Oh, todo poderoso Trípode», cuando la puerta del cuarto se abrió de golpe. Me giré y la oración a Trípode quedó atascada en mi garganta. Frente a mí estaba el trípode de carne y hueso, observándome con estupefacción.

Me puse de pie de inmediato, en un intento desesperado para cubrir con mi cuerpo al Dios Trípode, mientras observaba el pecho de James subir y bajar con rapidez y pesadez.

Vaya, qué momento más incómodo.

—¿Qué mierda...? —dijo sin voz el trípode real. Sus ojos azules intentaron averiguar lo que escondía detrás de mi espalda. Pero se rindió y sacudió la cabeza, como si quisiera despejarla de ideas—. Como sea, no me importa eso. —Su mirada se clavó en mi abdomen—. ¡¿Qué es eso que estás embarazada?!

Mi vida es un

DESASTRE

17

LA ESPERADA PREGUNTA.

Debía admitir que mi segundo nombre no era Delicadeza, pero ayer me había superado a mí misma. Luego de haberle lanzado a O'Connor el «Estoy embarazada», había cortado y apagado el celular para no volver a oír su voz y todas las preguntas que podría llegar a hacerme. La verdad, había creído que se escaparía de la escuela y me vendría a ver en la noche, es por ello que lo había estado esperando con, de una manera vulgar de decir, el trasero a dos manos. Pero O'Connor no había llegado.

Y ahora el momento de la verdad había llegado y no había forma de huir. Debía enfrentarme la situación como la mujer decente que era.

Me acerqué a O'Connor y le pegué una patada en las pelotas.

—Te lo mereces por ser... tú.

Satisfecha, me giré. ¿No decía yo que era una mujer de respeto?

Pasaron largos minutos en donde sólo me dediqué a contemplar la figura de O'Connor desparramada en el suelo, retorciéndose en agonía. No me sentí culpable, al final y al cabo, era su culpa que todo esto estuviera ocurriendo por las siguientes razones: violarme, ser sensualmente irresistible, no afearse, violarme, tener un buen culo, violarme, tener a Demetrio, violarme, dejarme embarazada de Demetrio Jr., violarme y hacerme caer en la tentación de todos los pecadores y líbranos del mal, amén al Trípode.

—¿Por qué hiciste eso? —gimió.

Sudando, se puso de pie a duras penas.

Lo esperé con los brazos cruzados sobre mis senos.

—Por ser tú, ya te lo dije —respondí.

Se tambaleó hasta mi lado. Sorpresivamente, apoyó ambas manos en mis hombros y me sacudió con fuerza, mientras rugía.

—¿¡QUÉ ES ESO QUE ESTÁS EMBARAZADA DE UN MALDITO BASTARDO HIJO DE PERRA?!

Lo aparté de un manotazo, un poco impactada. ¿Quién se creía que era ese imbécil para venir a negar a Demetrio Jr. de esa manera tan descarada?

Tirité por el enojo.

—¡Pues que estoy embarazada! —chillé—. ¡Y todo por tu culpa!

—¿Mi culpa? —jadeó. La indignación desfiguró sus bellas facciones—. ¿Qué tengo que ver yo en todo eso? ¡Has sido tú la que te has acostado con alguien y has quedado embarazada! —La ira flameaba en sus ojos azules. — ¿Quién fue el bastardo con el que te acostaste para matarlo?

—¿Cómo te atreves a negar a Demetrio Jr. de esa manera? —Lo golpeé con fuerza en el pecho. — ¡Tú eres el maldito imbécil que me dejó embarazada!

Pasaron largos segundos donde sólo nos fulminamos con la mirada. Al final, O'Connor susurró un débil:

—¿Yo?

—¡Sí, tú! —exclamé, iracunda.

¡Por fin había entendido!

O'Connor abrió la boca, la cerró. Volvió a abrirla. Alzó una ceja.

—¿Yo? —preguntó, otra vez. El desconcierto se filtraba en el tono de voz.

—Sí, tú. Y no me hagas volver a repetirlo.

Volvimos a quedarnos en silencio. O'Connor dejó caer las manos que tenía apoyada sobre mis hombros y las cruzó sobre el pecho, marcando cada uno de los músculos a través de la camisa y chaleco... Mm.

—¡Un momento! —dijo—. Déjame ver si lo entiendo perfectamente. —Rodé los ojos, exasperada. ¿Tanto le costaba comprender que en nueve meses tendríamos un Demetrio Jr.? —Tú estás embarazada. —Asentí. Su belleza era inversamente proporcional a su inteligencia.— Y para haberte quedado embarazada debiste acostarte con alguien. —Volví a asentir. Llamando a la NASA, tenemos un Einstein. — Y sabiendo todo eso, ¿intentas involucrarme a mí en todo tu problema?

Asentí solemnemente, luego comprendí lo que quería decir con aquello y detuve mi cabeza de golpe.

—No. O sea, sí. O sea... no entiendo. Sólo sé que tú eres el responsable de que esté embarazada. No te hagas el desentendido, O'Connor.

James alzó los brazos hacia el cielo, desesperado.

—¡Pero si no me estoy haciendo el desentendido de nada! ¿Qué mierda tengo que ver yo en toda la ecuación de embarazo?

«Querido Dios Trípode, por favor bendíceme con un Demetrio Jr. que no haya sacado la inteligencia de su padre. Amén».

Sinceramente, O'Connor se estaba superando en su nivel de razonamiento.

—¡Pues tienes que ver en todo! —exclamé.

Clavé los brazos en mi cintura.

—¡Pero si no he hecho nada! —La indignación había vuelto. — ¡Tú has sido la que me ha estado engañando todo el tiempo, mientras te confesaba mi amor eterno!

Por unos segundos, pareció que James se largaría a llorar y gemir frente a mí. Sin embargo, apretó la mandíbula e inspiró aire con fuerza, pestañando en reiteradas ocasiones. Todo un macho alfa.

Apoyé una mano en su hombro.

—Sé que es difícil —intenté tranquilizarlo con esas palabras—. Yo también estaba de muerte al principio, pero juntos podremos salir adelante.

James aspiró aire con más fuerza.

—No sabes lo que estás diciendo, no sabes lo que me estás pidiendo que omita.

Le di palmaditas de apoyo.

—Sólo tienes que acostumbrarte a la idea.

—¿Acostumbrarme al hecho que estás embarazada...?

Asentí.

—Te lo prometo, James, ya encontraremos una solución a todo esto para que podamos seguir... en lo que teníamos.

Sorprendida, lo observé alejarse de mí para sentarse en la primera cama que encontró, que era la de Bella. Arrugué el entrecejo, cuando vi apoyar los codos en las rodillas y luego enterrar la cabeza entre las palmas. Se veía completamente miserable y... triste, casi destrozado por la pena.

Vaya mierda, sí que era todo una nena. Era yo la que tenía que llevar a Demetrio Jr. por nueve meses, no él. Sí, entendía todo eso que éramos jóvenes y toda esa cháchara, pero, sinceramente, James estaba exagerando. Ni que Demetrio Jr. fuera de otro y le estuviese pidiendo que se hiciera responsable de mi bebé.

—Sinceramente, O'Connor, estás exagerando —comenté.

Desorientado, levantó la cabeza para observarme.

—¿Exagerando? —preguntó. Negó con la cabeza, decaído—. Es fácil decir eso cuando no estás en mis zapatos... no sabes lo que me estás pidiendo.

La ira hizo combustión en mi pecho como un motor diesel.

—Si no mal te recuerdo, soy yo la que está embarazada y no tú. —Solté el aire de golpe. — ¿Sabes qué? Puedes irte a la mierda tú y toda tu mierda de dinero. No me importa nada. No pienso dejar que me humilles simplemente porque tienes dinero. Así que... ¡Jódete, O'Connor! Eres libre. Seré mamá soltera, no me importa. Es más, te pagaré la mierda de clínica aunque muera en el intento.

Pero a pesar que había dicho que no me interesaba, sinceramente sí lo hacía. Y mi barbilla tiritona y mis ojos picosos eran una clara muestra de aquello. Estaba... decepcionada en una manera que jamás creí que podría llegar. No había pasado por mi cabeza que O'Connor no quisiera hacerse responsable de Demetrio Jr. Había pensado erróneamente que le preocupaba lo suficiente como para aceptar a su propio hijo y me había equivocado horriblemente.

—Leah —susurró. Se puso de pie y se acercó a mí hasta que nos separó un par de centímetros. Sus manos heladas, y no cálidas como siempre estaban, acariciaron las mías—, sólo necesito... pensarlo. Dame un poco de tiempo.

Sus ojos me lo rogaron, pero me rehusé a caer en la red.

—Márchate, O'Connor.

Estaba a punto de estallar en lágrimas y, si James seguía mirándome de esa manera, acariciando mis manos de ese modo, bastarían sólo un par de segundos para dejar libre toda esa tristeza que hacía un nudo en mi garganta.

—Leah, no sabes lo que me estás pidiendo.

¿No sabía lo que estaba pidiendo? ¡Sólo le estaba diciendo que se hiciera responsable de su hijo!

—Eres un hijo de perra —murmuré con rencor.

Traicioneras lágrimas de rabia mezclada con tristeza se me escaparon de los ojos para deslizarse por mis mejillas. Por largos segundos nos miramos: yo aún llorando y James tan impactado por mi muestra de sensibilidad, que había quedado sin voz.

—Márchate, O'Connor —rogué.

Vi cómo la indecisión lo destrozaba. Lo observé de reojo mirar la puerta del cuarto y luego a mí. Repentinamente, antes que pudiera procesar todo, sus manos me rodearon y finalmente mi cabeza tuvo un hombro para desahogarse. Intenté soltarme de él, alejarme de ese ser traicionero, de esa rata de alcantarilla, pero no me dejó. Sólo se limitó a afirmarme con más fuerza.

—Te odio —murmuré ahogadamente contra su uniforme. Mis hombros tiritaron incontrolablemente, mientras mi boca seguía expulsando todas esas oraciones que venían rondando por mi cabeza hace un tiempo—. Pero me odio más a mí por haber sido tan imbécil, por haber caído en tus garras, por haberme emborrachado para tener el valor suficiente para besarte. Odio que nos hayamos acostado esa noche, porque si no fuera por eso...

Fui alejada bruscamente de mi tabla de salvación.

—¿Qué has dicho?

James parecía sobresaltado.

Toda la melancólica fue alejada de la habitación de golpe.

Arrugué el entrecejo.

—¿Qué?

No entendía nada. En un momento estaba llorando a moco tendido y después era obligada a responder un interrogatorio que no tenía sentido en mi cerebro sobre emocionado.

—¿Qué dijiste? —preguntó O'Connor—. Algo de que nos acostamos en la fiesta o algo así...

—Ah, sí —divagué—. Eso.

—¿Eso qué?

¿Cuál era el fin de toda esa conversación? Él, mejor que todos, sabía lo que había ocurrido ese día. No entendía nada. ¿Y yo no debería estar llorando? Eso parecía más razonable.

—*Eso*: que nos acostamos en la fiesta y por culpa de aquello ahora estoy embarazada.

O'Connor pestañó una vez, después otra y otra y otra. Parecía un robot que lo único que sabía hacer era pestañar.

—¿QUÉ?! —exclamó, por fin. Se alejó de mí. Caminó hacia la izquierda, se giró y caminó hacia la derecha. Llegó al final y volvió. Cuando pasó por frente de mí, me lanzó una mirada y volvió a decir —: ¿QUÉ?!

Se detuvo, desordenó su cabellera aún más y se largó a reír. Y yo seguí parada al medio del cuarto, con lágrimas secas en las mejillas y con la única cara que tenía: la de imbécil. Comencé a reír, porque él reía. Luego, me detuve. No... sí, parece que sí comprendía por qué reía con tantas ganas... no, no lo entendía. Podría contar el chiste para animarme.

—¿De qué te ríes? —No hizo caso de mi pregunta y siguió riendo con histérica. Me alejé de él unos pasos, no quería que se me pegara la locura. Puse mala cara. — ¿De qué mierda te ríes?

Se detuvo al ver mi rostro de pocos amigos.

—¿Crees que estás embarazada porque supuestamente nos acostamos en la fiesta?

Parecía ser la mejor broma de la vida. Y a mí no me hacía la menor gracia.

—Sí —contesté, secamente—. ¿Es que acaso dirás que me violó Miguel ángel y ahora estoy embarazada del espíritu santo?

La sonrisa se le borró de golpe, como si hubiese recibido una cachetada de mi parte.

—¿Realmente estás embarazada?

Asentí, solemnemente.

—Los días de atraso lo corroboran. Estoy embarazada de tu hijo.

El rostro de James pareció caérsele a pedazos.

—Leah, no puedes estar embarazada de mí —dijo.

—¿Por qué no? —chillé. Lo apunté con mi dedo acusatorio—. Me violaste ese día en la fiesta, por supuesto que puedo quedar embarazada. —Bajé la voz hasta un susurro. — Solamente que tú pareces no recordarlo.

Negó efusivamente con la cabeza.

—No, Leah, es imposible. —Hizo una pausa. — Tú y yo no nos acostamos ese día en la fiesta.

Enmudecí.

Mi mente comenzó a caer en colapso, como si un terremoto de 9,5 hubiese remecido mi cerebro, catapultando todo mis pensamientos y sólo dejando una nube de polvo.

...

Cuando volví a la vida, O'Connor sacudía con desesperación una mano frente a mi rostro.

—¿No nos acostamos ese día? —susurré, impactada por toda esa revelación.

Vaya, al parecer mi histeria y paranoia lo había hecho otra vez. Sí, Leah lo había hecho otra vez. Demonios. Tal vez debía haberme hecho un test de embarazo antes de haber lanzado semejante bomba nuclear.

—No, Leah, no lo hicimos —afirmó.

Volví a enmudecer.

—Entonces... —murmuré—. ¿No estoy embarazada?

James me observó con preocupación.

—No, Leah, no estás embarazada.

—Pero... pero —insistí, inútilmente.

—Leah, no estás embarazada —repitió.

—Pero ya había pensado hasta en el nombre —murmuré.

O'Connor sonrió débilmente y pasó la mano por mi cabellera roja.

—¿Y cuál era?

—Demetrio Jr.

Su rostro pareció dividirse entre el horror, la risa y la sorpresa.

—¿Demetrio Jr.?

Me encogí de hombros, restándole importancia.

—Ya sabes, en honor al supuesto padre. —Alzó una ceja, claramente no entiendo nada. — Ya sabes, en honor a tu aparato reproductor masculino. —Seguía sin entender, así que modulé: — De-me-trio. — Estiré mis manos a lo máximo. — De metro y medio

—Ah —soltó por fin.

En ese momento, una de las cosas más maravillosas ocurrió: se sonrojó. Y ese era un espectáculo digno de ser visto, no todos los días se podía observar a O'Connor sonrojarse por la vergüenza.

Suspiré, triste. Ya sentía la pérdida de Demetrio Jr. en mi interior.

«Creo en Dios Trípode, creador de la lujuria y Motumbo. Creo en O'Connor, su único hijo. Oh, poderoso Dios Trípode, que en tus brazos descansa en paz Demetrio Jr.»

—Me sentía mejor cuando pensaba que no era virgen —comenté.

En realidad, en cierto punto era un alivio. Ahora entendía el por qué no había terminado adolorida ahí. Insistía, las matemáticas no mentían.

O'Co... James sonrió.

—Siempre está el día que puedes dejar de serlo.

Y ahí estaba esa sonrisa pícaro que me hacía apretar los puños y que me convertían en Gatúbela, deseando poder tener a su Gatomen para hacer un poco de... ya saben, intentar crear a Demetrio Jr. II.

O'Connor me agarró por la cintura y me atrajo hacia él, para pegar todas mis curvas exuberantes a su torso musculoso. Sin embargo, había algo que aclarar antes de dejarme seducir (otra vez) por ese demonio de ojos azules.

—¡Un momento, O'Connor! —lo detuve—. Guarda esas manos para ti, que aún hay muchas cosas que aclarar.

Soltó un suspiro frustrado, pero hizo lo que le pedí y dejó caer las manos.

—¿Qué cosa?

Lo examiné de pies a cabeza.

—Si en verdad hubiese estado embarazada de Demetrio Jr. —Las orejas de James enrojecieron de golpe. —, ¿realmente no te habrías hecho responsable?

Arrugó el entrecejo.

—¡Leah, por Dios! ¡Pensaba que querías que me hiciera responsable del bebé de otro hombre! —exclamó—. ¡Por eso mi reacción!

—Pero si dejé en claro que era tu hijo —informé.

Rodó los ojos.

—Para mí no tenía sentido eso. Yo sabía que no nos habíamos acostado, así que lo único que podía pensar que Deme —Vaciló levemente antes de seguir. — trio Jr. era de otro.

Asentí con la cabeza, comprensivamente. Me acerqué a mi cama y me senté sobre ella. Uff, toda esa adrenalina en exceso me había agotado.

—Hay algo que no entiendo todavía. —Clavé mi mirada en sus ojos azulados. — ¡¿Qué hacía acostada contigo y desnuda ese día después de la fiesta?!

James se encogió de hombros, quitándole importancia a todo eso.

—¿Recuerdas haberte lanzado a la piscina?

Lo medité.

—Tal vez recuerda una exploración submarina que hice ese día —sonreí.

Bufó y llevó las manos hacia los bolsillos de los pantalones.

—La cosa es que te lanzaste a la piscina y yo te seguí. Cuando te rescaté, pediste que te besara. —Mi rostro se encendió como una explosión. ¿Yo había hecho esa cosa tan osada? Vaya, qué genial era borracha. — Y te iba a besar, me importa poco en ese momento quedar como un caballero o no. —Me lanzó una sonrisa de disculpa. — Ya sabes... llevaba mucho tiempo esperando aquello. Y pensé que sería buena idea para ayudarte a superar tu fobia.

Moví los brazos con desesperación para que se apurara, lo único que quería saber ahora era si lo había besado o no ese día.

—Y me besaste, ¿cierto?

Una mueca apareció en su rostro.

—Alcancé a rozar los labios contigo y cuando estaba a punto de... no sé, meterte la lengua o algo así, me di cuenta que estabas muerta en mis brazos. —Hizo un gesto técnico como si estuviese agarrando una mujer invisible. — Así que me alejé de ti y observé que estabas desmayada.

—Y ahí me violaste, en la piscina —terminé por él.

Me observó exasperado.

—Pero, Dios, ¿qué te hice para tener una impresión tan mala de mí?

—¿Haberte aprovechado de una mujer borracha?

—Te dije que no nos acostamos —insistió.

—Pero aún no entiendo por qué dormí contigo en la misma cama y más encima desnuda.

Lo meditó por unos segundos.

—Si lo pones de esa manera, me dejas como un violador —comentó. Me reprendió—. Pero no fue así, así que no lo vuelvas a mencionar en ese tono.

—Como sea. Entierra el clavo, que te vas por las ramas.

Pasó una mano por la barbilla.

—Como el caballero que soy, te agarré entre mis brazos musculosos y te llevé a la habitación. Te dejé sobre la cama, pero cuando intenté alejarme de ti, cruzaste los brazos por mi cuello y no me dejaste. —Claro, yo era la culpable de todo. Siempre yo, siempre yo. ¿De quién es la culpa? De Leah tenía que ser. — Y bueno, después logré alejar tus garras de mi apreciado cuerpo y murmuraste algo de que tenías frío y luego te llevaste las manos hacia las amarras del vestido. —Tomó aire antes de casi gritar. — ¡Y lo desamarraste! ¡Frente a mis ojos hambrientos!

Me hice la desentendida.

—Era una técnica para comprobar si eras o no caballero. Todo estaba fríamente calculado.

Soltó una sonrisa.

—Gracias por aquello, hiciste feliz a un ser humano. Podría decir que incluso ahora puedo morir en paz.

Solté un suspiro.

—Recuerdo la escena de haberme desabrochado el vestido, pero también recuerdo que tú —Lo apunté con mi dedo acusador. — acercaste tus manos pervertidas e intentaste tocar mis tetas. Y eso te convierte en un cerdo. Es más, no sé qué hacía besándote el otro día.

O'Connor dudó unos segundos antes de responder.

—En realidad, fue algo cercano a eso. O sea, deseaba tocarlas, pero lo que realmente quería hacer era agarrar el vestido para intentar cubrirte.

Sí, cómo no. El caballero de brillante armadura acababa de hacerse presente.

—Supongamos que te creo todo ese de ser un caballero... aún no entiendo por qué amanecí desnuda.

Soltó una sonrisa cuando pareció que su mente regresaba a ese momento en particular. Sus ojos brillaban.

—Cuando intenté cubrirte, saliste corriendo por la habitación, te quistaste la ropa... y te desplomaste. Así que te fui a recoger y te acosté... y bueno, me acosté a tu lado porque pensé que podías morirte con tu vómito, es algo que podría suceder.

Terminó con una sonrisa angelical.

Vaya mierda, seguro el muy imbécil me había corrido mano hasta que se había cansado.

—Por cierto —interrumpió James mis pensamientos—, ¿qué es eso?

Seguí la dirección que apuntaba su dedo y me encontró con nada más y nada menos que mi amado Dios Trípode.

—Eso —Apunté a Dios. —, es una larga historia que si quieres te cuento ahora.

Negó con la cabeza y se acercó hacia donde yo me encontraba sentada.

—Basta de conversación.

Acosada, me transformé en un charco de nerviosismos por el brusco cambio de tema, y por el hecho que O'Connor... ¡James!... estaba a punto de besarme otra vez. Y no me sentía muy preparada psicológicamente para aquello. Aún mi mente se reusaba a ser besada, a pesar del placer que sabía me esperaba con aquello. Era como una especie de temor sin fundamento, sólo ocasionada por la vieja costumbre. Pero, si quería que mi fobia se esfumara para siempre, debía enfrentarme a ella y seguir besando a O'Connor hasta que nunca más volviera a sentir miedo.

Un poco asustada, me puse de pie e intenté retroceder por el espacio vacío que había entre las dos cama. Sorpresivamente, mi espalda chocó contra la pared, en el mismo tiempo que su pecho tocaba el mío.

Pude sentir cada uno de nuestros latidos retumbar en nuestros pechos al unísono.

Latido.

Con delicadeza, James deslizó las manos por mi cintura hasta rodearla por completo.

Latido.

Enterró la nariz en mi cuello, en el pequeño escondite que quedaba entre el hombro y cuello.

Latido.

Crucé los brazos por detrás de su cuello.

Latido.

James alzó la cabeza.

Latido.

Nos miramos.

Latido.

Tuve miedo.

Latido.

Pero lo quería.

Latido.

Y por eso me atreví.

Latido.

Lo besé.

Y mi corazón dejó de latir por largo tiempo, y sentí que comenzaba a caer en un vacío lleno de desesperación. Mi corazón volvió a latir con más fuerza y cerré los ojos, intentando alejar esas sensaciones desagradables de mi cuerpo para centrarme en el momento.

La garganta se me cerró y, por largos segundos, creí que no sería capaz de soportarlo y que terminaría empujándolo, para así salir corriendo y esconderme un agujero.

Las manos me tiritaron y una lágrima cayó por mi mejilla.

James se apartó de mí de inmediato.

—¿Aún está el miedo?

Asentí, sintiendo patética, asqueándome por mi cobardía a algo tan estúpido, insignificante.

—No te preocupes —susurró, besando la lágrima—. Lo superaremos. Juntos.

«Te quiero», quise murmurar. «Te quiero tanto que duele».

Una lágrima cayó por mi mejilla.

—No entiendo por qué aún persiste el temor.

Me acarició la cabeza, tan suave como el roce de una pluma.

—Porque era una fobia, Leah, y es más que lógico que ésta no se supere de un día a otro.

No entendía.

—Pero me gustan tus besos —musité. Alzando la mirada y entrelazando el azul con el gris—. ¿Por qué sigo sintiendo miedo antes de empezar a besarte?

—Porque es demasiado pronto. —Besó mi frente y dejó sus labios ahí—. Cuando menos te lo esperes, habrás superado todo. Sólo dale tiempo al tiempo. Lo que más tenemos, es tiempo.

Me quedé un momento en silencio, manteniendo los ojos cerrados.

—¿Y si intento besarte yo y no tú a mí?

No lo dejé contestar. Me puse de puntillas y me acerqué a él. Vi sus ojos aletear y luego cerrarse lentamente. Me detuve levemente segundos a un suspiro de sus labios, carcomiéndome por dentro, luchando contra mis propios temores una vez más. Y el temor fue tan denso y oscuro, que estuve a punto de desistir y marcharme. Pero algo en sus ojos cerrados, confiando en mí completamente, me hizo acortar la distancia.

No podía decepcionarlo, no a él, no una vez más.

Con el corazón en la garganta, deslicé mis labios por los suyos. El vacío apareció a la altura de mi estómago y sentí que caía en un agujero. Apoyé mis manos en sus hombros y, poco a poco, fui profundizando el beso, en todo momento siendo yo la que tomaba las riendas. James sólo respondió, sólo se movió cuando yo lo hice, sólo replicó lo que yo hacía.

Y lentamente, como él lo había dicho, cuando menos me lo había esperado, ese vacío se llenó de placer y la temperatura fue aumentando. Y cuando mis labios dolían y latían a la par de los de él, cuando el miedo se había marchado, tal vez, por fin, James se alejó.

Con el ambiente plagado y cargado de sentimientos, susuró:

—Leah, ¿quieres ser mi novia?

Mi vida es un

DESASTRE

18

ÉL LO VALE.

Me retorcí con nerviosismos las manos, sentada en un elegante pasillo de la clínica donde había estado hospitalizada hace alrededor de una semana atrás. Hoy me quitarían los puntos de la cabeza, y yo no podía hacer más que pensar en la pregunta que me había hecho James ayer.

«Leah, ¿quieres ser mi novia?»

La voz grave resonó como eco en los confines de mi cerebro y apreté con fuerza el bolso que reposaba en mi regazo. Moví con nerviosismo la pierna, llevé una mano a mi boca y mordisqueé una uña, una mala costumbre que tenía al sentirme colapsada.

Cerré con fuerza los ojos y di un largo suspiro. ¿Qué haría...? ¿Qué haría con James y todo lo que provocaba en mí? James era demasiado abrumador para mí, James era todo lo que siempre había aborrecido mi vida...

James O'Connor era arrogante y de sonrisa fácil. James O'Connor era una de esas persona que, cuando entraban a una habitación, querían llamar la atención de toda la gente que estaba reunida. James O'Connor era ese sujeto que se sentaba a mi lado y exigía mi atención. James O'Connor era de los que se reían fuerte y entraban a todos los lugares con enorme zancadas, utilizando la camisa del uniforme desabrochada y los pantalones dentro de las botas desatadas.

James O'Connor era sexy, me molestaba admitirlo, pero lo era. James O'Connor era demasiado guapo para su enorme ego, era demasiado arrogante, demasiado asfixiante, demasiado James para mí. James O'Connor era demasiado masculino, demasiado hombre, demasiado O'Connor. James O'Connor era la persona que me hacía soltar una sonrisa, a pesar de que no quería hacerlo. James O'Connor era demasiado mujeriego, demasiado... demasiado todo para mí, porque cada vez que lo veía, sentía las emociones colapsando por su culpa. James O'Connor me hacía sentir demasiado insegura, demasiada llena de emociones, con demasiadas preguntas en la cabeza.

James O'Connor era demasiado James para mí y fin de la historia. Por esa razón jamás había querido que existiera un James y Leah, pero la boca me había castigado

y aquí me encontraba, hecha un caos por la cita que tendríamos. Quién lo hubiese imaginado, O'Connor y Howard en una cita.

Suspiré y me puse exactamente en la misma posición que había tomado James el día anterior con mi respuesta. No lo había rechazado, pero tampoco lo había aceptado. Simplemente me había limitado a susurrar un escueto «¿Y la primera cita?». Y debido a eso, debíamos encontrarnos en la noche, al costado del gimnasio, para tener una “cita” por algún lugar de la escuela.

—Segunda llamada para la señorita Howard, por favor presentarse en la sala número nueve.

Pestañeeé sorprendida y me puse de pie, enojada. Una vez más, O'Connor había hecho que olvidara completamente todo, incluso centrándome tanto en él que no había oído cuando me habían llamado la primera vez. Le recé a Trípode para que me hiciera olvidarlo pronto, al final y al cabo, como mis hermanos muy bien me lo habían dicho, una mujer como yo jamás podría estar con un hombre como él. Y no sólo referente a lo físico, sino que también era algo social. Nunca su círculo de amigos, excepto Blair que era un caso muy especial y Bella porque era mi mejor amiga, me aceptaría. Y al final terminarían rechazándolo a él por estar con una pordiosera. ¿Valdría la pena arriesgarse por algo que tenía fin...? Éramos agua y aceite. Tan opuestos como el agua y el mercurio. Mientras el agua prefería estar con otro elemento, el mercurio se refugiaba en sí mismo. James igual a agua, Leah igual a mercurio.

Entré a la habitación que me había mencionado la recepcionista. A los quince minutos, el parche sobre mi calvicie se había marchado. Por suerte, mi cabello era lo suficientemente desordenado y abundante para cubrir la pelada. Rezaba para que no viniese una ráfaga de viento y dejara al descubierto mi calvicie.

Cuando salí de la clínica, un furgón de la escuela me estaba esperando. Me subí a él para que me llevara a cumplir mi condena.

Llegué al internado a la hora de almuerzo. Me dirigí primero a mi cuarto, para dejar los papeles que había tenido que llevar a la clínica, y luego iría a buscar a Bella al casino para comer algo antes de que comenzaran las clases. En mi camino hasta los dormitorios, me crucé con algunas personas que me ignoraron monumentalmente. Desde que era conocida como la chica del sostén no-porno, si de por sí ya todos me odiaban, ahora lo hacían con más ganas, sobre todo mi compañera de cuarto llamada Simone, la que no dejaba de fulminarme con la mirada en todo momento. Aún me preguntaba qué le había hecho para que me odiase tanto.

Llegué a la estancia con rapidez y abrí la puerta, deseando que Simone no se encontrase ahí. Para mi mala suerte, ella estaba recostada en la cama. Sus ojos se abrieron, esos ojos que asemejaban a los de un gato, y me fulminaron.

—Llegó la perra arrastrada —susurró.

Hice como si no la hubiese escuchado, aunque sabía que mi rostro estaba sonrojado por la ira. No valía la pena pelear con ella, intenté convencerme. Y no lo valía, pero eso no quitaba que me diese rabia la situación.

—Parece que le comieron la lengua a la arrastrada.

Apreté los puños con ira. Mis orejas ardían por la rabia contenida y terminé lanzando el bolso sobre la cama con demasiada fuerza. Los papeles que había tenido dentro, se desparramaron por la cama y luego cayeron al suelo, alrededor del Dios Trípode y otras en diversas direcciones. La risa de Simone llenó la habitación con deleite.

Me acerqué a mi cama y recogí las hojas. Debajo de la cama, encontré un papel distinto al resto. Me estiré para recogerlo, mientras Simone aún reía encantada.

—Tonta, una pordiosera y torpe. No sé qué ven los hombres en ti.

«Mi simpatía», pensé irónicamente.

Contemplé el papel que tenía entre las manos, dándole la espalda a mi compañera de cuarto. El mal presentimiento me inundó, aunque eso no evitó que desplegara la hoja.

«¿Te habías olvidado de mí? Porque yo de ti no.»

Era la misma letra que las cartas anteriores: mi acosador había vuelto.

El sudor frío me inundó la frente y arrugué el papel con manos heladas y temblorosas.

—¿Qué te pasó, pobretona? —preguntó Simone, pude escuchar que se ponía de pie. Guardé rápidamente la hoja en el bolsillo de mi uniforme—. ¿Qué era lo que estabas leyendo con tanta atención, ratoncito de biblioteca?

Me puse de pie y giré. La sonrisa en el rostro de Simone hizo que el estómago se me revolviera. Agarré apresuradamente el bolso, poco importándome que no llevaba el cuaderno que me correspondía, y me lancé fuera del cuarto. Volé por las escaleras, todavía con esa sensación horrible de sentir que alguien me miraba, que alguien me seguía.

Llegué al plagado casino con la respiración agitada, temerosa y enojada por haber sentido un miedo tan enfermizo. No debía asustarme, simplemente debía ignorar todo aquello. Mi psicópata personal quería verme perder los estribos, hacerme caer, derrumbarme por el miedo. Y no lo permitiría, aunque, si me volvía a llegar otra carta, le contaría todo a James.

—¡Leah! —la voz de Bella me hizo salir de la ensoñación.

Alcé la vista para contemplarla sentada un par de mesas más allá con Blair. O'Connor no estaba a la vista. Me acerqué a ellos rígida por la adrenalina que había bombeado en grandes cantidades por mis venas.

Tanto Bella como Derek me observaron con atención al llegar a su lado.

—Te ves como la mierda —comentó Blair.

—¿Te sucedió algo, amiga? —preguntó con preocupación Bella.

Estuve a punto de contarles todos, de dejar escapar el vapor en la olla a presión. Pero me quedé en silencio y tomé asiento.

—No. —Me encogí de hombros, intentando verme despreocupada. — Sólo que vengo de quitarme los puntos.

Bella me abrazó con compasión.

—¡Verdad! —exclamó—. Pobrecita, debió haberte dolido horrores.

—Sí —mentí.

Mi sonrisa fue una mueca.

Derek siguió observándome con una ceja alzada. A continuación, se llevó una cucharada de comida a la boca y apartó la mirada.

—¿No tendrá algo que ver James con tu cara de zombie? —preguntó.

Me quedé un par de segundos en silencio, hasta que por fin reaccioné y respondí.

—No, no es nada con O'Connor.

—¿Segura? —interrogó. Alzó la mirada y sus ojos chocolates se clavaron en los míos con una fiereza que me dejó sin aliento—. ¿No tendrá algo que ver con que ayer te pidió ser su novia?

Solté un suspiro, mientras Bella chillaba conmovida. Dios, Bella parecía una adolescente de 13 años gritando por algún ídolo.

—¿Cómo es eso que James te pidió ser su novia?! —exclamó, indignada por no haberle contado nada de aquello.

Me encogió de hombros, avergonzada. Algunas cabezas se habían girado para oír nuestra conversación. Genial, lo único que me faltaba.

—Por favor, Bella, no vuelvas a gritar así —susurré.

Por otro lado, Derek siguió comiendo como si no le importara lo que estuviésemos hablando. Pero había algo en él... había algo en su postura que me decía que él oía mucho más de lo que yo creía.

—Lo siento —se disculpó la castaña. Se giró para fulminar a las personas que aún se encontraban mirándonos—. Fue la emoción. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro. — ¿Es cierto lo que dijo Derek?

—Por supuesto que lo es —respondió Derek. Se limpió la boca manchada en salsa de tomates—. Tuve que soportar una hora de hipótesis de James del por qué Leah lo rechazó.

Bella pareció que iba a tener un ataque al corazón en ese lugar. Fulminé con la mirada a Blair, mientras mi mejor amiga se ventilaba la cara con las manos.

—No lo rechacé —croé—. Sólo le pedí una cita. —Los miré a ambos. — Era lo mínimo, ni siquiera hemos salido juntos.

Bella volvió en sí.

—Te doy mi apoyo —informó. Tamboreó con los dedos sobre la mesa—. Creo que es demasiada información para mí —comentó sorprendidamente—. Necesito procesarla, ¿quieres que te vaya a buscar tu almuerzo?

Le asentí con una sonrisa y se marchó con aire ausente, dejándonos a Derek y a mí solos. La observé marcharse y ponerse a la fila, deseando tener su valentía para hablar con normalidad con un chico con el que había tenido intimidad.

Con el entrecejo fruncido, trasladé mi vista hacia Derek. Quedé sorprendida al sorprenderlo con sus ojos cafés clavos en mí.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y qué? —interrogué.

Dejó el tenedor sobre el plato vacío, que hace sólo unos minutos había contenido tantos tallarines como para alimentarme una semana. Intentó hacerse el desinteresado, como si, la pregunta que estaba a punto de realizar, no le importase. Pero había algo... había algo que me dijo que sí le interesaba.

—¿Le dirás que sí?

Me encogí de hombros.

—Sabes la respuesta.

Bajó la vista y agarró el vaso, con el que comenzó a jugar dándole vueltas por la mesa de madera.

—Entonces le dirás que sí. —No respondí, porque los dos conocíamos perfectamente la respuesta. — Lo quieres.

No era una pregunta y tampoco pretendió fingir que era una.

Me quedé en silencio hasta que Derek dejó de jugar con el vaso y levantó la mirada.

—¿Por qué tan interesado en saberlo? —pregunté, por fin.

Hizo una mueca con los labios.

—Simple curiosidad. Después de todo, James es mi mejor amigo y ya lleva un par de años rogándote para que salgas con él.

—Lo sé —susurré.

—Entonces —siguió Derek—, ¿le dirás que sí?

—Eso no importa realmente.

Guardó silencio.

—Sí, si importa —murmuró. Fue un susurro tan bajo que fue casi inaudible para mis oídos—. Hay unas cosas que James debe decirte, Leah. Cosas muy viejas que incluso él ya olvidó, pero que sé que terminarán volviendo. —Un aura de misterio lo rodeó. —Por mucho que uno corra del pasado, éste siempre terminará por alcanzarte.

Y con esas palabras, agarró la bandeja, se puso de pie y marchó. En el mismo momento que Bella llegaba a la mesa con mi comida, me puse de pie.

—Espérame un minuto, Bella.

Comencé a correr para alcanzar a Derek, que ya había dejado su bandeja en el mueble y había salido del casino. Crucé las puertas dobles y salí a los terrenos de la escuela. Miré hacia el pasillo techado ubicado a mi derecha y que pasaba por fuera de las salas de clase, pero no había nadie. Giré el rostro para mirar el pasillo izquierdo, que llevaba hacia las habitaciones, sin embargo tampoco lo encontré.

Se había esfumado.

El resto del día pasó en un estado extraño. Por un lado no podía quitarme de la cabeza lo que me había dicho Derek sobre James, y verlos en clase hablando muy animadamente, sólo hacía que la confusión aumentara en mi cabeza. ¿Sería verdad lo que me había confesado o estaría tomándome el pelo? No tenía más que suposiciones.

Cuando la clase terminó, hice todo mi esfuerzo para salir volando de la sala antes que James me alcanzara, pero él fue más rápido que yo.

Agarró la tira de mi bolso y me detuvo bruscamente.

—Hola —dijo. La sonrisa que llevaba en el rostro era despampanante—. No te vi durante todo el día.

—Anduve en la clínica quitándome los puntos.

Alzó el brazo y estaba a punto de acariciarme la mejilla, cuando me aparté de golpe. Miré para todos lados con temor. Y suspiré de alivio al ver que nadie se había percatado del gesto, sólo Bella, que me miraba con rostro vacío, y Derek, que nos observaba con las manos en los bolsillos del pantalón.

—En público no —lo reprendí.

Sus ojos azules lanzaron chispas ante la idea de eso.

—¿Por qué no? —preguntó, iracundo.

Me relamí los labios. ¿Por qué no? Porque... lo decía yo.

—Simplemente no —contesté—. No eres mi novio, no eres nada, así que no caricias en público.

Achicó los ojos y pude sentirme en llamas por la furia con la que me contemplaba.

—Te pedí que fueras mi novia y me pediste una cita. —Asentí. — Y tendremos esa cita en la noche, por ende mañana serás mi novia.

Estaba asintiendo distraídamente, pero me detuve de golpe.

—¿Quién te dio esa idea?

—Dijiste que no serías mi novia porque ni siquiera habíamos tenido una cita. Y la tendremos hoy, así que ese pero no existirá —explicó.

Me masajee la sien y lo obligué a soltar mi bolso para girarme. Comencé a caminar, sintiendo el eco de sus pasos siguiéndome por el corredor. Llegué a la escalera y bajé al primer piso para dirigirme hacia la biblioteca. Nerviosa, me metí

por el pasillo donde habíamos tenido un casi beso hace unas tres semanas atrás. Cuando estaba a punto de llegar a la salvación, un recinto vigilado por la bibliotecaria (durante el día y por las noches por cámaras) y donde no podría obligarme a nada, James agarró delicadamente mi brazo y me detuvo en seco.

— *¿Pourquoi, Leah?* —susurró, en francés— *.Ne me faites pas souffrir plus longtemps. Je ne sais pas si je le supporterai encore.*

«¿Por qué, Leah? No me hagas sufrir más. Yo no sé si lo soportaría otra vez.»

Su mirada parecía tan dolida, tan suplicante, tan desgarradora, que no fui capaz de seguir observándolo y clavé mi vista en mis feos y gastados zapatos.

—No te hago sufrir —musité.

¿Qué me sucedía? ¿Por qué estaba haciendo eso? ¿A qué le tenía miedo ahora? ¿A ser más rechazada en el internado por salir con James...? No, no, ese no era mi miedo. Mi temor era por él, porque sabía que saldría perjudicado con nuestra relación. Y si comenzábamos un *algo...* nada bueno podría traer aquello a su vida.

Se quedó en silencio hasta que fui obligada a alzar la vista lentamente. Mirar sus ojos me dolió.

—*J'ai toujours peur que vous disiez quelque chose qui me fasse souffrir.*

«Siempre tengo miedo que digas algo que me haga sufrir.»

Fue como un golpe directo en el estómago, que me cortó el aire y me hizo jadear. Oh, Dios mío.

Mis ojos lagrimearon.

—No tienes por qué temer a nada —susurró, esta vez en nuestro idioma.

Tomó mis heladas manos con las suyas y no lo soporté: me lancé en sus brazos y enterré mi rostro en su uniforme.

—Todo esto es tan difícil, James —dije ahogadamente.

El olor de su perfume de deseño, mientras sus manos en mi espalda me relajaron contra él.

—Debe ser un poco difícil admitir que te gusta la misma persona que decías odiar tanto.

Maldito engreído y pomposo.

Lo amaba.

—Y, James —susurré—. Sí, sí quiero ser tu novia.

Terminamos encerrado en una sala vacía, con las manos de James rodeándome la cintura y mi pecho apoyado contra la fría pared. Mis senos subían y bajaban con rapidez y pesadez, a la misma vez que el pecho de James chocaba contra mi espalda con cada inspiración. Su cálido aliento removía los mechones de mi nuca, lanzando chispas de placer por todo mi cuerpo.

Una mano se alejó de mi cintura y fue deslizándose por mi espalda, hasta llegar a su destino: mi cuello. Sus dedos tocaron el dobladillo de la blusa y la corrieron a un lado. Su boca estuvo en ese lugar, besando los centímetros de piel que había

dejado al descubierto. Mi espalda se tensó por la invasión y mi respiración salió en jadeos audibles. Los besos fueron ascendiendo por el cuello para llegar detrás de la oreja, donde la respiración de él se oía con fuerza.

Sus dientes mordieron el lóbulo.

Mi cuerpo se tensó tanto, que me puse de puntillas y me apagué a él, con la curva de mi trasero rozando su pelvis. Mi cabeza cayó hacia atrás, dejando al descubierto toda la prolongación del cuello.

—James —gemí.

La mano se formó un puño, arrastrando el chaleco con el movimiento y dejando el uniforme al descubierto. Esa misma mano se metió por debajo, acariciándome la cintura que deseé estuviese desnuda. Se deslizó por ella hacia arriba, hasta llegar al borde de mi seno. Se detuvo por unos segundos, pidiendo permiso, suplicando, rogando, que lo dejara, que dijera algo para hacer subir a esa mano intrusa.

Solté un gemido y me apreté más a él, alzando mis senos con una respiración profunda.

James no necesitó más invitación que aquella. La palma de su mano cubrió por completo mi seno y apretó con suavidad, como si estuviera comprobado el tamaño y peso de él.

Oh, Dios, estaba tan, tan, tan, tan absolutamente e increíblemente...

Se oyeron voces en el pasillo y fue como si me lanzaran un balde de agua fría de golpe.

Me lancé hacia un lado, alejándome de James y su mano curiosa. Mi cadera se estrelló contra un banco y estuve a punto de caerme de bruces. Con ambas manos sobre la mesa, lo miré con los ojos abiertos, horrorizada que alguien pudiera descubrirnos. Su respiración era superficial y sus ojos estaban velados por la excitación.

Nos quedamos mirando en agonía, con las respiraciones agitadas, con los ojos empañados por la pasión.

Finalmente, y tras lo que pareció una agonía, las voces se extinguieron.

—Lo siento por apurar las cosas —susurró, ahogadamente.

Se acercó a un banco y se sentó sobre él. Me hizo una seña con la mano para que me acercara hacia él. Dudé, no sabía si hacerle caso cuando nuestras hormonas seguían alborotadas.

— No te haré nada —informó—. Mantendré mis manos para mí.

Vacilé antes de acercarme. Tomé asiento a su lado.

—Creo que es mejor que comiences a guardar las manos para ti mismo, campeón.

James se limitó a pestañar, extrañado.

—Pero parecía gustarte.

Me sonrojé.

—Ha-hablo e-en s-serio, O'Connor —tartamudeé, contemplando el suelo—, tienes que comportarte.

Me miró como un pavo real con las plumas alborotadas. Más que plumas alborotadas, parecía una gallina a punto de comenzar a cacarear por la indignación. Hasta sus brazos, ahora cruzados sobre su pecho, se volvían un atractivo más para la representación de orgullo herido.

Deseé besarlo con una intensidad que daba miedo.

El amor convertía a la mente en un ser débil.

Me puse de pie y caminé hacia la puerta.

—Pareces una vieja, O'Connor —anuncié, con la mano sobre el pomo.

—¿Sabes que será una tortura el tiempo que entre nosotros no pase nada? —preguntó, volviendo al tema anterior. Asentí—. Pero por ti puedo esperar una vida entera.

Si aún me quedaban dudas sobre el tema, se esfumaron para siempre.

James valía todos los dolores de cabeza que vendrían.

Mi vida es un

DESASTRE

19

CÓMO ARRUINAR EL MOMENTO, POR JAMES O'CONNOR.

Quedamos que nos juntaríamos a las once de la noche en el patio de la escuela. Y yo cumplí demasiado bien la promesa. Tan bien que a las diez y media ya me encontraba apoyada contra una de las paredes del estadio, a la espera de que pasase la hora para que O'Co... James llegase a nuestro encuentro.

Por vigésima quinta vez, cambié de posición y observé la hora: 22.37. Aún falta mucho para que James se hiciera presente.

Me mordí el labio con nerviosísimo y también, por vigésima quinta vez, analicé mi aspecto. Como sabía que terminaría revolcándome con O'Connor en algún lugar, porque era lo que más deseaba en ese momento y estaba decidida a hacerlo en algún nivel, me había puesto unos jean para dificultarle el camino y no verme tan fácil. Pero, la verdad, había estado a punto de ponerme un vestido. Y con él sólo le hubiese bastado con subirlo unos centímetros, separarme las piernas, correr mi ropa interior y...

Me abaniqué el rostro. Dios, la noche estaba calurosa, a pesar de que los termómetros sólo marcaban 15°C.

Tal vez no debería tomarme tan a la ligera el sexo con O'Connor. Las nuevas generaciones deberían tomarse con más seriedad acostarse con alguien...

¡Ah, qué demonios!

Estaba caliente, fin de la historia. James me calentaba, fin de la historia. Llevaba toda la tarde sintiéndome excitada, fin de la historia. Él me...

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, empezando en la nuca y deslizándose por ella hasta las extremidades. Los vellos de la piel se me erizaron, y esa sensación de ser observada, me invadió.

Me giré.

La noche intentó eclipsar esos ojos azules que me contemplaban, pero fue imposible. Brillaban demasiado, eran demasiado hermosos para ser ocultados alguna vez.

James O'Connor estaba frente de mí.

Él, siempre él. El chico que me observaba cada tarde, el muchacho dueño de los ojos azules que se dedicaban a seguirme donde sea que me dirigiera. Siempre ahí, como ahora, posados en mí. No importaba si nos separaba un mar de gentes, porque siempre hallábamos la manera para que nuestras miradas se encontraran y... y luego seguir con lo nuestro. Y es que era imposible no contemplarlos, cuando me cautivaban de tal manera.

Incliné la cabeza ligeramente, invitándolo a que se acercara a buscarme. Pero James se limitó a quedarse oculto entre las sombras.

Divisé rastros de una sonrisa blanca. Me estaba provocando.

Me volteé y, antes de comenzar a alejarme con paso despreocupado, le sonreí por sobre el hombro.

No necesitó más que aquello y, mientras me alejaba del estadio y empezaba a acercarme al murallón que nos separaba de la libertad, pude sentir su presencia a unos metros detrás.

Llegué hasta la muralla y... no lo oí, no lo sentí. Nunca supe que él se me había acercado tan repentinamente.

Mi brazo fue tomado, impidiéndome el avance. Me giró y mis ojos quedaron entrelazados con la mirada azul que me quemaba, que me encendía.

Antes de que lograra hacer conexión, mi espalda fue apoyada contra la pared de piedra que estaba detrás de mí.

—¿James...?

Mis labios fueron cubiertos y me tragué cada una de las palabras que había querido decir. Y tampoco me importaba.

Entrelacé los brazos por detrás de su cuello y fundí los labios con los de él, poco interesándome que nada tuviera sentido. Un gemido escapó de lo más profundo de mi garganta y mi cuerpo se apegó más al del chico, sintiendo mis curvas amoldarse a él y sólo a él.

Oh, Dios mío. ¿Por qué provocaba tantas cosas en mí? Lo detestaba por eso.

—Sabes que te odio, ¿cierto? —susurré.

—Puedo vivir con ello.

No hablamos más.

Lentamente, James deslizó las manos por mi espalda, levantándose la chaqueta y la blusa. Apoyó las frías palmas en mi afiebrada piel y siseé. Hacía calor, tenía tanto calor. Hervía, me quemaba. Estaba afiebrada.

Despegué los labios de él y gemí con suavidad.

—No debemos, alguien podría vernos —susurré.

No tomó en cuenta mis palabras y sólo se limitó a direccionar sus labios hacia mi cuello y succionar la vena que palpitaba visiblemente.

Oooooooh, oooooooh, demonioooooos.

Me rendí.

—Podríamos ir a una... —Gemí. — una... una...

—¿Una qué? —murmuró, contra mi piel.

Volví a gemir.

Demonios, ¿qué estaba pensando...? ¡No podía concentrarme con esas man...!

Oh, Dios.

Ooooooooooh, ooooooooooooooooooooooh.

Debía alejarme de ese demonio. No podía... oooooh.

Intenté moverme levemente hacia atrás, pero James apretó sus brazos por mi cintura y luego, lentamente y viéndose como un felino, levantó la mirada. Sus ojos azules estaban brillando por el deseo y yo... y yo...

Auxilio.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó.

Perro, se había detenido justo... justo... justo... ¡Justo cuando ardía en llamas...!

¡Cuando quería que siguiera haciendo lo-que-sea-que-estaba-haciendo en mi cuello!

Lo miré fijamente, trasmitiéndole todo con mi mirada. Pero pareció no entenderlo, porque siguió contemplándome a la espera de una respuesta.

Me mordí el labio.

Debía ser fuerte, debía resistir a la tentación...

Oh, joder.

—Podríamos ir a un lugar más privado.

¿Qué? Mátenme. Era fácil. Aunque a mi favor podía decir que era imposible ser difícil en una situación así.

Se lamió los labios, su mirada siguió el borde de mi cuello y se clavó en mi respiración agitada (tetas).

—Hay, por decirlo de algún modo, una casa vacía dentro del internado —sugirió despacio, palpando la situación como si fuera un campo minado.

—¿Y qué estamos haciendo aquí, entonces? —croé.

Yo había advertido: estaba en una especie de frenesí sexual. ¿Sería posible que, tantos años de celibato, se hubieran liberado de golpe?

Le agarré la mano y, estaba tirando de él para márchanos, cuando me detuvo.

—Si nos pillan podrían expulsarnos —dijo.

Fruncí el ceño.

Ahí se iba por la borda un intento...

—Pero te prometo que no será así —continuó, cortando en seco mis pensamientos miserables.

—Soy toda tuya —susurré.

La sonrisa lobuna que me lanzó, me subió el corazón a la garganta. Se acercó a mis labios y, rozándolos con sutileza, musitó.

—No sabes cuánto deseo que así sea.

Ahí perdí todos los “peros” que podía tener con respecto a perder mi virginidad esa noche.

Entrelazamos nuestras manos y dejé que me llevara donde sea, hasta el fin del mundo... que resultó ser una puerta ubicada detrás del estadio.

—Pensé que la casa sería más como una casa y menos como un armario para un rapidito —comenté.

Tenía que admitirlo, se me había bajado un poco la calentura ante aquello.

James rodó los ojos.

—Es algo más que un armario. —Metió las manos en sus pantalones y, tras rebuscar algo, sacó unas llaves. Se acercó a la puerta y yo me quedé mirándolo desde mi sitio. Miró hacia atrás y algo debió haber visto en mi rostro, porque suspiró. — Te arrepentiste, ¿cierto?

Sí, en cierto punto sí. Pero... el orgullo me hizo responder.

—Por supuesto que no. Sólo meditaba si valías la pena una expulsión. —Me acerqué y le sonreí. —Y comprendí que sí lo vales.

Se lanzó sobre mí para devorar mis labios como si jamás los hubiese probado. Se separó con una sonrisa tan grande, que pensé quedaría ciega ante tanta blancura.

—Creo que es lo más hermoso que te he oído decir en la vida, luego de mi nombre siendo susurrado por ti, obviamente.

Esa parte de mí que no salía, la pícara y coqueta, y que intentaba matar con veneno cada vez que sentía su presencia bajo mi piel, escapó.

—Puedo decirte algo más hermoso. —Acerqué mis labios a su oreja y susurré: — Quiero hacerlo contigo.

Lo siguiente que supe, es que James le daba con el hombro a la puerta para abrirla tras haberse quedado atascada a mitad de camino. Me agarró de una mano y me tiró dentro de la oscuridad, dentro de esa cueva y refugio para nuestro amor.

—Eh... más espacio, James.

Siguió aún más rápido, como si conociera ese lugar de memoria.

—Ni soñar. He esperado demasiados años por esto y no quiero que te arrepientas en el camino.

Solté una risita, mientras seguíamos en movimiento.

—Por supuesto que no me voy a arrepentir.

—Sólo prevengo.

James se detuvo.

Intenté ver a nuestro alrededor.

—¿Qué es esto, de todos modos?

Lo oí moverse a mí alrededor.

—Un almacén donde guardan los implementos deportivos.

—¿Y tienes llaves de él porque eres capitán del equipo de fútbol...?

Pasó por mi lado. Bufó.

—Por supuesto que no. Se las robé al entrenador.

Ahora entendía por qué pensaba que nos podrían expulsar si nos descubrían.

—¿Habías planificado revolcarte conmigo hoy y por eso robaste las llaves?

No sabía si sentirme ofendida o halagada. Tuve una mezcla de ambas cosas.

Se golpeó con algo y se oyó el estruendo de algo en el suelo. Una luz se prendió de golpe y puede observarlo, a unos tres metros, con el entrecejo fruncido.

—Qué mal concepto tienes de mí. —Su entrecejo se frunció aún más. — Pero no, las robé hace mucho tiempo. Con Derek venimos a fumar aquí.

Y con fumar no se refería al tabaco.

—Ah —solté, avergonzada.

Para matar la vergüenza naciente, observé nuestro alrededor, a las estanterías con pelotas, los sacos con cuerdas, las colchonetas y los cajones para hacer los Saltos a cajón o caballete. Todo tenía una capa de polvo cubriéndola, excepto las colchonetas.

—Creo que nadie...

James me cortó con un beso y sus manos estuvieron por todos lados, como si tuviera ocho brazos y no sólo dos. Me sentó en le encimera y deslizó las palma de sus manos por sobre mis jean...

Oh.

... y más arriba.

Oh.

Cambió de dirección y me quitó la chaqueta a tirones cuando ésta se enredó en mis brazos. Solté una risa que murió con otro beso.

Gemí.

Repentinamente, y sin haberlo esperado, agarró mis piernas y me hizo rodearle la cintura. Luego, me tenía entre sus brazos y nos tambaleábamos por la enorme habitación vacía, mientras James medio me besaba y medio buscaba algo para tendernos.

Éramos un desastre.

Me reí todo el camino hasta que mi espalda chocó contra una repisa.

—Ouch —me quejé—. Más despacio.

—Lo siento —susurró.

Sus manos temblaban acariciando con suavidad donde me había golpeado.

Volví a reír.

Dios, estaba tan excitada/divertida/enamorada. Era una mala combinación, porque sólo aumentaba mis niveles de excitaciones hasta un punto sin retorno. Y no me importaba, porque lo quería ahora, a mi lado, protegiéndome, abrazándome, acariciándome y diciendo que todo iba a estar bien.

Poco me importaba que pudiera ser expulsada, que estábamos en una en ese sitio prohibido... poco me importaba todo eso, porque la necesidad era más fuerte que cualquier cosa.

La adrenalina de poder ser pillada, las manos de James tocándome, sus labios besándome, deslizando mis brazos por su cadera y tocando su trasero como en todos mis sueños eróticos....

Era demasiado.

El corazón me latía con fuerza. Giramos y después estaba tendida en una colchoneta, con James entre mis piernas y mi espalda curvada, buscando desesperada el toque de James.

Volvímos a girar y yo me posicioné sobre él. Llevó las manos a la cinturilla de mi pantalón y me miró, como si pidiera permiso. Hice un pequeño movimiento y no necesitó más. Desabrochó el pantalón y me quitó la camiseta por sobre mi cabeza, tomando asiento bajo mi. Con mis senos a la altura de rostro, vi su mirada derretirse ante los dos montes que llenaban tan a la perfección mi sostén.

—Hermosos —gimió.

Por lo menos llevaba un brasier decente, nada de esos blancos percutidos o con agujeros.

Acercó la cara y su respiración me hizo cosquilla. Alzó una mano, corrió levemente la copa del sostén y tomó mi seno con la mano, acariciando suavemente mi pezón con el dedo pulgar.

Sufrí una especie de vergüenza mortal mezclado con un placer culpable... culpable porque no debería sentirme tan excitada la primera vez, todo me lo habían advertido.

Con sus ojos azules clavado en mi rostro, fue acercando sus labios a mi seno descubierto. Una O muda se dibujó en mi boca, mientras moría de indecisión al no saber si apartarme de él o dejar que hiciera lo que tenía planificado hacer.

—Relájate —murmuró contra la curva de mi seno.

Me estremecí con la caricia. Y quise hacer lo que me pedía y dejarme llevar. Pero tenía tanta vergüenza. Era la primera vez que me acariciaban así, que me veían de esa manera, que estaba tan excita, que tenía tanto temor por lo desconocido.

Y mientras yo me distraía con mis divagaciones mentales, sobre si dejarlo o no, James hizo de las suyas. Di un pequeño brinco sobre él cuando sentí a su lengua tocar mi pezón.

—¿Ves? Ya lo hice y no se acabó el mundo.

Sí, no había explotado, por suerte, de vergüenza.

Sus ojos azules parecieron derretirse.

Volvió a hacer el mismo movimiento y me tensé, observándolo casi horrorizada por lo que hacía. Con una sonrisa, le dio una succión, que hizo que, cada nervio de mi cuerpo, se concentrara en esa zona.

Mi cabeza cayó hacia atrás, con un gemido mudo atascado en mi garganta. Deslicé mis manos por sus hombros y enterré mis uñas en ese sector.

Lentamente, el cuerpo de James fue deslizándose por la colchoneta y recostándose. Involuntariamente, mis caderas hicieron un movimiento pélvico que lo hizo gemir profundamente y llevar sus manos a mi cadera para aumentar la presión. Su cabeza cayó totalmente sobre el colchón, como un adonis de cabello oscuro.

—Leah, debemos detenernos —murmuró. Sus pestañas aleteaban en un intento de mantener los ojos abiertos. Negué con la cabeza despacio. Siguió entre dientes: — No. Quiero. Que. Te. Arrepientas.

Pero yo sí quería: ahí, en ese lugar y hoy.

—James —solté. Mi voz salió grave, muy grave—, quiero hacerlo. Ahora, aquí.

Los ojos de James se abrieron sorprendidos, impactados. Las pupilas se le dilataron de manera automática.

—Te dolerá, ¿sabes?

—Sí.

Se lamió los labios.

—Tal vez más que a una virgen normal —continuó.

Tomé aire.

—Sí.

—Leah —Se puso serio, entre lo serio que se podía poner con un bulto en su pantalón y clavándome ahí abajo. —, yo la tengo grande.

Solté una especie de risa de cerdo, resoplido e hipo.

—Dime algo que no sepa.

Suspiró.

—No estás entiendo. —Volvió a suspirar. — Leah, tú estarás extremadamente apretada allá abajo...

—Estás matando todo el romanticismo —informé.

—... y yo no soy muy diminuto. Tengo que ser extremadamente cuidadoso con hacerlo con mujeres no vírgenes y contigo...

Se le fue la voz y me lanzó una mirada tan desamparada que conmovió hasta lo más profundo de mi alma.

—No me harás daño —le dije.

Negó suavemente con la cabeza.

—Lo haré, lo sé. Estoy demasiado nervioso para hacer las cosas bien.

Ough.

Hice lo único que se me ocurrió en ese momento: le agarré el rostro entre las manos y lo besé, sin temor, sin el más mínimo sentimiento. Y luego las cosas se fueron calentando como un horno. Terminé de espalda en el colchón, con James

entre mis piernas, sus pantalones en la rodilla, mi sostén en la cintura y los ojos cerrados y un gemido atascado en alguna parte de mi garganta.

James hizo un movimiento pélvico...

Mis ojos se pusieron blanco y solté un gemido que salió del fondo de mi garganta.

Al recuperarme de esa... esa... esa maravilla de la naturaleza, pesada y lentamente, abrí los ojos y contemplé sus parpados caídos, el perfil de sus cejas, su nariz recta y los labios rojos e hinchados por mis besos.

Lo quería... mentía, no lo quería. Yo lo amaba con una desesperación que me enloquecía.

Se inclinó para besarme, mientras llevaba sus manos a mis pantalones para jalarlos hacia abajo.

—Espera, James... espera.

Separé mi cara de él para que no pudiera interrumpirme con un beso.

El rostro de James estaba sudoroso y velado por el placer. Sus labios hinchados y sus ojos de un azul profundo.

Y de pronto se me fue todo el temor, ese miedo que había sentido de decirle esas dos simples palabras antes.

—Tengo que decirte algo —susurré.

Intentó besarme, pero me alejé rápidamente.

—No, no, James —protesté—. Es en serio.

—¿Pero tiene que ser ahora? —gimió. Se miró los pantalones en las rodillas y su entrepierna sólo cubierta por la ropa interior—. ¿Es que acaso me vas a decir que me amas o algo así...?

Comenzó a reír y se detuvo tan de golpe como empezó, mientras mi rostro se iba transfigurando poco a poco. Lo empujé por el pecho y cayó a mi lado, con rostro impactado.

—Oh, joder, Leah. —Hizo un ademán de agarrarme las manos, pero lo golpeé—. Oh, joder, joder, joder, joder... Leah, no lo sabías. Lo siento, lo siento.

Me senté en la cama y me arreglé el sostén, que había estado en mi cintura.

James me agarró de los hombros y me tendió de espalda. Cubrió mi cuerpo con el suyo.

—Leah, perdóname. Soy un estúpido. Un imbécil. No merezco perdón... pero perdóname.

Apreté la mandíbula con fuerza. Tan enojada que tenía ganas de llorar. Por fin... por fin después de tanto años estaba dispuesta a decirle que lo «Amaba» y... y...

—Leah, si hubiese sabido, jamás... oh, joder, joder. —Se apoyó en los codos y acercó su rostro tanto como era humanamente posible—. Eres todo para mí, Leah. Todo el mundo lo sabe. Y yo... no pensé que algún día tú podrías sentir algo por mí.

No importaba cuántas cosas me dijera en ese momento, porque estaba demasiado furiosa para agradecerlo.

—Déjame marchar —le pedí, al borde de las lágrimas.

Besó mis labios. Sus manos tiritaban y sus ojos estaban velados por la desesperación.

—Leah, por favor —suplicó, en agonía.

—Simplemente, me quiero marchar.

Tras largos segundos de indecisión, donde se limitó a mirarme con el alma en los ojos, se bajó de arriba mía y se arregló el pantalón con aire miserable.

Me senté en la cama y terminé de arreglar mi ropa. Cuando terminé, me puse de pie y caminé para alejarme de él. Cada paso que di, fue replicado por James unos pasos más atrás. Podía sentir su presencia calentando mi espalda.

—Leah, no me odies —pidió.

Llegué a la puerta.

No podía creer que se había reído de mí...

Me agarró de la mano.

—Leah, habla conmigo. Sabes que nunca me habría reído si hubiese sabido que...

—Pero lo hiciste. El daño ya está hecho.

James debía ganarse un premio por imbécil. No, con eso no bastaba. Era tan estúpido que debería hacer un libro titulado "Cómo arruinar el momento, por James O'Connor", donde su primer capítulo sería "Existir", luego seguiría con "Ser estúpido" y terminaría con "Reírme de mi novia antes del mete y saca".

Estaba a nano segundos de abrir para ir a mi cuarto y hundirme en la miseria, cuando O'Connor me interrumpió una vez más.

—Saldré yo primero para comprobar que no hay nadie —musitó.

Me encogí de hombros y di un paso atrás. De pronto, deseé que lo pillaran y lo suspendieran por un tiempo de la escuela, lo último que quería era ir mañana a clases y encontrármelo de frente, sabiendo todo lo que había ocurrido entre nosotros (Me había visto las tetas).

Con una mirada de tristeza en su máximo apogeo, volteó el rostro, abrió la puerta y salió.

—¿Quién anda ahí?! —escuché que alguien gritaba.

Acto seguido, James cerró la puerta detrás de él y yo quedé dentro en plena oscuridad, con el corazón desbocado y manos sudorosas.

Era el final. Mis deseos se habían cumplido y habían pillado a James... y tal vez a mí.

No perdí el tiempo y me escondí en la parte más baja de la estantería, detrás de unos sacos con cuerdas.

—¿Qué hacía usted ahí y cómo entró? —oí que preguntaba una voz adulta. O'Connor no contestó—. ¿Estaba con alguien, muchachito?

Oh, Dios.

Había tocado fondo.

—No —respondió James.

Lo amaba...

—¿Y qué hacía ahí solo, entonces?

—Nada.

...pero no era muy genio.

—¿Y espera que le crea que, a las 12 de la noche, estaba sólo en un armario? —Oí que la puerta se movía y morí en agonía. — Alumno, córrase, por favor.

Y O'Connor lo hizo, porque la puerta se abrió de golpe y un hombre, el profesor que me había hecho matemáticas el primer año que había estado en el internado, entró y prendió la luz. Me apagué tanto a la pared, hecha un completo ovillo, que podría pasar por un saco de papas.

Largos segundos transcurrieron donde el profesor Guzmán observaba todo a su alrededor, a la busca de alguien escondido.

Tras un rato, O'Connor rompió el silencio.

—Le dije que estaba solo.

Y en ese momento, cuando creí que me había salvado y que no me expulsarían de la escuela, el profesor clavó los ojos justo en el punto donde yo estaba acurrucada. Caminó hacia mí. James se percató de mi escondite.

—La verdad, le mentí —comenzó, apresuradamente y poniéndose en su camino, dándome la espalda—. Le robé las llaves al entrenador para venir a fumar.

Cerré los ojos con fuerza y, si es que era humanamente posible, me enamoré más de ese hombre. Se había sacrificado por mí... por mí.

Al abrir los ojos, vi el rostro del profesor transfigurarse, agarrar a James del brazo y susurrar cosas como «será expulsado», «estará en detención» y «lo mejor que podría pasarle es que lo suspendan».

La puerta se cerró detrás de los dos y, lo peor que podría suceder en el mundo, ocurrió: cerraron con llave.

Me había quedado atrapada.

Seis horas y cinco minutos. Eso era el tiempo que llevaba en ese sitio sin otra salida que no fuera una puerta cerrada con llave. Y, por mucho que la había zamarreado, golpeado y gritado para que me sacaran de ahí, sin ya importarme la expulsión, nada había ocurrido.

Cambié de posición en la colchoneta.

Moriría en ese lugar. Ese era mi fin, ese...

Se oyó unas llaves y la puerta se abrió.

Desorientada, dirigí mi mirada hacia la abertura y tuve que cerrar los ojos por leves instantes. Cuando los abrí, fui capaz de observar el cielo rosado y una silueta a contra luz: mi salvador.

—Así que James no mentía —comentó el sujeto.

Reconocí la voz de inmediato, era Derek.

—¿Blair? —susurré.

—A sus órdenes. —Hizo un movimiento burlesco. — He venido a rescatar a la princesa.

—¿Y James...? —Me senté en la colchoneta. — ¿Dónde está James?

—Lo suspendieron por el resto de la semana —comentó—. Y me llamó para decirme que estabas encerrada aquí. Una pena que me haya quedado dormido después. —Se rió. —Si no fuera porque James me llamó otra vez, para comprobar cómo me había ido con el rescate, todavía estarías aquí. La verdad, se me había olvidado que existías. Y agradece que con James le hayamos sacado una copia a la llave.

Me puse de pie.

—No sé si agradecerte o descuartizarte.

—Claramente, deberías agradecerme, peli-peli. —Suspiró, teatralmente. — Quién hubiese pensando que la correcta Howard se arriesgaría a ser expulsada para revolcarse con el ser que odia. Creo que algo funciona mal en tu cerebro.

Llegué a su lado.

—Cállate, no estoy de humor.

—Y tampoco tienes muy buen aliento.

Rodé los ojos y lo aparté de mi camino.

—¿Y mi beso de muchas gracias por venir a salvarte de la muerte?

Salí al aire libre y estuve a punto de lanzarme de cara al suelo para besarlo. Me contuve a duras penas.

—Sigue esperándolo.

—Bueno, mejor. —Se puso a mi lado. En ese momento, me fijé que tenía el cabello alborotado y llevaba pijama. — Con ese aliento, ¿quién querría siquiera acercarse?

—Cierra el pico, Blair.

Lo que, en lenguaje común y corriente, significaba: me has salvado la vida.

20

DERMATÓLOGO.

No vi a O'Connor durante todo lo que quedaba de semana y lo agradecía, porque, a pesar de que en mi interior lo amaba por sacrificarse, aún lo odiaba, profundamente, por haberse reído de mí cuando había querido confesarle mi amor eterno. Así que el viernes había salido disparada del internado y me había escondido de él, cuando lo había visto esperarme en la entrada de la escuela con un ramo de flores.

Patético.

O sea, todos regalaban flores para pedir disculpa. Y yo no caí con trucos baratos. Tal vez si hubiese llegado con una caja con libros, hubiese ido corriendo a nuestro reencuentro. Pero fueron flores, así que no valía la pena el esfuerzo de eliminar la ira dentro de mí.

El sábado por la mañana, mamá me levantó temprano porque tenía hora el dermatólogo. Yo, al ser pelirroja de piel clara y con unas pocas pecas por el cuerpo, debía ir cada cierto tiempo a hacerme un chequeo completo para ver cómo andaba con el sol.

En un estado lúgubre, por tener que levantarme temprano un jodido sábado, que era como un día internacional para dormir hasta tarde, salí de la casa y me detuve de golpe.

Horrorizada, observé el automóvil de James estacionado en la calle. De inmediato, me lancé hacia un lado y aterricé entre los arbusto que estaban pegado a la pared de la casa. Con el cabello enredado entre las ramas, múltiples rasguños, intenté acomodarme mejor para poder mirar entre las hojas... hasta que fui agarrada de un brazo y sacada de esa cama espinosa.

El entrecejo fruncido de James me saludó.

—Hola —dije, sonriendo.

Intenté peinar mi cabello, aunque la palabra decente no estaba cerca para describir mi peinado.

—¿Te estabas ocultando de mi? —preguntó.

Bufé.

—¡Pos supuesto que no! —exclamé—. Como si tú fueras tan importante o algo por el estilo. —Me crucé de brazos. — Simplemente... eh... me... ¡me tropecé! ¡Y

luego me fui así para el lado y...! ¡Paf! Me había estrellado contra el arbusto. — Volví a sonreírle a su entrecejo fruncido. Yo estaba comportándome como una estúpida. — Ni siquiera te había visto. — Recordé las razones del por qué estaba enojada con él. — ¿Y qué mierda haces aquí?

Su entrecejo se frunció aún más.

Oh, dios Trípode, ¿por qué tenía que ser tan jodidamente atractivo? Deseé tirarme en sus brazos, montarlo como un koala y exigirle que me violara.... Aunque técnicamente no sería una violación, porque de que quería, quería y mucho.

— Tenemos que hablar sobre lo del otro día — respondió.

Alcé el mentón, fingiendo indignación.

— ¿Me vas a rogar? — pregunté, altanera.

— No — contestó, orgulloso. Al ver mi entrecejo fruncido, continuó: — Sólo si es estrictamente necesario, cosa que no lo veo así... así que creo que no.

Lo fulminé con la mirada.

¡Era tan... tan... tan...! ¡Agh! ¡Indignante! ¡Maldito hijo de la gran mamá! ¿Quería que lo perdonara sin suplicarme por aquello? Pues... pues... ¡No lo pensaba hacer!

— Entonces... — Tomé aire. — ¡Puedes irte a la mierda! No pienso hablar contigo.

Me alejé furiosa y pisando pesadamente. De seguro parecía un orangután pelirrojo enojado. Muy enojado.

O'Connor trotó para llegar a mi lado.

— Si no quieres hablar conmigo, entonces... — Guardó silencio. — Entonces, te seguiré durante todo el día.

Me golpeé el oído.

— Creo que tengo una mosca molestosa en el oído.

Estaba segura que él había rodado los ojos.

— ¡Qué madurez! — exclamó.

— Y sigue el mono poto colorado intentando llamar mi atención — repliqué.

— ¿Por qué ese mono? — preguntó, mientras seguía a mi lado, sin rendirse.

Le sonreí antes de responder.

— Porque tu culo es lo único que destaca en ti.

Se detuvo de golpe y yo aproveché esa ventaja para correr al autobús que se había detenido en el paradero. Me subí apresuradamente, en el mismo momento que ésta comenzaba a partir. Las puertas se cerraron en el rostro de James. Me deslicé hasta la ventana más cercana y saqué la cabeza.

— ¡Ahí tienes tu perdón, imbécil!

El rostro de James estaba desfigurado por el shock. Luego, el autobús dobló y lo perdí de vista.

—Si yo fuera tú —oí que decía alguien a mi lado. Giré el rostro y me encontré con el rostro de la anciana que estaba ocupando el asiento ubicado al lado de la ventana— no trataría así a un joven tan apuesto como él.

Rodé los ojos, lo único que me faltaba: que una anciana defendiera a ese neandertal.

Llegué quince minutos tarde a la consultada por culpa de O'Connor, ya que, en mi delirio por escapar de él, había tomado cualquiera autobús y al final había terminado en una población. Por suerte, no me habían asaltado. Así que, cuando había llegado por fin a la clínica (la consulta me la pagaba un tío), lo último que quería hacer era ver al gorila con ojos azules.

—Llegas tarde —alguien susurró a mi lado.

Con el corazón en un puño, giré el rostro.

Era James.

Gemí con frustración.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Estiró una de sus manos y me entregó un papel arrugado: era la hoja que me había entregado mi madre con el nombre de la clínica.

—Se te cayó eso en tu huída. —Sonrió. — Por cierto, fue lindo verte correr con esa falta... —Me lanzó una mirada tensa. — Linda ropa interior.

Antes de que O'Connor lograra fijarse en mis mejillas rojas, que hacían una perfecta combinación con mi ropa interior, me giré y comencé a caminar hacia una de las recepcionistas. Pasé por un enorme espejo, para darme cuenta que no llevaba falda, sino que jean. O'Connor me había engañado y yo, la muy estúpida, me lo había creído. Ni siquiera recordaba lo que me ponía.

—Vengo a dermatología —informé.

Fui ignorada completamente, porque O'Connor se había apoyado a mi lado del mesón y le sonreía a la recepcionista. La fulminé con la mirada, a pesar de que ella estaba demasiado concentrada en James para fijarse en el tornado rojo que estaba a su lado.

«Muere, perra», le susurré con la mirada.

La joven mujer, que rondaba los 27 años, soltó una sonrisita coqueta y lanzó su largo, brillante y espectacular cabello por sobre el hombro.

—¿Desea algo? —le preguntó encantadoramente a James.

Era un hecho, la iba a matar por perra. ¿Cómo se atrevía a coquetear con algo que me pertenecía? ¡Era mío! ¡MÍO!

—No, querida —respondió James.

¿Le había dicho...? ¿Le había dicho *querida*? ¡Lo iba a matar, descuartizar, destroz...! ¿Quién se creía que era? ¡Debería estar rogando mi perdón y no coqueteando con esa perra!

—Soy yo la que necesita algo —interrumpí.

¡Perra! ¡Perra! ¡Bastarda!

La mujer apartó con enojo la mirada de James y la clavó en mí. Dio un pequeño respingón al fijarse en mí. De seguro parecía una asesina en serie, lo único que me faltaba era un cierra y estaba lista para la noche de brujas.

—¿Qué quieres?

—Vengo para el dermatólogo —respondí, con tono lúgubre.

Oh, sí. Hoy alguien aparecería muerta.

—Quinto piso. —Una vez más, se giró hacia James y le sonrió. — Y dime, ¿cómo te llamas?

Si le responde... lo castro.

—James. —Su sonrisa aumentó. Iba a vomitar. — ¿Y tú, querida? ¿Cuál es tu nombre?

Muy bien, otra víctima se acababa de unir a la lista.

—Carol. —La recepcionista, al fijarme que aún estaba al lado de ese modelo de metro ochenta con ojos azules, me fulminó con la mirada. ¡La muy bastarda me estaba intentando quitar mi novio y... y me fulminaba con la mirada!—. ¿Se te perdió algo? —Miró de James a mí. — ¿Vienen juntos?

—Sí —contestamos a la vez.

Por unos segundos, mi pecho se hinchó como las plumas de un pavo real.

—¿Ella es tu novia? —interrogó.

Parecía una mezcla entre horrorizada e impresionada.

—En realidad, no lo sé —respondió O'Connor. Incluso el muy puto tuvo la indecencia de hacer una mueca tristeza. —Creo que terminó conmigo.

Los ojos de Carol se abrieron sorprendidos.

—Bueno, si yo fuera tu novia, no terminaría jamás contigo.

Quise rugir de ira, escupir fuego como un dragón. Me sentía salvaje, enfurecida a tal punto que sentía que perdería la razón en cualquier momento. Y cuando la tercera guerra mundial estuvo a punto de estallar, James habló.

—Yo lo único que quiero es recuperarla a ella —susurró.

Y como si me hubiesen lanzado un balde a agua sobre la cabeza, las llamas de la ira se extinguieron de inmediato. ¿Había dicho que lo odiaba? Bueno, me retractaba.

Le sonreí a la recepcionista.

«¿Ves, perra? Él me quiere a mí. Fea (lo que tú piensas) y todo, lo conquisté».

Estaba tan malditamente halagada, que permití que me agarrara del brazo cuando caminábamos hacia los ascensores. Me sentía sobre una nube.

Cuando estuvimos lejos de los ojos asesinos de Carol, me solté de James bruscamente y me crucé de brazos, haciendo que mis tetas se vieran más grandes de lo que por sí ya eran. Con deleite, vi como O'Connor chocaba contra la entrada del ascensor al no despegar los ojos de mí.

—Ve por donde caminas, O'Connor —le advertí, mientras entraba en la caja metálica.

James se masajeó la frente y luego entró al ascensor. Apretó el quinto piso.

—¿Estabas celosa, Howard?

Las puertas se cerraron, dejándonos encerrados en ese espacio tan reducido alejado de ojos curiosos.

—Ni en tus mejores sueños, O'Connor.

—Sé que estabas celosa.

Me encogí de hombros y descrucé los brazos. Mis senos dieron un pequeño rebote y se quedaron quietos.

—Se te caerán los ojos si sigues mirándome —comenté.

Las puertas se abrieron en el quinto piso y yo salía de inmediato. Frente a mí había una mesa redonda con un par de recepcionistas y alrededor habían asientos dispersos por toda la sala. Me acerqué a las mujeres, que agradecí al no ver ninguna joven y bonita para comenzar a coquetear descaradamente con O'Connor.

—Vengo a ver a la doctora... —Miré el papel. — Álvarez.

—¿Nombre? —preguntó la mujer.

—Leah Howard.

Tecléo un par de cosas.

—Espere unos minutos, puede tomar asiento.

Hice lo pedido y O'Connor se sentó a mi lado.

—No te había preguntando... ¿por qué vienes al dermatólogo? —Pude sentir su mirada quemar mi cuerpo. — Yo creo que tu piel es hermosa.

Me sonrojé.

—Soy demasiado blanca y tengo pecas —repliqué, débilmente.

—Perfecta para mí.

Algunas veces, ese hombre sabía decir las cosas en el momento preciso para que yo me volviera un charco.

Me giré para mirarlo, con el corazón acelerado y con la sensación de que miles de hormigas marchando en mí.

—Señorita Howard, la doctora la está esperando en la sala 8 —nos interrumpieron.

Tragué saliva y me puse de pie, nerviosa. Comencé a caminar hacia el pasillo que me llevaría a la habitación que me habían anunciado, cuando sentí la presencia de James a mi lado.

—¿A dónde vas tú? —pregunté, deteniendo para observarlo.

—Voy a entrar contigo.

No era una pregunta.

—No, no lo harás —lo contradije.

—Sí, si lo haré —insistió.

—¡No! —zanjé el tema.

Me adentré en el pasillo hasta la puerta que tenía una placa con el número ocho. Golpeé, mientras fulminaba a O'Connor con la mirada.

—Pase —me pidió la voz de la doctora desde dentro de la consultada.

—Te quedarás aquí —le ordené a James.

Abrí la puerta y, lo primero que observaron mis ojos, fueron a dos jóvenes, de no más de 25 años, con delantal blanco. Contemplé desconcertada a los dos hombres, a la doctora y luego a la mandíbula apretada de James.

—Creo que me equivoqué de consulta —susurré, débilmente.

—¿Su nombre es Leah Howard? —preguntó la doctora que rondaba los cincuenta años. Asentí—. No, no se ha equivocado de consulta. —Le eché un vistazo alarmado a los dos hombres. — Son estudiantes en práctica.

Me relamí los labios.

Era más que obvio que no entraría a esa consulta, no quería que dos alumnos en práctica me vieran en ropa interior y me toquetearan por completo en busca de alguna mancha extraña en mi cuerpo.

A continuación, me fijé en el enojo en los ojos de O'Connor. Una sonrisa se me formó en rostro. Si él podía sacarme celos con una recepcionista, ¿por qué no podía hacerlo yo con dos estudiantes en práctica?

Estaba a punto de adentrarme en la habitación, cuando una mano agarró mi muñeca y me jaló hacia atrás. Giré sorprendida para darle una mirada molesta a James... y no me acobardó en lo más mínimo la vena que saltaba como loca en su cuello, marcando cada uno de los latidos locos de su corazón. No, señor, no me sentí en lo más mínimo... bueno, tal vez sí me sentí un poco intimidada.

—¿Qué?! —exclamé con enojo.

Que estuviera un poco atemorizada por la reacción que podría tener James ante la escena, no significaba que me acobardaría frente a él.

—No entrarás —susurró.

Su tono de voz fue grave y sexy, tan sexy que...

«Nota mental:

No acariciarlo como gata en celo.

¡No eres un animal!

Fin nota.»

Aunque...

«Nota mental:

¡NO ERES UN ANIMAL!

Fin nota.»

Correcto, yo no era una gata. Quería serlo, deseaba pasar mis manos por su pecho y apoyar mis senos contra él para refregarme por todo lo largo de su... ¡Joder! ¡No podía seguir con esa sarta de pensamientos!

Tosí y desvié mi vista que sorprendentemente (juro, Trípode, que yo no era culpable de nada) se había posado en mi dios. Al hacer la mirada, James tenía levemente la comisura de sus labios curvadas hacia arriba.

Genial, el muy puto me había descubierto observando a Demetrio.

Recordé que la puerta aún seguía abierta y la doctora esperaba con la ceja alzada, derrochando exasperación.

—¿Se dignará a entrar, señorita Howard?

Me solté de James con un movimiento brusco de mano y acomodé mi ropa, como si con ese gesto ganase valor de la nada. Di un paso y entré en la estancia, dándole un empujón a la puerta para cerrarla, sin embargo, antes que la madera se estrellara contra el marco, la mano de O'Connor lo impidió. Luego, un toro iracundo entró en el cuarto, pasó por mi lado y se sentó en uno de los asientos vacíos que había al otro lado del mesón de la doctora. Cruzó los brazos sobre el pecho y lanzó dagas asesinas con su postura.

Vaya semental me gastaba, incluso me daban ganas de graznar cuando lo veía comportarse así.

«Corrección mental:

Las aves graznan. Tú relinchas, yegua.

Fin corrección.»

Graznar, relinchar, mugir... como sea, la cosa es que James seguía provocando en mí más de lo que mi salud mental podía permitir. A pesar de que se había reído de mí, el muy puto, aún quería seguir llevando el título de "Novia de James".

Después de estar parada como una imbécil por unos instantes, donde recibí la mirada de cada una de las personas que estaban en la estancia, me digné a mover las piernas y arrastrarme como un flamenco hasta el asiento al lado de James. Me acomodé nerviosamente, mientras la doctora se giraba hacia la computadora.

—Nombre—pidió.

—Leah Howard.

—¿Por qué viene, señorita Howard? —preguntó, sin observarme.

Contemplé de reojo a James antes de responder.

—Examen de rutina.

—¿Sólo de rutina?

Asentí.

La doctora siguió tecleando en la computadora, los alumnos en práctica se movían inquietos detrás de mí y la presencia de O'Connor era como una masa negra de humo que emanaba como radiación de él.

La señora Álvarez alejó el teclado de ella y se giró hacia mí.

—Puede pasar detrás del biombo para desvestirse.

Me atraganté con mi saliva, al mismo tiempo que James se tensaba como un palo.

—¿Desnudarse? —preguntó con un hilo de voz mi novio -enemigo-con-buen-culo.

La mujer alzó una ceja.

—Por supuesto que sí.

Me retorcí las manos con nerviosismo y no pude evitar lanzar una mirada alarmada a los dos ayudantes en práctica que asechaban mi espalda como depredadores.

Vaya mierda en la que me había metido. Sácale celos, me decía, no sucederá nada... mis pelotas (las que no tengo, pero aún cuenta para mí), ni siquiera sabía si estaba depilada decentemente. O sea, me había hecho una depilación hace un tiempo cuando ocurrió todo ese accidente de Chewbacca, pero eso había transcurrido hace ya un par de semanas.

Intenté recordar cuánto se tardaban mis pelos en crecer, aunque no sirvió de mucho. ¿Tendría las piernas velludas? ¿Las axilas depiladas o parecería un mono?

Joder.

Miré la puerta con desesperación: estaba pensando seriamente en ponerme de pie y salir huyendo del cuarto tan rápido como mis piernas me lo permitieran. Pero extrañamente terminé pendiéndome de pie y dirigiéndome detrás del biombo.

Me bajé los pantalones con un movimiento brusco que casi se llevó consigo mis bragas. Me había salvado de quedar desnuda.

Contemplé mi cuerpo semidesnudo, sólo cubierto por la ropa interior. Me esmeré en revisar el sostén en busca de imperfecciones, pero gratamente vi que éste no estaba percutido y que las barbas (los fierros que iban por dentro) no habían roto la tela y, por ende, no se estaban clavados en mis tetas como dagas asesinas. Apreté un poco las tiras del sostén y mis senos se elevaron como dos montañas que me impedían ver los pies, así que tuve que inclinarme levemente para comprobar que la parte de debajo de la ropa interior no tenía un agujero de bala.

A continuación, revisé mis piernas y no vi nada. Al tacto tampoco sentí vellos, así que todo estaba perfecto en ese sitio. Levanté los brazos y comprobé mis axilas, las que tampoco estaban velludas, aunque había uno que otro vello que quería como salir, pero que aún no lo hacía.

Una vez lista, aguanté la respiración y saqué pecho. ¿Y qué si quería verme un poco más delgada? No había pecado en esos. Hundí un poco más el estómago y salí detrás del biombo.

Pensé que el mundo se acabaría, que el tiempo se detendría y que los tres hombres reunidos ahí se girarían para observarme. Sin embargo, sólo James me lanzó un rápido vistazo, alzó una ceja y miró hacia otro lado. Por otra parte, los chicos en práctica ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia.

El plan de sacarle celos a James no estaba funcionando del todo bien, partiendo por el hecho que ningún hombre se estaba muriendo de deseo por mi cuerpo sensual.

—Tome asiento en la camilla —pidió la doctora, arrancándome de mis pensamientos.

En ese momento, los alumnos en práctica recién se fijaron en mi insignificante presencia... y volvieron a ignorarme rápidamente.

Derrotada, y ya ni siquiera preocupándome por sacar pecho para verme más esbelta, me acerqué a la camilla y me eché sobre ella como una morsa yace entre las rocas a la espera que algún turista le lance un pescado.

«Mírenme, mírenme», pensaba la morsa.

Me había convertido en una vil mendiga.

La doctora se puso de pie, en el mismo instante que los dos practicantes se colocaban a mi lado. A esa distancia, pude leer las letras que estaban bordadas en las batas blancas. Uno se llamaba Daniel y el otro Simón. Simón era más lindo que Daniel, aunque tampoco se podía igualar al semental que aún estaba sentado a unos dos metros de mí.

Me volvieron a dar ganas de graznar... quiero decir, mugir, ya que no sólo me alcanzaba para ser una vaca.

La señora Álvarez se puso a un lado de los alumnos.

—Bueno, comiencen —les pidió.

Y se lanzaron sobre mí como un depredador sobre la presa. Me sentí violada... no, me sentía como una actriz porno que estaba a punto de ser... bueno, ya saben. La cosa es que Simón comenzó a revisar mis brazos, mientras Daniel se dirigió a observar mis piernas. Incluso sus ojos recorrieron lugares escondidos como entremedio de los dedos.

Estaba siendo más toqueteada que mujerzuela en promoción. Y James estaba tan tenso y enojado, que la doctora no tuvo más que pedir que esperara fuera. Salió sin discutir.

—Voltéese, por favor —pidió Simón.

Me giré en la camilla como una tortuga volteada. Pero lo peor llegó cuando mis tetas se clavaron en la cama y no podía utilizar mis brazos para apoyarlos y no sentir tanta presión en ese lugar. Además, tampoco estaba en la playa como para hacer dos agujeros en la arena y así poder acostarme plácidamente, sin ese dolor constante. De seguro mis tetas parecían dos globos color carne a punto de explotar bajo mi peso.

Me pregunté cómo se vería mi culo en ese momento.

Diez humillantes minutos más tarde, salí de la habitación.

—Adiós, doctora, y muchas gracias por todo.

La señora Álvarez asintió hacia mí. Cerré la puerta y comencé a caminar por el pasillo, encontrándome con James en el camino. Descruzó los brazos lentamente,

alzó la mirada y me fulminó con sus ojos azules que parecían lava celeste, aún con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Terminaste? —preguntó. Alcé el mentón con aire despectivo y seguí caminando, sin detenerme a esperarlo. A los pocos segundos, oí sus pasos detrás de mí—. ¿Por qué te demoraste tanto? ¿Por qué me hicieron salir de la sala? ¿De qué hablaron? ¿Esos estúpidos dijeron algo...? ¿Te pidieron el número de teléfono? — Guardó silencio un momento. —. De seguro te pidieron el número... por cómo te comían con la mirada cuando te examinaban...

¿Qué estaba diciendo James? ¡Esos chicos sólo me habían observado profesionalmente! Claro, yo había deseado que no fuera así, para de algún modo sacarle celos a James. Pero ellos no me habían mirado de esa forma morbosa, aunque James así lo creía. Era increíble como los celos hacían que las personas distorsionaran la realidad.

—Los mataré —susurró James.

—No matarás a nadie —contesté y me detuve frente a los ascensores, a la espera que uno de éstos llegara. Lo enfrenté. — ¿Qué es lo que pretendes, James? ¿Que me haga la estúpida y simule que nada ocurrió? —Mientras las preguntas quedaban flotando en el aire, las puertas del ascensor se abrieron. —Estoy cansada, muy agotada. Simplemente, deja de seguirme para poder descansar.

Entré en el ascensor y James impidió el cierre de las puertas con sus manos.

—¿Eso es lo que realmente quieres? —Sus ojos me regaron que se lo desmintiera. — ¿Qué puedo hacer para no sigas enojado conmigo? Leah, no he dormido pensando en eso y en lo estúpido que fui. Y créeme que tuve mucho tiempo para meditar aquello. —Entró en el ascensor y las puertas se cerraron detrás de mí, dejándonos solo en ese pequeño mundo. — Pero... pero, Leah, eres todo para mí.

Oh, demonios.

Me lancé sobre él y lo besé.

¿Qué podía decir? Había soportado mucho tiempo lejos de él y ya había aprendido la lección. ¿Y para qué seguir en agonía cuando también lo quería? Por primera vez en mucho tiempo, podía decir que era completa y absolutamente feliz.

Tal vez no fuéramos la pareja perfecta, pero éramos James y Leah. Y, nuestros nombres combinados, eran Jaleah. Y yo amaba la jalea²⁴. No había necesidad de agregar más palabras.

²⁴ Gelatina.

21

NO ME SIGAS, POR FAVOR.

Las cosas con James duraron, bonitas y contentas, menos de una semana. Resultó que James volvió el día lunes a la escuela tras la suspensión, nos vimos, nos besamos en lugares escondidos y pasamos tiempo junto sin que fuera demasiado notorio. Rondaba el día miércoles cuando todo empeoró.

Eran más de la siete de la tarde y ya había oscurecido, mientras yo yacía con la cabeza recostada sobre el libro que había estado intentando leer. Me encontraba en la vacía biblioteca, en la única mesa que quedaba a ocultas de la mirada suspicaz de la bibliotecaria y de las cámaras. James, por otra parte, no lo había visto desde la noche anterior y no lo vería pronto, pues andaba en una práctica de fútbol. Y a pesar que había transcurrido $\frac{3}{4}$ de día desde la última vez que lo había tocado, no podía quitar esa sensación extraña que invadía la boca de mi estómago. Incluso mi corazón aún revoloteaba con locura cuando una imagen de él pasaba por mi mente.

No podía alejar de mi cerebro la mirada de sorpresa cuando había aceptado ser su novia, tampoco podía quitar de mis labios el sabor de él, el calor, la textura, la otra noche... la otra noche.

Me sonrojé con sólo recordar los gemidos, las manos curiosas, las caricias... estaba en llamas cada vez que volvía a mi mente su cabeza inclina por el placer, sus labios entre abiertos, yo rogándole por más y más y más.

Di un largo suspiro y me fijé en la ventana que estaba a mi lado. Cerré una vez más los ojos y me imaginé abriéndola para así dejar entrar la suave brisa fría que rondaba en esa época. Si me esforzaba más, podría oír a lo lejos el sonido del silbato perturbando la tranquila tarde proviniendo desde el estadio, donde se encontraría James con sus pantalones cortos, sudado y más masculino que nunca, corriendo detrás de un balón de fútbol.

Alcé la cabeza de golpe y la sacudí, para alejar todos esos pensamientos excitantes de mi cabeza. Maldito O'Connor, siempre perturbándome de una manera que iba más allá de lo razonable y no debía permitirlo, si no quería terminar saltando sobre él como quería.

Con otro suspiro, comencé a guardar las cosas en el bolso y me puse de pie. Accidentalmente, mi pierna chocó contra la mesa y perdí el equilibrio por unos segundos. El bolso resbaló de mi hombro y cayó al suelo. Los libros, hojas, cuadernos y lápices que llevaba en él, se desparramaron por doquier.

Me masajé la sien y recogí todo rápidamente, para poder marcharme luego a encontrarme con James.

Cuando salí de la biblioteca y comencé a deslizarme por el pasillo, rebusqué mi libro de *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*, para llevarlo en la mano y así no parecer como si estuviese demasiado emocionada por encontrarme con él. Sin embargo, por mucho que lo busqué en los confines finitos de mi bolso, no lo encontré. De seguro se me había quedado en alguna parte de la biblioteca cuando se me había caído el bolso.

Miré la hora en el celular, con la idea que tal vez todavía tenía tiempo para ir a rescatarlo. Eran las 19.24, lo mejor sería ir a buscarlo a la vuelta, total la biblioteca era el único lugar que permanecía abierto durante toda la noche. Antes también se encontraba abierta la piscina, pero desde mi accidente, y como no había cámaras en ese sitio, decidieron comenzar a cerrarla.

Crucé los metros de césped que sonaba con cada pisada que di, hasta que llegué a la entrada del estadio. Me detuve ahí frente a las dos puertas. Mi corazón volvió a latir con locura, mis manos se enfriaron y esa sensación de caída libre me inundó.

Antes que la cobardía llegara, abrí lo suficiente una de las puertas para pasar y entré. A lo lejos, se oía a la perfeccionar el silbato, el sonido de las respiraciones pesadas, de golpes a la pelota, de tiros al arco, de gritos, de hombres practicando.

Di un par de pasos para alejarme de la entrada, escondida entre las gradas y dejando la oscuridad atrás. Los focos del estadio me cegaron por unos instantes, hasta que mi vista se acostumbró y pude visualizar la cancha de fútbol... y con ello una batalla campal.

Dos hombres rodaban por el suelo, golpeándose entre sí con frenesí. Todo el equipo de fútbol estaba a su alrededor, ya sea para separarlos o para alentarlos. El entrenador tocaba el silbato con desesperación en un intento estúpido para separarlos, porque al parecer se sentía demasiado pequeño para meterse entre los dos hombres y detener la pelea.

Busqué a O'Connor entre la multitud y no lo encontré. Algo me dijo que era James el que estaba peleando. Me acerqué rápidamente unos pasos y me detuve de golpe.

Eran James y Derek.

Por largos segundos, me quedé con los pies clavados en la tierra sin poder moverme. No entendía, no comprendía lo que estaba sucediendo. Debía ser un sueño, nada más que un sueño. ¿James y Derek golpeándose? No tenía sentido. Eran

los mejores amigos, nunca había conocido a dos personas que se llevaran mejor que esos dos. Eran como hermanos de alma.

Mis pies comenzaron a moverse automáticamente para acercarme a la batalla campal que no se detenía. A pesar de la distancia, vi la sangre gotear de la nariz de James y a Derek con una mejilla tan hinchada que no se le veía el ojo izquierdo.

—¿QUÉ ESTÁN HACIENDO?! —Mi grito resonó por todo el estadio. El entrenador dejó de tocar el silbato y los del equipo terminaron de gritar, pero James y Derek siguieron golpeándose como si sus vidas dependieran de ellos—. ¡DETÉNGANSE AHORA!

James oyó mi voz entre el frenesí y se detuvo. Lentamente, con el rostro manchado en carmesí, alzó la cabeza y me observó con ojos tan tristes que me destrozaron. De pronto, su cabeza voló hacia un costado por un golpe propinado por Derek en el pómulo.

Corrí hacia ello y le di una fuerte patada en el culo a Derek.

—¿QUÉ MIERDA CREEN QUE ESTÁN HACIENDO?! —chillé, histérica.

James y Derek se alejaron del otro, como si mi presencia fuera más importante que su pelea. Pero el aire siguió cargado, tenso como una cuerda a punto de romperse, lleno de un odio y desprecio que no comprendía.

Derek escupió sangre al suelo.

—¿Qué creen que estaban haciendo? —pregunté, aunque los dos estaban demasiado ocupados odiándose como para responderme.

Sentí como una docena de miradas se clavaban en mi espalda como dagas asesinas, así que me giré y los fulminé uno a uno, incluyendo al entrenador, con la mirada.

—¿Pues qué creen que están viendo?! ¡Márchense!

En ese momento, erróneamente, creí que se habían marchado por mi ira. Pero qué equivocada estaba.

Una vez solos, me giré a mirarlos.

—¿Me van a explicar por qué estaban golpeándose?

—Nada que te importe, Leah —escupió James, con enojo—. No es de tu incumbencia.

La indignación amenazó con asfixiarme.

—¿No es de mi maldita incumbencia? —interrogué—. ¡Pues claro que si es de mi jodida incumbencia! ¡Así que no te atrevas a decirme otra vez una mierda como esa, O'Connor!

La respiración de James salió en jadeos pesados, observándome casi con rencor. Jamás lo había visto así de furioso en mi vida. Y, por unos segundos, me atemorizó su ira, su mirada penetrante, su enojo latente. Era como si no sólo estuviese furioso con Derek, sino que conmigo también.

—Te dije que no es de tu incumbencia. —James estaba tan, tan furioso. — Es una cosa de hombre, no de mujeres. No te metas donde no te llaman, Leah.

Enmudecí. Abrí la boca para decir algo, más no pude pronunciar palabra. Un enorme nudo se había formado en mi garganta, como si todas las emociones de mi cuerpo estuvieran en descontrol.

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—No le hables así —ordenó Derek.

La ira de James pareció intensificarse a niveles inexistentes. Repentinamente, supe que James se lanzaría sobre Derek para volver a golpearlo. Antes de que sus manos pudieran agarrar la camisa de su amigo para acercarlo a él y machacarlo con los puños, me lancé entre los dos y abrí los brazos, en un intento inútil para que O'Connor no lograra llegar a Derek. El miedo repentino que su ira fuera tal que pudiese llegar a matarlo sin darse cuenta, me inundó.

—No dejaré que lo vuelvas a golpear —susurré.

Tiritaba. Tenía un temor que congelaba mis extremidades y que mecía mi cuerpo como si me estuviese enfrentando a una tormenta.

Creí que James me quitaría de al medio con un movimiento, pero no lo hizo. Sólo me lanzó una mirada herida, como si lo hubiese traicionado, como si le hubiese enterrado una daga en el corazón. Me dio la espalda para marcharse. Todo mi cuerpo se preparó para comenzar a correr detrás de él. Di un paso... y luego una mano agarró mi muñeca y me detuvo.

—No vayas detrás de él —rogó Derek.

Alejé mi mano de él con un movimiento brusco. Ni siquiera me giré para responderle.

—Suéltame.

Cuando lo hizo, corrí detrás de James, afirmando mi bolso contra mí para correr más rápido. Lo alcancé cuando ya había salido del estadio y me detuve. Él dejó de caminar sin tener que llamarlo, como si me hubiese oído, como si hubiese estado esperando a que yo fuera por él, como si no hubiese sabido de antemano que siempre iría por él. Observé su espalda tensa, el temblor que invadía sus anchos hombros y me acerqué a él por detrás, cruzando los brazos por su cintura cuando estuve a su lado y apoyando la mejilla en su espalda, para oír los latidos de su corazón enloquecido.

Su cuerpo de estremeció y, en un movimiento, James se había girado y me apretaba contra él con una fuerza y desesperación que me destrozó por dentro.

—James... —murmuré.

No pude terminar, él alzó la cabeza de golpe y me besó con los labios rotos, con el sabor a sangre inundando mi boca. Y lo hizo con una necesidad tan imperiosa, que no fui capaz de alejarlo, de rechazar esa muestra de debilidad que me estaba mostrando tan abiertamente.

El ruido estalló en mis oídos. Silbidos, gritos y exclamaciones se oyeron a nuestro alrededor. Pude escuchar mi nombre siendo susurrado, el de James, pero no lograba comprender a qué venía todo. Me separé de él para mirar lo que ocurría.

Uno de los compañeros de equipo de James, que estaban a unos metros de nosotros mirándonos curiosamente, apoyó una mano sobre el hombro de él.

—Vaya, O'Connor, jamás creí que lograrías cumplirlo.

El rostro de James se congeló. La alarma pasó por sus ojos, mientras todo el cuerpo se le tensaba como una cuerda.

—¿Lograr qué? —pregunté.

—Nada, Leah, sólo estúpideces —respondió apresuradamente James.

—No te pregunté a ti —le contesté. Clavé mi mirada en su amigo—. ¿Lograr qué?

—La apuesta —contestó. Se encogió de hombros y me lanzó una mirada de pies a cabeza—. James hizo una apuesta a que lograba tenerte antes de fin de año.

Algo se destruyó dentro de mí, lentamente, lentamente. El alma se me hizo pedazos y el dolor estaba a la vista de todos.

No había sido más que dinero fácil.

—Por favor, déjame explicarte... —rogó.

Alejé la mirada de sus compañeros de equipos, que nos observaban con morbosa curiosidad. Vi caras tristes, rostros inexpresivos. Y lástima. Mucha lástima.

Quería llorar, no sólo por la apuesta, sino que por todo. Estaba a punto de estallar, como un volcán a punto de hacer erupción. Quise derrumbarme, ahí frente a todos, sin importarme su opinión. Sólo quería hacerme un ovillo y no saber nada más.

Por largos segundos, contemplé el hermoso rostro del hombre que estaba frente a mí. Recordé nuestros días juntos en el pasado, cuando no sabía que era dinero fácil. Nada más que dinero fácil.

Los ojos de azul de James me suplicaban, me rogaban que no me alejara. A pesar de los moretones, del ojo hinchado, de los múltiples cortes, se veía atractivo y dolía el sólo mirarlo. Dolía verlo vestido con el uniforme de fútbol, con el cabello alborotado y con la mirada suplicante en sus ojos color mar.

Dolía saber que nunca me había querido.

—No puedo, James, no puedo más —susurré. Apreté los puños con fuerza para darme valor y enfrentar toda la escena sin lágrimas derramadas—. No dejaré que vuelvas a mentirme.

Sin más, me giré y comencé a caminar.

Me detuvo una cálida mano.

—Leah, por favor —suplicó.

Sacudí la cabeza, no queriendo mirarlo a los ojos para ver la verdad: que no era mío y nunca lo sería.

—Suéltame —pedí—. No lo hagas más difícil, porque ya lo es lo suficiente. —
Espacio, el calor de su palma se fue alejando hasta que se esfumó—. Adiós, James.
Y no me sigas, por favor.

Me marché sin girar el rostro para mirarlo por última vez, a pesar de que mis
labios se morían por susurrar ese «Te quiero» que tanto tiempo llevaban
escondiendo y que ya nunca podría decir.

Mi vida es un

DESASTRE

22

SIEMPRE HAS SIDO TÚ.

Lo odiaba.

Mientras me alejaba de él, deseé odiarlo. Deseé detestarlo, aborrecerlo a tal punto que mi corazón no quisiera volver jamás a tenerlo cerca. Pero no fue así y dolió horriblemente cada uno de los pasos que di para marcharme.

Había sido una estúpida, una ingenua. Me había dejado llevar por el corazón y había traicionado a la razón, a mi cerebro que siempre había sido tan precavido para no caer en trampas como aquellas. Pero lo cierto era que me había tragado por completo el jugueteo de James, creyendo que me quería. Y no era así, nunca lo había sido porque yo no era más que dinero fácil, una apuesta para demostrar su hombría.

Cuando las puertas del edificio con habitaciones se cerraron detrás de mí, no pude evitar girar levemente el rostro, queriendo y a la vez odiando esa parte de mí que moría por ver a James corriendo detrás de mí, en un último intento desesperado para explicarme todo y hacerme ver que nada era como yo creía que era. Deseaba la excusa perfecta para no tener que dejar de verlo.

Pero las puertas nunca se abrieron: James jamás fue.

Pasé por entre la gente que reía feliz en la sala común y comencé a subir las escaleras, dejando atrás toda la algarabía para sumirme a la tranquilidad sepulcral.

Estaba llegando al segundo piso, cuando oí los pasos amortiguados de alguien siguiéndome. Lo primero que pensé fue en James. Mi corazón se aceleró y, por una milésima de segundos, estuve a punto de perdonar todo, de darle esa segunda oportunidad, que estaba segura, me iba a pedir ahora. Emocionada y con el alma en un puño, me giré.

Era Derek.

Volví a voltearme, furiosa conmigo misma por haber tenido la esperanza que fuera James y no Derek; enojada con el destino por haber escrito que fuera Derek y no James el que me perseguiría; iracunda contra Derek, por ser él y no el muchacho de ojos azules que estúpidamente deseé tenerlo detrás de mí, agarrándome de los hombros para detener mi caminar como en ese momento lo estaba haciendo otro.

—Te quiere.

Los brazos de Derek impidiendo mi paso, ya no fueron necesarios. Me detuve de golpe.

—Lo que menos soy en mi vida, Derek, es estúpida —dije. Moví mis hombros bruscamente para que sacara de ahí las manos—. Una vez me podré equivocar, pero no me tropezaré dos veces con el mismo trípode... quiero decir, piedra.

Luego de mis palabras, siguió un tiempo de desconcierto, donde ni él ni yo hablamos. Tampoco me alejé, porque una parte, mucho más poderosa que el resto, quería quedarse ahí, oyendo todo lo que Derek tenía que decir sobre James.

Aún me negaba a aceptar el hecho que sólo había sido un juego para James.

—No te voy a mentir.

Podía sentir su voz a sólo unos centímetros de mi oreja, invadiendo mi espacio personal más de lo que me acomodaba.

Me giré sobre mis talones y lo encaré.

—¿Existió la apuesta? —pregunté.

No dudó en responder.

—Sí, la apuesta sí existió.

Mis ojos picaron, ardieron, pero, a pesar de todo, siguieron secos.

—Eso era lo único que quería saber —susurré, con un nudo en la garganta.

Estaba a punto de marcharme de ahí, cuando Derek tomó mi brazo por la muñeca.

—La apuesta sí existió, Leah, pero fue una estupidez.

Rodé los ojos.

—Siempre dicen eso —repliqué—. ¿Tú crees que no paso mis tardes de aburrimiento viendo esas películas trilladas que involucran a una mujer que se enamora de un joven hermoso, y que —Tomé aire. — al final resulta que él sí estaba interesado en ella, para luego, cuando comienzan a salir, ella se termina enterando que todo era una apuesta —Tomé aire. —, pero que todo se concluye con que él sí estaba enamorado de la mujer y que la apuesta no era más que una estupidez?

Derek arrugó el entrecejo.

—¿Qué?

Me encogí de hombros, mientras comenzaba a realmente incomodarme por la mano que sujetaba mi muñeca.

—Simplemente estoy intentando decir que esto es la vida real, no una estúpida película con una final feliz, donde todos comen perdices y...

Comencé a llorar. Mi llanto fue tan sorprendente, que ni yo lo entendí y mucho menos Derek que, torpemente, agarró mi cabeza por la nuca y enterró mi rostro en su pecho, con demasiada fuerza y presión. Mi nariz se golpeó contra su tórax y su camiseta pareció querer introducirse en mi boca, nariz, ojos... todo.

Lo único que faltaba: que finalmente terminara asfixiada por un jodido imbécil que no sabía consolar a una mujer.

Eché la cabeza hacia atrás.

—¡Casi me asfixias con tu consolador...! —chillé. En ese momento, comprendí que había conjugado mal al verbo—. Quiero decir... no quise decir consolador. — Oh, Dios, esto era tan vergonzoso. — Quería decir consolación, no consolador. — Solté una sonrisa nerviosa. — Porque consolador es otra cosa y por supuesto que no quería decir eso...

Derek comenzó a reír.

—Consolador quería la golosa —comentó—. Tal vez no tenga un consolador, pero sí tengo otra cosa.

El estómago se me revolvió, no por el doble sentido de la oración, sino que esa respuesta habría sido una que me habría dado James en un momento como ese.

Jodido neandertal de mierda, lo amaba.

—¿Realmente lo de la apuesta era una estupidez?

La seriedad volvió al rostro de Derek.

—Sí —respondió—. ¿Recuerdas el día que terminaste encerrada en el casillero con James?

¡Cómo olvidar el día que había visto por segunda vez a mi dios!

—Creo que lo recuerdo vagamente.

Derek alzó una ceja, incrédulo.

—Bueno, ese día James tuvo que hacer esparcir un rumor de que había sido él el que te había secuestrado y encerrado en el casillero, para así no manchar tu reputación —contó. ¿James había hecho eso...? No lo sabía. Con razón nadie me había molestado—. Y debido a que él quedó como el culpable de todo, nuestros compañeros de equipo de fútbol comenzaron a bromear sobre ese hecho. Le decían que no había posibilidad de que la *lesbiana* de Howard... así te dicen, no me mires de esa forma que no es mi culpa... se fijara en él. —Se encogió de hombros. — Eso le molestaría a cualquier hombre. La cosa es que, entre discusión y discusión, se le lanzaron la apuesta y aceptó.

Alcé el mentón, orgullosa.

—Siempre lo supe —comenté—. Nunca desconfié de James, ni por un milisegundo.

En realidad, sí lo había hecho. Pero Derek no lo sabía.

—Sí, siempre lo supiste —dijo Derek, en tono irónico—. ¿Y qué harás ahora que sabes la verdad?

Miré atentamente al hombre que tenía en frente. Todo en su postura me daba indicios de que estaba totalmente desinteresado en lo que estaba sucediendo en esos momentos, pero había algo... había algo en sus ojos que gritaban lo contrario. Temí su mirada, así que decidí ignorarla.

—No lo sé —respondí, por fin. Fruncí el ceño—. Pero lo que sí me parece increíble, es que, tras haberse estado golpeando en el suelo, estés decidido a ayudarlo.

Hizo una mueca.

—Yo no empecé, fue él.

—¿Y por qué?

Se giró en las escaleras.

—Es mejor que no lo sepas.

Comenzó a bajar.

—¡Más te vale que vayas a la enfermería y te veas esa carota! Más feo, no puedes estar.

Derek se giró para sonreír.

—El sentimiento es recíproco.

Desapareció de mi vista.

—Nos vemos, Derek —susurré.

Por mucho que lo intentaba, no lograba dormirme. Cada vez que cerraba los ojos, por mi mente pasaba el rostro ensangrentado de James y me quitaba todo el deseo de dormir. Giré incontables veces por la cama, acomodándome una y otra vez, pero sabía que no podría conciliar el sueño.

No logré soportar esa angustia un segundo más y me puse de pie, mientras observaba a mis compañeras de cuarto dormir tranquilas. Clavé mi mirada en Simone, contando sus respiraciones para asegurarme que estaba durmiendo. Cuando comprendí que no podía estar fingiendo, busqué unos zapatos y me los puse. Agarré una chaqueta, que tenía a los pies de la cama, y me la puse rápidamente. Salí del cuarto antes de que alguien se despertara y me delatara.

Debido a que “había cámaras” en todo el campus para observar las veinticuatro horas del día a sus alumnos revoltosos, nunca estaban cerradas las puertas, excepto la principal. Yo conocía cientos de lugares donde las cámaras eran de mentiras, nada más que un adorno para que todos creyesen que sí los vigilaban, cuando, la verdad, no era así. El pasillo que se dirigía a la biblioteca, era uno de los sitios donde no había vigilancia, al igual que todo el edificio principal, ya que las habitaciones de las autoridades de la escuela, se encontraban en el tercer piso del mismo edificio. Donde sí existían cámaras verdaderas, era en algunos sectores de la biblioteca (no en todas partes), en la entrada principal de la escuela, en la puerta del edificio con habitaciones y en el corredor que conectaba ambos edificios. También habían cámaras en las entradas del estadio y del gimnasio, más no había dentro de ellos.

Tras pasé las puertas dobles del edificio y el viento helado me llegó como una bofetada. Crucé los brazos en un intento para recuperar calor corporal. La chaqueta

larga que llevaba, se metió entre mis piernas por el viento y mi cabello se disparó en todas direcciones.

Al llegar al edificio principal, con las manos congeladas, abrí la puerta. Me deslicé hasta las escaleras y subí apresuradamente, hasta llegar al tercer piso. Una vez ahí, me lancé al corredor que me llevaría a la enfermería. Cuando estuve frente a las puertas de madera, me obligué a tranquilizarme.

Abrí la puerta despacio para evitar que la enfermera, que dormía en el cuarto contiguo, no saliera a averiguar qué sucedía. Con el corazón latiendo audiblemente, di un paso. Pestañee en reiteradas ocasiones... repentinamente, mis ojos se clavaron en un bulto que yacía en una de las camas más alejadas de la entrada.

Me acerqué con paso vacilante, queriendo, y a la misma vez no, saber si era James o Derek el que había decidido ser inteligente y había ido a curarse las heridas.

Una vez estuve a su lado, giré por la camilla, buscando el rostro oculto entre las sombras. Estiré la mano, agarré las mantas que lo cubría y las comencé a deslizar con lentitud. Los latidos desesperados de mi corazón se hicieron más fuertes. Le di un pequeño empujón al hombro desnudo del hombre y cayó de espalda en el colchón. Recién ahí pude ver su rostro.

Era Derek.

Con lo cabezota y estúpido que era James, de seguro andaba en cualquier parte.

Me giré para marcharme, cuando me agarraron el brazo y tiraron de mí hacia la cama. Caí sobre el pecho caliente de Derek.

—¿Qué estás haciendo? —jadeé en un susurro.

A duras penas, me puse de pie. Me acomodé la chaqueta sobre mi ropa, mientras lo miraba cabreada desde el costado de la camilla.

Derek tomó asiento. Su torso estaba completamente al descubierto y sus ojos desorientados. Estaba drogado. De seguro le habían dado algo para el dolor.

—Sólo intentaba que no te fueras. Lo siento si fui muy brusco. —Enmudeció por unos segundos. — ¿Viniste a perdonar a James? —Asentí. Creí ver su rostro ensombrecerse, pero lo más probable es que hubiese sido un juego de luz. — Está durmiendo en la habitación de la enfermera.

Me sentí descompuesta.

—¿Q-qué hace ahí? —tartamudeé.

Derek se quedó en silencio más del tiempo que correspondía.

—Nos cambiaron de habitación para que no nos pusiéramos a pelear... otra vez.

Giró el rostro y lo escondió aún más entre las sombras, como si no quisiera que lo viese en ese estado.

Di un suspiro y me senté en el borde de la camilla.

—¿Es que me dirás algún día por qué se pelearon? —pregunté—. Ustedes son como hermanos. No entiendo.

Me ignoró por completo. Y cuando estaba segura que me marcharía sin saber nada sobre todo aquello, habló.

—¿Es que aún no te das cuentas, Leah?

No sabía de lo que debía darme cuenta.

—¿Fue por la apuesta?

Se sentó de golpe, quedando a sólo unos centímetros de mí.

—Pensé que eras más inteligente, Leah —comentó, clavando en mi sus drogados ojos chocolates—. Y no, no fue por eso... en parte.

Una idea pasó por mi mente... pero la rechacé tan rápido como vino. No, no podía ser posible lo que estaba imaginando. Todo menos Derek, todos menos él.

El rostro hinchado y amoratado de Derek estaba demasiado cerca de mí. Todo estaba demasiado oscuro, todo era demasiado.

—Fue mi culpa —susurró.

Su aliento suave rozó el costado de mi rostro. Me tensé como una cuerda y mis ojos se abrieron de par en par. No, no podía ser posible lo que Derek estaba a punto de hacer...

Sus labios rozaron mi mejilla, deslizándose por mi piel, más y más cerca de mis labios.

Era la droga, era la droga, era la droga. Por eso actuaba así.

—Detente —rogué—. Por favor, detente.

Debía ser un sueño todo aquello, tenía que serlo, me negaba a creer lo que Derek insistía en concretar.

—Fue mi culpa que nos peleáramos —susurró, casi prácticamente rozando mis labios.

Me puse de pie, restándole importancia a lo que había estado a punto de hacer Derek y fingiendo que nada había sucedido, fingiendo que no había comprendido toda aquella escena. Me hice la estúpida, la mujer que era demasiado imbécil para entender que el mejor amigo de su novio había tenido la clara intención de besarla.

—¿Tu culpa? —solté. Derek asintió, decaído. El juego de sombra y luces hizo que su rostro se viera más demacrado que nunca, más maltratado que hace unos segundos—. ¿Por qué?

Bufó, incrédulo.

—Deberías saberlo perfectamente. —Negó con la cabeza, con tristeza, bajando la vista y clavándola en las manos sobre su regazo—. James es como mi hermano del alma, Leah. Y la he cagado profundamente.

El remordimiento nació dentro de mí. Me sentí como una perra, una sucia perra que jugaba con los sentimientos de las personas.

—Podrías disculparte con él y hacer como si nada de *esto* sucedió.

Soltó una risa sarcástica, pero más que irónica, era una risa que intentaba camuflar lágrimas de tristeza.

—Hace unos años, James y yo hicimos una promesa. —Alcé una ceja, sorprendida. ¿Estaría Derek contándome eso que mencionó en la cafetería? — Los dos estábamos enamorados de la misma mujer. —Mi corazón se detuvo por unos instantes. ¿James enamorado... de la misma mujer que Derek? —. Y juramos que ella jamás se interpondría entre nosotros. A mí, la verdad, no me afectó. Siempre me había importado más James que esa mujer, siempre. Y sabía que James también la apartaría de su vida si se lo pedía, pero no lo hice, no podía hacerlo sabiendo cuánto la quería.

Un nudo se formó en mi garganta y mis ojos picaron. Me dolía escuchar esa historia, me dolía saber que James y Derek habían estado tan enamorados de una mujer. Me imaginé a la hermosa desconocida, una chica decente, adinerada, educada... todo lo contrario a lo que yo era.

—No quería que James sufriera, yo sabía que él realmente la amaba —continuó Derek—. Así que decidí alejarme, hacerle creer que sólo había sido un capricho, una estupidez y que la había superado. Pero nunca pude hacerlo, por mucho que me esforcé, jamás pude.

—Debió haber sido hermosa —comenté, casi sin voz.

—¿Quién? —preguntó Derek, girándose a verme.

—La chica de la que los dos se enamoraron.

Sus ojos brillaron de una manera extraña, mientras se limitaba a contemplarme como si yo... como si yo fuera esa mujer.

—Sí, lo era —respondió al final.

Me relamí los labios. Sentía que mis ojos picaban por toda la situación.

—James... —dije con la voz gruesa—. ¿James aún está enamorado de ella?

La respuesta de Derek fue seca.

—¿Tú crees que, si James no estuviese enamorado todavía de ella, estaríamos peleando a golpes? —Soltó una carcajada triste. — Ninguno de los dos pudo jamás sacársela de la mente. Me esforcé por verla simplemente como la mujer de mi mejor amigo, y había funcionado mi actuación a la perfección, hasta... hasta hoy.

No podía seguir oyendo eso. James nunca había estado enamorado de mí, yo sólo había sido un intento para olvidar a aquella mujer, nada más que un juguete para él, fingiendo amarme como Derek fingía no estar enamorado de ella.

Derek se puso de pie tan repentinamente, que di un pequeño brinco. Se acercó a mí y, con uno de sus dedos, quitó una lágrima que se había derramado por mi mejilla. Sentía mi corazón destrozado.

—Yo... —tartamudeé—. Yo pensé que... que James... que James me quería.

Ambas manos rodearon mi rostro y me obligó a mirarlo tras un mar de lágrimas acumuladas.

—Leah... —susurró Derek, acariciando mi mejilla con su dedo gordo—. Leah, eres tan estúpida, tan valiente, tan testaruda, tan... ¿cómo podré, alguna vez, olvidarte? ¿Cómo?

Antes que pudiera reaccionar, los labios de Derek se posaron sobre los míos.

El impacto de aquellos labios, me dejó completamente sorprendida, impresionada, casi horrorizada. Fue como si todo se hubiese detenido de golpe, como si ya nada en el mundo tuviese el más mínimo sentido y lógica. Y, por una milésima de segundos, se sintió bien saborear esos labios, sentirlos acariciándome, sentirlos... amándome.

Reaccioné.

Apoyé las manos sobre el pecho desnudo y cálido de Derek y le di un fuerte empujón. Nos observamos, yo con los ojos abiertos de par en par y los labios latiendo alocadamente, y él con la resignación bañando sus facciones.

—Derek... ¿cómo pudiste?

Más lágrimas cayeron por mis mejillas, mientras una única y solitaria lágrima escapa de los ojos cafés de Derek, se derramaba por su piel y moría en esos labios que me habían besado.

—Siempre has sido tú, Leah —susurró, débilmente. Con su voz en agonía, su alma en agonía—. Siempre fuiste tú la mujer que James y yo estábamos enamorados.

Mi lengua estaba pegada contra mi paladar. No sabía qué decir, no sabía nada. No me importaba nada, tampoco. Poco me interesaba saber que James estaba en el cuarto contiguo, que la enfermera podría entrar en cualquier momento. Estaba demasiado... shockeada para poder analizar toda la situación.

—Yo... —solté, con la garganta reseca. De pronto, supe lo que debía hacer, lo que debía decir. Y dolería. Por Dios, que dolería—. Derek, yo amo a James. No a ti, a James. Fuiste capaz de fingir durante muchos años que no me quería y quiero que vuelvas a hacerlo. Haz como si esta conversación jamás existió, como si nunca me hubieses besado, como si nunca... nada.

Lo destrocé, sabía que lo había hecho, lo pude ver en sus ojos. Pude observarlo desmoronarse, caerse a pedazos poco a poco, frente a mí, por culpa mía.

—Leah... yo puedo hacerte feliz.

Negué suavemente con la cabeza.

—No valgo la pena, Derek —susurré—. ¿Realmente es que quieres arrancar de tu vida a James? —Tras largos segundos de espera, negó con la cabeza. — Ninguna mujer vale la pena que ustedes dejen de ser amigos. Y no vale la pena, Derek, porque ahora yo lo prefiero a él. ¿De qué serviría el intento, si con ello sólo terminarás sin James y sin mí?

—Siempre puedo seguir intentando.

En ese momento, supe que, la única forma de hacer reaccionar a Derek, era rompiéndole el corazón.

—¡No, Derek! —Apoyé una mano sobre su hombro y lo miré con fijeza, con rudeza. — No importa cuánto lo intentes, Derek, cuánto te esfuerces por conquistarme, porque no lo lograrás. Siempre, y escúchalo atentamente, preferiré a James. A James, no a ti.

Lo había hecho, lo había logrado. Le había destrozado el corazón a Derek. Lo supe por la forma en que sus hombros se encorvaron, por la vena que le saltó en la sien, por los puños apretados, por la cabeza caída, por el temblor leve de sus músculos.

Pero había sido por su bien, algún día me lo agradecería, algún día miraría a James y agradecería haberlo elegido a él.

—Lo siento —susurré, sin ser oído por él, antes de partir.

Me tambaleé fuera de la enfermería. Di un par de pasos y, cuando llegué a la escalera, no lo soporté. Triste y cálidas lágrimas cayeron de mis ojos, mojando aún más las mejillas sonrojadas. Derrotada, bajé dos peldaños y me senté ahí, sin poder dar un solo paso más. Enterré el rostro entre mis manos, con los hombros temblorosos por el grito mudo que se atascaba en mi garganta.

Deseé que Derek jamás me hubiese amado. Egoísta o no, lo quise y lo deseé con intensidad.

Me sequé las lágrimas con la palma de las manos e intenté calmarme. Si seguía llorando de esa manera, amanecería con los ojos y mejillas hinchadas, y eso sólo atraería preguntas de James. Y James, por nada en el mundo, debía saber lo que acababa de pasar a sólo unos pasos de él.

Me puse de pie, agotada, tan, tan, tan cansada. Bajé las escaleras, con los párpados caídos y paso tambaleante. Desanimada, decaída. Cuando llegué al primer nivel, la luz de la biblioteca llamó mi atención. Pestañeeé pesadamente. Caminé hacia allá, recordando el libro que había perdido ahí.

Entré a la habitación vacía, pasé por frente del escritorio de la bibliotecaria y me acerqué hacia la mesa que había ocupando. No tuve que buscar el libro, ya que el título «Harry Potter y el prisionero de Azkaban» destacaba sobre el suelo. Lo agarré y caminé de nuevo hacia la entrada de la biblioteca.

No había dado más que un par de pasos fuera de la estancia, cuando sentí que una cuerda se deslizaba por mi cuello.

Todo pasó demasiado rápido.

Mi respiración fue cortada de golpe por la cuerda que apretaba mi garganta. El libro cayó de mis manos y las llevé con desesperación hasta mi cuello, intentando meter los dedos entre la amarra y mi piel. Me rasguñé, saqué sangre de mi piel, hilo de carmesí corriendo por cuello. Enloquecida por alejar ese agarre de mí, me dañé más y más, pero no podía... no podía. Simplemente, no.

Jadeé en busca de aire.

Temor enfermizo, de angustia y opresión desesperante, enloquecedora.

Sensación de asfixia, de no poder responder, de sentir los pulmones en llama. De sentirse en el mismo infierno. Me estaba muriendo, me estaba muriendo.

Eso era la muerte.

Nos tambaleábamos por el pasillo.

Forcejé, gorgoteé y poco a poco fui perdiendo la energía. Mis pulmones ardieron, mi cabeza dio vueltas. Pero todo había pasado demasiado rápido. Todo tan rápido.

El rostro de James apareció por última vez frente mis ojos.

Era el fin.

Todo se apagó.

Mi vida es un

DESASTRE

23

SHOCK.

Me despierto desorientada.

Suelo frío bajo mío. Abro los ojos. Tomo asiento. Miro a mi alrededor.

Entrada de la biblioteca.

Me pongo de pie. Los músculos duelen, se quejan de dolor. Camino. Piernas entumecidas. Tiasas. Pesadas.

Llego a una puerta. La abro.

Es un baño.

Prendo las luces. Me acerco al lavamanos. Me tambaleo. La puerta se cierra. Mi cadera choca contra mármol. Frío. Apoyo las manos en él. Las miro. Uñas quebradas. Nudillos pelados. Manos enrojecidas. Rastro de sangre.

Alzo la vista. Reflejo en el espejo.

Marcas rojas, marcas irritadas en el cuello. Hilos de sangre seca hasta la ropa. Vertical a los arañazos, marca de soga. Duele. Escose. Arde.

Estiro las manos hacia el grifo. Lo abro. Agua abundantemente. Las manos tiemblan.

Sed, tanta sed. Garganta en carne viva.

Bebo agua. Limpio la sangre. Me quito la chaqueta. La mojo. Me limpio con ella. La sangre se va. Las marcas, rojas e irritadas, persisten.

Tiro la chaqueta. Alzo la mirada. Rostro hinchado. Ojos rojos. Mejillas manchadas con lágrimas secas.

Aspiro con fuerza.

Me derrumbo. Rodillas chocan contra el suelo. Cuerpo desplomado. Ovillo. Rostro entre las manos. Hombros estremeciéndose. Sollozo ronco e irritado. Duele.

Pierdo la noción del tiempo. El frío traspasar la camisola. Cuerpo congelado. Piel congelada. Músculos congelados. Me congelo por dentro. Me congelo el alma.

Me siento. Me pongo de pie. Salgo del baño. Camino. Subo escaleras. Golpeo una puerta. Alguien abre.

—¿Señorita Howard? —preguntan.

Agarran mi mano. Camino dentro.

Lloro mudamente.

—¿Qué sucedió?

Alzo la vista. La directora me mira. Tomo asiento

— ¿Señorita Howard, qué sucedió?

Intento responder. No puedo.

Alzo la barbilla. Muestro las heridas. Alguien habla, la directora habla.

— ¿Cómo pasó?

Tenía que decirlo. Debía hacerlo.

Abro la boca.

— Me... intentaron... asesinar.

Todo se apaga.

Mi vida es un

DESASTRE

24

¿ACEPTA MI PROPUESTA?

Alguien había intentado asesinarme.
Alguien había intentado asesinarme.
Alguien había intentado asesinarme.
Podría haber muerto esa noche.
Alguien me había demostrado lo débil que era.
Alguien me había mostrado lo fácil que era la muerte y lo difícil que era vivir un suspiro más.
Alguien había intentado asesinarme.
Podría haber muerto.
Comencé a llorar.

Una hora y media después de haber despertado, envuelta en mantas, un par de detectives privados paseaban frente a mí. Ya me habían curado la herida del cuello y, según la enfermera, aún me encontraba en estado de shock. Por eso sentía un frío tan intenso y la sensación de congelamiento interno, como si todo se hubiese muerto dentro de mí.

El libro *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*, yacía a mi lado. Los detectives lo habían encontrado fuera de la biblioteca, junto con hebras de mi cabello. Más que eso, no.

Uno de los detectives, con una libreta en mano, se acercó a mi lado.

—Necesitamos hacerles unas preguntas. —Asentí. — Mi nombre es Robert Delgado y él —Apuntó al otro detective que se acercaba. — es Miguel Fernández.

Acarrearon las sillas que estaban alrededor del escritorio y se sentaron frente a mí.

—Bueno, señorita... —Fernández le quitó la libreta a su compañero y leyó algo.
— Howard. ¿Nos podría relatar lo que ocurrió?

Asentí suavemente.

—Como a las siete de la noche —comencé, sintiendo que la garganta me ardía, que me hacía daño. Pero debía hablar, debía contar todo si quería tener alguna

solución. Mi voz sonaba rasposa y baja, muy baja y entrecortada—, mi novio y su mejor amigo, estaban peleando...

—¿Por qué? —preguntó Delgado.

Fernández escribía.

Me encogí de hombros, aunque yo sabía perfectamente la respuesta.

—No lo sé —respondí—. Cosas del fútbol y de hombres. Estaban jugando, usted ya sabe. —Volví a encogerme de hombros. — La cosa es que los encontré golpeándose y los detuve. Se separaron enojados y James...

—¿Quién es James?

—Mi novio: James O'Connor.

Los ojos de Delgado se abrieron un poco.

—¿Un O'Connor?

Delgado se giró hacia Fernández y le susurró algo al oído. Fernández anotó en su libreta: Familia importante.

—¿Y cuál es el nombre del amigo del señor O'Connor? —interrogó Fernández.

—Derek Blair.

Si era posible, los ojos del detective Delgado se abrieron más.

—¿Un Blair implicado también? —susurró—. Vaya, esto sí que estará interesante.

Hice caso omiso de ello y seguí con la historia.

—Como les iba diciendo, James se fue enojado del estadio luego de la pelea y lo seguí. Cuando lo alcancé, vi que estaba furioso, pero insistí hasta que me pidió que no lo siguiera y me marchara...

—¿Y usted lo siguió y ahí él intentó asesinarla? —me interrumpió Fernández.

Negué efusivamente.

—No, por supuesto que no —musité—. No lo seguí, me fui a mi cuarto. Pero no podía conciliar el sueño y se me ocurrió la idea de ir a ver si James estaba bien en la enfermería.

Sin haberlo previsto, comencé a revivir aquel momento. Nuevamente el hielo invadió mis venas, congelándome. Cerré con fuerza los ojos, deseando que esa sensación se fuera. Tenía tanto, tanto frío.

—Llegué a la enfermería —continué—. Y James no estaba ahí, sólo Derek. Le pregunté dónde estaba mi novio y me dijo que en la habitación de la enfermera, para evitar que se volvieran a agarrar a golpes. La enfermera no estaba en ninguna parte, tal vez estaba durmiendo en otra de las habitaciones del tercer piso. —Oí, a lo lejos, el roce rápido del lápiz sobre la hoja. Dentro de mí, podía divisar una vez más a Derek frente a mí, con su rostro descompuesto por la tristeza. — Le pregunté a Derek por qué había peleado con James. Me respondió que había sido por una mujer. —No había sido mi intención seguir y contar eso, pero lo hice—. Habían estado peleado por mí.

— ¿Por qué por usted?

Sin abrir los ojos, le respondí al detective Delgado.

— Derek dijo que los dos estaban enamorados de mí y que no había soportado la idea de no tener oportunidad conmigo. — Me detuve. Pero la escena en mi cabeza, no. Me vi a mi misma rechazando a Derek. — Le respondí que jamás podría tener una oportunidad conmigo, porque yo estaba enamorada de su amigo. Y luego me marché. — Me vi saliendo de la habitación, deslizándome por el pasillo, llorando en la escalera, entrando en la biblioteca. — Me dirigía a mi cuarto, cuando pasé por el pasillo de la biblioteca. Recordé que se me había caído un libro y lo fui a buscar.... — Estaba llorando, frías lágrimas caían por mis ojos. — Jamás pensé que podría pasarme algo dentro de la escuela. — Estaba siendo atacada por alguien y nuevamente renació ese temor enfermizo, la sensación de asfixia, de no poder responder, de sentir los pulmones en llama. Iba saliendo de la biblioteca, cuando una cuerda fue puesta en mi cuello. Y todo sucedió demasiado rápido, demasiado rápido. Alguien me ahorcaba. Intenté alejar la soga de mí — Puse las manos en mi cuello en forma de garras. —, pero no podía. No podía y... luego todo se apagó.

Tardé varios segundos en abrir los ojos con pesadez y mirar a los detectives.

— ¿No vio quién la atacó?

Negué con la cabeza.

— Ni siquiera sabría decirle si era mujer u hombre. — Mis hombros se estremecieron. — Sólo sé que ella o él no me quería muerta. Porque si lo hubiese querido, no estaría contando esto.

El detective Delgado rebuscó algo entre los bolsillos del pantalón y después me tendió un pañuelo de papel. Me sequé los ojos.

— ¿Algo más que agregar, señorita Howard?

Estaba a punto de negar con un movimiento, cuando lo recordé: las cartas.

— Sí — susurré. Mi garganta dolía. La enfermera había dejado en claro que no debía hablar demasiado, pero debía contar todo—. En el último mes me enviaron dos cartas y un gato de peluche degollado.

Los dos detectives se miraron.

— ¿Cartas? — preguntó Delgado.

— Sí. No las tengo, porque las boté apenas me llegaron... aunque recuerdo lo que decían. La primera ponía «Morirás, perra». Luego me llegó el gato de peluche degollado, el que también boté. La última carta decía «¿Te habías olvidado de mí? Porque yo de ti, no».

— ¿Sabía alguien sobre las cartas? — preguntó Fernández.

— Sí — susurré—. Mi novio, su amigo y una amiga. No quise contar a más personas, porque pensé que era una broma, alguna mujer celosa o algo así. Jamás creí... jamás creí que me intentarían asesinar...

— ¿Cuál es el nombre de su amiga?

—Bella Armstrong.

El detective Fernández frunció el ceño.

—¿La hija de la compañía de abogados Armstrong?

Asentí levemente. El gesto que formó su rostro, me lo dijo todo.

Golpearon la puerta de la oficina de la directora.

—¡Pase! —gritó el detective Delgado.

La puerta se abrió y por ella entró un policía. En una de las manos portaba una bolsa, de esa que ocupaban para guardar la evidencia, y, dentro de ella, llevaba una chaqueta con pequeñas manchas de sangre: la chaqueta que había lanzado en el baño cuando me había encerrado ahí.

—Encontramos esto en uno de los baños del primer piso —dijo el policía.

—Eso es mío —dije—. La lancé en el baño. —Los tres hombres se giraron a mirarme. — Recuerdo haberme despertado, caminado al baño y limpiado mis heridas con la chaqueta. Luego la tiré al basurero.

—¿Y qué hizo después? —preguntó Delgado.

—Me dirigí donde la directora.

Unos minutos más tarde, los dos detectives y el policía dejaron la oficina para analizar todo lo que les había relatado y para mirar la cinta de las cámaras de seguridad.

Sola en la estancia, me dirigí hacia la ventana del cuarto y la abrí. De inmediato, llegó a mis oídos el fuerte ruido que provenía desde el estadio de la escuela. Eran más de las ocho de la mañana y la directora, en un intento desesperado para que ninguno de los alumnos se enterara de lo que había estado a punto de suceder dentro de la escuela, había suspendido las clases, con motivo de una celebración especial que harían en el estadio.

Me pregunté dónde estaría James. ¿Lo habrían obligado a ir al estadio junto con Derek? ¿O estarían encerrados en la enfermería, con alguien custodiando la puerta para que no salieran?

Me alejé de la ventana, en el preciso momento que la puerta se volvía a abrir y por ella entraba la directora Corell. El agotamiento en su rostro lo había ocultado con capas de maquillaje, y el cabello lo llevaba sujeto a un apretado y tirante moño a la altura de la nuca.

—¿Puedo hablar algo con usted, señorita Howard?

Me alejé de la ventana, agarré una de las sillas y la arrastré hasta colocarla frente del escrito. Tomé asiento.

Ella hizo lo mismo del otro lado del escritorio. Se tomó su tiempo antes de seguir, mirando fijamente las manos entrecruzadas sobre la mesa.

—Le seré sincera, señorita Howard. Desde que soy directora del internado Highlands, me he esforzado para hacer que la escuela suba su rendimiento y mejore su imagen, y con esto ganar más alumnos. Es por ello que usted está *gratis* aquí—

informó, recalcando la última palabra —, porque usted es una alumna ejemplar. Pero hubo muchos mejores candidatos a la postulación cuando usted dio la prueba. ¿Y sabe el por qué la elegimos a usted en vez de a otra persona? —No, no lo sabía. — ¿Recuerda el día que esperaba para rendir la prueba? —Asentí. — ¿Recuerda haber hablando con alguien? —Volví a asentir. — Pues era yo.

—Sí, si lo recuerdo.

—Ese día, al hablar con usted, me dio una buena impresión, me gustó su sinceridad e inteligencia. Pero, por sobre todo, su imagen. —Se acomodó en el asiento. — Usted, al contrario de las demás personas que postularon, no parecía de poca clase. Si bien sus vestimentas no eran costosas, tiene un rostro limpio, bonito. Es por eso que la elegimos a usted y no a otra persona, porque usted era una buena imagen para la escuela.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué me dice eso?

—Porque el problema de hoy destrozará todo los avances que me he tardado años en mejorar.

—Sí, lo sé. Es una pena todo aquello.

La directora Corell suspiró.

—No me está entendiendo, señorita Howard. Usted y yo sabemos que jamás podrá competir contra los alumnos que están en esta escuela, porque ellos tienen más dinero, mejores abogados y mejor todo para defenderse. Sabemos perfectamente que, aunque se encuentre a la persona que está implicada en todo, ésta saldrá libre, porque la justicia funciona así: siempre preferirá la bolsa de oro más grande.

La indignación mezclada con la ira, comenzó a inundar mis venas e infectar mi cerebro.

—¿Qué es lo que intenta decir, directora?

Se recostó en el asiento antes de responder.

—Le estoy intentando decir, señorita Howard, que usted sabe que los principales sospechosos son el señor O'Connor, el señor Blair y la señorita Armstrong.

—No, no lo sabía —la contradije—. Ellos no pueden ser los sospechosos... puede ser cualquiera.

La directora Corell negó efusivamente.

—No, está equivocada. Los detectives me lo acaban de mencionar, ellos tres son los principales sospechosos. El señor O'Connor puede serlo por los celos incontrolables que podrían haberlo hecho cometer aquello... tal vez por algo que usted pudo haber hecho y el visto. —*El beso*, pensé. Tal vez había visto el beso. — Por otro lado, el señor Blair es sospechoso por... ya lo sabe y lo dejó en claro cuando se puso a pelear con el señor O'Connor en el estadio: no soportaba la idea de que

usted saliera con su mejor amigo. Y, por último, está la señorita Armstrong... ¿se ha preguntando que, tal vez, ella estuviese enamorada del señor O'Connor o del señorito Derek? Puede que la quisiera muerta por eso. —Se detuvo unos segundos. — Y eso sin contar a los demás alumnos. —Se puso de pie repentinamente, giró por el escritorio y se detuvo a mi lado. Intimidada por su presencia, alcé la vista para observarla inclinarse hacia mí. — ¿Usted cree que podría ganarle a alguno de ellos? El padre de la señorita Armstrong tiene una firma de abogado. La familia O'Connor es dueño de las dos corporaciones más importantes del país. Y la madre del señor Blair es hermana de la esposa del presidente del país, mientras que su padre es uno de los empresarios más poderosos. ¿Cree que podría ganar contra alguno de ellos si fueran culpables?

Lo sabía, siempre lo había sabido pero no había querido admitirlo hasta ese momento. No, nunca podría ganarles a ellos, nunca podría ganarle a ninguno de los estudiantes del internado.

—Hagamos un trato, señorita Howard —siguió la directora, arrancándome de mis pensamientos—. Usted permanece en silencio y olvida todo lo que sucedió, y yo le prometo que haré un intercambio, todo pagado, al internado Highlands que está en Estados Unidos. ¿Qué dice, señorita Howard? ¿Acepta mi propuesta?

25

ÉL PUEDE SER TU ASESINO.

Podría haber rechazado la oferta de la directora Corell con rapidez e indignación. Pero me limité a quedarme en silencio, observándola mientras mi sensatez me rogaba que aceptara, que me largara del país sin explicaciones, sin decirle a nadie. Y la otra parte, esa que se dejaba guiar por las emociones, me suplicaba que no lo hiciera, que me quedara, que todo se iba a solucionar, que capturarían a esa persona y que todo volvería a ser como antes...

Aunque nadie me aseguraba que eso sucedería.

—¿Y qué dice, señorita Howard?

Pestañee y me sorprendí al descubrir que tenía la mirada clavada en el suelo, como si éste pudiera responder a todas esas preguntas que rondaban por mi cabeza. Alcé la vista y contemplé por largos segundos a los movimientos nerviosos de la directora Corell. Sabía que, a pesar de que a ella no le preocupaba totalmente mi vida, sí le interesaba lo suficiente la imagen del internado para intentar mantenerme a salvo. Es por ello que me daba la opción de hacer un intercambio: ni a ella ni a mí nos convenía que siguiera aquí. A ella porque mi casi asesino podía terminar lo que había comenzado y con ello arruinaría a la escuela para siempre; y a mí por el hecho de que... moría, así de simple.

Me relamí los labios con nerviosismo.

—Yo... —comencé—. No lo sé.

Toda la tensión que había estado acumulando la señora Corell en los hombros, pareció soltarse de golpe al dejarse caer en el respaldo del asiento. Se masajeó la sien, cansada.

—¿Sabe que, si sigue en el internado, puede ser asesinada? —Asentí débilmente.

—¿Y aún así no sabe la respuesta?

Me encogí de hombros. No era tan fácil aceptar la propuesta, después de todo dejaba mi vida atrás por culpa de un maldito enfermo. Y yo no era de esas mujeres que ponían las cosas fáciles, era cabezota más que lógica.

—Lo sé —contesté—. Pero no es tan fácil, hay cosas que debo... pensar.

—Y mientras usted se demora en pensar, un asesino anda por allá afuera —Apuntó la ventana del cuarto. —, planificando su asesinato —terminó, cortante.

Crucé los brazos.

—Entonces, debería preocuparse más en buscar al lunático que en la imagen del internado.

La dejé muda. Lo pude ver en sus ojos, en la manera que abrió la boca y luego la cerró, sin saber cómo responder a mi provocación.

—Dentro de una hora llamaré a sus padres, así que ellos estarán dentro de dos horas aquí. —Me lanzó una mirada indescifrable. — Tengo cosas más importantes que hacer, que seguir con una conversación que no llegará a puerto.

Sin más palabras, se puso de pie y se marchó de la dirección.

Con un suspiro, me dejé caer en el respaldo del asiento, con la cabeza colgando del borde de ella. Clavé la mirada en el cielo raso. Por muy valiente que quería parecer, estaba acobardada. Debía marcharme, sabía que era una cuestión de horas para que terminara aceptando aquello. Pero...

Me puse de pie, caminé hacia la estantería, que había en la oficina de la directora, y agarré un libro.

«Suspiros al oído de Paulo Coelho», rezaba el título.

Siguiendo mi instinto, lo abrí y leí; pero una vez que comencé a leer, no me pude detener hasta que la idea no había muerto.

«Dicen que a lo largo de nuestra vida tenemos dos grandes amores; uno con el que te casas o vives para siempre, puede que el padre o la madre de tus hijos... Esa persona con la que consigues la compenetración máxima para estar el resto de tu vida junto a ella...

Y dicen que hay un segundo gran amor, una persona que perderás siempre. Alguien con quien naciste conectado, tan conectado que las fuerzas de la química escapan a la razón y les impedirán, siempre, alcanzar un final feliz. Hasta que cierto día dejarán de intentarlo... Se rendirán y buscarán a esa otra persona que acabarán encontrando.

Pero te aseguro que no pasarás una sola noche, sin necesitar otro beso suyo, o tan siquiera discutir una vez más... Todos saben de qué estoy hablando, porque mientras estabas leyendo esto, se ha venido a tu mente, su nombre a la cabeza.

Te libraras de él o de ella, dejaras de sufrir, conseguirás encontrar la paz (le sustituirás por la calma), pero te aseguro que no pasará un día en que desees que estuviera aquí para perturbarlo. Porque, a veces, se desprende más energía discutiendo con alguien a quien amas, que haciendo el amor con alguien a quien aprecias.»

El libro resbaló por mis dedos y se estrelló con fuerza contra el suelo. La sensación de congelamiento interno me invadió.

James. Una y otra vez, pensé en él. James. No lo podía sacar de mi mente. James. Él era esa persona, ese hombre que no quería que dejara mi vida, que nunca terminara de molestarme, de hostigarme hasta la demencia.

James, siempre James.

Lo quería con una desesperación, con una intensidad que era superior al miedo que me invadía al recordar mi asesino.

Con lágrimas llenándome los ojos, lo supe. Supe cuál sería mi decisión, cuál sería la respuesta.

Saqué el celular de mi pantalón e hice una llamada.

—Mamá —susurré.

Y comencé a llorar.

Media hora más tarde, mi madre estaba sentada a mi lado, besándome la cabeza y acariciándome el cabello, mientras mis ojos, cansados de tanto llorar, estaban entreabiertos, mirando a la directora caminar por la oficina.

Mamá y Corell discutían, iracundas. El aire estaba tenso en la habitación, tan, tan tenso. Mamá decía algo sobre demandar el internado, sobre la negligencia, sobre por qué las cámaras no funcionaba. Corell respondía como podía.

Unos fuertes golpes interrumpieron de raíz la conversación.

—¡Leah! —gritó alguien—. ¡Leah!

Era James, podía reconocer esa voz en cualquier lugar.

Mis ojos se abrieron del todo y me enderecé en el asiento. ¿Qué hacía James ahí?

—Eche a ese alumno, de inmediato —ordenó mi madre.

Maravillada, observé la puerta remecerse, la madera tomar un ritmo desordenado. ¿Sería esa la última vez que escuchara su voz?

La puerta se remeció con más fuerza. Sentía las miradas de tanto mi madre como de la directora clavadas en mí.

—¡Leah, abre la puerta! —La voz de James llegaba ahogada. — ¡Sé que estás ahí! ¿Qué sucedió...? La gente está hablando sobre un accidente. —La directora hizo una mueca. Su intento de que nadie se enterara, no había funcionado. — ¡Por una puta vez, no seas la maldita cabezota que eres siempre y abre! —Bajó la voz. — Leah, por favor, necesito saber que estás bien.

De reojo observé a la directora Corell masajearse la sien con desesperación.

Mi madre giró el rostro hacia mí.

—Deberías despedirte de él, ya sabes el por qué.

Estaba más que claro el por qué, pero no lo haría. No lo haría. No lo haría. No lo haría. Dolía, pero no lo haría.

—Leah, por favor —gimoteó James—. Por una vez en tu vida, compórtate como la mujer civilizada que deberías ser y conversemos para aclarar todo.

James y yo jamás podríamos hablar civilizadamente y hoy no era la excepción.

—Adiós, James.

Eran las ocho de la noche, cuando observé el automóvil de James detenerse en la calle. De inmediato, me escondí levemente, por si existía la posibilidad que se

percatara dónde me encontraba. Lo vi salir apresuradamente, cerrando la puerta con fuerza detrás de él. Corrió hacia la entrada de la casa, se detuvo unos segundos, como si estuviese meditando las cosas que tenía que decir, y luego, finalmente, tocó el timbre.

Mientras esperaba que le abriesen la puerta, se removi6 con nerviosismos y pasó en reiteradas ocasiones la mano por el cabello, nervioso. Cuando por fin se abrió la puerta, la espalda del chico se tensó como una tabla.

Mi madre apareció en la entrada.

—¡Leah no está! —gritó.

A continuación, cerró la puerta con un portazo que resonó en todo el vecindario. Hice una mueca. Era más que obvio que mi carácter de mierda lo había sacado de mi madre.

Pero si mi madre tenía un carácter de mierda, la persistencia de James le hacía una dura batalla. Lo observé volver a tocar el timbre, aunque esta vez nadie salió a abrirle. Golpeó la puerta hasta que se cansó, retrocedió un par de pasos y alzó la mirada hacia la ventana oscura de mi cuarto.

—¡Leah, sal de ahí si no quieres que comience a escalar hasta tu ventana! —lo oí gritar, a pesar de que yo me encontraba escondida en la casa de al frente, perteneciente a una tía.

Para sorpresa de ambos, la luz de mi habitación se encendió. A contraluz, se pudo observar a una persona acercarse a la ventana.

—¡Leah no saldrá a ninguna jodida parte! ¡No está! —chilló mi madre—. ¡Y márchate a tu mansión si no quieres pasar la noche detenido en una comisaría!

Sin más palabras, cerró la ventana de golpe. Y fue con tanta fuerza que uno de los vidrios se trisó por completo. Rodé los ojos, contarle todo a mi madre sólo había empeorado las cosas y ahora me tenía en reclusión en la casa de mi tía, para que así nadie descubriera mi paradero. Según ella, cualquiera podía ser el culpable, incluso el apuesto muchacho que era mi novio.

James se quedó un par de segundos mirando mi ventana, o eso es lo que parecía desde al ángulo del que lo observaba. Sin embargo, él y yo sabíamos que era imposible ganarle una batalla a la sargento Madre. Así que no le quedó otra que darse vuelta, volver por donde vino y subirse a su automóvil.

Lo que James nunca descubrió esa noche, es que había una chica pelirroja mirando cada uno de sus movimientos, deseando poder ir donde él y despedirse para siempre. Porque James estaba escondido bajo mi piel y ni la distancia, ni los padres, ni mi casi asesino, podía borrar esa verdad.

Los días pasaron en una monotonía extraña. Por un lado estaban mis hermanos que no dejaban de lanzarle miradas de reojo a la marca roja de mi cuello, y por el

otro estaba mi padre... un padre furioso que ya había tomado la decisión de aceptar la propuesta de la directora.

Así que ya era un hecho: me iría del país.

Y no importó cuánto lloré, cuando supliqué a que esperáramos un poco para ver si todo se solucionaba, porque él ya había tomado una decisión y el de la última palabra era y siempre sería de él.

Deseé poder detestar a mi padre por todo lo que me estaba obligando hacer, pero no podía porque sabía que sólo estaba pensando en mí. A pesar de eso, no podía estar del todo bien cuando sentía que algo se estaba quebrando dentro de mí y la nostalgia comenzaba a apoderarse de mi cerebro.

Una y otra vez reviví el momento que observé por última vez el rostro de James, esos ojos azules brillando por la suplica muda de que no me fuera.... Me arrepentí no haberlo abrazado por última vez, de no haberme despedido de él, de no haberlo besado. Habíamos pasado muy poco tiempo juntos, tan poco que no había alcanzado a disfrutar los pequeños momentos de la vida con su presencia a mi lado. No conocía totalmente sus mañas, todas sus sonrisas, el cómo cambiaba el color de sus ojos dependiendo de sus emociones.

Deseé haberlo podido besar más veces, acariciar su piel con más lentitud. Recorrer la prolongación de su cuello con mis labios, el haber seguido esa noche en la casa vacía... quería tantas cosas que ya no podrían ser.

Lo quería ahora, a mi lado, protegiéndome, abrazándome, acariciándome y diciendo que todo iba a estar bien.

Y tal fue mi anhelo de verlo una vez más, que en la noche del jueves soñé con él.

El sueño comenzaba en el momento que yo salía del cuarto de baño, con la marca destacando en mi cuello blanco, con el pijama manchado, con la sensación de shock inundándome. Aunque, al contrario de lo que había sucedido en la realidad, no me dirigía donde la directora, sino que subía las escaleras y entraba en la habitación de la enfermera.

James estaba durmiendo ahí.

Él puede ser tu asesino.

Caminé hacia él. Estiré la mano y toqué su rostro amoratado.

Él puede ser tu asesino.

Los ojos de James se abrieron de pronto y una mano callosa rodeó mi muñeca y me tiró hacia su cuerpo. El miedo me inundó en el sueño, me intoxicó como una mano negra que lastimaba aún más mi garganta herida. Tirité por el terror, mientras, recostada arriba de él, observaba los ojos azules de James aún velados por el sueño.

Él puede ser tu asesino.

Lo miré pestañar, sorprendido.

— ¿Leah? —había susurrado.

James se había acomodado hasta quedar sentado, con la espalda apoyada en el respaldo de la cama. Me sentó sobre su regazo, a contra luz de la ventana, oscureciendo mi rostro y la herida de mi cuello.

Él puede ser tu asesino.

La mano de James se apoyó en mi espalda y comenzó a deslizarla por sobre el pijama, calentándome, entibiando mi frío cuerpo.

Él puede ser tu asesino.

—¿Leah? —había vuelto a murmurar.

Todo parecía tan real.

Sus ojos azules parecieron derretirse al observarme.

Él puede ser tu asesino.

Acerqué mis labios a los de él. Lo besé con fuerza, con miedo, con el terror intoxicando los labios. Lo besé para olvidar que era un sueño, que no era real, que no lo estaba besando de verdad.

Él puede ser tu asesino.

¡Corre!

Deslicé mis manos por sus hombros y enterré las uñas quebradas en su piel desnuda. James intentó alejarse, pero mordí su labio inferior para que no se escapara.

Es un sueño, es un sueño.

—Leah —musitó.

Él puede ser tu asesino.

Abrí los ojos, contemplé sus parpados caídos, el perfil de sus cejas, su nariz recta, los labios rojos e hinchados.

Es un sueño, es un sueño.

No lo es. Escapa.

Crucé los brazos por detrás de su cuello. James fue deslizando sus labios partidos por mi mejilla.

Te puede matar. Si lo intentó una vez, lo volverá a hacer.

Es un sueño, es un sueño.

—No puedes estar aquí —susurró en mi oído.

Los vellos de mi cuerpo se erizaron. Y volví a besarlo hasta que olvidara cualquier otra cosa que no fuera seguir besándome.

Él puede ser tu asesino.

Lentamente, el cuerpo de James se fue deslizándose por la cama para recostarse. Sus manos agarraron mi trasero y giramos por completo, quedando sepultada bajo de él.

Él puede ser tu asesino.

Te va a matar, lo hará.

Él podía ser mi asesino.

—James —solté. Mi voz salió grave, muy grave. —, quiero hacerlo. —*Es un sueño, es un sueño.* — Ahora, aquí.

Los ojos de James se abrieron sorprendidos. Las pupilas se le dilataron.

Una mano se apoyó en el dobladillo de mi camisa de dormir y se metió bajo ella, subiendo el pijama por mis piernas y el estómago. Su cabeza descendió... y cerré los ojos.

Él puede ser tu asesino.

Y, en ese momento, fue cuando sentí una soga deslizándose por mi cuello.

—Nunca debiste haber confiado en mí —susurró James, mientras comenzaba a hacer presión.

Es un sueño, es un sueño.

Me llevé las manos al cuello con desesperación, en un intento desesperado para alejarlas de él...

—¡Leah, despierta!

...pero todo había sido tan repentino.

—¡Vamos, Leah, despierta!

Abrí los ojos de golpe. Sudor frío bañaba mi cuerpo helado. Mis manos, apoyadas contra mi cuello, luchaban contra una cuerda invisible.

Pestañeeé en reiteradas ocasiones para alejar el sueño completo de mi mente.

Había sido tan real...

—¿Qué sucede?

Aún con la respiración pesada, primero me fijé en la persona que hablaba y luego en todo lo que me rodeaba. Estaba en la casa de mi tía y Adela me había despertado.

—Una pesadilla —respondí.

Cerré los ojos con fuerza. Todavía podía sentir las manos de James tocándome, la cuerda apretando mi cuello... cortándome la respiración, al igual que esa noche terrible.

Adela me tocó la cabeza, acariciando delicadamente mi cabello.

—Ya pasará —susurró, intentando calmarme.

Pero era difícil tranquilizarme en un momento así y luché para no llorar, para no demostrarle a mi prima cuánto me seguía afectando todo.

—Sólo fue una estupidez —mentí—. Era algo de unos marcianos invadiendo el mundo, pero ya no recuerdo mucho el sueño.

Abrí los ojos para fijarme en la mirada preocupada de ella.

—Tuve miedo —murmuró—. Pensé que estabas soñando con...

—No —la corté, antes que terminara—. No, no estaba soñando con eso.

Adela frunció los labios: no me creía, aunque fingió lo contrario.

—Tía Margarita llamó y me pidió que te dijera que necesita ir contigo al internado. —Alcé una ceja. — Es por el traslado.

Una hora y media más tarde, me encontraba sentada frente al escritorio de la directora. Me sentía descompuesta y no sólo por el sueño. Estar nuevamente en el internado, me tenía estresada, temerosa de poder encontrarme con alguien, cuando no lo deseaba. Y el tema de conversación que estaban teniendo mi madre y la directora desde hace un rato, no ayudaba mucho.

Distraída y tratando de alejar mi mente de ese lugar, me puse de pie y caminé hacia la ventana. Escuché que la conversación se detenía unos segundos por mi movimiento, pero, al ver que sólo me dirigía hacia ese sitio, siguieron hablando animadamente sobre la fecha de mi partida, las clases que tendría, el tutor que se me asignaría para cuidarme allá y toda esa mierda sin sentido.

Decaída, abrí la ventana y miré fuera. Observé a la gente correr por los terrenos unos metros más abajo, intentando no llegar demasiado tarde a las clases que ya habían comenzado. Añoré estar en su lugar, quise ser una del montón y no la elegida.

¿Sería James uno de los alumnos que corrían? Lo más probable, era característico de él llegar siempre atrasado. ¿Dónde estaría Bella? También la extraña y quería conversar tantas cosas de la vida con ella. Me pregunté si ya habría cambiado de novio, lo que no me extrañaría en lo más mínimo. Por último, pensé en Derek.

Suspiré.

Mi querido Derek, mi amigo enamorado de mí.

De repente, volví a sentirme descompuesta y el aire que entraba por la ventana ya no era el suficiente para calmar mis nervios.

—Necesito ir al baño —informé.

La directora apuntó una puerta adyacente.

—Ahí está mi cuarto, la puerta de la derecha es el baño.

Caminé hacia la puerta que había señalado la directora y la abrí. Una vez en el baño, me senté en el inodoro y apoyé la cabeza entre las manos, intentando alejar esa sensación de mareo que mi inundaba, esa sensación de asfixia, de opresión.

Minutos más tarde, y sin haber aminorado mínimamente la sensación, golpearon la puerta.

—¡Señorita Howard!

Era la directora.

—¡Leah!

Mamá estaba a su lado.

Me puse de pie y abrí la puerta. Mamá estaba tan pálida que se le marcaba una vena azul en la frente.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—La encontraron —musitó mamá—. Encontraron a la persona.

26

ESA PERSONA.

El sudor frío inundó mi cuerpo y pequeños tiritones hacían que las rodillas se me doblaran incontrolablemente. De pronto, supe que quería saberlo, que quería conocer la identidad de esa persona sin que otro me lo dijese.

Fuera de control, le di un empujón a mamá y la aparté de mi camino.

—¡LEAH, NO PUEDES IR...! —rogó, detrás de mí.

Pero yo seguí corriendo y salí de la habitación. Una vez en el pasillo, comencé a bajar las escaleras rápidamente, en frenesí, con el corazón desbordado. Y cuando iba a mitad de piso entre el segundo y primero, me detuve de golpe.

Un par de policías estaban al pie de la escalera, rodeado por estudiantes que hablan sin parar. Y, de pronto, entre la multitud lo vi. James, custodiado por otros dos policías, estaba en el centro de la habitación, discutiendo acaloradamente con ellos.

Oh, mi Dios.

¿Era...? ¿Era James? ¿James el culpable?

No, no podía ser posible. Debía ser un error, una locura. Una equivocación, porque no podía ser James el culpable de aquello. No podía ser él, simplemente no.

Terminé de bajar las escaleras y volé por entre los policías. Con las piernas temblorosas, me posicioné frente a James, protegiéndolo de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Leah, ven —ordenó mi madre.

Le lancé una mirada a ella, a la directora y luego a los policías, todos ellos al pie de la escalera.

La directora Corell le hizo un gesto a los policías que estaban a nuestros lados y ellos hicieron un ademán de acercarse. Con mis manos tanteé la cintura de James y me afirmé con fuerza a ella.

Lo había extrañado tanto.

Mi corazón dio latidos fuertes y pesados, que dolían en mí pecho y que me hacían jadear en busca de aire.

—¿Leah? —me llamó James.

—N-no s-se lo puede llevar detenido —tartamudeé, mirando a los policías—. Él n-no es culpable de n-nada. —Los dos policías estiraron las manos hacia mí y me soltaron suevamente de él. — ¡ÉL ES INOCENTE! —chillé histérica, intentando soltarme de ambos hombres—. ¡NO SE LO PUEDEN LLEVAR DETENIDO! ¡ES INOCENTE! ¡TODO ES UN ERROR! ¡UN ERROR...! —Mi voz se quebró, comencé a llorar desesperadamente, temblando tanto que mis dientes castañeaban. — Es un error... un error. Él... él no puede ser... él no... él no.

—¿Qué pasa, Leah? —La confusión deformaba su rostro—. ¿Por qué me llevarían...? —Comencé a ser arrastrada por los policías, alejándome del muchacho—. ¡Eh! —exclamó, caminando velozmente detrás de nosotros—. ¡Llamaré a mi abogado! ¡No pueden poner sus manos...!

Mi madre bajó la escalera, mientras la directora apartaba a todos los estudiantes del hall, arrastrándolos hasta los pasillos.

—¡No se pueden llevar a James! —insistí.

Madre deslizó su mano alrededor de mi brazo.

—Es obvio que nadie se llevará detenido al señor O'Connor, señorita Howard —respondió mordazmente la directora, con la furia llameándole en los ojos por ver a su internado convertirse en un caos.

Se hizo el silencio repentinamente. Cada una de las personas en el lugar, se giraron hacia la escalera. Bajando por ella, siendo afirmada por dos policías, despeinada y enloquecida por completo, venían arrastrando a una mujer.

La luz proveniente de los terrenos, iluminó de lleno a la chica en el mismo momento que ella alzaba la cabeza y quedaba al descubierto su rostro.

—¿Qué mierda...?

Simone me sonrió.

Simone era mi casi asesina.

27

¿POR QUÉ...?

Fui incapaz de hacer otra cosa que intentar mantenerme de pie ahí. ¿Simone? ¿Simone era la responsable? En ese momento, me vinieron a la mente cada ocasión que ella dejó en claro su odio hacia mí. Y me sentí estúpida por no haberlo descubierto antes. Simone siempre había sido la persona más probable y no había sospechado de ella nunca. Le había echado la culpa a James, a Derek e incluso a Bella, pero jamás a la mujer que me había detestado desde siempre.

—Fuiste tú —susurré.

—Sí —respondió, desinteresada, como si el show la aburriese—. Espero, sinceramente, que te haya dolido.

—¿Qué está sucediendo aquí? —rugió la directora, colocándose frente a mí para protegerme de la mirada de Simone—. ¡Ella no debería estar aquí! —exclamó, apuntando a Simone—. ¡Sáquenla y márchense!

Unos brazos se deslizaron por mis hombros y luego yo tenía hundida la nariz contra el cuello de mi madre. Me abrazó con fuerza, dándome apoyo moral... y yo no fui capaz de devolvérselo, de aferrarme a ella. Sólo yací ahí, estática. En shock.

Debía hacerme la idea de que la pesadilla estaba llegando a su fin.

Escuché el roce que producía la ropa al caminar, las voces de los policías discutiendo acaloradamente con la señora Corell, pero todo se oía tan lejano, tan distante.

No supe cuánto tiempo pasó, sólo me limité a esconder mi rostro en el hueco que me proporcionaba la curva que habitaba entre el hombro y el cuello de mi madre.

Toda la multitud se marchó del hall, para ver a Simone siendo subida a un retén de policía, excepto unos pasos acercándose hacia mí.

Levanté la cabeza y la giré. Miré al hombre que me observaba a unos metros.

El rostro de James pareció transfigurarse por el horror. Su boca era un rictus amargo y sus ojos estaban abiertos de par en par, observando la marca en mi cuello sin pestañar.

Los nervios empezaron a invadirme. Por fin comenzaba a sacar de mis hombros la pesada mochila que había estado trayendo. Lo que había estado ocultado ya no era un secreto: alguien me había deseado muerta. Y ahora todo se había solucionado tan fácil y rápido, y lo fácil casi nunca era lo correcto.

—¿Qué...? —susurró.

Observé sus labios: resecos y blancos. Vi el tic nervioso que le hacía saltar el párpado del ojo izquierdo.

Me alejé de mi madre y James llegó hasta mí. Sus manos estuvieron sobre mis hombros, sus dedos convirtiéndose en garras, garras que apretaban con fiereza mis hombros.

Me dolía, James me estaba haciendo daño.

—¿QUÉ SUCEDE?! —rugió.

Las lágrimas comenzaron a caer de mis ojos como si no hubiese un mañana, manchando mis mejillas. Necesitaba tanto que James me abrazase, lo necesitaba, pero no recibí nada de su parte, excepto el dolor agudo que producían sus dedos en mis hombros, mientras mi madre miraba sin atreverse a intervenir.

Me alejé de él con brusquedad y me tambaleé hacia atrás. Lo vi girarse furioso, con los hombros tiritando por una ira que escapaba de su completo control.

Mamá se acercó a mi lado y me tendió la mano, al mismo tiempo que fulminaba con la mirada la espalda tensa de James.

—Él no sabe nada —le murmuré—. Por favor, déjeme sola con él.

Y por primera vez en mi vida, hizo lo que le pedí: se dio media vuelta y salió del hall por donde la señora Corell se había largado con los policías, dejándome al cuidado del señor Pedro.

Don Pedro salió de su caseta, con la conmoción en el rostro por todo lo ocurrido, y lo detuve con un movimiento de mano.

En ese momento, James pasó ambas manos por el cabello, desordenándolo y dejándolo disparados en diversas direcciones.

—¿Por qué se llevaron a Simone detenida?

Su tono era bajo, grave. Peligroso.

—Por algo que sucedió hace algunos días.

Su pecho se hinchó de golpe, pero siguió dándome la espalda.

—¿Hace... hace unos días? —preguntó.

Miré mis zapatos sucios, mis uñas al ras, el suelo.

—Sí —musité.

Pasaron largos segundos en donde ninguno de los dos fue capaz de pronunciar palabras.

—¿Por qué? —No respondí, porque sabía que él había oído, que él sabía todo lo que estaba preguntado y que si lo hacía era sólo para confirmar la información. —
¿Tiene algo que ver con la herida en tu cuello?

Le lancé una leve mirada a Don Pedro, que no perdía detalle de nada, antes de contestar.

—Sí.

—¿Por qué no me dijiste? ¿Por qué...?

Se giró. La mirada que me lanzó en ese momento, fue una que jamás había visto en él y deseé nunca tener que volver a verla.

Traición.

Me tambaleé un paso hacia atrás, deseando no estar en ese lugar, no haber ido nunca ese día. Nada de esto debería estar ocurriendo, nada de eso. No es que no me alegrase (aunque todavía no reaccionaba) que Simone fuese detenida, pero... ¿por qué James tenía que enterarse? Siempre debió haber sido un secreto... un secreto.

—¿Por qué, Leah? ¿Por qué no me contaste nada...? —Enmudeció tan de golpe, que el corazón me dio un vuelco completo por la preocupación. Y luego una llama azul se encendió en sus ojos, llama que parecía que no se apagaría nunca. —¿Sospechaste de mí...? ¿Sospechaste de mí!

El aire quedó atrapado en mis pulmones.

No, Dios, no podía estar ocurriendo todo eso.

Como un jaguar cazando a su presa, temible y sensual, se acercó hasta mí.

—No sabías quién te había intentado asesinar. —No era una pregunta, era una afirmación. Bajé la mirada, mientras lágrimas caían y caían. Su mirada se clavó en la coronilla de mi cabeza con una intensidad que temí. — Fue el día que peleé con Derek. —Tiritaba, lloraba. Me abracé a mí misma, intentando buscar ese calor que tanto necesitaba—. Ese día que fui a buscarte a la oficina de la directora y fingiste no estar.

Estiró una mano hacia mi cuello.

Don Pedro llegó hasta mi lado y me agarró del brazo delicadamente, apartándome de James. Pero me resistí.

—¡Me mentiste! —rugió—. ¡Pensaste que era yo! ¡Me traicionaste...! —Guardó silencio. Siendo sostenida sólo gracias al brazo de Don Pedro, no dejé de llorar. Nada estaba saliendo como lo había planificado, nada. — ¡Ahora entiendo...! ¡Ahora entiendo todo! —Me fulminó con la mirada y luego a Don Pedro. Se volvió a girar hacia mí. — Superaste la raya, Leah. Lo hiciste.

Lanzándome una última mirada llena de odio, como si cada gota de amor que sentía por mí se hubiese convertido en ese sentimiento, se giró y salió a los terrenos, azotando la puerta detrás de él.

Había perdido a James.

Mis ojos estaban tan hinchados que no lograba enfocar del todo los rostros preocupados de la señora Corell y mi madre. Ya se habían marchado los policías, llevándose consigo a Simone. Nosotras todavía permanecíamos encerrada en la oficina de la directora, debido a que la detención de Simone ya se había esparcido por toda la escuela y rumores de todo tipo entraban por la ventana del cuarto.

—Señorita Howard —me llamó la directora—, ¿no quiere saber lo que sucedió?

Me encogí de hombros. ¿De qué servía saber todo aquello? Nada tenía sentido en la vida ahora.

—Ella *sí* quiere que le cuenten todo —pidió mi madre.

A pesar de que notaba que quería aparentar frialdad y fortaleza, podía sentir el temblar de sus manos afirmando las mías, heladas. A mi madre le afectaba la detención de Simone mucho más que a mí.

La señora Corell se acomodó en el asiento.

—Los detectives dieron con las grabaciones de las cámaras de la escuela. No sé si usted lo sabía, pero la mayoría de las cámaras que hay instaladas, son falsas. No son nada más que una forma para atemorizar a los estudiantes. —Yo sabía eso, no había necesidad de explicar algo tan mundano. —Y la señorita Simone parecía saber que sólo un par de cámaras funcionaban y se ocultó de ellas en todo momento. —Eso captó parte de mi atención. —Simone no apareció en ninguna de las grabaciones oficiales de la escuela.

—Si no apareció en ninguna cámara... ¿cómo supieron que era ella? —preguntó mi madre por mí, ayudándome a afrontar la situación.

La señora Corell creía que me encontraba en ese estado de conmoción, debido a la detención de Simone. Y lo estaba... en parte.

—Hasta el día de ayer, domingo, se nos había olvidado que una de las cámaras había sido reemplazada hace poco por una verdadera. Y esa cámara es la que apuntaba la entrada de la biblioteca, lugar donde Leah había sido abordada por Simone. —Guardó silencio. —Pero hay algo que me preocupa...

Cerré los ojos, repentinamente demasiado cansada para estar oyendo la conversación. Quería dormir.

—¿Qué es? —interrogó mi madre, como si desconociera la historia, lo que no era cierto. Mi madre había estado con la señora Corell cuando los detectives les habían presentado las evidencias y les habían explicado todo. Si seguía preguntando, era porque tenía la esperanza que yo saliera de mi letargo para comenzar a hacer pregunta tras pregunta.

—Simone es menor de edad. Tendremos suerte si se la llevan a un centro de detención.

La habitación se sumió en silencio.

Miré la ventana de la oficina, el cielo celeste tras ella, y una idea vino a mi cabeza.

—¿Por qué lo hizo?

La señora Corell y mi madre se lanzaron una mirada rápida.

—No lo sabemos —dijo la directora—. Habrá que esperar hasta mañana. —Esperó unos segundos, indecisa. Quería decir algo, pero no se atrevía a pronunciar las palabras—. Señorita Leah —comenzó, dudosa—, quiero que sepa que lo del

intercambio aún está disponible. La señorita Simone, lo más probable, es que quede en libertad y...

Me puse de pie de golpe y salí del cuarto antes de que pudieran detenerme. Repentinamente, una sensación de asfixia me había invadido.

—¿Leah? —me llamó mi madre, corriendo detrás de mí por el pasillo. Tomó mi mano y me obligó a detenerme—. ¿Leah...?

—Estoy bien, mamá —respondí—. En serio, sólo necesito... respirar, estar sola. Ordenar mis pensamientos.

Mi madre me apretó la mano.

—Es mejor que te vayas a despedir.

Un nudo se formó en mi garganta.

Me solté del agarré y corrí para alejarme de la realidad. Una vez en la escalera, con el corazón acelerado, me apoyé contra la pared y me fui deslizando poco a poco hasta terminar sentada en la escalera. Enterré el rostro entre las manos y me quedé ahí, sintiendo como los hombros me tiritaban en un llanto sin lágrimas.

Unos quince minutos más tarde, y un poco más recompuesta, me puse la capucha del abrigo y bajé las escaleras.

Necesitaba ver a Derek, hablar con él.

Una vez en el edificio de los cuarto, me acerqué al escritorio y agarré el archivador donde tenía anotado las habitaciones de cada alumno. La señora Smith hablaba, unos metros más allá, con una estudiante. Me detuve cuando llegué al nombre de Derek. Estaba en el cuarto número 207 y no le había tocado con James.

Dejé el archivador sobre el escritorio y me dirigí a las escaleras de los hombres. Subí hasta el segundo piso y luego doble por el pasillo a mano izquierda. Me detuve en la puerta que tenía el número 207.

Levanté el brazo para golpear.

—Las chicas no pueden estar aquí.

Con el corazón en un puño, me giré. Un chico de cabello castaño claro me miraba desde la entrada del pasillo. Lo había visto con anterioridad participar en los partidos de fútbol, aunque no sabía su nombre.

—Lo sé, sólo buscaba a Derek —le informé.

Alzó una ceja.

—No está, no vendrá en toda la semana —contó—. Su tía tuvo un problema. Nada grave —se apresuró a añadir—, pero igual tuvo que ir.

Asentí, más decaída que antes.

—Gracias —dije.

El chico asintió con la cabeza y me lanzó una mirada de pies a cabezas.

—Tú eres la novia de James —dijo, en un tono dudoso. No supe si asentir o no, porque ya no sabía lo que éramos. Sin embargo, antes de que pudiera decir algo, el

chico gritó—. ¡Ey, James! Hay alguien que te puede interesar está esperando en el pasillo.

Me cerró un ojo y se alejó bajando por la escalera. Luego, la primera puerta que estaba ubicada en el extremo derecho, se abrió y por ella se asomó James.

El estómago me dio un enorme vuelco, mientras lo observaba mirar ambos extremos del pasillo y después clavar su vista en mí. Y al comprender que era yo la persona de la que había estado hablando su compañero de equipo, se apresuró en volver a entrar.

—¡Espera, James! —grité.

Corrí hacia la puerta cerrada. Pero el hecho de que James no quisiera verme, no me detuvo.

Golpeé con suavidad.

—James, por favor, habla conmigo —supliqué.

Nunca le había rogado a nadie, pero tampoco era demasiado tarde para acostumbrarme a ello. Siempre había sido James el que me perseguía, a pesar de que algunas veces era yo la que cometía los errores. Ahora me había llegado el turno a mí y por Dios que me lo merecía.

Quería que, entre nosotros, las cosas terminaran bien. Era lo mínimo que podía hacer: un disculpa y luego marcharme.

Me apoyé contra la puerta, dejando descansar todo mi costado izquierdo contra ella. Estiré una mano y acaricié la madera pintada de blanco, como si fuera James al que tocaba.

—Lo siento, James —comencé—. Fui una estúpida... siempre lo he sido y lo seguiré siendo por siempre. Pero me conociste así, te enamoraste de esta Leah. De la Leah loca, con mala suerte, con lengua mordaz, más orgullosa que lógica... No sabes de cuántas cosas me he arrepentido en mi vida, pero no soy perfecta. Desearía serlo y no lo soy.

»Lamento haber desconfiado de ti, el miedo tuvo la culpa. Pero no sólo el temor, también fue la desconfianza que no me quisieras del todo... por la apuesta que hiciste. Pero, hasta hoy, nunca creí el hecho que realmente te interesabas por mí. Era como si siempre estuviera esperando a que me desilusionaras para probarme a mí misma que me querías sólo para un juego.

»Hay muchas cosas que no sé que quiero, es por eso que siempre cambio de opinión. Soy lunática, lo sé. Pero todo esto me ayudó para darme cuenta de algo. Te quiero, James. Perdí la cabeza y lo siento. De verdad, que lo siento. Pero...

La puerta se abrió tan de golpe, que tropecé hacia dentro del cuarto. Unos fuertes brazos me sujetaron para evitar la caída, y mi rostro quedó frente a unos ojos azules... ojos que tenían un extraño fulgor.

Me puso de pie, al contrario del beso apasionado que quería recibir.

—Que te quiera no significa que se me olvide así de fácil todo —informó.

La indignación me inundó por unos instantes, aunque procuré mantener la calma.

—Tenía miedo, James —le expliqué—. No sabía quién podía haber sido. Y los detectives no dejaban de decirme que podía ser cualquiera, que tenía que desconfiar hasta de mi sombra... sí, pensé en un momento que podías ser tú, pero también sospeché de Derek, de Bella... ¡De toda la escuela! Estaba paranoica y es más que razonable mi reacción. No te puedes enojar por una reacción básica.

James me dio la espalda y entró en el cuarto. Agarró un bolso que tenía sobre la cama y después pasó por mi lado.

—No me enoja el hecho que hayas desconfiado de mí —dijo, deteniéndose unos segundos. Con la mirada clavada en la puerta abierta, lo escuché—. Incluso me parece inteligente de tu parte que hayas desconfiado de mí.

—Entonces... —Me giré para mirar su espalda. — No entiendo tu enojo.

—Mi enojo, Leah —Me lanzó una mirada sobre el hombro. —, es que me hayas mentido; que me hayas ocultado algo tan importante como eso; que no me hayas permitido ayudarte en un momento así, porque podría haberlo hecho; que hayas arriesgado tu vida para mantener ese secreto. Me molesta que hayas sido tan estúpida, que te haya importado tan poco tu vida. ¿Por qué, Leah? ¿Por qué callaste? ¿Qué es la cosa que valía tanto la pena para arriesgarte así?

Tú, quise gritarle. Tú eras esa cosa, esa persona por la que había decidido callar.

—Temo descubrir algún día que tu respuesta sea yo —siguió—. Porque yo no valgo tu muerte. En verdad que no lo valgo.

Volvió a voltear el rostro y se alejó, dejándome sola en medio del pasillo. Y como ya se estaba volviendo costumbre, no hice otra cosa que ver su espalda, verlo alejarse de mí porque otra vez había hecho algo estúpido para espantarlo.

¿Sería eso lo último que vería de él...? Temía contestarme a mí misma, pero sabía que la respuesta era sí... a menos que convenciera a mi madre de lo contrario.

28

EL SECRETO DE JAMES.

A las horas, aún podía sentir el zumbido de conmoción que repletaba mi cerebro. Todo parecía un sueño, algo surrealista. Costaba hacerme a la idea de que habían encontrado a mi casi asesino. Y, la tensión que se había mantenido en mi casa desde ese día, pareció esfumarse con un suspiro.

Papá había comentado: «Bueno, al parecer tendré a mi princesa más tiempo a mi lado»,

Cristóbal mencionó: «A ver si intestas mantenerte con vida ahora».

Mientras que Josh se limitó a decir: «Vaya mierda, quería quedarme con tu habitación». Y su alegato no terminó ahí, tuve que oírlo durante incontables minutos lloriquear por el hecho que tendría que desempacar las cosas que había amontado para mudarse a mi cuarto, que era mucho más espacioso que el que tenía actualmente.

Sin embargo, a pesar de las palabras indiferentes que me habían dicho, a lo largo del día había descubierto a mi padre mirándome con preocupación, a Cristóbal observándome con una sonrisa feliz (que él justificó al hecho había estado pensando en una muchacha, mirando un punto invisible cerca de mi cabeza); y a Josh rascándose la cabeza, contemplando asombrado a la marca roja en mi cuello.

Cuando el día comenzaba a enrojecerse, me senté en el sillón más grande y cómodo de la casa, frente de la televisión. Puse una película de zombies, que me encantaban, y me relajé. Llevaba unos minutos de película, cuando Josh y Cristóbal se sentaron uno a cada lado.

Esperé a que comenzaran a hablar, porque estaba segura que no se habían acercado a mí sólo por el hecho de querer estar conmigo.

—¿Qué mierda quieren? —pregunté, al ver que ninguno de los dos comenzaba.

Pensé que me seguirían preguntando cosas sobre mi casi asesinato, pero me sorprendí al descubrir que ese no era precisamente el tema de conversación que querían entablar.

—¿No vendrá James a ver cómo está su fea novia? —preguntó Josh.

—No —contesté secamente, al recordar la escena fuera de su cuarto.

Repentinamente, el estómago se me había hecho un nudo y la película ya no parecía tan buena como hace un rato.

—¿Por qué? —interrogó esta vez Cristóbal—. Es un chico simpático ese James.

James era más que simpático. James era perfecto para mis ojos (y para el de muchas perras bastardas).

—Está enojado, no me quiere ver ni en pintura.

Cayó un pesado silencio en la sala, que fue interrumpido con un:

—Vaya jodida mierda —dijo Josh—. Entonces, ¿no vendrá a visitarte?

Rodé los ojos.

—Te dije que no. James no me quiere ver.

—¿Y cuál es el problema en ello? —insistió Josh.

—¿Será por el hecho de que NO me quiere ver? —pregunté.

—Pero siempre puedes hacerlo desenojar con... bueno, ya sabes. —Josh enmudeció y me giré para verlo en el preciso momento que se revolvía el cabello incómodo. — Vaya, es una mierda hablar de este tema con tu hermana pequeña...

—Josh —llamé su atención—. ¿Qué me estás intentando decir?

Josh le lanzó una mirada de ayuda, por sobre mi hombro, a Cristóbal.

—Mira, Leah —siguió Josh al no recibir respuesta de Cristóbal—, seamos sinceros. No quiero admitirlo y vaya que molesta hacerlo... pero... bueno, eres guapa. Pero James tiene dinero y es... ¿Cómo decirlo sin sonar gay?

—James es... no es feo de presencia —terminó Cristóbal.

—Eso —continuó Josh. Me sentí como en un partido de pin pon donde yo era la jodida red—. James no es un monstruo y tiene dinero... por ende, podría tener a cualquier mujer que quisiera en el mundo. Y, por una extraña razón enfermiza (la que no comprendo), te prefiere a ti ante todas esas modelos de pasarela con piernas interminables y...

—Josh, ya te desviaste —lo interrumpió Cristóbal.

Josh sacudió la cabeza y se aclaró la garganta, mientras mi mente daba vueltas en busca del sentido en la conversación.

—Yendo al punto, Leah... ¿Por qué no estás a su lado hostigándolo hasta que te perdona?! ¡Dios, eres mujer! —Me apuntó, repentinamente clavando la mirada en mi anatomía. Rojo como un tomate, alzó la vista y siguió. — Ocupa tus encantos para que te perdona, siempre funciona. ¿Cierto, Cristóbal?

El otro imbécil hizo un ruido con la garganta, que pareció ser una afirmación.

—Josh y yo pensamos que no deberías rendirte así de fácil. Después de todo, por muy inteligente que seas, la forma más rápida de salir de esta vida es acostándote con James y quedándote embarazada...

Su voz terminó en un hilo de voz que hizo eco por la habitación.

Tomé aire e intenté mantener la compostura, pero era un poco difícil en una situación como aquella.

—¿Qué me están intentando decir? —pregunté. Me sorprendí por lo calmada que salió mi voz, al contrario de lo exasperada que me sentía.

Josh se encogió de hombros.

—¿Podrías embarazarte?

Sonrió inocentemente.

Me masajeeé la sien.

—Ya sabía yo que por algo encontraban tan simpático a James —murmuré. Me puse de pie—. Pueden seguir acostumbrándose a sus vidas, porque, por ahora, mi relación con James está muerta.

Subí las escaleras y me encerré en la habitación.

Vaya par de enfermos mentales que tenía por hermanos.

Una hora más tarde, cuando mis padres comían en la mesa de la cocina, el teléfono sonó. Como era costumbre, ni mis hermanos ni yo, que estaba leyendo un libro sobre mi cama, hicimos el esfuerzo para contestar. Así que, a los pocos segundos, el teléfono dejó de sonar: mi madre había contestado.

Los minutos pasaron y pasaron. Se me había olvidado por completo el hecho de que habían llamado, cuando mi mamá gritó:

—¡Leah, baja!

Y ahí supe que la llamada había sido para hablar de mí. Dejé el libro «El señor de los anillos: la comunidad del anillo», sobre la cama y me puse de pie. Salí del cuarto y bajé. Mis padres me esperaban en la mesa de la cocina. Aún estaban los restos de comida que habían estado merendando.

—Siéntate, Leah —pidió mamá. Hice lo que me pidió y acomodé mi pijama, nerviosa—. Era la directora Corell. —Despegué la mirada de las piernas y la clavé en ella. — No tenía buenas noticias: dejaron a Simone en libertad vigilada, por ser menor de edad. También comentó que le había ayudado tener un familiar abogado, que impidió incluso que pasase la noche detenida.

Lo que acababa de decir mi madre, era más que malas noticias: eran horribles. La rabia por la injusticia me invadió, me sentí impotente, con las manos atadas por un par de incompetentes.

—Hoy interrogaron a Simone —siguió mi madre—. Se declaró culpable, lo que reduce la condena que podrían darle. Si es que el juicio saliera a nuestro favor, sólo pasará un par de meses en un hogar de menores.

—Pero se declaró culpable —dije—. Por supuesto que pasará un tiempo en prisión cuando cumpla la mayoría de edad.

Mamá negó con la cabeza, decaída.

—La directora Corell dijo que su sentencia se rebajaba al mínimo, además de que el abogado la declaró con... no recuerdo la palabra, pero la declararon loca, por decirlo de algún modo. Lo que ya impide que se vaya a prisión por ser menor de edad y por estar desequilibrada mentalmente. Lo más probable es que se la lleven

dos meses para un tratamiento, tratamiento que podía ser incluso administrado en casa con un par de doctores privados.

El ánimo de mi padre y mío se fue a pique.

—Siempre lo mismo —murmuré—. Siempre sale ganando el rico y el pobre termina en la misma mierda de siempre.

—Nos tendremos que conformar con una prohibición de acercamiento —comentó mi padre—. Aunque tal vez también se la saquen de encima, con todo el dinero que tienen... pueden pagarle hasta el último juez del país para que a esa chica no le queden ni los papeles manchados.

Mientras mis padres seguían discutiendo sobre lo que la señora Corell había dicho, dejé que mi mente se marcha de ahí. Me sorprendí mirando la hora con inquietud, preguntándome si Bella estaría durmiendo o despierta. Lo más probable es que despierta. Pensé en llamarla para contarle todo, debido a que no había tenido tiempo para hablar con ella. Así que, antes de marcharme para encerrarme en mi habitación, observé a mi madre y le hice la única pregunta que había estado rondando por mi cabeza insistentemente.

—¿Por qué lo hizo? —susurré.

Tanto mi madre como mi padre enmudecieron. La tristeza se reflejó en los ojos de mi madre cuando respondió.

—Dijo que simplemente quería hacerlo.

Una hora más tarde, había colgado. Me recosté en la cama, mirando el cielo raso de mi habitación. Al parecer, James no era el único que parecía indignado por no haber sabido sobre lo que me había ocurrido. Tuve que aguantar que Bella gritara, furiosa por haberse tenido que enterar de la historia por terceros y por haber mantenido el celular apagado durante esos dos días, impidiéndole saber sobre mi paradero.

Durante los minutos que duró la conversación, tuve que relatarle con lujo de detalles todo, partiendo por cómo me había abordado la persona que me había intentado asesinar, siguiendo por los detalles que había descubierto hace poco.

—¿Y qué harán con la chica? —había preguntando. Su voz sonaba plana.

—Si tengo suerte, se la llevarán a un psiquiátrico por algún tiempo. Y lo más increíble es que, cuando la interrogaron, sólo dijo que me había intentado asesinar porque simplemente quería. ¿Puedes creer lo enfermo que suena eso?

—Mm —había dicho, casi forzosamente—. ¿Y no mencionó otra cosa en la interrogación?

Negué con un chasquido de lengua.

—No. Lo otro que agregó la señora Corell es que tal vez incluso quedase sin los papeles manchados.

—Ya sabes cómo es la justicia.

Suspiré, mientras volvía al presente. ¿Debería llamar a James para contarle sobre los detalles? Luego, otra idea destelló en mi cabeza. No, no lo llamaría.

Lo iría a visitar el sábado a su casa. Era lo mínimo que podía hacer.

No me quedó otra que armarme de paciencia a la espera que transcurriera el tiempo. Cuando la semana laborar estaba llegando a su fin, recordé el hecho que Derek aún no sabía nada. Así que marqué su número y esperé. Contestó al segundo tono, con una voz que era una mezcla de somnolencia y nerviosismos.

—Hola, Derek —comencé—. ¿Cómo has estado? Me contaron que habías tenido un problema con un familiar...

—Sí —dijo Derek—. He estado bien, sólo aburrido en casa de mi tía. Por suerte no era nada grave, sólo le dio una recaída y quería vernos reunidos. Estoy con mis primos encarcelados en la casa de campo.

Su risa inundó el auricular.

—¿Tienes tiempo para hablar o llamo en un mal momento?

—¡Por supuesto que tengo tiempo para hablar! —contestó tan deprisa que las palabras saliera atropelladamente.

Sonreí, al mismo tiempo que podía oír de su lado las carcajadas de un par de hombres. Luego, comenzaron a bromear sobre el tema, haciendo que Derek tartamudeara un «Espera un minuto». Escuché golpes, respiraciones y después silencio.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba en mi cuarto con mis primos y se han dado cuenta que me ha llamado una mujer. Ya sabes cómo somos los hombres: estúpidos. Y no han podido evitar molestarme y tuve que encerrar en el armario.

—¿En el armario? —pregunté, incrédula.

Derek asintió con un sonido bucal.

—Más que armario, es todo un universo aquí adentro.

—Cuidado con encontrarte con Narnia.

Derek no habló por unos segundos.

—Eh... no sé a lo que te refieres, pero de todos modos responderé con un sí. — Solté una risita suave, oxidada. — Y bueno, Leah, ¿qué te ha sucedido que me has llamado?

—¿Me tendría que haber sucedido algo para que se te haga normal que te llame?

—Sí —respondió, sin rodeos—. No lo habrías hecho si no lo sintieras estrictamente necesario.

Me sentí culpable con sus palabras, porque eran ciertas de algún modo. Más que culpable, me sentí como una perra aprovechadora que sólo acudía a él cuando nadie más estaba a mi lado.

Hice una mueca con los labios.

—Bueno, la verdad es que sí me sucedió algo —me sinceré—. Y creo que es mejor que tomes asientos antes de que comience a hablar.

Oí movimiento del otro lado del auricular.

—Muy bien, ya me senté. ¿Qué es lo que me tenías que contar?

Tomé aire de golpe, cerré los ojos con fuerza y seguí:

—Derek, Simone intentó asesinarme.

Charlamos largamente sobre lo ocurrido, donde alcancé a relatarle cuándo había ocurrido, cómo y algún par de detalles más.

—No puedo creerlo, Leah —susurró conmovido, cuando por fin enmudecí.

—Y me lo dices a mí —contesté en tono irónico.

—Es que no entiendes, Leah —murmuró. Sonaba hiperventilado—. Simone no hizo todo eso porque simplemente quiso... en realidad, sí, pero...

Su voz se dejó de oír.

—¿Derek? —llamé—. ¡DEREK! —grité por el celular, aunque nadie respondió.

Comenzó a sonar el agudo pito que me decía que la línea había muerto y no tuve más opción que colgar. Intenté volver a llamarlo, pero fui enviada al buzón de mensajes. Tal vez, donde Derek estaba, no había muy buena señal. Ya mañana podría hablar con él.

El sol entró por la ventana y llegó directo a mis ojos. Me desperté de un brinco. Salté fuera de la cama y volé hacia el cuarto de baño. Cristóbal estaba entrando en ese momento a la estancia, con una cara de muerte en vida, y lo empujé lejos. Entré al baño y cerré la puerta en sus narices.

—¡Eh, Leah! ¡Yo iba a tomar un baño! —exclamó, del otro lado—. ¡Tengo una cita en media hora más con Francisca y no alcanzaré a llegar si no me ducho en este preciso momento!

—Tendrás que llegar tarde, querido hermano, porque no saldré.

Un par de minutos después, salí del cuarto de baño envuelta en una toalla y en una gran nube de vapor. Apoyado contra la pared, a un lado de la puerta, yacía Cristóbal desparramado indecentemente y con la cabeza colgando. Estaba durmiendo.

Le di una patada suave en el muslo.

—El baño está libre.

Se despertó con un gruñido.

—Ya era hora —gruñó—. Malditas mujeres y su necesidad de tener que demorarse tanto para todo...

Su voz enmudeció con el golpe de la puerta al ser cerrada. Encogiéndome de hombros, caminé hacia mi cuarto para vestirme.

Debía admitir que era una de esas mujeres que se ponían lo primero que veían al abrir el armario. Sin embargo, ese día, que sabía que tenía que impresionar a James,

lancé prenda tras prenda de ropa al aire. Nada me gustaba, nada me quedaba de infarto, nada era lo suficientemente elegante para ir a la mansión que tenía James. ¡No tenía nada qué ponerme!

Tal vez el destino me estaba diciendo que no era para James... pero decidí ignorarlo y agarré lo primer que pillé: una camiseta celeste y unos blue jean. Me lo puse antes de que me arrepintiese.

Cuando estuve lista, me enfrenté a mi mayor temor: el espejo. Y tenía que admitirlo, me veía... bien. No increíble, pero sí decente. Ahora sólo me faltaba un poco de maquillaje y quedaría lista.

Agarré una chaqueta, el celular, dinero y las llaves antes de salir del cuarto y los guardé en mis bolsillos. Corrí hacia la cocina, donde mi mamá ya estaba preparando el almuerzo. Comí a toda prisa un pedazo de pan, me coloqué la chaqueta y fui directo al baño para lavarme los dientes.

—¡Me marcho donde James! —le grité a mi madre cuando salía de la casa.

Cerré la puerta y corrí a la parada del autobús antes de que me impidieran salir.

Nunca había ido a la casa de James, ni tampoco a los alrededores, pero sabía dónde vivía. En realidad, en la escuela todos lo sabían y, como todos lo sabían, era imposible no oír las conversaciones que tenían las chicas sobre el lugar y la dirección. Por ende, sabía que tenía una mansión lujosa en uno de los condominios más caros de la ciudad.

Tomé el autobús y me senté, mientras comenzaba a meditar sobre cómo lo haría para que me permitieran entrar en el condominio sin que James se enterara. Quería que fuera una sorpresa total, así que quedaban descartadas las opciones en donde yo me tiraba al suelo en un ataque de histérica. Tendía que meditarlo seriamente.

Luego de quince minutos en el autobús, tuve que bajarme y esperar el otro autobús que me llevaría hasta los alrededores del condominio; la locomoción pública no llegaba hasta ahí. Me tocaría caminar unos veinte minutos, pero estaba segura, algo me lo decía, que valdría la pena totalmente.

Después de haber tomado el segundo autobús, haber viajado alrededor de media hora, me bajé donde terminaba el recorrido.

—¿Está segura que no está perdida? —me preguntó el conductor.

Miré a lo que había a mí alrededor: la nada. Sólo cerros y cerros y un camino que se metía entre ellos.

—Creo —respondí.

El conductor suspiró.

—Querida niña, aquí no hay nada —me informó desde el asiento—. Sólo un condominio a veinte minutos caminando de aquí por este camino.

—¡A ese voy! —exclamé.

No me había perdido después de todo.

El conductor alzó las cejas.

—Pues entonces que le vaya bien.

Cerró las puertas del autobús y, mientras yo me alejaba del automóvil, lo oí dar la vuelta y marcharse. Quedé completamente sola... y el ruido que hacía la naturaleza.

Un poco asustada (¿quién jodida mierda no se asustaría en un camino así?) comencé la misión. Y caminé y caminé y caminé y caminé y sentí que me empezaba a salir un juanete en el dedo pequeño del pie de tanto caminar y aún no llegaba al condominio.

Lo peor, fueron las ganas horribles que me dieron repentinamente por orinar. Y no había nada en el camino, sólo yo y las ganas apremiantes de expulsar el agua en exceso de mi cuerpo.

Intenté aguantarme y duré, exactamente, cinco minutos.

Oh... qué demonios. Total, nadie me vería.

Corrí detrás del arbusto más cercano, me bajé la ropa interior e intenté mantener el maldito equilibrio, mientras estaba en cucullas y tenía cuidado de no orinarme la ropa o los zapatos. Ser mujer algunas veces apestaba.

Gracias a Trípode, no me caí, no me oriné un pie ni los pantalones ni nada. Estaba saliendo de detrás del arbusto, cuando un automóvil pasó.

Era un vehículo negro, descapotable y deportivo, con caballito adelante... creo que era un Ferrari, que pasó a toda velocidad dejando una fumarola de polvo.

Tosí sonoramente y salí de mi escondite cuando el coche ya se había marchado.

Seguí en mi camino y doblé por una curva... De pronto, frente a mí, en todo su esplendor, había un enorme letrero que decía «Bienvenido a Mirador de San Felipe».

Su nombre tenía mucho sentido, pensé con la boca abierta. Donde mis ojos se posaran había enormes mansiones que construidas en la ladera de la montaña. De seguro debían tener una vista de toda la ciudad, pero con la diferencia de no estar en ella.

Me acerqué a la entrada.

—¡Deténgase! —pidió el guardia de la caseta. Se apresuró a salir de ella y caminar hacia donde yo estaba. Me miró de pies a cabeza—. ¿Quién es usted?

—Eh... —dije—. ¿Una sirvienta?

El guardia volvió a darme una mirada de pie a cabeza.

—¿Tan joven? —Alzó las cejas, sorprendido. — Nunca la había visto por aquí. ¿Quiénes son sus empleadores?

—¿La familia O'Connor?

El guardia se rascó la cabeza.

—Sí, creo recordar que la señora mencionó algo sobre que esta semana le llegaría la nueva empleada domestica. —Caminó hacia su caseta y agarró una libreta. — ¿Usted es Josefina Fernández? —Asentí, apresuradamente. — Puede pasar

a mano derecha y ahí encontrará alguien que la acercará hasta la casa de los O'Connor.

Volví a asentir con el corazón acelerado. El guardia levantó la reja y yo pasé. No podía creer que el plan, que no había planificado, había salido exitoso. ¡Había logrado entrar! ¡Lo había logrado! ¡Y sin que James se diera cuenta!

Feliz, me acerqué a un costado derecho y de inmediato vi diez carritos de golf estacionados. Un par de hombres estaban sentados hablando animadamente en una mesa cerca de los carritos.

—¿Hola? —llamé. Un señor giró el rostro para observarme—. El guardia me dijo que aquí podía encontrar alguien que me llevara hasta...

Cuatro hombres, que rondaban los veinte años, se pusieron de pie.

—¡Yo la llevaré! —anunciaron a coro.

Pestañé, sorprendida. Intenté sonreír encantadoramente, pero de seguro fue una mueca y no una sonrisa.

—Sólo necesito a uno —informé.

Un hombre mayor, que rondaba los sesenta años, se puso de pie y golpeó a los chicos con un diario que portaba.

—Yo la llevaré —dijo—. Con estos chicos lo único que logrará es sentirse acosada y no quiero que eso les afecte en el trabajo.

Le agradecí con un inclinación de cabeza. Se acercó a un carrito de golf y lo encendió.

—Súbase —llamó.

Y yo corrí para sentarme a su lado. Puso el auto en marcha y el viento arrastró mi cabello hacia atrás. Cerré los ojos unos segundos.

—Y dígame —comenzó el hombre—. ¿Hacia dónde va?

—A la casa de los O'Connor —respondí.

Me miró un momento y luego volvió a clavar la mirada en la calle, que estaba bordeada con palmeras tropicales.

—Oí que el señorito O'Connor, de nombre James, estaba saliendo con alguien —comentó. Me sonrojé por la vergüenza. ¿Es que ya todos sabían sobre eso? Deliré de felicidad—. ¿Dónde dejó su automóvil?

Arrugué el entrecejo. ¿Automóvil? Yo no tenía nada de eso. Tal vez el hombre no sabía que la novia de James era de clase media.

—Está en el taller —mentí.

El hombre asintió.

—Entiendo. —Enmudeció un segundo. — Era un bonito coche. Recuerdo haberlo visto un par de veces por aquí, aunque hace meses que no aparecía. —El corazón me latió pesadamente. ¿Cómo era posible que me hubiese visto si nunca había venido antes? —. Hemos llegado.

Giré el rostro hacia el costado derecho donde apuntaba el anciano. Tuve que hacer una gran fuerza de voluntad para no dejar caer mi mandíbula por la impresión y es que, la mansión que se alzaba a unos metros de donde estábamos, era más increíble y lujosa de lo que había soñado.

De un color crema y ventanas por doquier, se alzaba por la ladera. Regaderas automáticas giraban por el césped y flores bordeaban toda la casa.

Me obligué a despegar la vista de la mansión, para no levantar sospechas.

—Adiós y muchas gracias — dije.

El anciano asintió cortésmente hacia mí y se marchó.

Las piernas me temblaban horriblemente, mientras decía si acercarme a la casa o no. Había sido una muy mala idea haberme aventurada a ese sitio.

Y estaba dando la vuelta para irme, acobardada de pronto por la diferencia entre nuestras clases sociales, cuando la puerta de la casa se abrió y por ella salió James. Detrás de él y con el rostro lúgubre, pareció Derek.

—¿Qué haces aquí? — indagó descortésmente James.

Las manos me sudaron por el nerviosismo que me invadía. Joder, no podía ni siquiera evitar que éstas temblaran.

—Vine a hablar contigo — comenté.

Le dirigí una mirada rápida a Derek. ¿Qué hacía aquí...? ¿No que estaba en la casa de campo de una tía?

—¿Cuándo volviste, Derek? — le pregunté.

Derek no me respondió, sólo se limitó a lanzarle una mirada oscura a James, que aún mantenía la vista clavada en mí.

—¿Le digo yo o le dices tú? — habló Derek.

Si es que era posible, el nerviosismo aumentó a niveles exasperantes.

—¿De qué están hablando?

Solté una risa que sonó casi histérica. Ni siquiera me habían ofrecido un vaso con agua y ya me estaban lanzando a los leones.

—Cállate, Derek — gruñó mordazmente James.

Estaba enojado, furioso y... ¿acorralado?

—Veo que tendré que decirle yo.

Por el rostro de James pasó una sombra de terror que me congeló.

¿Qué estaba ocurriendo? Nada en el mundo tenía sentido.

—Leah — me llamó Derek para captar mi atención —, ¿por qué crees que Simone intentó matarte?

Arrugué el entrecejo con preocupación. ¿Qué tenía que ver Simone?

A nuestro alrededor las regadoras automáticas seguían en movimiento, completamente ajena al desastre que estaba por ocurrir.

—Ella dijo que sólo porque quería — contesté.

Derek negó efusivamente con la cabeza.

—Derek, por favor —rogó James.

Pero su amigo hizo oídos sordos y siguió.

—No, James, ella tiene derecho a saber. —Se miraron largamente. Yo quedé a la deriva. — Después de todo, la pusiste en peligro por tu egoísmo y eso no lo seguiré permitiendo.

—C-chicos —tartamudeé, con una sonrisa que tembló en mi rostro—, ¿de qué están hablando? James nunca me puso en peligro...

—Sí lo hizo, Leah —me cortó—. No defiendas lo indefendible, menos aún si no sabes nada. —Dio unos pasos para acercarse a mi lado. Se detuvo frente a mí. — Dime acaso, ¿sabía que Simone es prima de Bella?

Se me cortó el aire de golpe y sentí que mi alma flotaba fuera de mi cuerpo.

—No, no lo sabías porque ninguno de nosotros te dijimos —continuó Derek, con voz dura como el granito y con ojos indescifrables—. ¿Recuerdas el día que estábamos en la cafetería y que conté que James tenía unos secretos que debía contarte? Pues nunca lo hizo. Y no, no era la apuesta.

Observé a James, que seguía estática en ese lugar, con los puños fuertemente apretados, los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia adelante.

—Sí, si lo recuerdo —susurré.

Un viento helado corrió a nuestro alrededor, meciendo mi cabello y llevándose consigo el último acto de confianza.

—Lo siento, Leah —murmuró James, en el preciso momento que Derek decía.

—Bella es la prometida de James.

29

ATTE. DESCUBIERTA.

Solté una risita nerviosa, que más que carcajada sonó como el cacareo de una gallina histérica. Contemplé por largos segundos el rostro lúgubre de James, que nunca dejó de observar al suelo. Miré a Derek que me contemplaba fijo, como si esperara a que en cualquier momento mis piernas fallaran y cayeran. Y no estaba lejos de la verdad, porque sentía que mi vista se iba a negro en algunas ocasiones. Sólo la necesidad de oír las palabras «Es una broma», hicieron que permaneciera ahí parada, lo más digna que podía en una situación como aquella.

—¿Qué clase de broma es esta? —pregunté, con la voz tan baja que incluso a mí me costó oírla.

—No es una broma —contestó Derek.

¿Qué clase de juego enfermo estaba jugando conmigo la vida?

—¡Por supuesto que es una broma! —exclamé, desesperada. Pasé las manos por el cabello y, sin haberlo planificado, una de ellas tocó el pelón que aún tenía en la parte posterior al cráneo—. ¿Cierto que es una broma, James? Y una de muy mal gusto, si me permiten decirlo.

Pero James sólo guardó en silencio, mientras cerraba una vez más los ojos con fuerza.

En ese momento, sentí que mi alma caía hasta mis pies, porque, cuando James alzó la vista y me contempló con fijeza, comprendí que no estaban bromeando y que, lo que Derek me acababa de revelar, no era más que la triste verdad oculta.

—Lo siento —volvió a susurrar—. Yo realmente no quería que esto saliera así —siguió.

Pensé que me desmayaría, que me desplomaría frente a la bonita mansión.

Quise ir hacia donde estaba él y golpearlo hasta desenamorarme de él. Lo quise descuartizar, lo quería muerto y fuera de mi vida.

—Hace mucho que quería decírtelo, Leah —siguió Derek—. Pero no sabía cómo.

—Tú no eras el que tenía que decírmelo, Derek. No era tu mentira.

Derek asintió, apenado. Con los ojos velados por la culpa.

—¿Qué querías que hiciera, Leah? —preguntó James, repentinamente exaltado—. No podía simplemente ir a tu lado y decir: «¿sabes? Desde hace años que

estoy enamorado de ti, pero resulta que mi familia tiene concertado un matrimonio por convivencia con tu mejor amiga. ¿Qué opinas? ¿Te gustaría que saliéramos a cenar...?».

—¡PUES HUBIESE PREFERIDO ESO QUE TU VIL MENTIRA! —chillé, cortándolo—. ¿Qué conseguías con hacer que me enamorara de ti? —Mi voz se quebró. — P-podrías ha-habérmelo dicho... para no ilusionarme como una estúpida contigo... podría habérmelo dicho para que me diera cuenta cuál era mi lugar en tu vida: soy y siempre seré la segunda. Podrías habérmelo advertido... pero no lo hiciste y te reíste de mí, jugaste conmigo. —Una lágrima escapó de mi ojo y la sequé furiosamente. — ¿Lo disfrutaste? Espero que sí, porque yo no.

Derek se acercó y agarró mi brazo. Me solté de él con un manotazo.

—¡No me toques! —exclamé, abrazándome a mí misma. Lo fulminé con la mirada, desquitándome con él—. ¿Es que tú también me dirás que era una mentira todo lo que me confesaste hace un tiempo? —Derek negó con la cabeza, dolido. — No te hagas el hipócrita aquí, Derek, intentando quedar bien ahora que descubrí que James es un perro bastardo. Tú también me ocultaste cosas y sé que aún no me has rebelado todo.

La mirada culpable con la que me observó, me lo dijo todo. Ninguno de los dos había sido sincero conmigo. ¿Cuántos secretos más tendrían por revelar? Sólo ellos lo sabían.

Tragué saliva con un nudo en la garganta que me tenía jadeando en busca de aire.

—Fui sincero cuando te dije que te quería —musitó Derek.

Un sentimiento extraño nació dentro de mi pecho y me sorprendí dando el paso que me separa de él. Agarré su rostro con ambas manos y posicioné mis labios contra los de él. Sentí que mi corazón volvía a latir en mis oídos, pero...

Me separé de él con brusquedad y contemplé el suelo, arrepentida y asqueada por lo que había hecho.

—Lo siento, pero no lo es lo mismo —susurré.

James no se había movido del lugar, mirando la escena con ojos ardientes, furiosos, por un sentimiento que pudría su interior.

—Eso no era necesario —se limitó a decir Derek—. Que James te haya destruido el corazón, no significa que tengas que hacer lo mismo conmigo.

Sus palabras fueron como una dura abofeteada.

—Lo siento —murmuré.

Me di vuelta para largarme y giré el rostro para observar a James por última vez, porque sabía que sería la última.

—Intenté evitarlo, Leah. —La angustiada y grave voz de James me detuvo por unos instantes. — Me negué a comprometerme con Bella, pero mis padres insistieron...

—Y te amenazaron con desheredarte si no lo hacías, ¿cierto?

—Sí —respondió—. Estaba desesperado, no sabía qué hacer —siguió—. Por eso perdía el control algunas veces, porque por un lado no quería perderte y por el otro estaban mis padres presionando... e insistiendo, hostigando... obligando.

Asentí suavemente, como si comprendiera.

—¿Y qué tiene que ver Bella en todo eso? ¿Es inocente o no?

Ni James ni Derek respondieron de inmediato. Cuando pensé que había transcurrido una eternidad, James continuó.

—No podría responder eso, tendrías que preguntarle a ella.

—Perfecto. —El tono ácido fue notorio. — ¿Algo más que decir antes de que me marche?

Sus ojos azules me lo rogaron, me suplicaron que no me fuera y me quedara a su lado.

Por favor, no te vayas. Te lo suplico.

—Sí —murmuró—. Te amo.

—Un «Te amo» algunas veces no es suficiente.

«Adiós, James. Te quería tanto.»

Giré el rostro antes de que mi cuerpo traicionero corriera hacia él y le suplicara no alejarme de su vida. Sabiendo que tenía la vista clavada de ambos hombres en mi espalda, comencé a caminar por la calle bordeada por palmeras. Y cuando me había alejado lo suficiente, doblando por una curva que había, me tambaleé hasta una palmera. Cálidas lágrimas cayeron por mi rostro sin control. ¿Es que algo más podía salir peor? Mi vida era un completo caos, una mierda.

No podía soportarlo, no podía. Todo era demasiado.

A lo lejos oí el motor de un automóvil, automóvil que se detuvo a mi lado. Era el Ferrari que había visto antes.

—Leah —alguien susurró.

Destruída por completo, alcé la cabeza para encontrarme con los ojos chocolates de Derek.

—Derek, yo...

Se me cortó la voz y comencé a llorar con histeria, con una desesperación que me desgarraba el pecho por dentro, por fuera, por completo.

Derek se bajó apresuradamente y se agachó a mi lado, acariciándome la cabeza con delicadeza.

—Ya pasará —musitó—. Lo creas o no, ya pasará.

Enterré mi rostro en su camisa, mientras lloraba y lloraba sin detenerme.

—Yo lo amaba —gemí.

La mano de Derek no se detuvo.

—¿Sabes lo triste de vuestra historia? Que ambos se quieren, pero tú nunca serás la segunda y James nunca podrá hacer que seas la primera. —Su mano bajó hasta mi

espalda y la dejó ahí. El llanto se detuvo y con él vinieron los estremecimientos. — Debes entenderlo también, Leah. No todo es blanco y negro en la vida. James no quiso hacerte daño, sólo se estaba guiando por lo que siempre sintió por ti. Pero tú tienes que comprender que nuestras vidas no la decidimos nosotros. —Levanté la vista. — Nosotros no elegimos con quién casarnos, sino que nos arreglan un matrimonio provechoso. Y así terminamos nuestra vida: siendo manipulados.

»La única manera que James podía hacer para estar contigo, era siendo desheredado. Y sé que tú no querías eso. No te gustaría verlo en la pobreza cuando lo tuvo todo y lo abandonó por ti. Debes recordar que esta es la vida real y, aunque James no quisiera, siempre te sacaría en cara que lo sacaste de la vida que había conocido, en donde había nacido.

Se detuvo para desviar la vista hacia el cielo.

—¿A ti también te pasará eso? —pregunté, ya más calmada.

Derek soltó una carcajada irónica.

—Por supuesto que sí, sólo que aún no han encontrado a nadie para comprometerme. —Me observó. — Y por mucho que yo te quiera a ti, eso no importaría. Pero que no podamos casarnos con la persona que amamos, no significa que no podamos salir con alguien hasta ese día. Y somos jóvenes, todavía nos quedan un par de años para el evento.... ¿Estás impresionada por nuestras vidas? ¿Creías que todo sería fácil teniendo dinero? Por algo nuestras familias se hacen tan poderosas, Leah. No son milagros de Dios, sólo que nos hacen vivir para tener más dinero y no tener dinero para vivir. Y nos hemos acostumbrado tanto a ello, que para nosotros sería imposible comenzar desde abajo como la gente normal.

Me ayudó a ponerme de pie lentamente. Agarrados de la mano, caminamos hacia el automóvil.

—¿Quieres que te lleve donde Bella? —preguntó.

Asentí.

—Hay cosas que sólo ella me puede responder.

—Lo sé. —Cerró mi puerta y dio la vuelta para sentarse detrás del volante. — Créeme que yo también tengo muchas dudas, pero te dejaré sola con ella... esperaré en la distancia por si sucede algo.

Puso el coche en marcha.

—¿Qué es lo que intentas decir, Derek?

Suspiró.

—Leah, Simone es tonta como una puerta. Sé eso porque la conozco de hace muchos años. Y Bella siempre ha sido... un poco extraña, por no decir lunática.

Las cosas no podían empeorar, en serio.

—Me estás intentando decir que Bella...

Derek asintió.

Seguimos en silencio, hasta que llegamos a la entrada del condominio, donde la reja fue abierta de inmediato.

—¿Qué tenga buen día, señor Blair!

Volteé el rostro para que nadie más me viera mi cara manchado por el maquillaje corrido y los ojos, nariz y labios hinchados por el llanto. No quería que nadie más descubriera que se habían reído y jugado conmigo.

Nos adentramos en el camino de tierra.

Con el silencio que inundando nuestro rededor, sólo roto por el ruido de las ruedas pisando las piedrecillas, más la monotonía del paisaje, caí en una especie de transe que duró varios minutos.

—¿Leah? —me llamó Derek, alejándome de la ensoñación.

Pestañeeé cansada y me volteé para mirarlo.

—¿Qué piensas que debo hacer con James? —pregunté, sorprendiéndolo.

Dejó de ver el camino unos segundos para lanzarme una mirada impresionada, pero poco a poco el gesto cambió.

Observé el camino.

Lo oí suspirar.

—¿Quieres la verdad o la mentira?

Solté una risa irónica.

—¿Es que aún no has entendido que no quiero más mentiras en mi vida?

Los dedos de Derek tamborilearon en el manubrio.

—¿Quieres la verdad? —murmuró—. Entonces, te diré la verdad. —Tomó aire, mientras doblaba en una curva. Aún no salíamos del camino de tierra. — Yo pienso, Leah, que James está mal. Creo que todo estaba mejor cuando él creía que el amor que sentía hacia ti no podía pasar lo platónico.

Apreté las manos sobre las piernas.

—¿Lo dices porque así podrías tener una oportunidad conmigo o lo dices porque así lo piensas...?

Derek detuvo el auto de golpe y mi cabeza casi se estrelló contra el tablero. Vi la indignación deformar sus facciones cuando se giró a mirarme.

—¿Qué he hecho para que tengas tan mal pensamiento sobre mí?

Recuperando el aliento por el fuerte frenado, también me volteé para encararlo.

—Tal vez el ser un maldito libertino, mujeriego y...

—¿Al igual que James? —Enmudecí al no saber cómo responder. — Es James el que te ha roto el corazón, pero también soy yo el que tiene que pagar por los prejuicios que te ha creado.

Tenía razón, mucha razón.

Pero no lo aceptaría.

—No respondiste mi pregunta.

Derek suspiró y se recostó con enojo contra el asiento de cuero negro.

—Lo decía porque así lo creo. —El corazón me dio un vuelco completo. — ¿O me dices tú que antes, cuando creías que tu relación con James no superaría lo platónico, habías sufrido tanto como lo haces ahora?

No, no lo había hecho, porque en ese tiempo no sabía lo que era tenerlo, no conocía sus besos, no conocía las sonrisas que eran sólo para mí. No conocía todas las miradas que podía poner, no conocía sus caricias... no conocía su amor. Pero ahora que lo hacía, no quería mantenerlo alejado. Y dolía.

—No, no lo había hecho —acepté.

—Lo mismo pasa con James —siguió—. Él sabía que sus padres lo habían comprometido con Bella, pero también sabía que aún le quedan un par de años antes de consolidar ese compromiso. Y se arriesgó a tener algo contigo, porque tenía tiempo. Pero ahora que la relación dejó de ser algo platónico y comprendió que tú lo amabas tanto como él te amaba a ti, no quiere dejarte.

Suspiró derrotado, llevando una de sus manos al rostro y se masajeó la sien. Contemplaba el camino con mirada triste.

—Sé que te duele tener que hablar de esto precisamente conmigo, y más te duele saber que, en cierto punto, me estás ayudando para estar con tu amigo. Sé eso y por eso lo agradezco, pero... necesito hacerte una pregunta más.

Derek hizo un gesto con las manos para quitarle el peso a la situación.

—Adelante, sigue.

Tomé aire.

—¿Qué piensas que debería hacer?

Se tomó todo el tiempo que tuvo para responder.

—Creo que deberías dejarlo ir, Leah. Tú nunca podrás ser la primera como quieres y tu persona, la esencia que te compone, jamás te permitiría ser feliz siendo la segunda.

—¿Dejarlo libre?

—Sí —contestó—. Sé que no puedes marcharte de la escuela, ni mucho menos de la ciudad, así que podría resultar difícil para los dos. Aunque es mejor afrontar la situación ahora, para que ambos logren adaptarse a la vida que tendrá en un futuro cercano. Temo que tú sigas insistiendo en estar con él y que James termine haciendo una locura.

Las manos me sudaban cuando me volteé hacia el camino.

—Creeré en ti, lo haré.

Derek sonrió, sin saber lo que realmente iba a hacer, y que lo involucraba aunque no quisiera.

Media hora más tarde, nos detuvimos frente la casa de Bella. Ya había ido una vez ahí, donde había pasado una agradable velada, por no mencionar todos los hechos vergonzosos de la noche. Sin embargo, esta vez sabía que sería diferente.

Me bajé del automóvil con el corazón acelerado.

—¿Te quedarás aquí? —le pregunté a Derek.

Asintió.

—Siempre estaré cerca para ti.

¿Por qué no me había enamorado de Derek...? Él valía la pena más que James.

Tras una fugaz sonrisa, caminé hacia la casa y toqué el timbre. A los segundos, la puerta se abrió y por ella apareció una bonita mujer de cabello castaño con ojos risueños. Era mi mejor amiga, Bella.

—¡Leah! —exclamó, feliz.

Sus brazos me rodearon, apretándome fuertemente contra su pecho. ¿Realmente ella tendría que ver algo con el casi asesinato? Su comportamiento siempre me había dicho lo contrario y había creído ciegamente en ella, siempre.

Dios, ojalá ella no estuviese involucrada. No creía que pudiese soportar más traiciones.

—Sí —intenté sonreír.

Bella se fijó en la marca roja que adornaba mi cuello y se llevó las manos a la boca.

—¡Mi Dios, Leah! —exclamó—. ¡No me lo puedo creer! —Estiró una mano, pero se detuvo a medio camino. — ¿Te duele?

Me encogí de hombros.

—Ahora no —miré el interior de la casa.

—Oh, lo siento. Pasa, pasa. —Apuntó el interior de la casa. Entré temerosa, dudando si quedarme sola con ella. — Papá no está en casa, otra vez —comentó. ¿Sería que andaría ayudando a Simone? — ¿Quieres tomar algo? ¿Agua, gaseosa, juego...?

Negué.

Alzó las cejas, sorprendida.

—¿Vamos al jardín? —Antes que respondiera, ella caminaba hacia esa dirección. La seguí sin decir nada. — ¡Tienes tanto que contarme! ¡Eres una perra por haberme ocultado todo eso!

Se sentó en unos sillones que habían frente a la piscina, bajo un enorme toldo color verde.

Tomé asiento a su lado, moviendo nerviosamente las manos sobre mis muslos.

—Iré al grano, Bella —comencé—. Vine a preguntarte algo.

Bella alzó las cejas, sorprendida por mi brusquedad.

—Bueno, adelante.

—¿Es verdad que Simone es tu prima?

A pesar de que su rostro se mantuvo casi inexpresivo, en sus ojos brilló el pánico.

—¿Cómo lo sabes?

—Limitate a contestar, por favor, Bella.

—Sí —respondió, al fin—. Si, Simone es mi prima.

Asentí, más tranquila de lo que en realidad me sentía.

—¿Sabes de algo curioso que mencionó la directora Corell sobre Simone? —Bella negó con la cabeza. — Dijo que Simone, por extraño que pareciera, sabía cuáles eran las cámaras falsas en la escuela. —Bella siguió sin inmutarse. — Y la única que sabía de aquel secreto, aparte de mí, porque yo lo había descubierto, eras tú. La única forma que Simone tenía para conocer aquella información...

—Era a través de mí —terminó Bella. Rodó los ojos, desinteresada—. Creo que soy culpable de eso, hace un tiempo se lo había contado.

La miré fijamente.

—¿Por qué nunca me contaste que ella era tu prima?

Se encogió de hombros.

—Jamás pensé que podría ser relevante. Es más, ¿lo es?

Se veía tan tranquila, tan confiada, tan... inocente. ¿Cómo podía ser culpable ella? No tenía sentido lo que me había dicho Derek sobre su advertencia. Era obvio que Bella no había tenido nada que ver con Simone. Podían ser primas, pero eso no significaba nada.

Bella suspiró.

—Lo siento, Leah —se disculpó con mirada triste—. Jamás pensé que mi prima podría estar tan demente para hacer aquello, si lo hubiese sabido... juro que te lo habría advertido. Eres mi mejor amiga, ¿cómo podría haber querido que te pasase algo?

—¿Y qué me dices sobre el hecho de que eres la prometida de James?

En ese momento, su rostro pareció desfigurarse por el horror, como si no creyese posible que yo hubiese sido capaz de averiguar aquello que había estado manteniendo en secreto tanto, tanto tiempo.

—¿Cómo lo averiguaste?! —exclamó, con ojos enloquecidos—. ¡¿Quién te lo contó?! ¿Fue James?

Temí su mirada, temí el sentimiento que nacía detrás de ellos: locura.

—Sí, me lo confesó hace un rato. —Apunté mi rostro. — Es por eso el maquillaje corrido y las mejillas hinchadas. —No dejé de observarla ni un segundo, contemplando hasta el último tic nervioso que podía consumir su rostro, mientras la mentira salía de mi boca con una facilidad escalofriante. — Lloré porque pensaba que me dejaría...

—Y lo hará —murmuró.

—Y no lo hará —corregí—. Ya he hablado con él, dijo que hoy hablaría con sus padres para romper el compromiso.

Bella se puso de pie de golpe, hecha una furia. Su rostro ardía en ira, cuando me lanzó una mirada llena de desprecio.

—¡Mientes! —rugió—. James nunca haría eso, ama más el dinero que a una insignificante mujer como tú. ¿Es que realmente te creíste su discurso barato? James jamás romperá conmigo, porque nunca dejará el dinero por ti.

—¿Estás segura de eso? —Me puse de pie. — ¿Estás segura de eso?

La indecisión brilló en su bonito rostro.

—No, él no sería capaz... ¡No lo sería! —chilló.

—Siento decirte que James ya lo hizo —mentí.

El cuerpo de Bella se estremeció con fuerza, invadida por una furia sin control. Asustada por lo que había provocado, di un paso atrás.

—¡No me importaba que te revolcaras con él, porque sabía que pasarías a la historia! ¡Debiste haber pasado a la historia! —exclamó, roja por las fuertes emociones que la inundaban—. ¡Y tú...! ¡Debí haberle ordenado a Simone que te matara como la puta barata que eres! ¡Debiste haber muerto...! ¡Pero me compadecí de ti y le dije que sólo te asustara, porque te consideraba mi amiga....!

Se calló de golpe, comprendiendo que había dicho más de lo que había deseado. Se llevó ambas manos a su boca, horrorizada. Mis piernas fallaron y caía pesadamente al piso.

—Bella, ¿cómo pudiste...?

Derek había acertado: Bella era la titiritera detrás del pobre títere que realmente era Simone.

30

MI VIDA ES UN DESASTRE.

Tan pronto como me recuperé del shock, me deslicé a toda prisa detrás de uno de los sillones que había en la pequeña terraza. El corazón me latía con fuerza, mis manos sudaban y la adrenalina empezaba a inundar mis venas.

Me había metido en la cueva del oso y había provocado al animal hasta la demencia.

—¡No intentes acercarte, Bella! —advertí, intentando no demostrar el miedo que me carcomía.

Bella estaba demasiado sumida en lo que por acababa de revelarme, que no prestó atención a mis palabras.

Escondida detrás del bonito sillón blanco, observé a Bella desmoronarse frente a mí. Sus rodillas sonaron horriblemente al estrellarse contra el suelo y quedó sentada como había caído, con la vista perdida en algún lugar invisible.

—Lo siento —susurró, repentinamente—. Lo siento —volvió a repetir.

Anonadada, sacudí la cabeza para despejarla.

—¿Lo sientes? —pregunté. Tragué saliva—. ¿¿Lo sientes?! —chillé—. ¡Intentaste matarme! ¡¡Matarme!!

Sin dejar de mirar el vacío, Bella negó suavemente con la cabeza. De pronto, a la distancia, vi como sus mejillas comenzaban a brillar intensamente.

Bella estaba llorando.

—Las cosas se salieron de control —musitó—. Simone sólo debería darte un susto, pero... ella intentó matarte.

Nada de lo que estaba diciendo tenía sentido, nada. Y por mucho que lo pensaba y lo meditaba, tampoco se lo encontraba.

—¡Acabas de decirme que habrías deseado que Simone me hubiese matado! —exclamé, histérica—. Y ahora... ¿ahora me dices que no habías querido eso?

La castaña alzó la vista y la clavó en mí. Su mirada era indescifrable.

—Lo deseo —rectificó—. Lo deseaba —se corrigió—. Lo quería, pero a la vez no me atrevía.

—¿Qué no te atrevías...? —terminé sin aliento. La mezcla entre la indignación, la ira y la sorpresa no me dejaban razonar lo que estaba sucediendo—. ¡Lo hiciste! ¿Cómo te atreves a decir que no te atreviste cuando si lo hiciste?

Bella negó, nuevamente.

—Yo no quería, fue Simone.

En ese momento, lo entendí todo. Bella estaba actuando, adoptando un papel diferente como siempre lo hacía, como miles de veces la había visto hacer frente a otras personas.

—Deja de actuar y habla de una vez por todas.

Las lágrimas dejaron de caer de inmediato y su labio creó un puchero. Luego, soltó un bufido molesto, se apartó el cabello de la cara y sonrió, colocándose de pie. Se secó con suavidad las lágrimas que había derramado. Toda tristeza se le había esfumado del rostro.

—Putita astuta —comentó con asco. Con un suspiro, se acercó al sillón que estaba frente a mí y se sentó con las piernas cruzadas y exudando aburrimiento—. ¿Me tienes miedo, Leah? ¡Oh, la pobrecita, encantadora y linda Leah le tiene miedo a su mejor amiga! —siguió en tono ácido.

Mis manos temblaban cuando las posicioné sobre el respaldo del sillón y me afirmé de ahí. Mientras tanto, Bella se observaba las largas uñas de arpa que llevaba pintadas de un fuerte color rojo.

—¿Por qué lo hiciste, Bella?

Estúpida o no la pregunta, debía saberlo.

Se encogió de hombros.

—No lo sé... —Alzó la mirada hacia el cielo. — En realidad, sí lo sé. Tonta de mí por no recordarlo. —Se puso de pie y caminó hacia donde estaba yo, con el taco de los zapatos resonando en el silencio. Apreté con más fuerza el respaldo del sillón. — James es mío. —Observó con desprecio mi temor. — ¿Crees que te voy a matar, Leah? —Soltó una carcajada irónica. — Nunca ensuciaría mis manos en una basura como tú, así que deja de comportarte como la gallina que eres.

Ni por un segundo el temor disminuyó.

—Pero... no entiendo —comencé

—Pero... es que no entiendo —me imitó—. Para ser tan inteligente, algunas veces eres bastante estúpida, Leah. A ver, ¿qué es lo que tu cabecita de alcorcho no comprende?

—Dices que James es tuyo, aunque tú fuiste la que insistió para que yo...

Hizo un gesto de desprecio que terminó con mi oración a medio camino.

—Lo sé, lo sé. —Giró para acercarse a mí y yo me alejé, en todo momento manteniendo un sillón de distancia. — Al parecer, es un poco confuso para tu ingenua cabecita que existan personas como yo. —Se volteó y caminó hacia el sillón, donde tomó asiento. — Pero mi mundo está plagado por mentirosos —Cruzó las

piernas. — y eso te quedó claro hoy con las mentiras de James, ¿cierto? — Mi mirada lo decía todo, sobraba contestar eso. — Y no es sólo James y yo los que te hemos mentado, Derek también.

No me sorprendí, ya en la vida nada podía hacerlo. Las cosas que me habían pasado durante los últimos días, habían hecho que aprendiera algo: no podía confiar en nadie.

— Sé que me está ocultando algo, pero aún no sé el qué.

— Si quieres te lo puedo decir yo — se ofreció—. ¿O prefieres que cuente sólo las razones del por qué yo lo hice? — No respondí. — Bueno, como no has dicho nada, comenzaré con Derek. Total, tiempo de sobra tengo en estos momentos.

El temor poco a poco se fue esfumando y la indignación, la rabia, la ira, empezaron a llenarme.

— Conozco a Derek desde que somos pequeños, al igual que a James — empezó—. Y los años me han enseñado algo sobre Derek: siempre intentará quedar bien con todos. Es el típico ser humano que se preocupa para que todos lo quieran, y te apuesto a que te has comprado por completo su actuación de «Te quiero y yo no soy culpable de nada». Dime, si Derek te amara tanto como dice hacerlo... ¿No debería haberte advertido sobre mí?

— Lo hizo — contesté rápidamente, intentando ayudar a la única persona que, hasta el momento, no me había fallado.

— No lo hizo, Leah. No lo hizo.

— Pero...

— No lo hizo, Leah — me cortó—. Estoy segura que recién hoy él te comentó que yo podía ser la culpable de todo, la que manejaba a Simone. — Asentí y ella sonrió, socarronamente. — Tan predecible como siempre. — Suspiró. — Sé que anda por los alrededores, vi su automóvil fuera de la casa.

— ¿Lo has reconocido?

Bufó, incrédula.

— ¡Por supuesto que sí! — exclamó—. No podría contar la cantidad de veces que ese coche ha pasado fuera de mi casa cuando papá andaba de viaje... y tú sabes que mi padre siempre está fuera.

Yo sabía que Bella y Derek se acostaban de vez en cuando. Incluso una vez, casi ya un año de la fecha, había estado a punto de pillar a Bella y Derek teniendo sexo detrás del edificio con habitaciones. Lo único que me había salvado de no morir asqueada, había sido el chillido de Bella en completo éxtasis.

— Que se haya acostado contigo no significa que me haya estado engañando — repliqué.

— Es que no me has dejado terminar la historia, querida Leah — continuó, con calma—. ¿Recuerdas cuando recibiste el gato de peluche degollado? Pues ese peluche me lo había regalado Derek hace dos años. Lo había comprado en una de

sus vacaciones y lo genial de él, es que se veía prácticamente como un gato verdadero.

Mi boca formó una O muda.

Por eso Derek había sido el único que había descubierto que el gato degollado no era más que un peluche. Lo que quería decir que... ese día Derek había descubierto a Bella y jamás había dicho nada, nunca había mencionado que él sabía quién era la persona que me había atemorizado hasta la demencia.

—Por la expresión en tu rostro, veo que has pillado su mentira —comentó, feliz—. Si Derek dice amarte tanto... ¿por qué no te lo dijo? Y es porque Derek no quiere quedar mal con nadie. Y pensó que, si hablaba conmigo, yo abandonaría mis planes y te dejaría en paz... cosa que hice por un tiempo.

Soltó un suspiro.

—¿Duele ser traicionada, mi querida amiga? —siguió—. ¿En verdad creías que a nosotros nos podría importar tu insignificante presencia? Espero que con esto te quede claro que el mundo se rige por el dinero y así será por siempre.

—¿Estás intentando decir que sólo quieres a James por el dinero?

—Por supuesto que sí.

Mentía. Por primera vez en el día, pude descubrirlo. Bella mentía, Bella no quería simplemente a James por el dinero. Si lo que ella buscaba era ser más poderosa, Derek era una mejor opción que James. Pero había elegido a James.

Bella no quería a James únicamente por su dinero, Bella quería a James a su lado porque lo amaba.

—¿Cuánto tiempo llevas enamorada de él?

El pánico deformó sus facciones. Lentamente, dejó de mirarse las uñas y subió el rostro.

—¿Q-qué dijiste? —tartamudeó—. ¿De dónde sacaste esa idea tan loca? Yo no estoy enamorada de James.

Ahora era yo la que sonreía.

—Oh, sí lo estás, Bella. Por eso has elegido a James y no a Derek. Ambas sabemos que Derek era una mejor opción, si quería ser más poderosa. Pero elegiste a James —la acusé—, lo elegiste a él porque estás enamorada de él.

El cuerpo de Bella quedó petrificado, sin saber el cómo responder ante la provocación. La respiración se le aceleró y en sus ojos llameó nuevamente la ira. Y luego... simplemente, se derrumbó y una lágrima cayó por su mejilla. Una verdadera.

—James me rechazó durante el verano —confesó, observando el suelo bajo ella—. Durante toda mi vida he estado enamorada de él... desde pequeño que nos conocemos y él siempre se preocupó por mí cuando nadie lo hacía, cuando ni mi madre ni padre lo hicieron. Él era mi héroe, mi príncipe. Y yo pronto sería su princesa —murmuró, con aire ausente—. Todo iba perfecto y yo iba mejorando mi

aparición física, año tras año, para que algún día él se enamorara de mí... como yo lo estaba de él. —Alzó la cabeza de golpe y me fulminó. — Entonces llegaste tú y él pasó a tener sólo ojos para ti, obsesionándose con todo lo que hacías, persiguiéndote, pidiéndote salir, enamorándose y... olvidando que yo existía.

»Así que decidí ser tu amiga, para descubrir por qué James se sentía tan engatusado. No podías ser tan magnífica como él te describía. Pero fui una estúpida. —Sonrió, tristemente, mientras otra lágrima caía. — Sí lo eras y también caí en tus redes, llegando incluso a quererte y considerarte mi mejor amiga. Y el hecho que no pudieras ver a James ni en pintura, hacía que sólo te quisiera más.

»¿Recuerdas fines del años pasado? —continuó—. Él te pidió salir una última vez y tú lo rechazaste frente a todos, mofándote de él. —Soltó una carcajada triste. — Pensé que esa sería la oportunidad perfecta para acercarme de nuevo a él e intentar enamorarlo... después de todo, estaba con el corazón roto.

»Y durante el verano, uno de los días que había ido a su casa, le dije todo. —El aire ausente volvió a apoderarse de la castaña. — Le dije que llevaba tantos años enamorados de él, que ya había perdido la cuenta. Y me rechazó... me rechazó diciendo que sólo quería estar contigo, pero que estaba abierto para relaciones de una noche. —El cuerpo de Bella tembló por la indignación. — ¡Me trató como una puta! ¡Una vil puta!

¿Y de qué otra manera quería que la tratara si se había acostado con su mejor amigo y con media escuela?

—¿Y por qué tuviste sexo con Derek si amabas a James?

Bufó.

—La virginal Leah no entiende —se burló—. El sexo es sexo y nada más que sexo, Leah. Con Derek lo pasaba bien, era un buen amante. Pero al que realmente quería era a James... y con él no quería tener una relación de sólo una noche. No quería que me probara y luego me tirara... Lo quería todo de él.

Me rasqué la cabeza, confundida.

—Aún no entiendo el por qué me incentivaste a que saliera con él si lo querías para ti.

Bella pasó una mano por su cabello y lo lanzó hacia atrás, con enojo.

—No me interrumpas —ordenó. Cerró los ojos y cambió de posición—. Debido a su rechazo, sabía que nunca podría estar con James sin que alguien lo presionara a hacerlo. Así que se me ocurrió decirle a mi padre que hiciera un acuerdo con los O'Connor para que James y yo nos casáramos. Y los O'Connor aceptaron sin dudar: nuestras familias llevaban décadas siendo amigas. Además de que nos convenía unir dos familias así de importantes.

—¿Y James volvió a rechazarte?

Bella se rió.

—No, James aceptó. ¿Y sabes por qué lo hizo? Porque ama el dinero, porque pensó que nunca podría tener una oportunidad contigo y porque, aunque la tuviera, sabía que sus padres jamás lo aprobarían. —Alzó una ceja. — Pensarían que tú no eras más que una araña trepadora que estaba con él por el dinero.

La vergüenza me inundó al recordar todas las conversaciones que había tenido con mis hermanos acerca del dinero de James. Mi familia no era mejor que la de ellos.

—¿Pero por qué me involucraste a mí?

Sus ojos ardieron al responder.

—¡Porque James no quería estar conmigo! Sí, había aceptado casarse, pero nada más que eso. No quería tener una relación hasta que nuestros padres hicieran la fiesta de compromiso. Y él sabía que para eso faltaba mucho, ni siquiera era mayor de edad y sus padres no iban a aceptar que mi padre los presionara para que nos casáramos tan jóvenes.

»Y lo que era peor, debido al compromiso, James estaba más que decidido a conquistarte para lograr estar algo de tiempo contigo antes de que le pusieran fecha de término a vuestra relación.

Apretó los puños con fuerza.

—Te odié, te detesté con toda mi alma. Tú tenías lo único que había querido en mi vida... a James. Incluso hubiese cambiado mi dinero contigo para poder tenerlo... pero no podía. Y ahí fue cuando se me ocurrió un plan.

»La extraña relación que tenían James y tú jamás había pasado lo platónico. ¿Y cuál es la mejor manera de destruir un amor imposible? Es haciéndolo real, porque es la única manera de hacerle ver a las personas que ese ser no es tan perfecto como ellos creían.

»Pensé que, si ustedes comenzaban un romance, James te bajaría del pedestal que te tenía como Santa Leah y que se daría cuenta cómo eres realmente: cabezota, enojona, lunática y pobre. Pero tú insistías en no tener nada con James.

Se puso de pie y comenzó a pasearse por el lugar como un león enjaulado. Mientras tanto, yo no era capaz de hacer nada más que escuchar, aún afirmando con fuerza el respaldo del sillón como si la vida me fuera en ello.

—Tuve que incluso armar una fiesta para que superaras ese estúpido terror que sentías por besar, y eso sin contar el novio que tuve que buscarme para no levantar sospechas. —Me contempló con desprecio. — Pero nada estaba saliendo como lo había planeado, porque...

—James sólo se estaba enamorando más de mí —terminé por ella.

Bella me mandó a callar con una mirada.

—Sí, James sólo parecía encapricharse más contigo —admitió.

—¿Cómo supiste que con James habíamos comenzado un noviazgo?

—Los vi besarse un día que iba camino a la biblioteca a buscarte... —Bajó la mirada y miró fijamente el suelo. — Ese día que él te pidió ser su novia.

A nuestro alrededor cayó un pesado silencio que duró casi un minuto.

—Aún no entiendo por qué enviaste esas cartas amenazantes. —Rompí con la tensión del momento. — Lo de querer asustarme cuando Simone me estranguló, lo entiendo pues comprendiste que habías empeorado todo con el plan. Pero las cartas fueron enviadas antes de todo eso.

—Es porque yo no las envié. Lo hizo Simone.

—¿Tú le mandaste a hacer eso a Simone o lo hizo por si sola?

Rodó los ojos, exasperada.

—Ella lo hizo por sí sola. Simone sabía que yo estaba enamorada de James y también le había contado sobre el plan. Y como a Simone siempre le falló algo en el cerebro, nadie hablaba con ella por temor... excepto yo. La despreciaban por estar medicada todos los días y asistir una vez por semana al psiquiatra. Y como yo era la única que se comportó bien con ella, Simone siempre hacía lo que le pedía.

—Y creyó que asustándome con las cartas, yo me marcharía del internado y dejaría libre a James —dije.

—Sí —corroboró—. Yo no sabía sobre la primera carta, pero cuando me lo contó, no pensé que fuera muy mala idea. Total, yo no era la responsable de ellas por si alguien la descubría. El error cayó cuando Simone se robó mi peluche y lo utilizó para hacerlo pasar por un gato degollado. Nunca pensó que Derek sería la persona que lo vería.

»Así que cuando Derek fue a hablar conmigo, me asusté un poco de que me pudieran descubrir y que eso terminara alejándome más de James. Pero el estúpido de Derek se quedó callado y no le contó nada a nadie, porque, como te decía, no quería quedar mal con nadie.

—Y al ver que James no me quería alejar de su lado e incluso había hablado con sus padres para suspender el compromiso, tomaste la decisión de asustarme a tal punto que yo terminase yendo del país.

—¡Bingo! —exclamó. Aplaudió, con una sonrisa irónica en la cara—. Creo que la pequeña Leah no es tan ingenua como siempre creí.

Sonreí con sorna.

—Sin embargo, tu plan aún no sirve, porque yo no me he marchado.

Bella no se inmutó en lo más mínimo.

—Pero lo harás —apostó—. Sé que la directora Corell te dio la oportunidad de irte del país y la aceptarás, porque sabes que, si te quedas aquí, tendrás que soportar ver a James conmigo, saber que James prefirió el dinero antes que a ti. —Se burló abiertamente de mí. — Incluso te invitaré al matrimonio. ¿Qué se sentirá tener que ir al casamiento del amor de tu vida?

Quise ir donde ella y agarrarla del cabello hasta arrancarle el último pelo de la cabeza. Deseé hacerlo... y no lo hice. No lo hice, porque yo no era como ella y no me rebajaría a sus tratos simples.

—¿Por qué me contaste todo? —le pregunté—. Te estás arriesgando a que yo vaya a la policía y relate lo que me confesaste.

La risa que le explotó repentinamente, casi la hizo caer del sillón.

—¡Por favor, Leah! No me has reír. —Se secó unas lágrimas imaginarias. — ¿Quién te creería? ¿Es que no has aprendido todavía que el país es gobernado por el que tiene más dinero? ¿De qué te serviría ir donde la policía a declarar? Mi padre es abogado... mi padre tiene un firma de abogado. Puede poner a trabajar a cada uno de ellos y, te lo aseguro, la que terminaría en la cárcel serías tú. ¿Acaso crees que alguien te creería que fuiste a la casa de tu asesina para simplemente conversar con ella del por qué lo hizo? Hasta a mí me suena demente.

Colérica por la injusticia, me volteé decidida a marcharme.

—¿Qué haces? —preguntó Bella, sorprendida.

—Me largo.

Caminaba por la casa, cuando oí nuevamente su voz.

—¿Sabes una última cosa? Gracias a ti, los padres de James me aman más. No podían creer que James quisiese cambiarme por una pordiosera como tú y el hecho que yo me mantuviera a su lado, aceptando que James saliera con una pobretona a pesar de que lo iban a comprometer conmigo, ayudó a que los padres de James me tuvieran más estigma. —Se detuvo unos segundos, en el preciso momento que yo llegaba a la entrada principal. — Así que muchas gracias, me has ayudado más de lo que había planeado.

Me detuve en la entrada de la puerta y giré a enfrentarla por última vez.

—¿Y qué sucedería si ahora voy donde James y le cuento todo lo que me relevaste?

Su sonrisa flaqueó por unos segundos, pero se mantuvo y luego creció.

—No lo harás —aseguró.

—¿Por qué estás tan segura?

Si es que era humanamente posible, su sonrisa aumentó.

—Porque lo detestas lo suficiente para desearle un futuro miserable.

Eso era cierto, lo era.

—¿Y qué se siente saber que su futuro miserable es casándose contigo? ¿Qué se siente que el hombre que amas te desprecie?

Mis palabras la destruyeron, lo pude ver en sus ojos. No me quedé para disfrutarlo, porque, ¿de qué servía? Eso no me haría retroceder en el tiempo, donde las mentiras y las traiciones aún estaban escondidas, donde todavía era feliz. Porque, muchas veces, la mentira era sinónimo de felicidad.

Abrí la puerta de la casa y la cerré detrás de mí, dejando atrás a Bella... dejando atrás todo ese mundo plagado de mentiras. Yo, finalmente, había terminado con eso. Era el momento de dar vuelta a la página y dejar atrás todo lo que había vivido esos meses. Era el momento de decir adiós, de terminar de tensar la cuerda que estaba a punto de romperse.

Caminé hacia el encuentro con Derek y no dije palabras cuando me preguntó qué había sucedido. Subí a su automóvil y cerré los ojos, mientras oía a Derek sentarse a mi lado y encender el motor luego de dudarlo algunos segundos. Con el viento revoloteando mi cabello, deseé que éste pudiese llevarse mis pensamientos como lo hacía con el polvo. Sin embargo, sabía que la paciencia y la espera eran las que me ayudarían superar toda la situación. Tarde o temprano, en algún momento, esos malos días se convertirían en polvo y luego ese polvo se marcharía de mi vida con hasta la más mínimo brisa.

Pero, por ahora, mi vida era un desastre.

El sol iluminó mis parpados y abrí los ojos.

—Salió el sol —musité.

Entre todas las nubes que repletaban la tarde, un pequeño rayo se había logrado colar entre la tormenta.

¿Habría aún esperanza?

No necesita que nadie me contestara, porque yo sabía la respuesta.

31

UN MES DESPUÉS.

«Querido James:

No comenzamos bien, tampoco terminamos de la mejor manera. Pero estoy segura que las cosas pasan por algo y que la vida nos tiene preparado algo mejor.

Tal vez nunca nos volveremos a reencontrar. Nuestros caminos ya se distanciaron por las decisiones que ambos tomamos y, en lo que a mí respecta, lo respeto.

La vida cambia y sería ridículo intentar forzar algo que tenía un final demasiado inminente. Pero eso no quita los buenos momentos, porque esos los conservaré, a pesar de cómo terminaron las cosas entre nosotros.

Espero que seas feliz con tus decisiones tomadas que yo haré lo mismo con las mías.

Esta vez te digo adiós, porque no creo que nos volvamos a ver.

Un para siempre,

Leah.»

Me llevé el teléfono a la oreja y conté cada uno de los tonos que retumbaron contra mi tímpano a la espera que éstos finalizaran.

1, 2, 3...

Tomé aire de golpe, en un intento desesperado para que mi corazón dejara de latir de esa manera.

...4, 5, 6...

Pasé mi mano libre contra mi pantalón para secarla.

...7, 8, 9...

Caminé nerviosamente por el lugar. Las personas transitaban tranquilamente por mí alrededor, algunos sonreían, otro iban solos y otros en familia.

...10, 11, 12...

Me llevé una mano a la boca y comencé a mordisquear una uña.

...13, 14...

Repentinamente, sonó un suave clic y luego la voz de un hombre, de ese hombre que había estado deseando ver con unas ansias que carcomían mi interior, repletó mi alma.

—¿Leah? —preguntó, con tono somnoliento.

Tuve que tomar aire un par de veces para sentirme lo suficientemente tranquila para poder responder.

—Hola, James —La línea quedó en silencio: ninguno de los dos era capaz de pronunciar palabras. Por un lado estaba James, que todavía estaba demasiado dormido para analizar la situación, y por el otro estaba yo, no sabiendo cómo diría las palabras que terminarían con todo—. Te llamaba para...

—Leah, por favor —rogó, interrumpiéndome en seco el discurso—. Sé que soy un idiota, un imbécil, el peor hombre con el que te podías haber encontrado... pero te quiero y ya no lo soporto más. ¿Por qué terminar con lo que teníamos si aún falta tanto para ese momento...?

Mis labios se resecaron y por un momento mi corazón dejó de bombear tan repentinamente que, cuando volvió a hacerlo un agudo dolor aceraba mi pecho.

—James, es tarde para eso —le informé casi sin aliento, mientras llevaba mi mano libre al pecho y masajeara mi tórax—. Estoy en el aeropuerto.

Algo se rompió de su lado de la línea y no pude hacer otra cosa que aguardar con paciencia su respuesta.

—En el... ¿aeropuerto? —preguntó—. ¿Qué haces ahí?

Caminé hacia una hilera de asiento y me senté ahí.

—Me voy, James.

—¿Te vas? —susurró—. ¿De vacaciones?

Negué con la cabeza, luego recordé que estaba hablando por teléfono.

—No, James. Me voy del país. —Tomé aire para continuar. — Te llamaba para despedirme, porque ésta será... —Se me quebró la voz por unos segundos. Carraspeé suavemente para volver a recuperarla, mientras mis ojos picaban horriblemente por esas lágrimas que querían caer pero que seguía reprimiendo. —... porque ésta será la última vez que hablemos.

Extraños ruidos comenzaron a inundar mi oído, al contrario de la voz iracundo con la que había pensado encontrarme. Oí su respiración acelerada, alguien corriendo, el abrirse y cerrarse de cajones.

—¿James...? —lo llamé.

—Oh, Dios mío —gimió por el auricular con la voz entrecortada—. ¿La carta era cierta, entonces? No te vayas. Por favor, Leah, no te vayas. Podemos solucionarlo todo, pero por favor no te marches. No me abandones, te lo suplico.

Casi me ahogué con la agonía en sus palabras.

—James —musité.

—Leah...

Llantos entrecortados llegaron hasta mi oído. Si no hubiese estado sentada en ese momento, me habría desmoronado en ese lugar.

Luego, las lágrimas que también había estado conteniendo precariamente hasta ese momento, escaparon y fueron libres. No sólo James lloraba, sino que yo lo acompañaba.

—E-es tarde —tartamudeé—. Tengo que colgar...

—¡NO! —rugió James y su voz llegó entrecortada—. Leah, no te marches. Voy para allá ahora, estoy saliendo...

—Detente, por favor —lo paré.

Pero al contrario de lo que había dicho, James encendió el motor del coche y después se oyó el chirrido de los neumáticos contra el asfalto.

—¡Detente! —bramé, por el auricular. Los neumáticos chirriaron por el fuerte frenado—. No te quiero aquí —comencé diciendo, secándome las lágrimas del rostro—. Así que no hagas la estupidez de venir a buscarme, porque no regresaré. ¿Para qué quieres que lo haga de todas formas? ¿Para verte besar a Bella? ¿Para asistir a tu casamiento? ¿Para contratarme como empleada doméstica para que cuide a tus hijos, mientras tú me visitas en las noches...? No, James —negué—. Estás mal de la cabeza si crees que quiero un futuro como ese.

Sentí un nudo en la garganta al pensar en James sentado sobre su automóvil, estacionado al medio de alguna calle con sus rudas mejillas manchadas por las lágrimas que caían de sus ojos azules. La sólo idea de imaginármelo en una loca carrera para venir a buscarme, me aterraba hasta la demencia.

—No te vayas —rogó por última vez.

En ese momento, por los altavoces anunciaron el abordaje del avión en el que yo iría.

—Me tengo que ir, debo abordar el avión.

Y a pesar de que dije eso, no corté.

Llantos entrecortados volvieron a inundar el auricular cuando James no fue capaz de aguantarlos más. Nunca lo había visto llorar... pero ahora sí lo había oído. Y era una de las peores cosas por las que había tenido que pasar.

—Espero que algún día logres ser feliz. Tal vez no con Bella, pero sí con otra mujer que logre cumplir las expectativas de vida que tienes —Una mueca llamada sonrisa adornó mi rostro. — Adiós, James

Alejé el teléfono de mi oído, mientras oía a James gritar desesperadamente del otro lado de la línea para que no cortara. Me tomó una eternidad trasladar el dedo al botón para cortar, enmudeciendo la voz de James para siempre...

Y esa llamada había sido la última vez que había estado en contacto con él, eso hace ya más de un mes. Porque sí, a pesar de todo lo que había oído, a pesar de lo difícil que había sido tomar esa decisión, me había marchado del país tras dos semanas ajetreídas para hacer todo el papeleo del intercambio.

Y ahora ahí me encontraba, en un nuevo internado. Seguía igual de inadaptada y odiada. Y sin un O'Connor y un Blair que me molestaran, que me hicieran salir de la rutina del día a día, que animaran mis mañana.

La vida era tan aburrida sin ellos.

Con un largo suspiro, me coloqué a duras penas el bolso sobre mi hombro y entré en el internado. No había alcanzado a dar dos pasos, cuando sentí que la carga sobre mi hombro se esfumaba. Giré con rapidez y enmudecí.

Alto, cabello rubio y guapo. Así era el hombre, uno o dos años mayor que yo, que me sonreía a un paso de distancia. Llevaba un caro traje a medida y una confianza que enceguecía. Era tan hermoso, mucho más que O'Connor, y hubiese caído a sus pies si hubiese tenido un corazón.

Me limité a mirarlo mosqueada.

—Devuélveme mi bolso —le ordené al extraño, que ya lo colgaba en su hombro.

De pronto, sentí un extraño déjà vu, como si esa situación, o una extremadamente parecida, ya la hubiese vivido.

—¿No quieres ayuda... Leah? —preguntó en inglés, pero con un pesado acento en el habla

El corazón se me paralizó de golpe por la impresión de que ese sujeto, tan hermosamente constituido, supiera mi nombre. ¿Es que me había confundido con otra persona? Tenía que ser esa la respuesta.

—Disculpe, ¿pero quién es usted? —pregunté.

Una sonrisa nerviosa adornó sus labios y quedaron al descubierto unos bonitos, bonitos y perfectos dientes. Se pasó la mano por el cabello y lo peinó hacia atrás. Se me revolvió el estómago con el gesto, porque... era el mismo gesto que habría hecho el chico de ojos azules.

Imbécil, ya te superaría.

—Parecías necesitar ayuda —comentó, omitiendo olímpicamente mi pregunta.

—Está muy equivocado, no necesito ayuda de nadie —repliqué. Lo observé de pies a cabeza y arrugué el entrecejo—. Y menos de alguien como —Vacilé sobre si tutearlo o no. — tú.

Soltó una carcajada. Los alumnos a nuestro alrededor se detuvieron unos segundos para contemplar la escena, asombrados. Nadie podía darle créditos a lo que veían.

—Vaya carácter de mierda que aún sigues tienes, Leah —comentó, como si me conociera de toda la vida. Y en español. Algo sospechoso había en el aire—. Pensé que con los años se adiestraría esa lengua, pero me alegro de ver que no ocurrió.

El miedo comenzó a burbujear en mi estómago. Demasiadas cosas me habían ocurrido en mi vida como para aceptar sorpresas como aquellas.

—No me interesa lo que tú opines —informé, mordaz—. Ahora deja mi bolso en el suelo o gritaré para que alguien llame a la policía y te saquen a patadas del establecimiento. Yo no te conozco.

El joven negó con la cabeza, decaído.

—Sólo te devolveré tus posesiones si dices cómo me llamo.

Fruncí el ceño.

—Imposible —gruñí—. Ya te he dicho que no te conozco. Me has confundido con otra chica.

Estiré la mano para quitarle el bolso, pero un paso hacia atrás para alejarse de mí. Volví a insistir en acercarse y se limitó en poner su otra mano sobre mi frente, impidiéndome el avance.

—Si te hubiese confundido, ¿cómo sabría tu nombre?

El bastardo tenía un punto condenadamente bueno.

—¿Coincidencia?

Moví la cabeza con brusquedad para alejar la mano de mi frente.

—Las coincidencias no existen —replicó. Dejó caer el bolso al suelo y luego se llevó una mano al corazón—. Me duele que no me recuerdes y yo que te llevo en mi corazón durante todos estos años.

Yo comenzaba a tener miedo y las chicas a mí alrededor, empezaba a estar extasiadas con el chico que parecía actor de cine. Y, por lo que alcanzaba a oír, tenían razones para hacerlo. Al parecer, el hombre era ahijado de uno de los empresarios más exitosos del país y él era el único heredero.

Vaya suerte con la que nacían muchos.

—Si realmente hubiese sido importante en mi vida, te habría recordado —comenté. Lo miré de pies a cabeza. Y por mucho que intenté recordarlo, no podía. Sólo tenía la sensación de familiaridad, pero nada más que eso—. ¿Estás seguro que no te has confundido?

Negó con la cabeza.

—Te llevo persiguiendo un par de cuadras en automóvil, observándote para asegurarme que era tú —contó—. Al principio, no podía creerlo. No podía entender que estuvieras acá, en Estadios Unidos y no hacía más que preguntarme «¿Qué hace mi guapa y mejor amiga de la infancia aquí?». Pero era imposible que me hubiese confundido de persona: ese cabello rojo y esa cara de malhumorada eran la misma de la pequeña Leah que se revolcaba conmigo en el barro.

El shock me recorrió todo el cuerpo cuando logré reconocerlo.

—¿A-Alex? —tartamudeé, impactada—. ¿Eres realmente tú?

La sonrisa que me lanzó en ese momento, me hizo recordar todos los viejos tiempos con los que había compartido con él. Con un chillido, salté sobre él y lo abracé con fuerza, poco importándonos que mis sucios zapatos mancharan su traje costoso.

¿Podía ser eso posible todo eso o no era más que un sueño?

Alejí la cabeza, sin dejar de estar encaramada en su cuerpo, y le contemplé su masculino rostro.

— Te extrañé — susurró él.

Sí, era Alex.

Solté una carcajada, feliz.

Cuando Dios cerraba una puerta, siempre habría una ventana. Y mi ventana era Alex, mi mejor amigo.

Ironías de la vida que la ventana fuera el mismo chico que me había provocado mi fobia a los besos y la puerta fuera el muchacho que me había hecho olvidar eso. Tal vez los papeles se dieran vuelta otra vez, pero eso yo no lo sabía. Aunque estaba dispuesta a averiguarlo.

FIN.

Mi vida es un

DESASTRE

32

CAPÍTULO ESPECIAL: NO VOLVERÁ.

Bella estaba llorando. Y otra vez, como solía ocurrirle el último tiempo, era su culpa. Parecía como si sólo fuera capaz de hacer llorar a las personas, y no importaba cuánto se esforzara para hacer las cosas bien, porque siempre terminaba ocurriendo lo contrario.

—No llores —pidió.

No podía verla llorar. Era su amiga de la infancia, con la que había pasado tantas tardes de aburrimiento. La quería. Tal vez no como lo hacía ella, pero era cariño de todos modos. Y no quería verla llorar, no cuando había sido su culpa.

Intentó acercarse para abrazarla, pero Bella le dio un manotazo y se abrazó a sí misma. Lágrimas negras seguían recorriendo su bonito rostro.

—¿Cómo puedes hacerme esto...? —susurró.

El cuerpo le temblaba tanto que James nunca entendió cómo era capaz de mantenerse en pie.

—Bella...

Lo cortó con un movimiento de mano.

—Cállate, James. Por favor, cállate.

Se removió en la miseria. No sabía qué hacer ni qué decir, todo se sentía tan mal. Habían ocurrido demasiadas cosas los últimos días para soportar una más.

Le pidió disculpas otra vez, nunca eran suficientes.

—Lo siento, yo...

Bella lo abofeteó.

Completamente sorprendido por aquello, se llevó una mano a la mejilla y volteó el rostro. Bella lo miraba con las mejillas manchadas, la nariz roja y los ojos ardiendo en furia.

—¡No te atrevas a pedir disculpa! —chilló, fuera de sus cabales—. ¡No te atrevas a decir “Lo siento” cuando no lo sientes en lo más mínimo!

Se quedó un largo rato en silencio, simplemente observándola sin saber qué hacer ante una situación como esa.

—¿Cómo puedes decir que no lo siento? —se limitó a susurrar.

Una lágrima murió en los labios hinchados de Bella.

—Porque si lo sintieras, si realmente no quisieras hacerlo, no lo harías.

Intentó volver a acercarse, pero ella se alejó como si le dijera asco su toque.

—Bella, por favor, sé razonable —rogó.

Negó suavemente con la cabeza, meciendo su cabello de izquierda a derecha como una ventisca.

—Sé razonable tú, James. —El labio inferior le tembló, los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas. —¿Cómo puedes hacerme esto?

No podía seguir mirándola, no podía cuando sus ojos mostraban tanto dolor, tanta traición por la decisión que había tomado. Y, mucho menos, podía observarla a la cara cuando le estaba confesando amor hacia otra persona.

—Lo tengo que hacer por ella —musitó.

El estómago le pesó, las ganas de vomitar se hicieron casi insoportables. Cerró los ojos con fuerza, sintiendo el sudor frío bajar por su espalda. Y esperó a que Bella se lanzara sobre él, que lo golpeará, que lo insultara, que hiciera algo. Y él lo aceptaría y pondría la otra mejilla, se lo merecía. No era más que un bastardo que quería todo en el mundo. Sin embargo, Bella no hizo nada de aquello, sólo habló. Y sus palabras fueron como una daga en el pecho, dolieron y escocieron. Fueron lo peor que le podrían haber hecho.

—Ella te dejó, no te quiere.

Se le hizo un nudo en la garganta y apretó los puños para contenerse, para controlar todas esas emociones oscuras que nacía dentro de él en ese preciso momento. Una vena le latió en la sien, mientras se giraba para contemplar a Bella con mirada helada.

—Pero ella volverá.

La furia volvió a nacer dentro de Bella y James pudo verlo en sus ojos, en la forma que se empequeñecieron y se oscurecieron.

—No volverá contigo, James —gruñó—. No lo hará y lo sabes. La conoces tanto como yo y sabes que ella ya te dejó en el pasado.

Apretó con más fuerza los puños y se negó a creer en esas palabras. Sabía que Bella estaba dolida y sólo quería hacerlo sentir miserable. Lo único que ella no sabía era que, más miserable, no podía estar.

—Sólo ha pasado un día.

Bella se secó las mejillas con furia.

—¿Y a contestado tus llamadas? —preguntó. James no respondió. La chica alzó una ceja, burlándose de él—. ¿Lo ha hecho?

Escupió la palabra.

—No.

—¿Cuántas veces la has llamado? ¿10? —Meditó en silencio. —No, eso es muy poco para ti. ¿30?

James no contestó, pero Bella y él sabían que eran muchas más. Su celular marcaba un total de 57 llamadas perdidas y 7 mensajes de texto, que ninguno había llegado a destino. Leah no estaba ignorando sus llamadas, había hecho algo más drástico: había apagado el celular.

—¿Aún sigues pensando que tienes una posibilidad con ella después de todo lo que descubrió? —Parecía indignada. — ¿Piensas que es estúpida?

Leah no era lo suficientemente tonta para volver a aceptarlo y James lo sabía perfectamente. Por eso estaba tan asustado, por eso no se había atrevido a ir a verla a su casa para hablar con ella. El terror lo inundaba ante la idea de dar todo por finalizado, ya que James aún tenía la esperanza que no habían terminado. Ella sólo se había marchado, pero jamás había dicho «Terminamos». Y James temía hablar con ella y escuchar esas palabras, que sólo significarían que nunca más existiría un Leah y James. Y no podía soportar la idea de aquello. Se negaba rotundamente, por eso se había limitado a llamar por teléfono, porque sabía que jamás podría ponerse en contacto con ella a través de ese medio.

Y como si a Bella no le hubiese bastado con decir todas esas verdades, siguió:

—Leah era mi mejor amiga y tú eras su novio. Y estabas comprometido conmigo, mientras salías con ella. ¿De verdad piensas que ella te perdonará eso alguna vez?

No, nunca lo haría. Pero la esperanza era lo último que se perdía. Y James era una de esas personas que vivía de la esperanza. Si no hubiese sido por ello, jamás habría salido con Leah, no cuando todos los pronósticos estaban en su contra. Tal vez algún día volvería a tener suerte con ella y la recuperaría, pero si quería hacerlo alguna vez, tenía que empezar a hacer las cosas bien. Por eso había ido a hablar con Bella y las cosas estaban como estaban.

—No me importa, Bella —la cortó cuando la castaña se disponía a volver a hablar—. Mientras exista la mínimo posibilidad de volver con ella, lo seguiré intentando. La amo.

Los ojos de Bella se llenaron de lágrimas y se tambaleó un paso atrás. Se la llevó una mano al pecho, como si le doliera un punto en ese sector, y jadeó en busca de aire.

—No puedes hacerme esto, James. No me dejes —suplicó.

Dio un paso vacilante hacia adelante y llegó hasta él. Con manos temblorosas, con los ojos inundados por la más desgarradora tristeza, afirmó su camiseta en puños...

En Enero del 2014 el libro saldrá a la venta en papel y ahí podrán terminar de leer el capítulo especial de James y Derek.

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que los errores no hayan sido muchos, pero es una autoedición y no saben lo difícil que es ver errores cuando se ha leído tantas veces algo.

Ayúdame a crecer y comparte este PDF.

Segunda parte de la saga La universidad es un desastre

Todos saben que la vida de Leah Howard es un desastre, que es histérica, perversa y está más loca que una cabra. Todo el mundo que la conoce lo sabe, pero sus nuevos compañeros en la universidad no y Leah está dispuesta a reivindicarse con ellos... hasta que descubre que su ex novio, esa asquerosa rata de alcantarilla, es su compañero de la universidad, que está en la temida Friendzone y que ahora Blair es mejor alumno que ella.

Más histérica, malhumorada y desastrosa que nunca, Leah Howard ha vuelto para comenzar la universidad, pero para ello tendrá que enfrentarse a la temida bienvenida, intentar ser la Polluela más obediente y seguir insistiendo en su odio eterno por O'Connor.

¿Podrá Leah lidiar con un ex novio que la quiere de vuelta, conquistar a su mejor amigo, hacerle entender a un tercero que sólo quiere ser su amiga, terminar el semestre sin reprobado Cálculo y sobrevivir a las fiestas universitarias?

Búscame en mis redes sociales:

Facebook: @SagaLeahEsUnDesastre y @Lily_delPilar

Twitter: @Lily_DelPilar

Wattpad: Lily_delPilar

También estoy en Amazon.com, Amazon.es, Amazon.mx